

de

LA
CRUZ
DE
SARAÍ

JORDI BADIA

LUISJO GÓMEZ



Lectulandia

Una cruz ha pasado desapercibida a lo largo de la Historia. El símbolo de una misión iniciada en el Medievo, mantenida en secreto durante un milenio.

El sargento de policía Ramón Palau se enfrentará al enigma y lo relacionará con una cadena reciente de crímenes. Y, casi sin darse cuenta, la investigación y el amor de una mujer lo pondrán en el punto de mira de los fanáticos para los que la religión no es más que una carta marcada en el juego del poder. Mentiras, traiciones y una secuencia trepidante de acontecimientos sumergirán al lector en una trama llena de emociones, que va desde la Edad Media hasta el siglo xx, en escenarios como Bangkok, Lisboa, Barcelona y Butiaba (Uganda), con el Valle de Boí como centro de gravedad.

Lectulandia

Jordi Badía & Luisjo Gómez

La cruz de Saraís

ePub r1.0

Titivillus 14.01.2018

Jordi Badía & Luisjo Gómez, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Luis [Luisjo]
a loles, siempre, y a nuestra particular terpsicore, Mónica. [Jordi]
dedicado a mi esposa Imma, con quien construyo mi vida, y a quienes le
dan sentido: a nuestros hijos, Santi y Jordi.
«Mi corazón sangra al ver el abismo al que se está precipitando nuestra
Iglesia». HENRY BOULAD, jesuita

Prólogo

Masindi, Uganda, finales de febrero de 2011

Ambos contuvieron la respiración y cerraron los ojos, como si el silencio y la oscuridad los pudieran convertir en seres invisibles.

«Esto es el fin», pensó él al abrazarla.

Miró a través de la ventana. Los tres hombres armados, vestidos de uniforme, habían desaparecido. Ya no estaban donde los había visto poco antes, junto a las primeras zahúrdas del bazar.

Ella percibió su temblor, la mirada inquieta, el sudor frío que le empapaba todo el cuerpo. Ongodia intentó articular alguna palabra, pero Arnau la detuvo sellando sus labios con el índice.

De repente, se oyeron pasos. Con cada zancada, las paredes retumbaban presagiando el rápido ascenso de los hombres por la desvencijada escalera.

«Me lo advirtieron», pensó Arnau al recordar las palabras del sargento Palau pocos días atrás. «Deben protegerse. Irán a por ustedes. No cejarán en su empeño». Sin embargo, aunque también se lo había planteado, no hizo excesivo caso de aquella advertencia y se limitó a dejarse invadir por una incertidumbre que lo había llevado a comportarse de manera extraña y distante. Nunca imaginó que ocurriese allí, en un lugar donde se sentía tan indefenso.

Desesperado, revisó el apartamento en busca de una salida. No había tiempo. Echó un vistazo al exterior. El cielo amenazaba tormenta bajo un manto plomizo.

Se oyeron unos chasquidos metálicos. Reconoció el sonido al instante: habían montado las armas. Ella lo miró con pavor en el rostro.

—¿Qué está pasando? —preguntó, aterrorizada.

Sonó un fuerte golpe. Tras el sonido sordo de otra patada, se resquebrajó el marco de la maltrecha puerta, que se abrió dejando un revoloteo de astillas en la penumbra.

Bajo el quicio, a contraluz, se recortó la silueta de tres hombres uniformados. Detrás apareció la figura de otro individuo. Este era blanco, gordo y de menor estatura.

Los policías avanzaron mientras el civil, con indumentaria de safari, permanecía fuera de la habitación, junto a la escalera, controlando que nadie interfiriera en la operación.

Llegaron hasta ellos y los separaron con brusquedad.

—Pero ¡qué hacen! —exclamó Arnau—. ¡Déjenla en paz!

A culatazos y empujones, los policías los inmovilizaron sin pronunciar ninguna palabra, pero esbozaron una sonrisa cruel.

El hombre blanco entró, entornando tras él la puerta destrozada. Pese a la escasa

iluminación, Arnau pudo verle la cara. No lo reconoció. Mascaba un caramelo mientras jugueteaba con el envoltorio enrollándolo.

—Señor Miró —dijo con sorna—, por fin volvemos a encontrarnos.

Identificó su voz de inmediato.

—Marest —murmuró mientras un escalofrío le recorría todo el cuerpo—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué es todo esto?

—No insultes mi inteligencia —dijo sin inflexión, y desvió la mirada hacia Ongodia—. Sabes perfectamente lo que quiero.

Uno de los individuos uniformados empezó a manosearla.

—Tienes buen gusto con las hembras —añadió Marest, entornando los ojos—. Si colaboras, a lo mejor no tienes que compartir a esta con mis hombres.

—¡Soltadla! —voceó Arnau, enfurecido.

Aun sin entender una sola palabra de español, los policías comprendieron las intenciones del patrón que había alquilado sus servicios. Uno de ellos se relamió los labios con gesto obsceno. El que sujetaba a la mujer le palpó descaradamente un pecho, la rodeó con sus brazos, le dio la vuelta de espaldas y la empujó contra la pared. Su compañero se aproximó y la encañonó en la sien.

—¡Dejadla! —aulló Arnau mientras forcejeaba contra su captor.

Entonces, un policía lo golpeó con brutalidad mientras los otros se agitaban impacientes. Ongodia, con una mueca de repugnancia, hizo ademán de apartarse. Con un solo brazo, el hombre la agarró por la cintura con mayor violencia. Enfundó el arma y le introdujo una mano entre los muslos. Ella levantó la cabeza con dignidad y, en busca de una oscuridad que le proporcionara alivio, cerró los ojos.

—¡Tengo dinero, puedo daros mucho dinero! —gritó Arnau—. ¡Soltadla y os daré todo el que queráis!

Uno de los hombres le apuntó con un revólver.

Marest observaba imperturbable la escena jugueteando sin cesar con el envoltorio del caramelo. Cual explorador de opereta, cubría su cabeza con un salacot y vestía una camisa *beige*, con amplios rodetes de sudor bajo los sobacos, y un chaleco mimetizado que apenas podía abrocharse debido a la prominente barriga.

—Decídete, ¿vas a colaborar sí o no? —preguntó.

Ongodia abrió de nuevo los ojos y vio que apuntaban a Arnau. Lo observó con dulzura, con una mirada cargada de amor. Dejó de ofrecer resistencia a los abusos. Por experiencia, sabía que era peor. Tras haber ejercido once años atrás como esclava sexual en las filas de Lord Resistance Army, nada de aquello le resultaba desconocido.

Arnau percibió su rendición y asintió con un leve cabeceo.

Pero el policía rasgó la túnica azul que cubría a Ongodia. Sus esbeltas piernas color azabache quedaron al descubierto.

—¡He dicho que colaboraré! —repitió Arnau a gritos.

Ongodia mantuvo la mirada clavada en su salvador, en su amor, en el hombre de

su vida. Con el vestido desgarrado y su belleza cada vez más desnuda, permaneció en silencio mientras el hombre, sin soltarla, se desabrochaba los pantalones y hacía cimbrear la cintura hasta que logró que cayeran por su propio peso.

—¡No! —se desgañitó Arnau.

Marest se aproximó hasta él. Ladeó la cabeza.

—No sé si te he oído bien —dijo—. Todo esto parará cuando me convenzas de que vas a colaborar. Si me entregas lo que he venido a buscar, nos marcharemos tal y como hemos venido, sin más. —Respiró hondo y, con voz gélida, añadió—: Si no, te aseguro que no sabes lo que le espera a tu hembra.

Arnau sintió su aliento, el hálito dulzón del caramelo.

—Por favor, Marest —rogó—. Ordénales que se detengan. Colaboraré. Dime lo que quieres y lo tendrás. Tienes mi palabra.

—¿Tu palabra? —se burló—. Mira, señor Arnau Miró, *mi señor*, creo que no me he expresado con claridad y ella...

—¡Ya te he entendido! —interrumpió, furioso—. ¡Solo dime qué quieres de una maldita vez y te lo daré!

Sorprendido por su ira, Marest retrocedió un paso.

—¿Ni siquiera lo intuyes? No lo hagas más difícil.

—Me tienes a mí, dejadla en paz —insistió, abatido.

Una lágrima recorría la mejilla de Ongodia y Arnau siguió su curso con la mirada a lo largo de su piel morena. Detrás de la mujer adulta siempre había vislumbrado a la niña con la infancia quebrada. El de ahora solo era otro sufrimiento más en una cadena convulsa de amargos trances sufridos a lo largo de su existencia. Entrecruzaron una mirada cargada de significado mientras ella canturreaba, casi ronroneaba, una canción.

Al reconocer la melodía, se estremeció de emoción.

Era su canción: una canción popular de Ishasha, el poblado que la vio nacer veintinueve años atrás; la canción con la que se conocieron y que se susurraban en tiempos de guerra, bajo el silbido de las balas, entre el suspiro del filo de los machetes al cortar el aire. La misma que le solía cantar para regalarle dulces despertares.

Una canción de amor.

I

El propósito

Capítulo 1

Llanura de Arsuf, camino de Jerusalén, 1191

El joven sargento templario estaba impaciente por entrar en combate. Lo deseaba a pesar de los recientes y cruentos acontecimientos vividos en la toma de Acre. Las dobleces producidas por el apresto de su manto negro recién conseguido, que apenas hacía seis meses había trocado por su hábito de novicio, todavía no habían desaparecido. Todo indicaba que aquella iba a ser su primera batalla campal. Las monturas, formadas desde el alba en orden cerrado de combate, piafaban inquietas respirando por sus ollares el aire cubierto de polvo del desierto de Palestina. Los caballos de guerra presentían la batalla.

—Tranquilo, tranquilo —le susurró al animal, a la vez que le daba unas suaves palmadas en el cuello mientras descabalgaba y cogía el pellejo que llevaba atado al arzón de su silla. Vertió un poco de agua en una escudilla de barro y le dio de beber.

—Pero ¿qué haces, Jean? Es tu agua, y hasta después de la acometida no nos llegarán nuevos suministros —le dijo su camarada de armas, poco antes novicio como él.

—Prefiero pasar sed yo. Después de todo, me conducirá sobre su lomo al combate —replicó acariciando la crin del corcel—. Además —añadió con una sonrisa despreocupada en el rostro—, según los avatares del día, cabe la posibilidad de que ya no necesitemos beber nunca más.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de su compañero, como si alguien hubiera pisado la tierra apelmazada de su tumba.

Alto y delgado, Jean le sacaba una cabeza a su camarada de la Orden. Habían entrado juntos en el noviciado de la encomienda del Temple en París y viajado hasta Chipre, y juntos también habían sido ascendidos a sargentos. Los dos esperaban con anhelo consagrarse algún día como templarios. Tras jurar votos de pobreza, castidad y obediencia, serían Pobres Caballeros de Cristo, podrían portar armas en sagrado, y derramar sangre de infieles en nombre de la fe verdadera.

El novel sargento Jean de Badoise había desembarcado en Acre lleno de fervor y arrojo, junto a las huestes del Rey Ricardo I de Inglaterra, llamado «Corazón de León». ¡Cómo no sentirse orgulloso, si apenas contaba dieciséis años e iba a participar en la reconquista de «El Reino de los Cielos» para la Cristiandad, la ciudad en la que ningún soberano osaba ceñir sus sienes con corona de oro porque Cristo la había llevado de espinas!

La conversación entre Jean y su compañero no pasó desapercibida para su mentor, Paul de Tornois, quien, como barbado caballero templario y comendador de Chipre, formaba en la línea de vanguardia delante de los dos sargentos al mando de

las huestes de la Orden. Para sus adentros, pensó en la razón que tenía su buen Jean al contemplar tal posibilidad. «En cualquier caso, lo que es seguro es que tanto tú como yo, si sobrevivimos a la batalla que se avecina, no iremos a Jerusalén. Nuestro camino será otro e infinitamente más peligroso».

Algo había visto De Tornois en Jean ya en el noviciado de la Casa Madre de París que lo llevó a escogerlo como pupilo. El muchacho no lo podía saber aún, pero a partir de ese día, su destino se iba a ver ligado a la más alta y arriesgada misión que le fuera encomendada a la Orden hasta la fecha, el cometido secreto por el que fue creada: la protección de El Legado.

Delante de ellos, oculto por el bosque de encinas que se extendía al oeste por las colinas abiertas al mar, se desplegaba el ejército de Saladino, con treinta mil infantes ligeros, quince mil de infantería pesada y ocho mil jinetes. En el centro, como guardia personal del Sultán, se encontraban los temibles mamelucos, quienes habían sido comprados de niños a pueblos de origen turco y caucasio —de ahí la palabra *mamluc*, cuyo significado es «esclavo»—. Obligados a convertirse al islam, tras un severísimo entrenamiento militar, se les concedía la libertad solo para formar parte de tan selecta tropa de élite.

Enfrentadas y extendidas por la llanura, con el mar a su espalda, formaban las tropas de Ricardo, que reventaban de sed, calor y agotamiento. Habían llegado hasta allí desde Acre por la vieja calzada romana que bordeaba la costa palestina. En el centro, cinco mil jinetes ingleses sudaban bajo la malla de acero, protegidos del acoso de arqueros a caballo por largas filas de infantería, constituidas por veinticinco mil infantes angevinos, bretones y normandos. Los caballeros hospitalarios se habían desplegado en el flanco izquierdo, que constituía la retaguardia; por su parte, los caballeros y sargentos templarios, al lado de sus arqueros montados turcopolos —tropas auxiliares reclutadas en los territorios de la cuenca oriental del Mediterráneo—, lo habían hecho en la vanguardia, el flanco derecho.

Desde las primeras luces del alba, grupos de veloces jinetes mamelucos, de acuerdo con la táctica habitual de Saladino, habían abandonado el abrigo de la espesura para batir el llano y hostigar las filas cristianas con sus flechas, a fin de tratar de provocar un apresurado ataque cruzado.

Los dos jóvenes, monjes guerreros, encuadrados en el contingente templario, ardían en deseos de demostrar su valía en combate. Sin embargo, y a pesar de su corta experiencia militar, Jean no podía evitar que la memoria de la toma de Acre y las terribles decisiones acordadas por Ricardo en relación con los sarracenos caídos prisioneros calaran en su ánimo, enfriando su entusiasmo inicial.

Ensillado sobre su caballo, entre voces de mando y relinchos, frente a los muros de Arsuf y los frondosos bosques infestados de enemigos que contrastaban con la planicie desierta, Jean de Badoise recordaba con pesar la toma del puerto palestino y sus sangrientas consecuencias, que habían erosionado su exaltación por la causa.

No había transcurrido ni un mes desde que las vanguardias cruzadas habían

tomado Acre. Tras dos años de asedio por parte del rey de Jerusalén, el pérfido Guy de Lusignan y los ejércitos de Federico Barbarroja comandados por Leopoldo de Austria, las tropas de Ricardo Corazón de León desembarcaron un 8 de junio. Pocas semanas después, el contingente cristiano recorría las intrincadas calles de la ciudad para acabar con grupos aislados de sarracenos que aún resistían.

—¡Cuidado, Jean! —le advirtió con un grito ronco su maestro De Tornois mientras señalaba a un guerrero sarraceno que tensaba su arma—. ¡Un arquero sobre aquel tejado!

De manera instintiva, Jean levantó el escudo por encima de su cabeza. Un instante después, la flecha se estrellaba contra la cubierta de metal con un golpe sordo, para luego desviarse inofensiva. El bizarro guerrero musulmán, lejos de tratar de guarecerse, cargaba de nuevo su arco cuando Paul de Tornois le arrojó su jabalina. Sin la protección de la coraza de acero, de la que carecían los arqueros, el afilado astil de la lanza le traspasó el peto de cuero y el pecho, y se clavó contra la pared de adobe del edificio.

Continuaron trepando al galope corto por las sinuosas callejas. Los cascos herrados de los caballos levantaban chispas contra el pavimento empedrado. A ambos lados de la vía se amontonaban cuerpos ensangrentados de los dos bandos, hermanos en la muerte con un abrazo final.

El grupo montado desembocó en una plazoleta.

La infantería sarracena se mantenía firme, en el centro. Empuñaba lanzas y se protegía con grandes escudos ovalados, a fin de cubrir la retirada de los últimos civiles musulmanes que se encontraban en el bastión y que se apresuraban a salir en aquel momento de la ciudad. Estaba al mando un emir, un hombre alto y delgado, con rizada barba negra veteada en gris, que esgrimía fiero una bruñida cimitarra tinta en sangre. Se cubría con una coraza de acero finamente cincelada, hendida en varios puntos tras la última jornada de duros combates. Bajo la cimera de su labrada celada brillaba una mirada de halcón. Detrás del grupo, al norte, se abría al desierto la puerta de Maupás, en el barrio de Montmusart, junto a la doble muralla. En campo abierto, la infantería ayyubí, protegida por caballería mameluca, se retiraba de la ciudad en franca desbandada.

Los templarios formaron una fila prieta. A una orden de Paul de Tornois, caballeros y sargentos se resguardaron con los escudos y tendieron lanzas en dirección a la compacta formación enemiga. A la par, desde las callejuelas convergían en la plaza grupos abigarrados de cruzados, mezclados con infantes normandos armados con hachas y mazas, ataviados con jubones de cuero cubiertos con placas de acero. Aparecieron auxiliares turcópulos, cuya indumentaria y aspecto a duras penas se diferenciaba de la de los arqueros sarracenos, y menos aún de la fe que profesaban. Y entre ellos, estaban los caballeros de la Orden del Hospital y los caballeros teutónicos, con cruces blancas sobre su manto negro los primeros y con cruces negras sobre mantos blancos los segundos.

La insignia y la franja negra del hábito de Paul de Tornois, también cosida en la gualdrapa de su caballo, señalaba el grado de comendador. Al reconocerla, los hombres se apresuraban a obedecer sus órdenes: de buen grado los soldados, a regañadientes los caballeros miembros de órdenes rivales.

El emir contemplaba con mirada ausente un par de palomas torcaces que zureaban sobre el tejadillo que daba a la plaza, ajenas al conflicto entre aquellos hombres.

—Hoy mismo escucharemos sus arrullos en el paraíso —dijo a su segundo en el mando mientras posaba una mano en su hombro.

—¡Acabemos con ellos! —exclamó un rubicundo bretón de enmarañada melena pelirroja para romper el extraño silencio que por ensalmo se había producido entre ambos bandos. El grito fue coreado por el resto de la soldadesca.

El emir ni se inmutó; sus hombres tampoco. Estaban resueltos a morir con las armas en la mano y con su Dios en el corazón.

—¡Alto! —ordenó el templario a la tropa cristiana, y de inmediato se dirigió al emir en un dialecto del árabe clásico propio de Damasco, el hablado por la mayoría de los musulmanes—: Efendi, basta de sangre. Ya ha corrido demasiada por parte de los dos bandos. Habéis luchado con bravura. Ordena que depongan las armas. Permitiré que los civiles abandonen la plaza. Tú y tus hombres obtendréis cuartel y se respetarán vuestras vidas e insignias. Te lo garantizo yo, Paul de Tornois, Comendador del Temple en Chipre y Señor de Becerra.

—¡No! —rechazó el guerrero con frío desdén.

—Mi señor emir —dijo De Tornois, tratando de convencerlo—, nuestro Señor Jesucristo es profeta entre vosotros e Hijo de Dios para nosotros. Jerusalén es Ciudad Santa para ambas religiones. Desde la explanada de la Mezquita de AlAqsa, tu fe sostiene que Mahoma subió a los Cielos.

—¡No! —rehusó de nuevo, altivo.

—Estamos abocados a entendernos, a coexistir, a dejar de matarnos entre nosotros —casi suplicó el cristiano.

Algo cambió en el atezado rostro del caudillo.

—Sea, templario. Será como dices —accedió tras un largo silencio mientras tiraba el alfanje—. Fío en tu palabra.

Ese mismo día, Ricardo inició las negociaciones con Saladino para el canje de los más de tres mil prisioneros musulmanes que habían sido capturados por los cruzados. Se encontraba en consulta con el resto de los jefes de la expedición, en la antesala de sus recién obtenidos aposentos en Acre. Estos estaban cargados de cortinajes y sedas, suntuosos como los de cualquier corte europea, lejos de la sobriedad que caracterizaba las estancias de las órdenes militares.

—Veinte mil monedas de oro y la Santa Cruz que fue arrebatada tras la derrota en la batalla de los Cuernos de Hattin. Este será el precio por los prisioneros, que deberá pagarse mañana a la salida del sol, no más tarde —dijo Ricardo a los presentes, entre

quienes se hallaban Guy de Lusignan, Leopoldo de Austria, los Maestres de la Orden del Hospital y de la Teutónica, y Paul de Tornois como prior de los Pobres Caballeros de Cristo.

Leopoldo se frotó las manos.

—A repartir entre tres —dijo. Y el disoluto se apresuró a añadir—: El oro, claro.

—¡A repartir entre nadie! —atajó furioso el monarca inglés, golpeando la mesa con el puño—. Como tampoco se os dará la tercera parte del botín que pretendéis, y que fue obtenido en la conquista de Acre.

—Esto pone en peligro la continuidad de esta santa empresa —replicó, airado, el incompetente austríaco.

—Vuestros ejércitos, así como los de Guy de Lusignan, llevaban dos años tratando de tomar una ciudad que a mí, como comandante de las huestes cristianas, me ha costado solo un mes conquistar.

Sin pronunciar una palabra, rojo de ira y de vergüenza, Leopoldo abandonó las estancias de Ricardo.

El taimado Lusignan se aclaró la garganta.

—¿Y si Saladino no accede al pago del rescate? —preguntó con suavidad.

—¿Si Saladino no accede? —repitió Ricardo enarcando las cejas—: Entonces los prisioneros musulmanes serán degollados mañana por la mañana en la muralla norte, a la vista del campamento del sultán —replicó sin inmutarse.

Aquellas palabras cayeron como un jarro de agua fría entre los asistentes. Su crueldad y su comportamiento impulsivo corrían paralelos a su arrojo y temeridad en el combate. Todos sabían que tal amenaza no era en vano.

—Mi señor, no podéis hacer algo así —intervino De Tornois con firmeza—. Son prisioneros de guerra. Además, yo garanticé sus vidas al emir si se rendían.

—¡Cómo osáis contradecirme!

—¡Di mi palabra de caballero, y les ofrecí cuartel! —exclamó De Tornois.

—¡Silencio, templario! —aulló Ricardo, dominado por la ira—. Ciertamente solo respondéis ante el Papa como Milicia de Cristo, pero en las fuerzas reunidas de Acre, mando yo. Se hará como digo y vos, De Tornois, estaréis allí, presente, para verlo. Es una orden de vuestro comandante en jefe, no lo olvidéis —zanjó. Y se retiró a su habitación privada.

Por la mañana, sin nuevas de Saladino, Ricardo ordenó la ejecución de los cautivos. Al conocer la noticia, Paul de Tornois amenazó al monarca inglés con comunicar la inminente matanza al Papa.

Ricardo, lejos de amedrentarse, dijo:

—No será preciso, De Tornois, lo haré yo mismo. En Roma estarán encantados con tres mil infieles menos.

Atados en largas filas, los cautivos sarracenos se alineaban en pequeños grupos en su ascenso por la escalinata que, adosada a la muralla, subía en espiral. Había sido diseñada así a fin de que, ante un eventual ataque, los defensores, situados en la parte

superior de la fortificación, tuvieran el brazo izquierdo junto al muro y la diestra libre para golpear con su espada y repeler la ofensiva de aquellos que, en su intento por coronar las almenas, veían así su brazo armado estorbado por la pared.

A esa hora de la mañana, con el baluarte encarado hacia el norte, el sol naciente hería de costado los ojos de los que iban a ser degollados. Al mediodía, cuando ya los muros rezumaban sangre y una montaña de cuerpos se hacinaba sobre la arena, le tocó el turno a un grupo de notables, entre los que se encontraba el emir de barba cana. Subía con pie firme. Incluso con las manos sujetas por una recia sogá, despojado de su morrión y su armadura, su aspecto era imponente.

Se volvió hacia De Tornois, quien formaba por orden expresa de Ricardo junto a las almenas del bastión.

—Templario —le dijo en un correcto francés—, ¿es así por ventura como los que se hacen llamar Caballeros de Cristo cumplen su palabra?

El monje guerrero bajó avergonzado la cabeza y guardó silencio. A pesar de que el sol caía a plomo sobre la ciudad, el semblante del templario estaba lívido bajo la cota de malla.

—Cuando menos, libérame de las ataduras y que sea yo quien termine con mi vida y no esos cerdos impuros —dijo el emir. Y señaló con el mentón a los dos sayones que se dirigían hacia él empuñando sendos cuchillos de matarife—. Mi fe lo permite.

Sin dudarle un instante, Paul de Tornois avanzó en dirección al prisionero mientras sacaba la daga que portaba al cinto. Al observar la acción, los dos verdugos, así como los guardias que custodiaban al grupo en el que se incluía el emir, trataron de impedirlo. Sin embargo, como un solo hombre, un grupo de caballeros y sargentos templarios, entre quienes se hallaba el joven De Badoise, desenvainaron las espadas para protegerlo.

De un tajo, el monje soldado cortó las ligaduras.

—Gracias —murmuró el emir. Incluyó la cabeza y se llevó la mano al lado izquierdo del pecho, sobre el corazón—. Yo primero, eso es seguro —sonrió, valiente—, pero los dos estaremos juntos en el Paraíso.

Una vez libre, el guerrero se frotó las muñecas doloridas, donde las sogas habían dejado sobre la piel verdugones oscuros. Pidió agua y realizó con ella unas breves abluciones.

—Por respeto a Alá, a Dios —dijo mientras se acercaba al borde del parapeto—, debo entrar limpio en el cielo.

Saltó. Con un golpe seco, el valeroso soldado se estrelló contra la base de la muralla.

A partir de la conquista, la ciudad se conocería como San Juan de Acre, y fue bautizada con sangre.

—¡Caballería ligera sarracena! —exclamó De Tornois al descubrir a un grupo de jinetes que galopaban por el llano.

El grito de alerta arrancó de sus pensamientos al joven De Badoise y lo devolvió a la realidad de la batalla, en la llanura de Arsuf.

—¡Maanaraf, a ellos! —ordenó el comendador templario al jefe de los escuadrones ligeros de turcópulos, que formaban a su costado como protección.

—¡A tu orden, mi señor! —dijo Maanaraf.

Arrancó al galope con la compañía ligera, cuyos hombres, nada más empezar a cabalgar, habían extraído de los arzones los arcos recurvados compuestos con los que eran letales especialistas. Eran armas con una sección central de cuerno, palas de madera y tendones, y les proporcionaban una potencia de tiro y una cadencia en el disparo superior a la de los arcos europeos.

El contraataque no pasó desapercibido a los temibles arqueros mamelucos montados. A pesar de ello, continuaron en dirección a las líneas cruzadas y se desviaron hacia la retaguardia, lugar donde formaban los caballeros de la Orden del Hospital. De este modo evitaban en lo posible la confrontación con los turcópulos. Al llegar al punto donde el alcance de las saetas era efectivo, a una orden del comandante mameluco, el centenar de guerreros que componía la escaramuza echaron mano de las flechas que portaban en las aljabas de cuero repujado y, sin detener la marcha, cargaron los arcos y lanzaron una andanada sobre los hospitalarios, para volver de inmediato en dirección al abrigo de sus filas, donde destellaban brillos metálicos y profusión de estandartes multicolores con el nombre escrito de Alá y Mahoma.

Tras describir una parábola, los dardos cayeron como una mortífera lluvia de acero sobre la formación de caballería pesada. Algunos jinetes, que no se habían cubierto a tiempo con los escudos negros en los que resaltaba la cruz blanca, se desplomaron con el cuerpo erizado de flechas, a la vez que sus monturas, con los dardos hundidos en el cuerpo y sin el peso del jinete, abandonaban la formación entre relinchos de dolor.

El cambio de sentido para retornar con su ejército había hecho perder velocidad a los mamelucos, quienes además no habían podido aún recargar sus temibles arcos. Esta ventaja fue aprovechada por los escuadrones ligeros al mando de Maanaraf, que, a galope tendido, se habían aproximado a ellos a través de todo el frente y lanzado centenares de flechas contra los más rezagados. Estos, enmascarados entre las nubes de polvo que levantaban los jinetes que los precedían, trataban de huir de la amenaza de la caballería turcópola.

Los arqueros dispararon sus armas sobre los últimos mamelucos. La mayoría de los proyectiles rebotaban sobre los yelmos bruñidos y los escudos que, como precaución, portaban a la espalda en lugar de en el brazo. Sin embargo, los corceles, carentes de armadura, no eran inmunes a los afilados dardos y se hundieron profundamente en sus cuartos traseros, lo que provocó que los jinetes postreros cayeran en un confuso revoltijo de hombres y bestias. Como bravos guerreros que eran, se levantaron como un resorte y, sable en mano, desafiaron a la muerte que a

caballo se les venía encima. Al paso de los hombres de Maanaraf, las cabezas de los mamelucos rodaron sin vida por la hierba rala.

Entre una algarabía de tambores, cuernos y trompas, la vanguardia sarracena, compuesta por arqueros sudaneses y beduinos a pie y a caballo, se abrió para acoger entre sus filas a los jinetes que habían sobrevivido a la refriega.

—Costará mantener la disciplina entre los hospitalarios —dijo De Tornois, volviéndose en su silla hacia su joven pupilo—. Se han llevado la peor parte desde que se constituyeron en retaguardia. A pesar de las órdenes de Ricardo de esperar, no soportarán muchas más provocaciones sin lanzarse contra el enemigo.

Como si sus palabras hubieran sido proféticas, sin esperar los seis toques de trompa que debían marcar el ataque definitivo, los caballeros de la Orden del Hospital se lanzaron al grito de «¡San Jorge!» a una desenfundada carga contra el flanco derecho del ejército musulmán. Como un vendaval, cruzaron la planicie y se hundieron en cuña sobre las filas de la infantería sarracena que, frente a la acometida, se dispersó.

—No podemos esperar más. Vamos en su apoyo —dijo De Tornois a su segundo en el mando. Sabía que, de no hacerlo, Saladino aprovecharía la carga desordenada de sus hermanos y los envolvería con sus tropas de élite, la caballería pesada mameluca—. ¡Confaloniero! —ordenó mientras levantaba su mano derecha enguantada y se dirigía al portaestandarte—. ¡Inicia el ataque de la caballería!

El abanderado, que era el caballero que tenía el honor de llevar La Beaussante, la sagrada insignia templaria en la que, entre una franja blanca y otra negra de los colores de la Orden, brillaba la Cruz Pathé en rojo, la dirigió al suelo dos veces para luego elevarla otras tantas al límpido cielo palestino: era la señal para que la caballería pesada templaria, ariete principal del ejército cruzado, se encaminara al combate al paso.

Como arma precisa y mortal que eran, en filas disciplinadas variaron sobre su eje central, manteniendo la geometría de la formación, y se encararon al flanco izquierdo del enemigo. Una vez el rectángulo compactado de jinetes vestidos de blanco, con sus sargentos de negro detrás, se hubo separado del grueso del contingente cristiano, De Tornois volvió a dirigirse al confaloniero para que con la enseña marcara el cambio de los escuadrones al trote.

Era la manera de llevar a cabo la carga, con un acercamiento al enemigo a una velocidad que no provocara la dispersión de la formación a fin de poder percutir en bloque, y que, además, no agotara a los caballos antes de tiempo con un prematuro galope bajo el peso del jinete y su armadura; no como la gallarda pero poco efectiva carga de los hospitalarios, que había llegado a las filas sarracenas en una alocada y disgregada cabalgada, con sus monturas extenuadas y sin el concierto necesario para matar con la máxima eficacia.

Jean de Badoise marchaba detrás de su preceptor. El sudor le resbalaba por el rostro imberbe y le provocaba una punzante sensación de escozor en los ojos. Dirigió

una mirada a su compañero; al llevar un yelmo con protector nasal que no le cubría el rostro en su integridad, no tuvo que girar la cabeza completamente. Al instante, su amigo se dio cuenta del gesto y, con una sonrisa tensa, se inclinó en un silencioso saludo.

Habían recorrido ya más de la mitad del terreno que les separaba del vociferante mar de lanzas que se extendía ante ellos, cuando el pendón bajó y se elevó por tercera vez para mandar por fin el galope, a la vez que se ordenaba apuntar las picas en dirección al enemigo.

El joven templario aferró con fuerza la caña de su arma, y, con un gesto practicado en numerosas ocasiones, recolocó su escudo para proteger el rostro y su flanco izquierdo. Atisbó cómo las confusas líneas sarracenas adquirirían rápidamente una nitidez que le permitía distinguir el contorno de los enemigos, sus rostros, incluso los gestos de mando de sus oficiales.

Los cascos de medio millar de caballos batían el suelo, atronando en el aire como un aterrador tambor. Se acercaban a velocidad vertiginosa.

La sangre le zumbaba en los oídos y sentía el corazón desbocado en el pecho. Era uno con su caballo y un todo con sus hermanos: la vida para la que había sido entrenado.

Media legua recorrida, y solo un centenar de pies los separaban del choque final.

Una lluvia de flechas partió de las filas enemigas. Una saeta impactó sin más consecuencias en la cota de malla que cubría el brazo derecho de Jean. A su izquierda, un sargento con quien De Badoise había viajado desde Chipre, cayó de su caballo con un virote hundido en un ojo. A pesar de los proyectiles, con la carga en marcha, arribaron demasiado cerca de la formación árabe y varios cuadrúpedos heridos —por efecto de la inercia de la cabalgada— se estrellaron contra las filas sarracenas. Aplastaron hombres y pertrechos, y abrieron sangrientos pasillos entre los defensores.

—*Deus lo vult!* —gritaron roncadas quinientas gargantas al cielo, que esperaban que las acogiera si morían en combate.

Como una exhalación, los jinetes acorazados irrumpieron en la formación.

Jean de Badoise hundió la lanza en el estómago de un hombre tan profundamente que la perdió nada más iniciarse el choque. Sin la pica, sacó el mandoble y, mientras su caballo aplastaba pechos y cabezas, él cercenaba las cobrizas manos que, aferradas a sus muslos, pretendían derribarlo de la montura. Cada vez que descargaba un tajo, un cuerpo envuelto en tela y acero se desplomaba sin vida entre chorros carmesíes. Se sentía agotado, los pulmones le ardían. Cada gesto era un suplicio. Con la precisión que otorga la disciplina, los templarios, a golpes de espada, convertían el sector que tenían asignado en una carnicería.

De súbito, un cetrino guerrero musulmán intentó un ataque con una maza de combate de cantos afilados. En la furia del golpe, dejó al descubierto su flanco derecho, lo que aprovechó Jean para partirle de un tajo las costillas hasta el esternón.

La violencia de la carga templaria había desarzonado la defensa enemiga. La infantería sarracena empezó a titubear en la enconada defensa. Pasaron del contraataque a recular hacia la retaguardia. Las formaciones de infantes árabes comenzaron a disgregarse y trataron de huir hacia el bosque.

Entretanto, en el ala izquierda sarracena, el grueso de las tropas cristianas, con Ricardo a la cabeza, avanzó contra el centro de la formación enemiga. Esto, unido a que el ataque de los hospitalarios tuvo un inesperado éxito sobre el flanco derecho del ejército del sultán, convirtió la embestida cruzada en una tenaza de la que Saladino no pudo zafarse.

Al no poder maniobrar, el pánico ganó al otrora desafiante ejército musulmán. Saladino, hasta entonces invicto caudillo, ordenó la retirada. Tras de sí dejó un ensangrentado campo con siete mil muertos, frente a las setecientas bajas de los cruzados.

La noche se adueñaba de la llanura silenciosa.

La flota cruzada había aprovisionado por mar al victorioso ejército de Ricardo. Grandes hogueras brillaban en el campamento instalado a los pies de la ciudadela de Arsuf. Risotadas de borrachos y voces groseras de las prostitutas que seguían a la expedición militar se elevaban en la oscuridad del desierto para romper su quietud. Los soldados trataban de olvidar su miedo a la muerte y a la mutilación, y celebraban la vida que aún conservaban.

Jean de Badoise, después de saciar su sed y la de su caballo, intentaba limpiar la sangre que le cubría de pies a cabeza. Salvo por alguna pequeña herida propia, era sangre ajena, la del infiel que tenía por derecho divino el deber de derramar. Se dijo que todo aquello era consecuencia de defender la fe verdadera mientras miraba con tristeza el campo cubierto de cadáveres enemigos que, por efecto del asfixiante calor que había hecho a lo largo del día, empezaban a hincharse cubiertos de moscas.

Un alegre tintineo de arreos, que contrastaba con la desolación que lo rodeaba, lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Sois vos, mi señor De Tornois? —preguntó al vislumbrar una silueta recortada entre las sombras.

—Sé cómo te sientes, Jean —dijo su preceptor a modo de respuesta—. Esto no conduce a nada y el círculo íntimo de la Orden hace tiempo que lo sabe. No podremos seguir así por mucho tiempo, en la tierra donde nuestro Señor Jesucristo vivió y fue crucificado.

—¿Y ahora a Jerusalén?

—No, mi buen Jean. Nosotros tenemos otra misión. La misión. Debemos cumplir con nuestro destino.

El joven no preguntó, y se limitó a suspirar con alivio. No tenía motivo para ello.

Capítulo 2

*Bangkok, tres meses antes de la canción de amor de Ongodia
noviembre de 2010*

Fue un viaje largo y accidentado. Largo, puesto que necesitó cerca de quince horas de vuelo para llegar al otro extremo del mundo; y accidentado, porque tuvo que salir de España de forma clandestina, con la policía pisándole los talones, después de que se dictara contra él una orden de busca y captura por asesinato, entre otros cargos.

De mediana edad, baja estatura y prominente barriga, salió del aeropuerto sudando a mares dentro de su arrugado traje de poliéster a causa del húmedo y asfixiante calor del trópico. Se registró en el Hotel Milenium Hilton, uno de los más lujosos de la ciudad, utilizando adrede su documentación original y una tarjeta de crédito a su nombre. Una vez el recepcionista le hubo tomado los datos, se hizo subir el equipaje a la habitación y, en contra de su habitual tacañería, le dio al botones una generosa propina en dólares americanos.

De vuelta al *hall*, deslizó otro billete de cien dólares en el bolsillo superior de la chaqueta del conserje, adornado con la *H* dorada de la casa, y le encargó que contratara a dos prostitutas para esa misma noche. De paso, reservó una mesa para cenar en el Thai Pavillion, el mejor restaurante del hotel. Sabía que la orden de detención dictada en España aún no se había convertido en internacional, y deseaba dejar un rastro que hasta el más inepto de los sabuesos de la policía pudiera seguir. Luego desaparecería y, con una nueva identidad, continuaría con la misión, su misión, la que le otorgaría el perdón de la Orden, la gracia de Dios, el Paraíso.

Salió a la calle, hizo una seña al maletero de la entrada para que le pidiera un taxi, y con gesto despectivo le dio otro billete de cien dólares. Nada más llegar el vehículo, de un llamativo color fucsia, el empleado le abrió la puerta con una obsequiosa reverencia.

—Al Rattanakosin —dijo el gordo español en su pésimo inglés, refiriéndose al barrio histórico de la ciudad. Acto seguido, mientras desenvolvía un caramelo, se acomodó en el asiento trasero y observó las calles bajo un cielo plomizo.

Tras un breve trayecto, el taxi frenó ante las esbeltas formas doradas del Wat Phra Kaen, el templo que forma parte del conjunto arquitectónico del Palacio Real, residencia formal de los reyes de Tailandia, Bhumibol y Sirikit. Sin regatear, para asombro del chófer, pagó la carrera que marcaba el taxímetro, y añadió de nuevo una más que generosa propina, y el conductor se apresuró a bajar del coche para abrirle la puerta.

El español lo detuvo con un ademán.

—Puedo yo solo, mono amarillo —gruñó.

Se alejó del vehículo para mezclarse con una marabunta de gentes de todas las nacionalidades que, en pantalón corto y cámara digital en ristre, cumplían la obligada visita turística. A codazos, adelantó a las columnas de visitantes capitaneados por guías locales portando en alto un banderín, y se adentró en el Parque Saranrom sin dirigir una sola mirada a sus hermosos jardines. Lo atravesó hasta salir por la parte opuesta del recinto, donde detuvo otro taxi, esta vez de brillante color lima.

—A Patpong —ordenó—. Al final de Silom Road.

Mientras arrancaba, el taxista echó un vistazo al espejo retrovisor. El sudoroso pasajero se había sumido en el silencio sin dejar de jugar con el envoltorio del caramelo.

—Tú ¿de qué país, de qué reino? —preguntó.

—España.

—Ah, España —cabeceó, satisfecho—. *Un, deux, trois, la Tour Eiffel...*

—Jodido capullo.

Tras media hora circulando entre el caótico tráfico de un día laborable en Bangkok, llegaron al punto de destino. En esta ocasión, el gordo español regateó, pagó la carrera con un arrugado puñado de *bahts* y, sin dejar propina, bajó del taxi.

Anduvo por varias calles. Nadie, ni tan siquiera el taxista que lo había traído, podría recordar la presencia de un individuo con un aspecto tan anodino en un barrio como Patpong, considerado uno de los mayores y más famosos burdeles de Asia. Maldiciendo el calor y el gentío, empapado por el continuo goteo de los aires acondicionados que plagaban las fachadas de los edificios, caminó entre rutilantes anuncios de neón, asediado por multitud de porteros que ponderaban la mercancía de sus locales: chicas jóvenes, incluso menores, que bailaban semidesnudas sobre las barras de los bares y que por unos pocos *bahts* los extranjeros podían hacer suyas.

Circuló un trecho entre enjambres de turistas masculinos hasta detenerse, resollando, frente a un edificio de oficinas de diseño impersonal. Aquella era la dirección. Entró en el inmueble y vio que no tenía ascensor. Gruñendo, se dirigió a la escalera con paso cansino. Entre jadeos, llegó al segundo piso y se detuvo ante la tercera puerta, donde pulsó un interfono mientras dirigía furtivas miradas a izquierda y derecha.

Al rato, sonó una voz metálica por el aparato.

—¿Sí?

—Soy el español —dijo—. A la hora en que quedamos.

—Ponga en la mirilla su pasaporte; el bueno, por favor. —La voz soltó unas risas—. Solo es una medida de precaución.

El hombre gordo colocó el documento abierto por la página donde constaba su filiación y fotografía reales. Al instante, las lentes de una cámara digital de alta resolución, instalada subrepticamente en el interfono, con un zumbido apenas perceptible, giraron hasta enfocar con nitidez la credencial. Una serie de instantáneas de los datos auténticos del visitante quedaron registradas en la tarjeta de memoria del

dispositivo. Era un seguro de vida dentro de su particular negocio y, en algunas ocasiones, la piedra de toque para una futura y rentable extorsión.

La puerta se abrió con un chasquido de cerrojos.

—Adelante, señor español, nada de nombres.

—Nada de nombres —dijo.

Se sorprendió al ver el rostro de la persona que le franqueaba la entrada. Se trataba de un hombre joven, no llegaba a la treintena, alto para ser oriental y con espaldas anchas. Vestía tejanos desgastados azul claro, zapatillas deportivas y una camiseta blanca con un anuncio de Shinga Beer, la cerveza del león, la más popular de Tailandia.

—No juzgue a la ligera —dijo el oriental al observar su expresión de asombro—. A pesar de mi edad, soy el mejor. Y también el más caro, por supuesto —agregó mientras daba la vuelta y se dirigía al interior del piso.

Fue tras él hasta llegar a una habitación de reducidas dimensiones con una mesa de despacho, dos sillas y un archivador pintado de gris. Una oficina vulgar y anónima.

El español tomó asiento, extrajo un grueso fajo de billetes de cien dólares y dijo:

—Esto es la mitad de lo acordado. A la entrega del documento, le pagaré el resto. Espero que lo que esté comprando valga la pena.

—No me ofenda —dijo el oriental con frialdad—. Usted está pagando por un soporte original de pasaporte español. Auténtico. Como el que le expedirían, si estuviera en su mano, en cualquier comisaría de policía española. Un pasaporte de última generación que incorpora un chip RFID.

—Explíquese.

—A diferencia de los pasaportes que incorporan códigos de barras, y que son leídos por un escáner, el RFID es detectado por un sistema de radiofrecuencia que comprueba la información que contiene. Yo me encargaré de volcar los datos que usted quiera en el chip, lo que lo hará indetectable en cualquier paso de fronteras.

—Solo quería asegurarme de que...

El oriental lo atajó con un seco ademán.

—Si lo desea, en la calle puede comprar un pasaporte a un yonqui por trescientos dólares. Uno de esos que hurtan a los turistas en los prostíbulos cuando se bajan los pantalones.

—No pretendía...

—Pues no hay más que hablar —zanjó el oriental mientras cogía el dinero y se lo guardaba en el bolsillo.

Como había dicho el falsificador, el documento en blanco era auténtico, y valía su peso en oro en el mercado clandestino. Tenía su origen en un funcionario de grado medio de la embajada española con debilidad por el juego; algo que, unido a una suerte adversa, lo habían colocado en una delicada situación con un violento tahúr local. Este le ofreció la posibilidad de saldar sus cuantiosas deudas escamoteando

algún pasaporte de la legación diplomática. La alternativa era pagar con cada dedo hasta cubrir la totalidad del compromiso. Desde esa fecha, el diplomático podía seguir contando con la totalidad de sus dedos, el tahúr vendía a buen precio los documentos, y el falsificador disponía de pasaportes veraces.

—¿Cuándo estará listo? —preguntó el español.

—En su momento —dijo el oriental—. Supongo que lo tendrá todo dispuesto para cambiar de aspecto. —El gordo asintió con un leve cabeceo—. Cuando lo haya hecho, se pondrá otra vez en contacto conmigo. Rellenaré el documento con los datos que usted me suministre, e insertaré su nueva imagen. Yo le daré la identidad que desee. Hasta ese día, no quiero tener ningún contacto con usted. —Y le indicó la salida.

Capítulo 3

Desierto sirio, tras la batalla de Arsur

La comitiva había viajado cerca de dos semanas bajo un sol abrasador de día y un frío glacial durante la noche, entre interminables alcores grises que emergían como islas en un mar de arena en tan inhóspita parte del mundo.

Eran tres jinetes seguidos por una reata de mulas que cargaba con la impedimenta. Por su aspecto y ropajes, nada delataba su condición de cruzados y, en especial, de monjes soldado —la espada autorizada y desnuda de Dios—. Recogidas las gualdrapas y los atavíos templarios, llevaban caballos enjaezados a la usanza árabe. Vestían camisolas de lino sobre el cuerpo para evitar el ardiente contacto con la cota de malla que les cubría el tronco y los muslos, y que alcanzaba altas temperaturas en aquellas latitudes. Por encima, para aliviar el calor, se cubrían con capas amplias y turbantes blancos de beduinos. Sin armas a la vista, podían pasar por simples viajeros en el camino a Damasco.

Hacía quince días que habían dejado atrás las huestes de Ricardo bajo el pretexto de una falsa herida de flecha sufrida por De Tornois en un hombro, que —según dijeron— requería la intervención de médicos sarracenos en Acre, ya que la Orden no disponía de cirujanos propios. Sin este subterfugio, no hubiera resultado creíble que el Comendador del Temple en Chipre y brillante soldado, Paul de Tornois, su sargento De Badoise y Maanaraf, oficial a cargo de un escuadrón de turcópulos y que sería la escolta del primero, abandonaran las fuerzas cristianas tras la rutilante victoria del llano de Arsur mientras estas se dirigían a la toma de Jerusalén, destino final de la cruzada. La empresa secreta que los ocupaba tenía una importancia y dimensiones muy superiores a la conquista de la ciudad de Jerusalén, aunque se tratase de la capital del reino.

—Mi señor De Tornois, hombres a caballo sobre el risco a poniente —susurró Jean sin apenas girar la cabeza.

—Llevan toda la mañana y parte de la tarde sobre nuestra pista —afirmó el templario, impertérrito—. Maanaraf los ha descubierto al amanecer. Debes estar más despierto, aprendiz —reprochó.

—Salteadores árabes —señaló lacónico el oficial turcópulo—. Son diez a lo sumo. Buscarán una posición ventajosa, se situarán con el sol a la espalda para que nos deslumbre, y antes del anochecer arremeterán contra nosotros.

—¿Si abandonamos las mulas y la impedimenta a su suerte podemos evitar el ataque? —preguntó De Tornois al curtido guerrero musulmán.

—No, *sidi* —contestó bajo la forma árabe de «señor»—. Quieren las mulas, pero también los caballos que montamos. Son unos magníficos ejemplares. —Acarició la

crin de su montura—. Además, tratarán de capturar vivo a alguno de nosotros, sobre todo les debe interesar el sargento De Badoise. Dada su juventud y belleza, obtendrían un buen puñado de monedas por él en el mercado de Damasco al venderlo como esclavo sexual para algún rico y obeso comerciante.

—Bien, entonces no habrá otra solución que combatir —dijo, mirando a su pupilo con sorna, quien estaba un tanto amoscado por el comentario del turcópolo en relación con su aspecto y al degradante fin al que lo hubieran destinado—. Aunque siempre deberás contemplar tal posibilidad como la más remota que hay que tener en cuenta —le advirtió su maestro. Y para obviar la guasa del comentario lascivo, sentenció—: La violencia es el último recurso del incompetente.

De súbito, el grupo de salteadores desapareció de la vista de los viajeros, y en su lugar dejó pequeñas nubecillas de polvo en la cresta que antes habían ocupado.

—Malo —dijo Maanaraf—. Se han dejado ver y no les importa una boñiga seca de dromedario.

—Saben que los hemos descubierto —dijo De Tornois, sin alterarse.

Los tres guerreros entrecruzaron una mirada.

—Disfrutan de la posición estratégica que buscaban. Saldrán tras esa duna, el ataque es inminente —indicó De Tornois con los ojos—. Maanaraf, echa mano de tu arco y dame la ballesta. Sargento, desmonta y ve a retaguardia con los animales. Es una orden. Ten firmes las bridas de los caballos y las mulas; perderlas en estos parajes tendría el mismo resultado que morir a manos de los salteadores.

El turcópolo refrenó su montura y de un salto puso pie en tierra. Se dirigió a una de las mulas y descolgó del arreo una ballesta de caballería, que hasta ese momento había permanecido oculta por una larga pieza de cuero. Cruzó la distancia que lo separaba del templario, que también había descabalgado, y le tendió el arma. Este la sopesó con dos manos, comprobó el estado de tensión del nervio y miró inquisitivo a Maanaraf.

—*Sidi*, la he montado y engrasado con sebo de vaca nada más romper las primeras luces del alba, cuando aún estabais dormido. Supuse que la necesitarías.

Bajo el bigote hirsuto, De Tornois sonrió complacido por la eficacia del guerrero árabe.

—Mi señor, la ballesta... el concilio... —dijo De Badoise, ajeno al vínculo entre los dos viejos soldados.

—Mi joven discípulo, sosiégate —atajó el caballero para tranquilizarlo sin perder de vista el frente por donde esperaba a los salteadores—. Sé, y lo sabemos todos pues no es un secreto, que el Concilio de Letrán proscribió su uso entre cristianos, bajo pena de excomunió. Sin embargo, se emplea.

—Mi señor De Tornois, disculpadme, tenéis razón. Prohibido salvo para acabar con un infiel —corrigió, atribulado.

—No es esa la cuestión, Jean, no te engañes. La Iglesia trató de suprimirla a instancias de la nobleza —dijo, a la vez que se preparaba para el combate que se

avecina— . Con semejante arma, un simple plebeyo, con somero entrenamiento, podría perforar la coraza del más noble, poderoso y equipado de los caballeros. — Hizo visera con la mano para observar la duna por donde preveía el ataque.

—Pero nuestra Santa Madre Iglesia lo condenó.

—Estás en lo cierto, Jean —concedió con flema, dado el inminente ataque—. Pero solo es malo porque está prohibido, no porque por naturaleza sea un arma diabólica o más perversa que cualquier otra forma de matar. La esencia de su veto radica en que subvierte el orden social. Un simple campesino que haya dejado de destripar terrones con su azada para servir en una hueste armada sería capaz de hendir primorosas y caras armaduras con un tosco trozo de madera rematado con una punta de acero desbastado —dijo mientras calibraba con ojo experto un dardo—. ¿Qué emplumado caballero a lomos de brioso corcel admitiría semejante desacato a su rango, tamaña osadía a su casta, por parte de un triste peón sin cuarteles de nobleza ni hidalguía? —acabó, sarcástico, toda vez que colocaba el virote sobre el carril del arma.

De repente, la horda surgió sobre la duna con una gran profusión de alaridos de guerra.

—¡Atento, Maanaraf! —exclamó—. Cien pies después de que yo mate al jefe, dispara —dijo, recordándole la distancia efectiva de ataque del arco, a pesar de la pericia del árabe.

Con un leve gruñido por la instrucción innecesaria, Maanaraf se dio por avisado. Tensó el arco y escogió el blanco.

Los jinetes, entre nubes de arena y con los alfanjes desenvainados en alto, se deslizaron al galope sobre el flanco de la duna para cargar contra los viajeros. Los capitaneaba un hombre alto y grueso, con un turbante esmeralda, que empuñaba una enjoyada cimitarra.

—¡A los de los costados! —ordenó De Tornois, sereno—. Yo ya tengo mi diana —dijo mientras apuntaba al capitán enemigo.

La saeta partió rauda. Atravesó el bruñido yelmo rematado en punta y se hundió con un chasquido en la frente del robusto hombre que acaudillaba el ataque. El resto de los asaltantes, privados de su mando, titubearon. Las voces de guerra cesaron al instante y fueron sustituidas por el galopar del resto de la partida y el silencio del desierto. Tras pagar un caro precio, sabían que no eran pacíficos viajeros, por ello aumentaron la velocidad de la acometida y guardaron alientos.

De Tornois no se molestó en recargar la ballesta. No había tiempo. Desenvainó su espada, que refulgió en la claridad del desierto, se puso el escudo en el brazo y quedó expectante al albur del resultado de las flechas de Maanaraf. El templario, como guerrero de raza con años de entrenamiento, casi deseaba la lid, aunque su moral cristiana lo proscribiera; en cierta forma, le apetecía el lance.

Maanaraf, provisto de un arco compuesto, con menor penetración y distancia de tiro real que la ballesta pero mucha mayor cadencia de disparo, preparó con

tranquilidad un dardo emplumado. Luego, a velocidad vertiginosa, lanzó la primera de las flechas. Uno de los jinetes que había cabalgado a los flancos del líder caído se desplomó con una flecha clavada en el corazón. En pocos segundos Maanaraf cargó de nuevo el arco. Un nuevo disparo, y otro hombre perdió montura y rodó moribundo por la arena, con el astil de una saeta que le sobresalía de la base del cuello entre burbujeo de sangre. Ante la pérdida de tres hombres, entre ellos su jefe y, por azar, su segundo al mando, el grupo de beduinos perdió el entusiasmo inicial, giró grupas y abandonó el ataque. El desierto era inmenso, y ya elegirían víctimas más fáciles en otro lugar, además de otro comandante más perspicaz y sensato que el que empezaba a pudrirse bajo el implacable sol de Siria.

—Lo ves, mi buen Jean, la ballesta salva vidas. En este caso, las nuestras y las de los bandidos que han huido. Vidas a la postre, y que por tanto merecen ser vividas, aunque sea en este mundo material del Diablo, que no de Dios —dijo De Tornois al tiempo que comprobaba con cautela que, en efecto, los jinetes habían decidido huir—. Aprendí su uso de mi maestro y yo te lo enseñaré a ti. —Acarició el arma—. Cuando seas caballero y tengas tu aprendiz, tú le enseñarás a usarla, y salvarás vidas.

De Badoise asintió triste, con nula convicción.

—Mira, Jean —dijo el templario al ver su desazón—, entiendo que te repugne matar; eso te honra. Pero cuando empuñes tus armas —lo miró a los ojos—, no pienses en la vida que vas a quitar, sino en las que evitarás que se pierdan.

El eco de ese consejo todavía resonaba en los pensamientos de Jean cuando, tres días después, entre polvo, sudor y hierro, llegaban a su destino. El monasterio se recortaba imponente en el claro de luna, agazapado entre paredes de roca viva. Deir Mar Musa, el inicio de la misión.

Se acercaron caminando al lado de los caballos a fin de darles descanso tras las duras jornadas, y el sonido de sus cascos contra el suelo despertó resonancias en los cañones de piedra. Al final de la escalinata de acceso, una figura encapuchada los esperaba con un candil en la mano. Por el rostro de Paul de Tornois cruzó una sonrisa cuando lo reconoció. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvieron juntos. Entregó la brida de su caballo a Jean y apresuró el paso para dirigirse a su encuentro.

—Mi señor De Tornois, Comendador de Chipre y hermano en Cristo —dijo el capellán mientras dejaba el fanal en tierra y besaba en ambas mejillas al guerrero templario.

—Padre Pascuale. —Se arrodilló—. Frente a ti solo soy un pobre peregrino que implora tu bendición y amparo.

El capellán lo hizo alzarse y se abrazaron.

—Olvida los protocolos, Paul. ¡Qué alegría tenerte por fin aquí! —exclamó el sacerdote sin formalidad alguna.

—¿Cuántos años hace que nos separamos, Pascuale? ¿Diez? —preguntó, con los ojos velados por la emoción.

—Once, Paul. Llevo diez aquí, y ocho como abad.

—El padre Pascuale y yo fuimos compañeros en el noviciado y amigos desde el primer instante, nada más cruzar la mirada —explicó De Tornois a sus exhaustos compañeros de viaje—. Cuando salimos, yo tomé la espada y él abrazó las órdenes sacerdotales. Montando el mismo caballo, ambos al servicio del Temple, él vela por nuestras almas; yo, por nuestros cuerpos. La dualidad que nos caracteriza.

—*Salaam aleikum* —saludó el clérigo al turcópolo, llevándose la mano derecha al corazón—. Me alegro de verte, Maanaraf. Las bendiciones de Alá sean contigo. Sin tu ayuda, hubiera sido imposible mantener la correspondencia con el Círculo Íntimo de la Orden.

—*Aleikum Salaam*, padre Pascuale —dijo, inclinando la cabeza—. Yo también siento dicha de volver a veros.

Jean de Badoise no pudo ocultar su sorpresa. Aunque se toleraba que no todos los auxiliares *turcopliers* se hubieran convertido al cristianismo para servir bajo la Beaussante del Temple, cuando menos existía el tácito acuerdo de mantener sus creencias en privado, sin hacer ostentación de su fe, y menos aún en presencia de un sacerdote templario.

Su gesto de estupor no pasó desapercibido al abad.

—¿Es este tu joven aprendiz? ¿El que me mencionaste en tu último mensaje? —dijo Pascuale. Conocía la respuesta y por eso lo había preguntado sin ambages.

—Sí, es Jean de Badoise, mi sargento y discípulo, al que amo como a un hijo.

El sacerdote lo miró con fijeza, estudiándolo. Sobre sus hombros iban a recaer serias responsabilidades. Tenían un cometido, y un secreto: El Legado. Debía estar seguro de a quién se iba a revelar, de quién asumiría tal honor y a la vez tan peligrosa tarea en futuros y decisivos años. Lo besó en ambas mejillas con fervor, como si se tratara de un hermano caballero consagrado, para aprobar así la elección de Paul de Tornois.

—Bien —dijo Pascuale—, no va a ser esta la única sorpresa que te depare la noche, joven De Badoise. —En aquel momento, un grupo de monjes surgió del interior del monasterio en silencio absoluto. Con una sonrisa, el clérigo palmeó el cuello de la yegua árabe de su camarada—. Después de un camino tan largo, nuestros hermanos de cuatro patas necesitarán agua, alimento y descanso. Confiad los caballos a los hermanos legos y seguidme, os lo ruego. Sé que vosotros también necesitáis un merecido reposo, pero antes debemos hablar largo y tendido. —Clavó la mirada en De Tornois—. La misión que debemos acometer no admite demora.

El templario asintió con seriedad repentina.

Una vez se hubieron alejado en la oscuridad de la noche la recua de mulas y los caballos, guiados por el callado grupo de frailes, Pascuale se llevó el dedo índice a los labios para pedir reserva. Se apartó de la puerta iluminada del monasterio por la que había salido y señaló un oculto sendero que rodeaba la base del promontorio. La comitiva, precedida farol en mano por el capellán, se adentró por el camino para

rodear los sólidos sillares del monasterio. Entre abrojos y espinos, disimulada en el muro, a duras penas se distinguía una oquedad que daba paso a una galería excavada en la propia montaña. Uno tras otro anduvieron por un corredor que se adentraba en el asiento pétreo de la abadía.

—Un último esfuerzo, hermanos —los animó Pascuale, señalando hacia la abrupta pendiente por la que ascendía el pasadizo—. *Deus lo vult* —susurró—, el servicio del alma también requiere esfuerzos. Pero no los más ímprobos, reconozco —apostilló, sardónico.

Entre jadeos, la comitiva ascendió por el pasillo empinado. Los pasos reverberaban entre las polvorientas paredes del túnel.

—Hemos llegado al final, hermanos —dijo al llegar al término de la galería—. Pero para ti, Jean, es solo el principio del cielo y del infierno. A partir de aquí, abandona toda esperanza.

Sonrió de forma enigmática al abrir una puerta en lo que parecía un muro ciego en el subterráneo. Tras franquearla, accedieron a una sala de proporciones descomunales.

—La capilla, hermanos míos, el templo de la verdad que a todos nos compete —dijo el abad, con un ademán que abarcó a todos los presentes. En un extremo de la sala vieron a un hombre cubierto de pintura hasta las cejas, encaramado en un andamio de madera a la luz de velones. Ajeno a lo que a su alrededor acontecía, pintaba imágenes. El abad exclamó con entusiasmo—: ¡Luz, más luz!

—¡Rolando del Porto! —dijo De Tornois al reconocer la hercúlea figura que se agazapaba en lo alto de los muros—. ¡Por fin los tres juntos de nuevo!

—¿Y quién si no, mi hermano en Cristo? —replicó el hombretón. Dejando inconclusa una aureolada figura, se volvió con una brocha tinta en rojo carmín entre los dedos. Luego, con agilidad felina, dio un brinco desde la parte superior de la tarima y aterrizó en el suelo.

—Veo que al fin te has decantado por los pinceles y has abandonado el servicio de las armas.

—Aunque el arte jamás embotó la lanza, mis tiempos de acero acabaron —suspiró el monje—. No obstante, mi querido Paul, estoy convencido de que aún te podría poner en serios aprietos espada en mano —dijo, abrazándolo con fuerza.

Rolando del Porto, el sublime iluminador.

Completamente calvo, con una barba negra que le llegaba a la mitad del pecho, alto y corpulento, superaba en una cabeza a Paul de Tornois. Espesas cejas sobre ojos oscuros, heredados de antepasados de su Florencia natal, y siempre dispuesto a la risa. Ingresó de niño junto a los otros dos en el noviciado. De Tornois siguió la senda del guerrero. Pascuale se decantó por el sacerdocio y, a la vez, por la medicina y el estudio de las plantas, y llegó a ser además un experto en la elaboración de reconfortantes licores espirituosos. Por su parte, Rolando, a pesar de su fortaleza física y sus probadas habilidades como combatiente, tenía unas dotes innatas para el

dibujo y la pintura. Experto miniaturista, sus atrevidas ilustraciones en códices y pergaminos le llevaron a realizar brillantes frescos en multitud de capillas que jalonaban el orbe conocido y que daban fe de su especial don por toda la cristiandad. La sensibilidad de un niño con un pincel, en el musculoso cuerpo de un guerrero.

—Vamos, Pascuale, agua fresca para Maanaraf, a quien el profeta Mahoma le veta el alcohol en el Corán —instó al sacerdote mientras saludaba al árabe con una inclinación de cabeza y la mano sobre el corazón—. Y vino especiado del que tú elaboras para nuestros hermanos. Libera el espíritu y es la mejor manera de examinar los frescos y entender lo que representan: conocer la esencia de El Legado y el alcance de nuestra misión —declaró, misterioso.

Unos monjes entraron en la nave por la parte más alejada del altar portando las libaciones.

—Ya estaba previsto, Rolando —dijo el abad—. Los días son tórridos en el desierto, pero las noches son tan gélidas como en nuestra Francia natal —recordó con añoranza.

Tras beber todos el cordial, salvo el guerrero musulmán, que tomó agua e hizo sus abluciones, Pascuale cogió una lamparilla de aceite y abrió paso hasta el altar central. Por el camino, a la vacilante luz del candil, sobre los muros pintados con vivos tonos se revelaban soldados con cota de malla, musulmanes y cristianos, todos ellos participando de un mismo mensaje de luz en una comunión de ideas y credos. Todos miraban hacia un único altar sin la obsesión de arrancarse la vida a golpe de mandoble y cimitarra.

—No podemos ni debemos mantenernos por la fuerza de las armas en Tierra Santa —dijo el abad. Se detuvo ante las pinturas—. Jerusalén es cuna de tres religiones, de tres culturas. Debemos coexistir y entendernos; no imponer la Palabra de Dios por la fuerza de los ejércitos. El Señor es Uno, y cada credo lo interpreta como le han enseñado.

Después de estas palabras, Pascuale continuó la marcha. Interrumpió sus pasos frente al altar. El aire allí era denso. La atmósfera se tornó extraña, incluso costaba respirar. Por el contrario, la titilante lámpara, como por ensalmo, adquirió un brillo e intensidad impropios del pobre combustible que la alimentaba. Ardiendo con un vigor inusitado, con la fuerza incontenible de la pasión, iluminó el mural en toda su extensión.

Aquella obra era distinta a todas cuantas habían visto: dos profetas la coronaban bajo la techumbre, y eran también dos las figuras centrales de la pared, María y su esposo José, padres de Jesús, bajo la representación del altar gobernado por una cruz en cuyo centro se apreciaba una corona de espinas. Cuatro evangelistas sostenían las escrituras, flanqueados por seis santos apóstoles.

En la sección inferior izquierda, esplendorosos en color y línea, casi con vida propia, aparecían cuatro apóstoles más, tres de ellos con luengas barbas canas que los diferenciaban del resto... Y del otro personaje, una mujer. En sus vientres, se veían

las cabezas de la que podría haber sido su prole: la descendencia de los apóstoles. Por encima del manto que a ella le cubría la cabeza, aparecía una deliberada «M» como blasón, como insignia.

«Catorce apóstoles en total, y uno de ellos, mujer...», se dijo De Badoise, sorprendido.

Era otra mujer, distinta a la madre de Jesucristo. Otra María, representada con dignidad en Deir Mar Musa, aunque denostada en Occidente por ser mujer y prostituta; relegada a un papel secundario por la Iglesia oficial, cuando en realidad estuvo más próxima que nadie al «Pescador de almas» desde que todo empezara en tierras de Galilea. María Magdalena, apóstol principal y compañera de Jesús de Nazaret, y en su vientre la que fue la sagrada descendencia de ambos. El más noble linaje, la sangre más preciosa que vieron los siglos. La *Sang Real*, para cuya defensa Hugo de Payens y otros siete caballeros constituyeron la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo en Jerusalén.

En los registros inferiores, gentes de distintas religiones y diferentes clases sociales en torno al mismo altar. Un ruego a la confraternización.

—Es herejía, maestro —balbuceó De Badoise, a la vista de la imagen.

—Es la verdad —dijo Rolando, posando una mano sobre el hombro del muchacho.

—Y la verdad, la diga quien la diga, viene de Dios, mi joven hermano —concluyó Pascuale.

Todos ellos se arrodillaron, salvo Maanaraf, quien permaneció de pie pero con los ojos cerrados y la mano en el pecho en señal de respeto. De grado obedecían ante algo que, sin estar físicamente presente, sí lo estaba en espíritu. Incluso un atónito De Badoise, poseído de una extraña y repentina exaltación, había hincado hinojos frente al altar que segundos antes consideró herético. No se detuvo a reflexionar, pero sus dudas se habían disipado. Lo que sucedía con dificultad y entre brumas, sería recordado con nitidez con el paso del tiempo por los presentes, como lo que en su día aconteció y así sería relatado.

El abad entregó un pesado mandoble a De Tornois.

—Esta es espada de virtud —declaró con solemnidad—, legada por el emperador Carlomagno para la defensa de la familia de Cristo, la cual a su vez es el sagrado linaje de Dios. ¡De Tornois! —gritó a voz en cuello, sin que su exclamación lograra ser absorbida por los muros recios de la capilla—. ¡Volveréis a Occidente, el Valle del Bovino os aguarda!

—Así será —acató el templario. Emocionado, se volvió hacia el pintor y, cambiándole el tratamiento por el impacto del mensaje, le preguntó—: ¿Y vos?

—Mi misión está en las lejanas tierras del sur —dijo Rolando—, en Lalibela, donde un conjunto monástico me espera para decorar templos trabajados en la piedra, bajo tierra.

—Mi fiel Paul —prosiguió el abad—, san Lorenzo fundó en el Valle del Bovino

lo que se ha convertido en un santuario irreductible. Allí será donde crearás un régimen secreto con los mejores hombres, las mentes más preclaras y los brazos más diestros que jamás vistieran el immaculado hábito blanco del Temple, que, con todos los medios y recursos de que la Orden dispone, tendrá como misión proteger la verdad y la familia de Dios, la estirpe del Cristo, y en su nombre, solo en su nombre, ¡vencerás!

—¿Cuál es su nombre, el sagrado nombre de la familia de nuestro Creador? — quiso saber De Tornois.

—Su nombre es de mujer, vive en Beziers, y sin saberlo es portadora de la naturaleza de El Legado —musitó el abad, agotado por la tensión.

—Su nombre —imploró el templario.

—Es virtud teologal. Es Charité.

Capítulo 4

Últimos días de otoño de 2010, Valle de Boí

Un vehículo de los Mossos d'Esquadra ascendía, puntual como siempre, por la revirada carretera hacia Boí. Se detuvo frente a las escalinatas de la iglesia de Sant Joan. El sargento Ramón Palau, tras sacar la llave del contacto, se recostó en el asiento unos segundos. Alicaído, suspiró mientras Alba, su compañera, se apeaba. Instantes más tarde, la imitó con aire cansino. El cielo aparecía moteado por amenazadores nubarrones.

Se pusieron las gorras reglamentarias y anduvieron unos pasos, hasta que oyeron el repique que anunciaba las diez de la mañana. Unos gorriones alzaron el vuelo. El sargento echó un vistazo al campanario. Luego, bajó la mirada hasta un pequeño teatro al aire libre que en ese momento era adecentado por el barrendero. El hombre elevó el escobajo a modo de saludo. Nadie en el pueblo era indiferente al uniforme desde que meses atrás el valle sufriera un salvaje episodio criminal.

Primero, fue el homicidio de una vecina del lugar, la anciana María Miró. Luego, mosén Jaume fue asesinado con la Santa Trinidad, un ritual del Medievo. A continuación, la fiebre sanguinaria se trasladó a Barcelona, donde un viejo profesor, Francesc Puigdevall, ya retirado de su ejercicio docente, fue martirizado con la horquilla, un método de tortura de la Edad Media. Después, tuvo lugar el suicidio de Pedrosa, un comisario corrupto de Barcelona.

El sargento Palau fue quien investigó aquellos sucesos y puso punto final a la pesadilla. Todo giró alrededor de un enigma, un secreto oculto a lo largo del tiempo en las entrañas del Valle de Boí, entre los barnices de su obra románica más emblemática: el pantocrátor de la iglesia de Sant Climent de Taüll, posiblemente censurado a principios del siglo xx. Y todo como consecuencia de la búsqueda milenaria de El Legado. De modo imprevisto, El Legado llegó a manos de Arnau Miró, quien llevaba veinte años fuera de España ejerciendo de empresario en Butiaba, un pequeño poblado de Uganda a orillas del lago Alberto. Se trataba de un pergamino legendario que señalaba a Arnau como miembro de la estirpe divina, descendiente del linaje de Cristo, aunque él jamás compartió esa creencia. No era más que una locura que solo dejaba tras de sí ríos de sangre y dolor.

Palau descubrió que Pedrosa, desde su cargo, servía a la Orden de la Divina Sepultura, una organización integrista católica que, bajo una red de miembros estructurados en una jerarquía —aspirantes, caballeros, cancilleres, priores y el Gran Canciller—, se erigían, en pleno siglo xxi, en soldados de Dios: la ira del Señor contra la herejía, en la milenaria cruzada que inició el papa Lucio III con el Santo Oficio, nueve siglos antes. La otrora Santa Inquisición ahora tomaba forma bajo esta

Orden, con un brazo armado al que llamaban la Mafia de Cristo, para el que alistaban a sicarios profesionales del crimen, a los que llamaban «sombras». Un complot internacional con tentáculos en todo el planeta y un claro objetivo: garantizar la solidez de los pilares de sus cánones y de los mismos cimientos de la civilización cristiana.

Sin embargo, en su interior, Palau sabía que el asunto no había terminado. La labor policial concluyó sin haber identificado a la cúpula de la siniestra organización, con un policía desaparecido y un abogado evadido de la justicia que se hallaba en paradero desconocido, Feliciano Marest, autor del asesinato de la señora María Miró.

Los agentes lo observaron sonrientes.

—¡Siempre me toca a mí! —protestó el barrendero—. ¡Lo dejan todo hecho un desastre! Mi trabajo es como «la gotera del convento», nunca acaba —apostilló, aludiendo a un dicho del valle sobre una filtración perpetua que, desde tiempos, inmemoriales había en la techumbre del monasterio de Lavaix y que jamás pudo repararse.

—Yo también fui al concierto —le susurró Alba.

—No sabía que te gustara el *jazz* —dijo Palau—. Eres muy joven, y es un estilo que no suele gustar a los de tu generación.

El barrendero detuvo su trabajo.

—¡En mis tiempos, las fiestas las celebrábamos tomando el rocío, y no así! —exclamó. Y al ver la cara del sargento, explicó—: De noche nos desnudábamos y corríamos hacia el prado. Allí nos echábamos en la hierba hasta que el rocío nos empapara. Aquello solía acabar... bueno, ya sabe.

Palau sacudió la cabeza y, seguido por su compañera, echó a andar hacia el bar, un local donde durante años, cada día a la misma hora, había tomado su café matinal servido por Carola, una mujer a la que jamás confesó sus sentimientos.

Al entrar, escuchó la voz de Andrea Motis en uno de los temas del concierto de anoche. Se le clavó en el corazón. *My one and only love*.

Rocío limpiaba una de las mesas.

—¿Lo de siempre, Ramón? —El sargento asintió mientras se acodaba en la barra—. ¿Y la joven agente?

—Un café con leche.

Palau hizo las presentaciones. Alba acababa de incorporarse a la dotación de Pont de Suert, que era su primer destino. Morena de pelo lacio, en su rostro destacaban los ojos oscuros, una mirada intensa y cautivadora.

Mientras Rocío cargaba la cafetera, los dos agentes tomaron asiento en los taburetes. En un extremo del local, la señora Enriqueta soltó la fregona para curiosear a la recién llegada. La mujer, que rondaba los sesenta, siempre vestía de negro, como en duelo permanente. Regordeta y de baja talla, su cara oronda le confería un aspecto afable. Desde que Carola se marchó del lugar, había sido contratada en la cafetería para diversas tareas que compaginaba con las de limpieza de las iglesias del valle,

donde los domingos ejercía de monaguillo.

El aroma del café recién molido se esparció por el local.

—Se te ve cansado —dijo Rocío, sirviéndole la taza.

Se miraron con intensidad. Ambos sabían que compartían el mismo amor callado y secreto por Carola.

—Esa no es la palabra exacta —dijo, circunspecto.

—¿Descorazonado entonces?

—Jamás hubiera imaginado que sentiría este vacío.

—Bueno, supongo que verla aquí cada mañana, aunque solo fuera para cruzar un saludo y tomar un café, alimentaba tu sentimiento. —Sonrió—. Los dos sabemos que es algo nuestro. —Le dio la espalda para pulsar una tecla en el equipo de música y subió el volumen. La voz de Silvia Pérez Cruz inundó el lugar. Se le humedecieron los ojos—. Se llama *Mi mejor canción*, y así era para nosotras. Nos transportaba a las dos: a mí hacia ella, pero a ella lejos de mí. —Inspiró hondo—. El verdadero amor es aquel que te hace sentir incompleto ante la ausencia del otro.

—¿Tienes noticias de ella?

—Nos enviamos *mails* a menudo, y también hablamos por el Skype. Me pasa recetas de platos ugandeses. Ya ves, lo que eran unos días de vacaciones, parece que se han convertido en un proyecto de vida. Y además tan lejos... ¡en Uganda!

Palau se mordió los labios y asintió con un cabeceo.

—Ramón —dijo Rocío—, ¿por qué sé yo lo que jamás te atreviste a contarle a Carola? ¿Por qué nunca se lo dijiste?

—Tampoco lo hiciste tú.

—Yo hubiera estado abocada al fracaso —replicó, consciente de que Carola no compartía su orientación sexual.

—También yo, y no me gustan las calabazas.

—Eso nunca lo sabrás.

A lo lejos se escuchó sonido de truenos.

Rocío se volvió hacia Alba.

—Ambos llevamos años enamorados en silencio de la misma mujer, ¡qué estupidez callarlo! No tengo por qué esconderme de nada ni de nadie.

—Lo que se hace en nombre del amor —dijo Alba, con suavidad— está más allá del bien y del mal.

Un relámpago iluminó el bar. La tormenta se acercaba. Enriqueta abandonó el local a toda prisa.

—Parece que va a llover —masculló el sargento.

—No cambies de tema, Ramón —dijo Rocío—. Tú y yo somos supervivientes. —Desvió la vista hacia los nubarrones que se acercaban—. No somos de esos que esperan a que deje de llover; tú y yo hemos aprendido a bailar bajo la lluvia.

El busca de Alba vibró.

—Te espero en el coche —dijo—, nos reclaman.

Al salir se cruzó con la señora Enriqueta. Llevaba un frasco en las manos. Fue hasta la barra y sirvió un par de vasos de un líquido de color grisáceo. Sonrió abiertamente.

—Es agua de serpiente, con hierba de San Juan. ¡Venga, bebed! —los acució—. Lo cura casi todo; también la melancolía.

Rocío y Ramón se miraron perplejos, este último con el asco pintado en los ojos. Ella soltó una risotada, cogió el vaso y lo apuró de un trago.

—Hazle caso —dijo—, Enriqueta sabe de esto. Sus ancestros conocían todos los secretos de las plantas.

El sargento se mostró reacio.

—Te lo aseguro, hijo —insistió la mujer—: Te encontrarás mucho mejor. La hierba de San Juan aleja los malos espíritus.

—Vale, pero ¿agua de serpiente?

—Sí, serpientes de Cöll.

—Es donde pasó la infancia —aclaró Rocío—, en lo alto de la garganta más angosta del valle. Hay muchas serpientes, y atraviesan el collado un par de veces al día. Cruzan el río cada mañana buscando el sol del alba, y al anochecer deshacen el camino en busca de los últimos rayos vespertinos. ¿No habías oído hablar del agua de serpiente como remedio para todo?

—Mi madre me contó que en Cöll nadie enfermó con la epidemia de gripe de 1916 —agregó Enriqueta—. En los otros pueblos del valle, fue devastadora. Esto lo cura todo, sana las dolencias físicas y las mentales. ¡Y levanta el ánimo!

Palau miró el vaso. Contuvo la respiración y se bebió el contenido. Para su sorpresa, no le desagradó el sabor.

—Verás cómo te sientes mejor —aseguró la mujer.

—Y de paso, este año no cogeré la gripe.

—Hijo, no te burles. —Se santiguó—. Esa epidemia... fue otro maleficio del más allá.

—Tonterías, un virus y punto.

—No, Ramón, no lo son. Te aseguro que a lo largo de los siglos han pasado cosas muy raras por estos parajes.

—Siempre ha habido cosas raras en el valle —dijo Rocío.

—Lo único raro del valle soy yo —bromeó Palau.

—Enriqueta, cuénteles lo del sepulcro del cuerpo santo.

La mujer los miró a ambos y luego explicó:

—En el barranco de Les Escalles hay la tumba de un fraile anónimo que hace siglos, como otros muchos clérigos del lugar, plantó cara y desobedeció a sus superiores. El monje repartía entre los pobres el dinero que le había dado el obispado para otros menesteres. Por ello, lo condenaron a muerte. Pero tras la ejecución, el pueblo, por su cuenta, lo canonizó. —Hizo una pausa—. Pasado un tiempo, las rocas cercanas comenzaron a sangrar. Sucedió al atardecer, antes de que las aguas del

embalse anegaran la tumba. Ni el ganado se atrevía a cruzar el barranco. Por eso, los pastores debían pasar la noche en alguna cueva, al amparo de santos y oraciones. El miedo los paralizaba y debían taparse ojos y oídos para no ver ni oír los resplandores y ecos del sepulcro.

Palau sonrió con disimulo. Dejó una moneda en la barra.

—¿Te ríes, hijo? Llegará el día en que el laurel reverdezca y el cuerpo del monje sangre de nuevo. Tú sabes que aquí pasan cosas extrañas... y de algunas de ellas no hace tanto. Pero pocas como las que ocurrieron en los primeros años del siglo pasado.

—¿A qué se refiere?

—El maligno vaga por estas montañas, y de vez en cuando entra en lucha con los ángeles del Señor. ¿Todavía no te has dado cuenta? Tú mismo has vivido sus consecuencias.

—Sí, claro —dijo el sargento, con ademán de marcharse.

—Aún no te has enterado de nada, ¡de nada! Todo ese famoso «caso Boí», lo de la pobre señora María, Dios la tenga en su gloria —dijo, santiguándose—, lo del mosén —se santiguó de nuevo—, el revuelo... Todo es consecuencia de lo mismo.

—¿Qué está intentando decirme? No me venga con monsergas. Todo eso ya es agua pasada.

—Ramón, hijo, parece mentira que seas policía. —Bajó la voz—. Esto no tiene fin. Es una batalla entre demonios y arcángeles que lleva siglos librándose. Todo es siempre lo mismo. Se remonta a tiempos muy lejanos y a lugares remotos, más allá del valle. Nada ha terminado, no. No cejarán...

Al sargento le picó la curiosidad.

—Dígame, ¿qué ocurrió en el valle durante esos años?

—Ahora quieres saberlo, ¿eh? —dijo la mujer—. Yo no lo viví, no soy tan vieja; pero mi madre me contó muchas cosas. Vinieron viajeros de lejos, de muy lejos. Franceses, italianos, de Barcelona, algunos incluso de las Américas. Todos buscaban lo mismo. Querían entender los motivos, responder a preguntas que no deberían plantearse jamás... Al Señor no le gusta que removamos el fango. Y luego vino la epidemia... No, nadie debería meterse en los asuntos de Dios. Su furia puede ser catastrófica. Mira lo que pasó en Castilló de Erill: un alud arrasó todo el pueblo, con su fortaleza y todas sus riquezas. O lo que pasó en Saraís... Mi madre me solía enseñar las ruinas desde Còll.

—Enriqueta, por Dios, basta ya —intervino Rocío.

—Hay cosas que es mejor no saber —insistió ella—. Hay preguntas que no deberían formularse, y aún menos responderse.

Se santiguó por enésima vez y se alejó de Ramón. Agarró la fregona y prosiguió con su tarea.

El sargento se acercó a la mujer.

—¿Qué le hace pensar que los motivos de los crímenes se remontan a tiempo atrás?

Ella lo miró nerviosa. Con un escalofrío, respondió:

—Hijo, ve con mucho cuidado. No me gusta lo que percibo. No... —Se interrumpió, echó un vistazo alrededor, y continuó—: El miedo no me deja hablar.

—Pues debería, si realmente cree que sabe algo que podría guardar relación con esos asesinatos.

—No puedo, hijo, no puedo —musitó, santiguándose de nuevo. Le entregó el frasco de agua de serpiente—. Toma. Y esto también. —Extrajo de su billetero la estampa de un santo y se la dio—. Es san Lorenzo, el santo que se venera en la iglesia de Sant Llorenç de Saraís. Llévala contigo durante el trayecto.

—¿El trayecto? ¿Qué trayecto?

—Si quieres saber más, ve a Saraís. Pero no te confundas: no a Pont de Saraís, sino al pueblo abandonado, el antiguo, que se halla en ruinas en lo alto de la montaña.

Palau parpadeó confundido.

—Ve con luz del mediodía —prosiguió la mujer—, y no te detengas durante el camino bajo ningún pretexto. No atiendas a nada ni a nadie durante el recorrido. Bebe agua de serpiente y luego besa la imagen de san Lorenzo. Cuando llegues al pueblo, espera frente a la iglesia en ruinas. Allí encontrarás respuestas.

Fuera, comenzó a llover con intensidad.

Capítulo 5

A miles de kilómetros de allí, en los arrabales de Bangkok, una delgada canoa de madera se deslizaba por las aguas limosas de uno de los muchos canales del Chao Praya que, como una tela de araña líquida, envuelven la capital de Tailandia. El piloto gobernaba la chalupa con precisos movimientos del motor fueraborda, que hacía las veces de timón. En su extremo, la hélice se hundía en las aguas sucias mientras impulsaba la embarcación.

La ocupaban dos hombres de aspecto muy distinto. Uno, el barquero, era un siamés de piel atezada y rostro chato, vestido con un polo mugriento que lucía un cocodrilo con las fauces abiertas. Había sido boxeador profesional, una estrella del *muay thai*, el boxeo tailandés, que había hecho rugir de emoción a los espectadores del Lumpini Stadium, la catedral del pugilismo de Bangkok. Sin haber alcanzado la treintena, era un juguete roto que trabajaba de sol a sol para el propietario del roñoso bote, transportando pasajeros más interesados en la discreción que en la comodidad, así como pequeñas cargas prohibidas que en el sudeste asiático se pagan con la horca. Todo a cambio de unos pocos *bahts*. El otro, el pasajero, era español. Había llegado a la ciudad dos días atrás y la piel de su grueso rostro ya tenía una peligrosa tonalidad rojiza. Pero no le importaba, iba en busca de una cara nueva.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó.

—Mucho calor, sí —dijo el barquero, sin entender nada.

—Malditos paganos —masculló el español, enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo arrugado.

El piloto siguió navegando con pericia entre el ingente tráfico del río, denso a cualquier hora del día. Rebasaron el mercado flotante, y luego se adentraron por un canal estrecho en el que escaseaban las construcciones. Cuando cayó la noche, disminuyó la velocidad hasta que el estrépito del motor se redujo a un tenue murmullo. Lo apagó a unas decenas de metros de su destino y la inercia de la lancha los llevó hasta chocar con suavidad contra un tosco embarcadero de madera oscura, al final del cual se levantaba una solitaria edificación cuya parte trasera parecía que iba a ser engullida por la jungla.

—Es aquí. Tú marcha, marcha. Yo no conocer tú, tú no conocer mí —dijo el barquero, haciendo aspavientos con una mano. Con la otra, depositó la maleta del blanco en el pantalán.

Sin mediar palabra, el gordo español le pagó el resto de la carrera clandestina y luego saltó al embarcadero, que crujió peligrosamente por su peso.

Apenas la canoa se hubo alejado, una figura se recortó en la penumbra del zaguán. El europeo se encaminó hacia ella.

—Señor Marest, pase por su propia voluntad a mi humilde casa y deje un poco de

la felicidad que trae consigo. Soy Julién Vuong, el doctor Julién Vuong —apostilló desde las sombras, mientras se inclinaba a modo de saludo, pero sin asomo de servilismo.

—Nada de nombres, doctor; para eso pago, y pago bien.

Alto y esbelto como un junco, el médico euroasiático, que debía de rondar los setenta, había heredado la elegancia y belleza de su madre, una hermosa prostituta del apasionante Saigón de entreguerras. De su padre, un excéntrico coronel de paracaidistas coloniales caído en la derrota del colonialismo francés en Dién-Bien-Phu, solo adquirió el nombre de pila y algo de dinero, que le costeó los estudios de medicina en la Sorbona. Un exceso de amor nada convencional hacia los niños, unido al placer del opio fumado, habían dado al traste con su brillante carrera como cirujano plástico en París, lo que lo condujo de regreso a sus orígenes en las cloacas de Asia.

—Por supuesto, señor: usted paga, usted manda. Sígame, por favor —dijo el médico. Se encogió de hombros y se dirigió con andares sinuosos al interior de la vivienda.

Cruzaron un largo pasillo en penumbra, solo rota por unas lamparillas de aceite que titilaban en la oscuridad, para desembocar en una amplia sala iluminada con luz eléctrica. En el centro había un viejo sillón de barbero y una mesa auxiliar en la que, sobre un paño verde, brillaban toda clase de instrumentos quirúrgicos y una bombona oxidada provista de una mascarilla de caucho negro. Un ventilador en el techo movía con pereza el aire de la estancia. A través de unos ventanales cubiertos con una mosquitera, se filtraba la continua cacofonía de la selva y el pútrido olor a descomposición del canal cercano, mezclado con el aroma dulzón del opio recién consumido.

—¿Este agujero infecto es el quirófano? —preguntó Marest con gesto preocupado.

—¿No esperaría usted la Clínica Mayo, en estas latitudes?

—Este cuchitril es repugnante. He pagado mucho por la operación.

—Es probable, pero en su situación no creo que pueda permitirse el hecho de ser exigente. ¿Le parece que empecemos cuanto antes con su nueva cara? A la vista de la actual, supone un reto incluso para mis probadas habilidades.

—Quiero este aspecto —dijo, tendiendo al cirujano una serie de fotografías—, esta fisonomía.

—Este rostro... —murmuró el médico mientras escrutaba una de las instantáneas. Se tomó su tiempo para estudiarlo con atención—. Tiene un aire distinguido, aristocrático, atractivo diría, incluso para mí, que me gustan mucho más jóvenes. Además, se trata de un príncipe de su iglesia. Supongo que por eso ha elegido a un cardenal, un purpurado, para ver si el milagro se produce y adquiere su aspecto.

Marest se maldijo a sí mismo, pero no disponía de otras fotos. Ahora no podía hacer nada. Más adelante ya habría tiempo para solucionar la torpeza, siempre con la ayuda de Dios.

—¿Comenzamos ya?

—Primero deberíamos hablar de mis honorarios...

—Recibió la mitad del dinero por transferencia y le di garantías sobre el resto, que recibirá una vez la operación finalice con éxito.

—Bien, pues será esta misma noche. Pero permítame documentarme antes, estudiar, aunque sea de forma somera, sus líneas de expresión, sus contornos, sus escasas posibilidades. Déjeme hacer mi trabajo y será otro. Cuando termine la intervención, permanecerá aquí, alojado en mi humilde casa, a fin de controlar las suturas y las posibles infecciones.

—Solo el tiempo estrictamente necesario —gruñó.

—Supongo que habrá seguido mis instrucciones: ocho horas en ayunas, el antiácido que le prescribí. —Marest asintió con la cabeza—. El broncoaspirado siempre es un molesto inconveniente en la anestesia general. No quiero encontrarme con un cadáver anónimo ahogado en su propio vómito. Repugnante. Las alimañas estarían encantadas, pero yo no cobraría el resto de mis honorarios. Trágico, ¿no le parece? Tómese una ducha y rasúrese a conciencia. Cuando despierte, tras la intervención, será un hombre nuevo y, por poco éxito que obtenga, seguro que mucho más guapo. Ahora le acompañaré a su cuarto. Haga lo que le he dicho; desnúdese por completo y póngase la bata que he dejado sobre la cama. —Le alargó un comprimido—. Tome, es un ansiolítico. Luego vuelva aquí. Tranquilo, usted no es mi tipo.

Una hora después, Marest, con cara de fastidio, regresó a la sala enfundado en una bata de seda china con llamativos motivos florales y zapatillas a juego.

—Lo siento —se disculpó el médico—, no tenía nada más masculino a mano.

Marest iba a protestar, pero descubrió que había dispuestos unos nuevos aparatos clínicos de impecable factura, incluso para un profano como él, y se mantuvo callado.

—Sáquese la bata y tiéndase. No se preocupe.

En silencio, se acomodó en el sillón de barbero. El tranquilizante que le había dado empezaba a surtir efecto.

—Le voy a poner una vía en el dorso de la mano —dijo Vuong. Desinfectó la zona con alcohol yodado y le introdujo en la vena un catéter Abocath del número dieciocho. Luego lo conectó al equipo de suero fisiológico y le administró dos miligramos de Midazolam endovenoso como parte de la preinducción anestésica.

La respiración de Marest se hizo más profunda.

—Relájese —dijo Vuong con tono profesional. Le colocó unos electrodos en el pecho, el manguito de presión en el brazo y el pulsioxímetro en el dedo índice de la mano.

Una vez monitorizado, examinó en la pantalla del aparato, un Dräger de última generación, los niveles de saturación de oxígeno, el latido cardíaco y la tensión arterial. Eran los correctos para un individuo de su peso y edad.

—Vamos a empezar —anunció—. Entrará en un estado de agradable sopor y se dormirá profundamente. Es lo normal.

Inició la inducción anestésica con atropina, fentanilo y propofol, este último en proporción de dos miligramos por kilo de peso. La medicación le produjo un sueño agradable, casi hipnótico. Pero en su inicio, al serle administrado con lentitud, el paciente entró en una fase de verborrea incontrolada y de desinhibición moral. En aquel estado, Marest se lanzó a una pormenorizada explicación, en tono distendido, sobre sus experiencias sexuales, de pago, el día de su llegada a Bangkok.

—Eran dos, Vuong, dos jovencitas vestidas de cuero... Preciosas. Me tenían que castigar por no haber asistido a misa. Había sido malo. Era mi penitencia...

—Por supuesto. Ahora trate de no moverse —dijo el médico bajo la mascarilla verde.

—Con látigos, me castigaban con látigos. Qué placer... Llevaba un corpiño rojo, y medias con ligueros...

Poco a poco, la incontinencia verbal del paciente fue disminuyendo hasta convertirse en un balbuceo confuso. Era el momento para proceder a su intubación y suministrarle por vía aérea sevoflurano vaporizado, el gas con el que iba a ser anestesiado. Sin embargo, Marest reinició su perorata de forma inesperada, aunque el contenido y tono de su discurso eran muy distintos. Vuong solo pudo captar pequeños retazos, confusos murmullos sobre sangre y odio, pero que bastaron para que los sentidos ancestrales del médico, los que había heredado de sus antepasados que habían poblado aquellas selvas, le indicaran que el Mal, con mayúsculas, se hallaba presente en la sala. Casi lo podía oler. Se arrastraba como una serpiente.

No quiso oír más. No quería saber más. Acabó de intubarlo, procedió a dormirlo y se concentró en su trabajo.

—Muy bien, no se ha presentado infección —dijo el médico días después, al retirar las gasas y vendajes de su rostro.

—¿Cuándo podré ver el resultado?

—Enseguida —dijo Vuong. Colocó un cigarrillo en una boquilla de marfil en la que se entrelazaban, con complicado diseño, dos dragones chinos enfrentados—. Ahora retiraremos los puntos de sutura y le podré presentar al nuevo Marest.

—Nada de nombres. ¡No sé cómo coño tengo que decírselo! —masculló el español, furibundo.

Sin hacer caso al exabrupto, Vuong encendió el pitillo con un Dupont de oro. Exhaló una bocanada de humo con satisfacción, sin evitar que inundara el semblante tumefacto e inflamado del paciente que estaba recostado en el sillón. Tomó unas pinzas y un bisturí, se colocó la boquilla entre los dientes, y asió con firmeza su rostro para, uno tras otro, retirarle los puntos de la cara. Sujetaba el extremo de la seda quirúrgica con la pinza mientras con la otra mano, la que empuñaba el escalpelo, cortaba el otro extremo, a la vez que estiraba de ella, para dejarla luego sobre la bandeja metálica. Canturreaba una vieja canción, *Ma petite tonquinoise*, una melodía pegadiza y dulce, recuerdo de la infancia, que su madre le cantaba en las horas libres que le dejaba su trabajo como meretriz en el burdel.

—Le he practicado una blefaroplastia —explicó—, con incisiones en párpados inferiores y superiores, seguida de una septoplastia para extraer parte del septo nasal, así como una incisión en la mucosa oral, con fractura del maxilar superior, a fin de modificar su perfil, entre otras cosas, coagulando además los puntos hemorrágicos mediante bisturí eléctrico.

Al terminar de retirar los últimos apósitos, el médico retrocedió unos pasos para contemplar su obra. El parecido era notable, y sonrió satisfecho. Aunque aquel cerdo no se lo merecía. Su sola presencia le resultaba incómoda, como la de un reptil. Le tendió un espejo.

—Tenga, Marest, observe.

El español observó la imagen que le devolvía la bruñida superficie. Era otro. El otro.

—Buen trabajo, Vuong —dijo. Se masajeó satisfecho el semblante—. Ha cumplido con creces su tarea.

El médico lo miró de frente y luego examinó su perfil. En efecto, era un hombre distinto. Solo en apariencia, pensó, tras haber atisbado la sordidez de su personalidad, su ruin manera de ser.

—Lástima que de cuello para abajo presente usted el mismo aspecto —comentó, con desdén. Tras perder el interés por su paciente, le dio la espalda para buscar un nuevo cigarrillo—. Ahora solo resta el pago de mi estipendio y nunca, nunca jamás, recordaré su cara actual ni su nombre, Marest...

No pudo acabar la frase. Recibió un golpe seco en la espalda, asestado con inusitada violencia. El indochino ni siquiera trató de darse la vuelta. Había subestimado a su huésped. Lo adivinó sin verlo, los síntomas eran evidentes. El bisturí le había traspasado el omoplato izquierdo, se había hundido en el corazón y le había perforado también el pulmón. Desde atrás, rompió hueso y cartílago y se deslizó entre las costillas. Un borbotón espeso y salado le anegó la boca. Se ahogaba en su propia sangre. Muerto antes de caer al suelo, arrastró consigo la bandeja del instrumental. Jeringas, trocares y pinzas tintinearón en los listones de teca que cubrían el suelo de la consulta.

—Te he dicho que nada de nombres, maldito invertido. El dinero lo cobrarás en el infierno, repugnante blasfemo.

Marest se arrodilló junto a la mancha oscura y pegajosa que brotaba del cuerpo de Vuong. Unió las palmas de las manos y, con la mirada extraviada, alzó su estrenado rostro para empezar a rezar con unción:

—Vuelvo a ser tu instrumento, Señor. *Exsurge Domine!*

Desde el fondo de las tinieblas de su corazón, algo oscuro, maligno, contestó la vieja fórmula inquisitorial: *Et judicam causam tuam.*

Capítulo 6

Béziers, verano del año del Señor de 1209

Nadie en la Orden lo pudo prever. Aquel rencor desatado, aquella virulencia, aquel ataque contra una creencia nueva y estimulante, heredera de druidas y trovadores. Como consecuencia, la hermosa ciudad del mediodía francés ardía por los cuatro costados. Era la primera vez, pero no sería la última.

Se abatió imparable sobre la villa una tropa siniestra y nutrida, con variopinta mezcla de peones y caballeros, monjes y prostitutas, mercenarios y *ribalds*, rufianes surgidos de la peor ralea de Europa en busca del pillaje. Rugía de odio y codicia, inflamada por los sermones de impíos sacerdotes al servicio de un Papa infame, a las órdenes de un rey, Felipe Augusto II, de Francia, henchido de arrogancia y mezquindad por ensanchar los confines de su reino a cualquier precio.

—¡La niña debe vivir! —exclamó Antoine—. ¡No puede morir! —insistió, lagrimeando por el humo de los incendios—. ¡En caso contrario, nuestro sacrificio habrá sido estéril! —cabeceó mientras pasaba el brazo sobre los hombros convulsos de la mujer que lo acompañaba y que, con mirada extraviada, parecía ausente al horror que acontecía a su alrededor.

—Pero ¿y las dos mayores, sus hermanas, dónde están? —preguntó Paul de Tornois, sujetando al bebé entre sus brazos revestidos de malla de acero y protegiéndolo con su capa.

—Degolladas... las dos. Mis hijas, mi sangre. —Antoine rompió a llorar y se dejó caer al suelo—. Lo he visto con mis propios ojos, frente a la iglesia de La Madeleine, donde se habían acogido a sagrado. No llegaban apenas a la cadera de sus verdugos, mi pobre Charlotte, mi pequeña Georgette... Acunaba una muñeca de trapo y no la soltó hasta que el cuchillo del sayón le abrió la garganta... Sin razón, sin piedad. Y no he podido hacer nada. ¡Nada! —explotó en un lamento desgarrado, mientras gruesas lágrimas abrían surcos en el denso hollín que le cubría las mejillas.

El joven Jean de Badoise, con la barba prematuramente cana, se apartó de las nerviosas monturas que asía por las riendas y lo ayudó a ponerse en pie. Antoine, el desconsolado cátaro, se deshizo con suavidad de su abrazo y, con un esfuerzo supremo, trató de recobrase del amargo trago.

—La pequeña no es hija mía —explicó a los dos templarios—. Nos la confiaron a mi esposa Therése y a mí nuestros hermanos, Les Bons Homes, cuando su madre, que llegó hace muchos años con su familia de Tierra Santa, murió. Fue al inicio de la invasión, cuando la Corte de Lucifer se estableció en Europa. Lleva el nombre de su verdadera madre, venerada entre los perfectos, aquellos que en su día nos la encomendaron, los mismos que decidieron otorgarnos el honor sagrado de su

custodia.

—Pero ¿ella es...? —preguntó, inquieto, De Tornois.

—Charité.

Sufrían una nueva cruzada, otra más, decretada por el papa Inocencio III. Esta vez no se trataba de recuperar los Santos Lugares, sino que era en aras del sosiego de la Iglesia romana, contra otros cristianos y en el mediodía francés. Un año antes, el hombre que ceñía la mitra papal en Roma, para oprobio de la fe, había decidido suprimir a sangre y fuego la llamada herejía cátara. «Combatid a los cátaros; son peores que los sarracenos. Quienes participen en la cruzada tienen asegurada la salvación eterna, el Reino de los Cielos», predicaban por toda Europa fanáticos monjes cistercienses en nombre del Papa.

La niña estalló en un llanto desesperado. Parecía que, pese a tener pocos meses, fuera consciente del peligro que corría.

Entre el crepitar del fuego y los gritos de impotencia de los que iban a ser asesinados, se elevaban al cielo los cánticos de los monjes alentando a tan infausta tropa: convocaban a los cruzados a la plegaria con el *tedeum*, un cántico de celebración y alabanza a Dios compuesto por los primeros cristianos.

Al oír la llamada a oración, los dos guerreros cruzaron miradas de honda desaprobación. Habían discutido sobre el objeto de su desazón en repetidas ocasiones, menos veces de las que habían hablado de tan descabellada posibilidad, aunque a todas luces necesaria, en el círculo íntimo de la Orden: el jaque definitivo al poder temporal de un Papa indigno que pervertía la cátedra de Pedro, el desafío a la autoridad espiritual que representaba, que hacía años que, en el más absoluto secreto, no podían ni querían reconocer. Frente a ello, la protección de El Legado, el impulso a su objetivo. Llevaría su tiempo, tal vez siglos.

—¡Templarios! —gritó borracho un cabecilla *ribald* que acababa de irrumpir, seguido por media docena de secuaces y un par de prostitutas, en la pequeña plazuela donde el pequeño grupo se creía a resguardo de la sanguinaria turba.

Jean de Badoise se colocó frente al grupo, mientras, con gesto decidido, desenvainaba la espada y embrazaba el escudo.

—Los paisanos y el crío deben ser conducidos a la plaza de la iglesia, donde a los tres se les rebanará el pescuezo —dijo el jefe *ribald*—. Son órdenes de Arnaud Amalric, abad de Citeaux y legado pontificio. Vosotros, más que nadie, le debéis obediencia —barbotó, sacudiendo la cabeza a fin de despejar los efectos del alcohol. Sujetaba a dos manos un hacha pesada de combate cuyo filo goteaba sangre sobre el empedrado.

Como muda respuesta, Paul de Tornois, sin dejar de mirar al recién llegado enemigo, devolvió de inmediato a Charité al cuidado de Antoine, descolgó la ballesta que pendía de la albarda de su montura, que había tenido la cautela de cargar, y se situó junto a su pupilo, mandoble en mano. Siempre dos.

Al ver la situación, el resto de los bandidos perdieron interés por las mujerzuelas

y se situaron alrededor de su jefe.

—¡A ellos! —aulló este al verse respaldado. Elevó el hacha por encima de su cabeza, y lanzó una terrible acometida sobre De Tornois, a quien tenía enfrente.

El templario, dada su pericia con la ballesta, no tuvo ni que encarar el arma. Disparó desde la cadera un dardo que se hundió en la garganta del hombre, truncando su grito de guerra en un gorgoteo sanguinolento.

A la vista del rápido final de su jefe, los hombres que lo flanqueaban, presos del estupor, detuvieron un instante el ataque. Fue su última y errónea decisión. Un destello de metal reflejó el tibio sol de la tarde. En un siseo que cortó el aire, ambos se desplomaron con el torso cruzado por el acero de los caballeros. Los dos soldados aprovecharon el desconcierto en la tropa ebria y se abatieron como un furioso vendaval sobre los cuatro esbirros que restaban, para acabar sin miramientos con la existencia de otros dos, con pecho y cuello hendidos por golpes de espada definitivos. Los restantes, al ver el resultado del breve encuentro con los monjes guerreros, recularon con lentitud hacia la boca del callejón por el que habían llegado.

—No deben escapar, Jean. Son un peligro para la niña —dijo De Tornois en árabe a fin de no alertar a los dos *ribalds*.

Los bandidos, que hablaban entre ellos una jerga parecida al francés, no entendieron una palabra; pero algo en la sombría mirada de los templarios los previno de sus intenciones. De común acuerdo, dieron la vuelta e iniciaron la huida. Cubiertos con partes de armaduras obsoletas y pesadas, producto de la rapiña, presentaron la espalda desguarnecida en una fuga en la que se movían con torpeza, dando tumbos por efecto del vino que habían trasegado a lo largo del día.

En dos zancadas, los templarios los alcanzaron. Para no estorbar a su compañero con tajos en arco en la angosta calleja, De Tornois, que iba más adelantado, hundió recta su espada a través de las costillas de uno de los rufianes. La violencia del golpe provocó que la punta del arma le asomara por el pecho.

—¡Tuyo el otro! —le indicó a De Badoise, quien ya saltaba por encima del cuerpo del caído.

El último *ribald*, dominado por el terror al saberse cerca de la muerte, volvió la cabeza para ver a sus perseguidores. El gesto, unido al alcohol, provocó que trastabillara sobre las piedras irregulares para caer de bruces con estrépito. Rápido y preciso, Jean le segó la cabeza del tronco.

Ambos guerreros se miraron jadeantes. En pocos minutos habían quitado siete vidas, y aún quedaba un penoso trabajo por hacer; arduo, pero necesario. Acortaron la distancia que les separaba de las prostitutas con las espadas en ristre.

—No, por favor, os lo suplico —dijo Antoine, con la voz quebrada al adivinar sus intenciones—. Basta de sangre, ya ha corrido demasiada.

—Es preciso hacerlo —replicó De Tornois, volviéndose hacia el cátaro—. La importancia de la misión lo requiere. Nos delatarían de inmediato y no...

La explicación le costó la vida. Una de las rameras, con rapidez fulgurante,

extrajo un cuchillo de carnicero de entre sus ropas y lo hundió en su abdomen hasta la empuñadura. No menos rápido, Jean de Badoise encadenó dos mandobles que acabaron con la vida de las mujeres.

—Maestro... yo os sacaré de aquí —dijo De Badoise, abrazando a su compañero caído. Agarró un trozo de lienzo blanco y trató de taponar la herida de la que no cesaba de manar sangre—. Necesitamos un físico que os atienda de inmediato, debéis curaros, mi señor De Tornois.

—Jean, dentro de poco habrá anochecido, no hay tiempo que perder. Sácalos por la ruta segura hasta la ribera del Orb, donde dejamos oculta la chalupa entre el cañizo. La niña, Charité, debe vivir —ordenó, con un hilo de voz.

—Pero vos, mi hermano... —se desesperó De Badoise.

—La herida es de muerte, Jean, los dos lo sabemos —atajó con un estertor agónico—. Ha sido un honor tenerte como discípulo, como amigo, como hermano. Serás un gran templario —dijo. Y murió.

Capítulo 7

A primeros de diciembre del año 2010, cargado con una maleta, subió por segunda vez desde su llegada a la ciudad los dos tramos de escaleras hasta el segundo piso. Resollando por el esfuerzo, llegó a la puerta y presionó el timbre del interfono. Consciente de lo distinto que era su aspecto, Marest colocó junto a su rostro el pasaporte original con su nombre, que certificaba la existencia de una orden internacional de busca y captura por asesinato. Al otro lado, se oyeron unos pasos que se acercaban hasta detenerse.

—Señor español —dijo el falsificador al relacionar la nueva cara con su identidad. Abrió la puerta—. Adelante.

Con una fugaz mirada a izquierda y derecha, Marest se apresuró a entrar. El indochino lo observó con atención.

—Le han hecho un buen trabajo —señaló, cabeceando con aprobación. Vio su maleta—. Viene usted cargado, señor...

—Moro, Tomás Moro. Es el nombre que quiero que haga constar en mi nuevo pasaporte.

—Ningún problema, señor Moro. Lo introduciré en unos instantes, junto con el resto de sus datos —dijo el tailandés—. El nombre de un mártir y santo católico, unido a la faz de un príncipe de la Iglesia de Roma —añadió al reconocer los rasgos de un televisivo cardenal.

—Es un nombre como otro cualquiera. Límitese a introducir los datos, que para eso le pago —dijo Marest. Le tendió una hoja con anotaciones y un sobre con el resto del dinero.

—¿Un nombre como otro cualquiera? —El falsificador se guardó el sobre y empezó a teclear los datos en una plantilla de ordenador. Luego, situó a Marest ante un fondo neutro para realizar las fotografías—. A mí no me lo parece.

—Uno cualquiera, al azar —gruñó el español.

—Le aconsejo que cambie esa expresión de enfado si no quiere salir con un gesto tan sospechoso.

Marest esbozó una rígida sonrisa.

—Así está mejor. Ahora no se mueva, que le voy a sacar varias fotografías —le ordenó—. Como le decía, señor Moro, se trata de un santo muy particular. Me gusta la Historia, y sé que durante su largo período como Lord Canciller del Reino, bajo el reinado de Enrique VIII, ordenó la muerte de varias personas en la hoguera. Por herejes. Es un hecho, además de una verdad incómoda, que la Iglesia romana acordó obviar cuando, en el siglo XIX, decidió elevar al autor de *Utopía* a los altares.

—¿Ha terminado ya? —inquirió Marest.

—Por lo visto, el olor a carne quemada se disipó con el viento y no llegó hasta Roma —agregó, dándose la vuelta para incluir la foto en el pasaporte.

—Le preguntaba si ya lo ha completado —insistió.

—Sí, claro —dijo el indochino, comprobando a la luz del monzón la calidad del acabado.

Fueron sus últimas palabras. Sujetando la maleta con ambas manos, Marest dio un violento giro de cintura y la estrelló contra su mandíbula, lo cual lo dejó inconsciente. Acto seguido, la abrió y extrajo un par de guantes de goma y un hacha. Con los guantes puestos, agarró al indochino por el cuello de la camisa y lo arrastró hasta el baño. Una vez allí, lo introdujo en la bañera y esperó a que el indochino empezara a recobrar el conocimiento.

Marest aproximó su rostro de prelado.

—¿Estás despierto ya? —preguntó—. Quiero que estés consciente, tú que tanto sabes de la vida y obra de los santos.

Lo agarró por el pelo y le colocó el cuello en el borde de la bañera. A continuación, descargó un golpe con el hacha que le separó la cabeza del cuerpo. Con dos golpes más, se cobró las manos e introdujo las partes seccionadas en la maleta.

Desenvolvió un caramelo, se lo introdujo en la boca, lanzó el papel al suelo y, con el macabro cargamento, abandonó el apartamento.

Al otro lado del planeta, la reunión estaba a punto de empezar. Los presentes habían sido convocados a media mañana en la sala de siempre. Amplia y austera, esta tenía un aspecto misterioso debido a la leve luz que se filtraba a través de los cortinajes. En el centro, había una larga mesa de madera maciza con varias sillas de respaldos torneados repartidas en derredor, ocupadas en su casi totalidad. En lo alto de una de las paredes, colgaba una cruz papal junto a un crucifijo.

A la estancia se accedía por un portón color hueso, decorado con el medio relieve de tallas de santos. En aquel instante, se abrió y dio paso a dos hombres.

—*Exsurge Domine* —dijo el prior, solemne.

—*Et judica causam tuam* —respondieron los presentes al unísono. Desviaron la mirada hacia el nuevo caballero, que todos intuían como sustituto del prófugo Feliciano Marest.

El prior se dirigió hacia la cabecera de la mesa, seguido de cerca por su acompañante, que llevaba un portafolio.

—Señores cancilleres, les presento a monseñor Collvinent, caballero de la Orden, aspirante a canciller, quien cuenta con mi entera confianza. Los he citado para cerrar el proceso de Boí de manera determinante y definitiva.

Collvinent, hombre corpulento de media estatura, con mirada gélida e impersonal, era conocido por algunos de los presentes solo por unos oscuros rumores que circulaban sobre él. De carácter desabrido y sin escrúpulos, había dejado su implacable huella en distintas partes del planeta. Se consideraba a sí mismo «el martillo de Dios». Formado en Roma, a caballo entre la vida monástica y el hampa,

su acento aún tenía dejes italianos.

Asintieron con la cabeza. Los más próximos, que pudieron observar su frente perlada de sudor pese a la fría temperatura, dedujeron que estaba excitado ante la perspectiva de entrar cuanto antes en acción, ansioso por convertirse otra vez en el brazo armado de Dios.

—Señor, ¿quiere que abramos las ventanas?

Collvinent le dedicó una mirada fulminante.

—Imposible —se apresuró a puntualizar el secretario—. Les recuerdo que esta es una reunión secreta.

—Bienvenido —dijo uno de los presentes. E indagó—: ¿Monseñor?

El prior intervino en su defensa.

—Sí, aunque hace unos años tuvo que dejar los hábitos. Es una historia larga e injusta que no viene a cuento. Pero no por ello perdió su merecido tratamiento, y menos entre nosotros. Hoy ocupa destacados cargos de dirección en varias empresas.

A uno de los reunidos le vino a la memoria uno de aquellos rumores que circulaban sobre Collvinent y palideció de golpe. Después de una breve etapa en Bélgica, tuvo que dejar el sacerdocio tras ser imputado por torturar y violar a un menor aspirante a seminarista.

El prior indicó al recién llegado que tomara asiento a su lado, y luego él hizo otro tanto. Entonces, prosiguió:

—Por indicación expresa de las más altas instancias, monseñor Collvinent toma las riendas del proceso. Gracias a su reciente intervención, las aguas turbulentas por las que hemos tenido que navegar durante estas últimas semanas se han calmado. —El aludido agradeció con un gesto seco sus palabras—. Ahora, él mismo les expondrá el estado de la cuestión, y les resumirá los consejos que desea transmitirnos el Gran Canciller a fin de que podamos consensuar la mejor estrategia para cerrar a la mayor brevedad tan desagradable asunto.

Antes de tomar la palabra, Collvinent extrajo un pañuelo de su bolsillo y se enjugó el rostro. Acto seguido, sacó unos documentos del portafolio y los dispuso sobre la mesa.

—Caballeros, el Gran Canciller desea, como les ha avanzado el prior, cerrar cuanto antes y para siempre este lamentable episodio. El caso Boí tuvo demasiada repercusión mediática, por lo que, en primer lugar, se impone la máxima discreción por parte de todos. Yo, personalmente, coordinaré las tareas de esta nueva cruzada; les avanzo que para ello contaré con personas de mi total confianza, pues deberemos abrir fuego simultáneo en varios frentes.

Una expresión de asombro recorrió la sala.

—¿Varios? —interpeló uno de los presentes.

—Es nuestro deber —afirmó, tajante—. Como soldados de Cristo, obligados a sacrificarnos por la Verdad, se nos presentan varios objetivos simultáneos en nuestro deseo de acabar para siempre con este penoso capítulo. El primero ya lo conocen:

hemos destinado a nuestros agentes, aquí y en el exterior, a la búsqueda de Feliciano Marest, en paradero desconocido desde que se evadió del acoso policial tras el caso Boí.

—¿Marest? ¿Por qué malgastar tiempo y recursos con ese incompetente? ¿No está ya fuera del circuito?

—En absoluto. —Contrajo las mandíbulas en un gesto de rabia—. Hay evidencias de que pretende iniciar una guerra por su cuenta.

—¿Qué tipo de evidencias?

—Sabemos que el *jet* en el que huyó de Barcelona realizó una escala en Estambul y luego lo llevó a Bangkok. Según la información que nos transmitió uno de nuestros agentes, allí le esperaba alguien. —Les mostró unas fotografías con Marest saludando a un hombre de raza oriental en la terminal del aeropuerto.

—¿Conocemos a ese tipo?

—No, aunque sabemos que gracias a él, allí mismo, en Bhumibol, se le perdió la pista.

—¿Y ahora? —quiso saber otro de los presentes.

—Le pisamos los talones. Esperamos tener resultados pronto, pero no podemos contar con la Interpol. Marest es un hombre fuera de nuestro control, que además cuenta con demasiada información, ¿me entienden? —inquirió con rudeza—. Le conozco, y no cejará en su empeño. Está obsesionado por hacerse con el pergamino que desencadenó el caso Boí, y hará lo que sea para obtenerlo. Sabe que, con el documento en su poder, será más fuerte. Pero mientras él está en Bangkok, el pergamino se halla en Uganda, en poder de Arnau Miró.

—¿Cree que Marest viajará hasta Uganda?

—Tal vez, pero no de manera inmediata. En estos momentos no pasaría el control policial en ningún aeropuerto.

—Quizá sí. Las aduanas en esas latitudes no son fiables.

—Sea como sea, si no puede abandonar Tailandia, seguro que enviará a algún emisario a África para que le haga el trabajo. —Hizo una pausa antes de proseguir—. El pergamino es más valioso ahora que nunca. En una entrevista a los medios, el abogado de Miró insinuó que, de sucederle algo a su cliente, lo sacaría a la luz. Por el momento, ha prometido mantenerlo escondido a cambio de un pacto de no beligerancia. ¿Comprenden el peligro que entraña Marest fuera de nuestro control?

El prior lo interrumpió.

—Pero caballeros, ¿qué valor tiene la palabra de un abogado? —espetó, sarcástico—. Es que no solo es Marest. ¿Cómo podemos descansar tranquilos sabiendo que un documento tan trascendente se halla en manos de un individuo como el señor Arnau Miró? Es un riesgo inaceptable. Y no solo eso. Aun oculto, es pública ya la existencia de un pergamino cuyo contenido podría comprometer serios postulados de la Iglesia. Nuestros enemigos, la prensa, algunas facciones heréticas del cristianismo... están todos al acecho. No tardarán en convencer al señor Arnau; es

débil, no soportará tanto revuelo. Debemos adelantarnos a nuestros adversarios, ir un paso por delante de ellos.

Collvinent tomó de nuevo la palabra.

—En efecto, Eminencia. Coincido en que no podemos dejar tan crucial documento en manos de un individuo como el señor Miró. Jamás estaríamos seguros. Y esto nos lleva al segundo objetivo: el pergamino debe llegar a nuestras manos cuanto antes.

Uno de los presentes negó con la cabeza.

—Solo es un documento del Medievo que no sostiene nada más que la interpretación equivocada, una mentira deliberada y contumaz de quien lo realizó. Solo demuestra que en la Edad Media hubo cristianos imbuidos por el error y la sinrazón. ¿Por qué obcecarse otra vez por hacerse con él? ¡Miren a qué nos ha llevado todo esto! Además, si la teoría de la sangre de Cristo fuera cierta, ¿han hecho un cálculo de la cantidad ingente de personas que podrían formar parte de la estirpe divina tras dos mil años? ¡Hablamos de más de ochenta generaciones, cuyas descendencias se abren como un racimo!

El prior le dirigió una mirada furibunda.

—Caballero, me appena oír sus palabras. Este pergamino traza una línea dinástica que compromete nuestra fe. ¿Dónde está ahora mismo su compromiso con la Orden? No debemos discutir los mandatos superiores; debemos asumirlos y ejecutarlos con sacrificio y disciplina.

—¿Disciplina? —replicó—. ¿Aunque se trate de obedecer ciegamente otro despropósito como el de hace unos meses?

Collvinent se levantó de golpe.

—Sí —dijo, autoritario. Y recitó—: «Disciplina, nunca bien definida ni comprendida. Que no encierra mérito cuando la condición de mando es grata y llevadera. Que reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que nos mandan, cuando el corazón pugna en levantarse en rebeldía, o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción de mando». Suscribo esta definición de don Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España por la Gracia de Dios.

Sus palabras provocaron una mezcla de complicidad y estupor entre los presentes.

Sin inmutarse, Collvinent tomó de nuevo asiento y continuó:

—La fe no puede convivir con amenazas heréticas. Caballeros, he aquí nuestra nueva misión: es deseo del Gran Canciller hacerse a la mayor brevedad con el pergamino de Arnau Miró, con Feliciano Marest y, sin titubeos, con cualquier persona que de manera activa se cruce en este difícil camino. A tales efectos, se ha confeccionado esta lista —dijo, y entregó a los reunidos una relación de nombres—. En concreto, son seis, exactamente seis, la cifra imperfecta, el número del maligno.

—Monseñor —dijo el primero que la leyó—, esta vez no podemos errar con las sombras. ¿Es consciente de ello?

Collvinent asintió con una sonrisa cínica.

—Por supuesto. Les aseguro que he elegido el mejor brazo ejecutor. Marest y Pedrosa fueron la vergüenza de la Orden. Cuento con la sombra perfecta.

A medida que leían los nombres de los sentenciados, pronunciaron uno tras otro:

—*Exsurge Domine.*

Capítulo 8

Año del Señor de 1250, Valle del Bovino, Pirineo central

La espesura devolvía amortiguado el eco de los cascos de los caballos.

—¿Queda mucho, mamá?

—No, cariño, no queda nada —dijo Charité, acariciando el cabello rubio de la niña—. Desde aquí ya veo el viejo roble, el que señala desde tiempos inmemoriales el acceso al lugar, donde hoy hay un monasterio. Casi hemos llegado.

—¿Y por qué hemos hecho este viaje tan largo? —preguntó.

—¿Tan largo? —inquirió la mujer vestida de negro. Usaba este color para su vestimenta desde la muerte de Jean de Badoise, que agonizó en su regazo, atravesado por una lanza que estaba destinada a matarla a ella y en cuya trayectoria él se interpuso deliberadamente—. Mi pequeña Charité —le dijo a su hija, que llevaba su mismo nombre—, no es largo ni corto. Es el que es, y así será siempre. Tu padre, Jean de Badoise, me trajo a estas orillas que bañan Lavaix. Aquí, al resguardo de miradas extrañas, protegidos ambos por su infalible brazo de acero, fuimos felices; tanto, que me pidió ser enterrado en este lugar —acabó la mujer, con la voz quebrada.

—Hemos llegado, mi señora —dijo Georges de Abadía, el caballero templario de immaculado manto que comandaba siempre, por derecho y decisión propia, la escolta asignada a la mujer y la niña. Había perdido a su maestro Jean de Badoise y nunca se lo perdonaría, pero jamás les ocurriría lo mismo a ninguna de ellas dos. Nunca. Antes moriría él mil veces.

No era una misión de rutina, pero tampoco era acorde al alto cargo que el guerrero templario tenía asignado en el seno de la Orden. Pese a su juventud, fue nombrado comendador del Temple para el valle poco tiempo después de la muerte de su preceptor. Elegido sobre el terreno, y por orden de la casa madre en París, se ratificó la decisión gracias a los informes enviados en secreto por su mentor a lo largo de los años, durante los que vivió, amó y sirvió a la causa de la Sangre Real.

Entre los abedules y las piedras del monasterio, reposaba el cuerpo de su preceptor, una leyenda en la Orden: Jean de Badoise. Y en la mente de la mujer vestida de negro, solo una palabra: Jean. El grito mudo de su alma.

De un salto, y antes del acceso al camino enlosado que conducía al monasterio, Georges puso pie en tierra. Con ternura, cogió a la niña por la cintura para ayudarla a desmontar.

—Aquí haréis guardia vosotros dos —señaló a los más avezados—; los demás rodearéis el perímetro hasta nuestro regreso —ordenó De Abadía al resto de barbados caballeros consagrados a la causa.

—Señor —acataron todos, elevando las viseras de sus cascos en gesto de

obediencia.

Caminaron los tres bajo una bóveda natural de árboles con las ramas entrecruzadas. El suave susurro de hojas movidas por el viento se hacía uno con los pasos de la pequeña comitiva.

El monasterio se erigía, sobrio, entre la espesura. Una espadaña de cinco campanas se alzaba sobre el techo inclinado, y por encima de ella lucía una cruz de hierro forjado de ocho brazos unidos por arcos alveolados. Franquearon una arcada de piedra, la que se abría al bosque y daba acceso al convento. Era antigua, más que el monasterio. Data de fechas pretéritas en las que los druidas veneraban a los árboles y los trovadores cantaban al amor verdadero.

Apenas el reducido grupo hubo cruzado el portal, un fraile recio y nervudo les salió al paso como por arte de magia.

—¡Amiel! —exclamó la niña, iniciando una rápida carrera hacia el fraile.

—¡Pequeña Charité!

El hombre la cogió entre sus brazos y la elevó al cielo, de donde venía.

Amiel Aicart, descendiente de druidas y trovadores, era hijo del Languedoc. Nacido de una familia de leñadores, pasó de niño a hombre con un hacha entre las manos para talar árboles. Sostenía que, entre murmullos de hojas y crujir de ramas, estos lloraban cuando los cortaba; entonces, afligido, les hablaba para implorarles perdón, para contarles que era una obligación impuesta por su padre. A la vista de sus arcanas y probadas habilidades, que solo Les Bons Hommes alcanzaban a entender, fue de inmediato reclutado por ellos, para quienes al cabo de los años acabó ejerciendo como sanador gracias a su sabiduría acerca de los secretos de las plantas. Ordenado como perfecto en la fortaleza de Montsegur, se le encomendó vivir y huir junto a Hug Poiteví y Charité, la madre de la niña, a fin de mantener a salvo El Legado. Él y Charité lo lograron, pero Hug dio su vida entre torturas.

Dejó a la chiquilla en el suelo y se volvió hacia la mujer.

—Charité, mi hermana —dijo. Y la abrazó corazón con corazón.

De Abadía se llevó una mano al pecho y se inclinó.

—Mi señor abad —saludó con respeto.

—Georges, déjate de fórmulas de cortesía, hombre, que ahora no nos oye nadie. Soy Amiel, cátaros y perfectos —susurró, como si de un secreto se tratara, mientras lo rodeaba con los brazos—. Lo de abad es subterfugio impuesto por seguridad. La que marca el Temple y acato. No queremos que nuestra madera se torne mármol, y la sencillez que amamos, boato.

—Claro, Amiel —dijo el templario, un tanto envarado.

—Georges, Georges —cabeceó divertido el cátaros—, a mí no me engañas con atribuciones extraordinarias y altos cometidos. Te conozco bien. Recuerda que tu maestro Jean y yo éramos ya amigos cuando tú eras un cachorro revoltoso que él se desesperaba en entrenar. Dudo mucho que ningún novicio ni sargento del Temple acumulara mayor número de castigos por mes.—Se rascó el mentón—. ¡Qué digo

mes! ¡Por día!

—Siempre me puedes —rió el templario, sin protocolos.

—Recuerdo una vez que tú... con una campesina del valle que tenía dos enormes... dos enormes...

—No sé de qué hablas —lo cortó, rojo como la grana.

—De acuerdo, dejémoslo aquí —suspiró Amiel—. Pero os tengo que decir, y es mi obligación, que hemos elaborado una deliciosa cerveza tostada, negra como la noche, que me veo en la imperiosa necesidad de probar con algún monje guerrero, sediento por una cabalgada desde el Castillo de Erill. —Observó a Georges—. Y no miro a nadie.

—Decididamente, me puedes —concluyó De Abadía.

—Y a esta niña tan bonita —desvió la vista para fijarla en los ojos verdes de la chiquilla—, le daremos a beber un poco de la rubia suave que aún no ha entrado en toneles, para que crezca fuerte como su padre y hermosa como su madre.

La pequeña palmoteó en el aire, encantada con la idea.

—Charité —le dijo a la mujer—, te dejamos, aunque no estarás sola. Ya conoces el camino. Sigue la senda que lleva a Montiberri y, al pie de la Roca de la Sabina, saluda a mi amigo, el que reposa bajo los árboles. Y recuerda: «Evita las cuevas, pues en las pozas hay tenebrosa tiniebla, en las grutas hay monstruos aullando, y...».

Charité le interrumpió:

—«... y así el infierno se nos dibuja en el pensamiento».

Asintiendo, anduvo por un sendero que rodeaba la edificación principal hasta un puente que cruzaba el río. Luego, siguió la ruta que el monje le había recordado hasta que llegó al lugar: un claro entre la maleza con dos sepulcros. Uno, vacío, era el que ella había decidido que en su día la acogería. El otro, contenía el cuerpo del bravo guerrero, al que había amado tanto y tan poco tiempo, con la intensidad de lo clandestino.

Tomó asiento sobre la fría piedra del túmulo.

—Jean —dijo—, me salvaste la vida en Beziers, cuando yo era un bebé y tú ya un templario conocido. De nuevo, cuarenta años después, me arrancaste de las garras de la muerte a manos de la Inquisición. A la postre, y ya en la seguridad del valle, me prometiste que me amarías por toda la eternidad.

Silencio. Pero los bosques y el viento le trajeron sonidos.

—Yo te pregunté cómo definir la eternidad.

De nuevo el silencio, y un murmullo de hojas.

—«Mirad, mi hermosa señora», me dijiste mientras lanzabas miradas sobre el hombro para comprobar que nadie podía escuchar la familiaridad con la que me tratabas, aquella que en privado era norma, ley y deseo.

La mujer guardó silencio otra vez, como esperando una respuesta. Acarició la piedra, que bajo el halago de sus dedos adquirió calidez de terciopelo.

—«Imagina, vida mía», me decías —recordó ella con las palabras del soldado que

yacía en la tumba—, «que el mundo, a pesar de lo que porfíe la obtusa ciencia canónica, no es plano, sino una esfera como ya sabían los vikingos y antes los helenos, una inmensa bola de acero. Supón que alrededor de ese colosal globo volara una golondrina sin descanso una y otra vez, circunvalando esa pompa sólida. Y que a su vez, en un punto determinado de su viaje, el ave arañara con la punta de su ala la superficie de esa esfera donde Dios dispuso que viviéramos. Cuando, en repetidas e idénticas trayectorias, el ave llegara involuntariamente a dividir en dos el globo, al tiempo empleado en conseguirlo lo llamaríamos eternidad».

La mujer lloró. Como hacía siempre, pero sin dolor.

—El pájaro no ha llegado a partir el mundo, Jean. —Restañó sus lágrimas—. Me debes la eternidad.

Capítulo 9

En el corazón de los Pirineos, el sargento Ramón Palau se dispuso a seguir el enigmático consejo de la señora Enriqueta. En el fondo creía que era una pérdida de tiempo, pero se lo planteó como una excursión, pues, a pesar de vivir en Pont de Suert, jamás había estado allí.

Aparcó el coche en la cuneta y anduvo unos metros. Poco más allá, se abría una senda que parecía oculta por el olvido. Un rótulo de madera rezaba: «A Saraís, una hora». Consultó el reloj: las once y once minutos de la mañana. «Curiosa hora», se dijo, y recordó las palabras de la señora Enriqueta: «Ve con luz del mediodía y no te detengas durante el camino bajo ningún pretexto».

Las telarañas que se rompían a su paso ponían de manifiesto que aquel sendero llevaba tiempo sin caminantes. Era un lugar abundante de musgo y densa vegetación, flanqueado por verdes abedules, que se elevaba agreste por la montaña. Un camino tan tortuoso como idílico, entre rocas y maleza; los matorrales y los hierbajos dejaban ver que no era pisado con frecuencia. A lo lejos, entre la arboleda, se entreveían las primeras nieves sobre las cimas más altas, que al sargento se le aparecían desdibujadas a causa del vapor que exhalaba en cada aliento.

A medio camino, una gigantesca pared de roca se alzó a su izquierda; a su derecha, otra vista del valle, en cuya ladera distinguió el pueblo de Còll. Reconoció la iglesia de l'Assumpció. Pensó en detenerse para contemplarla mejor, pero decidió mantenerse fiel a las indicaciones recibidas y no lo hizo. A lo largo de toda la ascensión, no interrumpió la marcha ni siquiera para beber de vez en cuando el agua de serpiente. El crepitar de hojas que oía a su alrededor le producía desasosiego, y sin pensarlo besó la imagen de san Lorenzo. «Soy un imbécil», concluyó para sí.

Pasado el mediodía, avistó las primeras ruinas de lo que en su día fueron unos hogares. La hiedra y la breña cubrían los muros quebrados de piedra. El ambiente era desolado; imperaba un hondo silencio, truncado solo por el susurro de la brisa al agitar la arboleda. ¿Cuántas almas habían habitado aquellos parajes? ¿Cuánto tiempo llevaban sus recuerdos sin dueño? Era un pueblo muerto. Palau se estremeció cuando descubrió, asomando entre los abedules, el mellado campanario de la iglesia, ahora en ruinas, otra joya del románico perdida.

Allí era donde la señora Enriqueta le dijo que aguardara. Pero ¿qué debía esperar? Escudriñó el interior de la iglesia desde la arcada de la maltrecha puerta. Con la techumbre derrumbada, únicamente se mantenían en pie los muros perimetrales. Su fachada principal parecía haber aguantado el paso del tiempo; en lo más alto, resplandecía una escuálida espadaña de doble arco que solo conservaba una de las dos campanas. Desde allí se divisaba la iglesia de Còll, con la que debía comunicarse en la antigüedad. Con un suspiro, tomó asiento en una de las rocas que sobresalía

frente al templo y se dispuso a esperar. «Soy un imbécil», se repitió.

Al poco rato oyó los cencerros de algún rebaño próximo. Instantes después, casi sin darse cuenta, se vio rodeado de cabras. Tras ellas, apareció un perro y, a pocos pasos, un pastor.

Se saludaron con un movimiento de la mano.

—Buenos días —dijo Palau.

—Buenos días. ¿Qué le trae por aquí?

El sargento se encogió de hombros.

—Ya ve, de excursión. —Desvió la mirada hacia las ruinas de la iglesia—. Aunque, si le soy sincero, no lo sé con exactitud.

—¿Le gusta?

—Sí, sí —titubeó.

El pastor respiró hondo, alzó la vista hacia los muros y dijo:

—Aquí, entre la inmensidad, el silencio y la desolación, uno deja de ser quien es para disolverse entre esas piedras milenarias y la vegetación del bosque, como un ser más de los muchos que lo habitan. ¿Es usted del valle? No le conozco.

Atónito, Palau negó con la cabeza.

—Pero mi trabajo me trae cada día por sus pueblos. Me llamo Ramón Palau. Soy sargento de los Mossos d'Esquadra, de la dotación de Pont de Suert. Y no, no nos conocemos; soy un buen fisonomista y nunca olvido una cara —dijo mientras le estrechaba la mano.

—Me llamo Llorenç —se presentó el pastor.

—Como el santo que venera esta iglesia.

—Exacto, o lo que queda de ella, que es bien poco.

Ambos echaron un vistazo al campanario, y durante unos segundos contemplaron en silencio los restos del muro de la fachada que lo sostenía.

—Las ruinas no siempre son el vestigio de la derrota. La ceniza fue árbol, y estas piedras son solo el testimonio de las lágrimas derramadas en tiempos de dificultad.

Ramón estudió a aquel hombre. Su forma de expresarse, el contenido mismo de su conversación, no respondía a los tópicos habituales de lo que uno podía esperar de un pastor.

—Aquí un día hubo vida —prosiguió el hombre—. El valle fue un santuario, y este pueblo, un lugar floreciente. Encumbrada en lo alto —señaló con el bastón— había una ermita de la que fui devoto. Era un lugar mágico.

Palau asintió en silencio, sin interrumpirlo.

—En épocas de sequía, subíamos y mojábamos el santo con agua bendita del río. La tormenta entonces no tardaba en llegar, y saciaba praderas y huertas. Desde allí se contemplaban las mejores puestas de sol del valle, como las que se ven desde la ermita de Sant Salvador de Irgo, un poco más allá.

Tenía la tez morena, agrietada por el castigo del tiempo. Su rostro, surcado de arrugas y cicatrices, estaba moteado de lunares. Sus marcadas facciones se arquearon

al sonreír. Parecía llevar días sin afeitarse. Cubría su pelo cano con una vieja gorra, y se abrigaba con una zamarra de piel gastada.

El perro olfateó la pernera del pantalón de Palau con un sacudir frenético de la cola.

—Tro, deja al señor —dijo al animal—. Así que usted es de Suverte.

—¿Suverte?

—Bueno, los más viejos del lugar aún llamamos así a Pont de Suert.

—No conocía ese nombre.

—Proviene del euskera, porque sus primeros pobladores fueron vascos. Lo bautizaron como *Zubi Iri*, que significa «la villa del puente». Con el tiempo, el nombre se deformó hasta convertirse en *Suverte*. Luego derivó en Suert, y más tarde se adoptó El Pont de Suert, que vendría a ser «el puente de la villa del puente». Algo un poco estúpido —rió.

Apoyó sus huesudas manos en el bastón.

—Aquí hace siglos que dejamos de existir, pero llegará el día en que, de nuevo, el valle volverá a ser la Luz del Mundo —añadió—. «El laurel reverdecerá».

—¿El laurel? —preguntó Palau, intrigado. Recordó que la señora Enriqueta había dicho algo parecido.

—Sí, el que corona al laureado, al *laurentius*, a san Lorenzo —explicó el pastor con una sonrisa—. Es un santo del siglo III, nacido en tierras cercanas a la Ribagorza, en Huesca. A él le confiaron la salvaguarda de los tesoros de la Iglesia. Los administraba para el cuidado de los pobres.

El perro rastreó en el aire y se alejó para meter el hocico en un recoveco, entre unas piedras caídas, donde descubrió un pájaro muerto. Batió la cola y ladró con insistencia.

—Mueren a cientos, a miles. Es una señal divina.

—¿Una señal divina? —preguntó Palau, cada vez más asombrado.

—Pronto algo cambiará, a bien. Es parte de la profecía que anuncia el fin de la maldición que cayó sobre estas tierras. Una condena que solo remite la noche de san Juan y el día de san Félix «El africano», desde que el rey de Aragón dispuso que ese fuera «día de tregua del Señor» —cabeceó, apesadumbrado—. Pero el resto del año provoca escalofríos. Aparecen los espíritus del Mas de Sant Andreu; provienen del monasterio de Lavaix. Por la noche, entre estos muros aún resuenan sus lamentos, el entrecocar de espadas contra escudos. Vagan como fríos alientos desde que el valle cayó y quedó en ruinas. Algunos monjes fueron emparedados en los muros del convento para que tuvieran que soportar hasta la muerte el tormento de la gota serena sobre sus cabezas. Ánimas que transitan perdidas por el valle en su viaje perpetuo hacia el más allá.

El pastor hizo una pausa y puso una mano sobre el hombro de Palau, quien, sobrecogido, pensó que el cabrero llevaba demasiado tiempo solo.

—Estas montañas son así: encadenan las almas para toda la eternidad. Sus

cuerpos lo atestiguan. Hace pocos años —explicó—, vinieron unos arqueólogos de Barcelona e hicieron excavaciones en el monasterio de Lavaix. Hallaron monedas, utensilios y también dos tumbas; una con el cuerpo de un caballero templario, y otra con el de una mujer cántara, según podía deducirse por la simbología de sus vestimentas. Poco se dijo, y casi nada se sabe. Catalogaron el trabajo y volvieron a enterrarlos en su lugar para que viniera una nueva primavera y, como siempre, quedara todo anegado por las aguas del embalse.

Palau se quedó sin palabras. Se masajeó las sienes y quiso cambiar de tema.

—Y usted —dijo—, ¿vive cerca?

—Sí, cerca —respondió el pastor con una sonrisa enigmática. Y por segunda vez, preguntó—: Pero, dígame, ¿qué le trae por aquí?

Ramón arqueó las cejas.

—Ya le he dicho, no lo sé. Tal vez... la señora Enriqueta... Enriqueta Corrius, ¿la conoce? —El pastor asintió—. El otro día me vio un tanto abatido y me aconsejó que viniera a este lugar. Dijo que encontraría respuestas a mis desasosiegos. Atravieso una etapa difícil de mi vida.

—¿Algún asunto de faldas?

—No solo —sonrió—. Hace poco me ocupé de un caso terrible. Murieron dos personas muy apreciadas en el valle y otra de Barcelona. Creo que no logramos cerrar bien el caso y esto me inquieta.

—Sé de lo que me habla. El brazo de Satán es largo y poderoso —dijo el pastor. Señaló con el bastón las ruinas del campanario—. ¿Quiere respuestas? Allí tiene una.

—¿A qué se refiere? —preguntó Palau, estupefacto.

El pastor adoptó un tono solemne.

—Al origen de todo. A la causa de las muertes que ha mencionado, de otras muchas que ni conoce y de las que aún están por venir. Al sinsentido, a la maldad. A por qué nada queda de mi pueblo.

—No le comprendo.

—Muchos vinieron y anegaron el valle con sangre. —El pastor señaló otra vez la iglesia, con insistencia. El perro comenzó a ladrar—. ¡Allí tiene su respuesta! ¡La cruz! Todo quedó devastado y la semilla voló con destino incierto. Pero volverá, no lo dude; regresará al valle, y el mundo verá la luz.

El sargento, pasmado, no entendió nada.

—Vienen tiempos difíciles —prosiguió Llorenç—. Usted, sí, tal vez usted sea un elegido y por eso esté ahora aquí. Quizá sea uno de sus serafines en esta nueva batalla que no ha hecho más que empezar. —Entornó los ojos—. Sí... Usted puede ser determinante a partir de ahora, lo intuyo.

El perro ladró con más fuerza y se alejó unos metros.

—¡Dios Santo, el rebaño! ¡Debo marcharme! Vuelva por aquí, Ramón. Seguro que coincidiremos otra vez.

—¿Cuándo? ¿Cuándo podemos volver a vernos?

No obtuvo respuesta. El hombre abandonó el lugar a toda prisa y desapareció por el tortuoso camino.

Contempló de nuevo la iglesia. «Allí tiene su respuesta, la cruz». Cayó en la cuenta de que era una cruz distinta, muy distinta a las habituales. «Esto es una locura. ¿La respuesta?».

Trepó por la senda que rodeaba el templo hasta llegar a lo más alto. Sacó una libreta para tomar notas y dibujó aquella enigmática cruz.

«¿Cómo un símbolo tan extraño pudo gobernar una iglesia?», pensaba mientras su lápiz recorría el papel.

Capítulo 10

París, enero de 1789

Anochecía.

La niña corría riendo entre las mesas de la tahona con una muñeca de trapo y una espada de madera al cinto. Todos la conocían como Ficelle, un apelativo cariñoso. Unos, los más, decían que la llamaban así por su aspecto, ya que era rubia y espigada como un cordel. Otros, los menos, sostenían que era por la trencilla de cáñamo dorado que siempre llevaba a la cintura y que le servía para sostener su inseparable arma de juguete, algo inusual para una chiquilla de seis años en la Francia del último cuarto del siglo XVIII. En secreto, su madre alentaba el apodo. En realidad, su nombre era otro; como el de ella, como el de todas las de su estirpe: Charité.

—*Ma petite Ficelle* —la perseguía, tratando de esquivar a los parroquianos que atestaban la taberna—. Es hora de dormir.

Era un local popular, cerca de la isla de Saint Louis, a la sombra de las torres de Notre Dame. Su clientela habitual estaba compuesta por buhoneros y campesinos que llevaban sus productos al mercado. Cenaban, y luego algunos pasaban allí la noche para volver al alba a sus hogares. Hombres y mujeres sencillos en una Francia descontenta con el anquilosado poder que los gobernaba. El monarca, Luis Capeto, tan absoluto como inepto, estaba rodeado por una camarilla de aduladores, nobles ociosos y corruptos, y dominado por una reina, María Antonieta, más atenta a los intereses de Austria, su país de origen, que a los de la nación que la había entronizado por matrimonio.

La niña, en su carrera alocada, chocó contra un hombre.

Contrastaba con el resto de gente que abarrotaba la posada. Sentado junto a la puerta, apoyaba la espalda en la pared. A pesar de la posición, se adivinaba alto y delgado. Sobrio y elegante de ademanes, tenía el pelo oscuro veteado en gris, peinado con esmero hacia atrás y recogido con una cinta de terciopelo negro, el mismo color de la capa y el traje talar que vestía, símbolo este último de su dignidad eclesiástica. El vino que le habían servido estaba intacto sobre la mesa.

—¡Charité...! —exclamó su madre.

—¿Así que es ese tu nombre? —dijo el hombre, clavando sus penetrantes ojos azules en los verdes de la niña. Se levantó de la mesa.

—Ficelle, padre —se apresuró a intervenir la joven madre—. Todos la conocen por Ficelle.

—Es un hermoso nombre, Caridad —dijo, sin apartar la mirada de la pequeña. Se acarició el rasurado mentón—. Una de las tres virtudes teologales, junto a la fe y la esperanza.

Con suavidad, pero con firmeza, la mujer cogió a la niña en brazos.

—Es hora de ir a la cama, Ficelle —la acunó con ternura.

—Así es, Charité, hazle caso a tu madre. Es hora de dormir. Pero primero reza tus oraciones —ordenó más que dijo, a la vez que le tendía el dorso de la mano a la mujer para que se lo besara.

La joven ignoró el gesto y desapareció entre la gente.

«Una mujer notable. Y hermosa. Ojalá hubiera formado en nuestras filas y no me viera obligado a hacer lo que me viene impuesto. Nos volveremos a ver. Pronto. No os quepa duda, señora —pensó con tristeza—. Y será la última vez». Cogió su bastón con puño de plata, un curioso diseño en forma de gárgola con una suerte de guardamanos, y, con gesto afectado, abandonó la taberna para sumergirse en la noche.

Gabriel, el sicario de Dios. Su nombre poco importaba.

Su familia se remontaba al nacimiento del Ducado de Borgoña. Era descendiente directo de Hugo «El Negro», tercer duque de la casa, y en su escudo de armas poseía más cuarteles de nobleza que el propio rey de Francia. Sin embargo, su ferviente fe católica le llevó a renunciar a hacienda, títulos y honores para dedicarse en cuerpo y alma al servicio de la Iglesia. Al tomar los hábitos, abandonó nombre y rango para asumir el de Gabriel, el arcángel de la muerte. Su bagaje actual comprendía determinación, viva inteligencia y el hecho de ser la primera espada de Francia: el asesino del Papa.

Caminaba a oscuras por el sucio empedrado. A pesar de que Luis XIV, uno de los predecesores del débil monarca que ahora reinaba, había decidido convertir París en la primera ciudad del mundo con alumbrado público —de ahí que se la conociera como «la ciudad de la luz»—, la iluminación se circunscribía a una serie de enclaves y calles principales, lo que no era el caso en la tortuosa vía por donde transitaba el clérigo.

La escasa claridad del callejón se vio interrumpida por una figura descomunal. En su mano brillaba con luz mate la hoja desnuda de un cuchillo.

—Buenas noches, señorita —saludó el hombre con una grotesca reverencia—. ¿O debo decir padre? —rectificó al ver la sotana, santiguándose burlón.

Aquello al clérigo le resultó irritante. Lo entendió como una grosería gratuita. No tenía nada que ver con el robo. Era un insulto burdo a sus creencias. A Dios.

—Es un guapo mozo el cura —dijo otro hombre con voz de borracho que, armado con recio garrote, surgió de entre las sombras para cerrarle el paso a su espalda—. A la vez que le aligeramos la bolsa, nos lo podríamos beneficiar... antes de rebanarle el pescuezo, claro está.

El primer truhán lanzó una cuchillada al abdomen del sacerdote. Con naturalidad, este desvió el ataque con un ágil movimiento del bastón. Luego, mediante un giro de muñeca, trazó un arco con el báculo y lo estrelló con violencia contra el muslo de su atacante. Con un rugido de dolor, perdió el apoyo de la pierna golpeada y cayó de hinojos frente al eclesiástico.

—No te muevas, será mejor para ti —dijo, señalando el pómulo derecho del caído con la contera metálica del bastón.

Lo clavó con un golpe seco. Medio palmo de vara penetró en el cerebro a través de la cuenca en la que momentos antes estaba el ojo, que, ya fuera de su órbita, rebotó en el pavimento. Con gesto de desagrado, apoyó la suela del escaquin con hebilla de plata que calzaba sobre el rostro del hombre, y presionó hacia abajo para poder liberar el bastón que permanecía aún incrustado entre los sesos.

Giró sobre sus talones.

Todo había sucedido muy rápido. El segundo de los malhechores estaba paralizado de terror. Gabriel, sin apartar la vista del bandido, sujetó la caña del arrimo con la mano izquierda mientras con la derecha tiraba de la empuñadura. Con un silbido metálico, liberó un estoque que rasgó la penumbra como un rayo plateado. No obstante, se lo pensó mejor y lo envainó de nuevo. El bergante suspiró aliviado. Se equivocaba. Carecía de motivo para relajarse.

—Es un arma de caballero para matar a otro caballero —dijo Gabriel—, y tú no lo eres.

Con un movimiento fulminante, tiró a fondo para hundir la punta del bastón en el cuello del hombre, debajo de la mandíbula, a la altura de la clavícula. Con un hervor de sangre y saliva, cayó muerto al suelo con la tráquea perforada. Gabriel no disfrutaba al matar, pero era muy eficaz al hacerlo. La práctica hace maestros, y más si se tienen aptitudes para ello.

—Ha sido por tu bien. Cuanto antes te presentes ante tu Creador, menos serán los pecados de los que tendrás que dar cumplida cuenta —murmuró—. Nadie me hará el favor que yo te he hecho a ti, canalla. Nadie tiene tal habilidad con la espada.

Caminó unos pasos y olvidó la reflexión.

«Debo informar del resultado de mis pesquisas. Es mi cruel obligación», caviló al alejarse, indiferente a las muertes causadas, haciendo molinetes con el bordón.

Era noche cerrada.

—Ha estado aquí. Es uno de ellos, estoy segura —dijo desolada Charité entre susurros a los dos hombres—. No hace ni una hora, aquí, en el albergue, donde siempre nos hemos sentido seguras. Llegué a creer que después de tanto tiempo todo habría acabado. Que Roma se habría olvidado.

Un pequeño candil iluminaba la estancia. En una cama dispuesta en un rincón, dormía la niña en la penumbra. Siempre en la penumbra.

—Nuestros enemigos nunca olvidan. Pero no os preocupéis, mi señora. No nos separaremos de vos —dijo Daniel, el más joven de los dos, aferrando el puño de su florete—. Ni a sol, ni a sombra.

—Presumo que lo que nos ha salvado es que todavía no sospecha cuál es nuestra misión, ni conoce el escondite de El Legado —dijo ella.

—Mañana, a más tardar, abandonaremos París e iremos al nuevo refugio —indicó el otro.

—No nos engañemos, estáis tan inquietos por la visita como yo asustada. Tarde o temprano darán con nosotros. Además —añadió con pesar—, ya no soy para vosotros Charité, como aún era esta mañana cuando bromeábamos. De nuevo os dirigís a mí como «mi señora». La pesadilla ha vuelto.

Los dos hombres cruzaron una mirada. Ella tenía razón.

Desde que habían entrado al servicio de la Orden, ambos hermanos, Pierre y Daniel de Midiville, habían forjado una sólida amistad con la muchacha, haciéndole a la vez de padre, del que la niña carecía. Jamás se habían relajado en su custodia, pero también llegaron a pensar en la posibilidad de que sus enemigos hubieran cesado el acecho y perdido el rastro de la madre, la hija y el objeto. Ahora sabían cuán equivocados habían estado.

—No te preocupes, Charité —insistió con resolución el de más edad, que ostentaba el mando, a fin de demostrar una apariencia tranquila que distaba mucho de la realidad—, comunicaremos a la Orden la necesidad del traslado inmediato. Mientras, Daniel y yo no nos moveremos de tu lado.

—No sé... —dudó la muchacha—. Tanta sangre vertida, tanto dolor, y posiblemente por nada. En ocasiones he acariciado la idea de entregarme, de que todo acabe. —Dirigió la vista hacia la pequeña figura que dormía en el lecho—. Si no fuera porque sé lo que serían capaces de hacer con ella...

—No digas eso, Charité, te lo suplico —dijo Daniel—. Nuestra vida carece de importancia. Siendo niños, hicimos los votos; luego, con los años, se nos encomendó el privilegio de la más grande misión: tú y la niña debéis vivir. —La tomó de las manos—. No dudes de tu linaje.

—Es esencial, y así lo ha venido siendo por los siglos de los siglos —sentenció Pierre.

Amanecía.

A esas horas, la luz de la mañana teñía de rosa el claustro de la abadía benedictina de Saint Germain des Prés, lugar dispuesto por el obispado de París para que se llevara a cabo la entrevista.

—Padre Gabriel —dijo el cardenal Giuseppe Mascaleschi mientras paseaban bajo antiguos nervios y volutas—, me informaron de su llegada, pero desconocía que ya tuviera localizados a los enemigos de nuestra fe.

—Es así, eminencia. Pero no podemos obviar el hecho de que aún no conozco el paradero del objeto.

—De alguna manera, Gabriel, eso es secundario.

—No, con todos los respetos, ilustrísima, no lo es. Es clave —replicó el sacerdote—, así me lo advirtieron en Roma. Debo encontrar el objeto y destruirlo. Es algo básico en mi cometido.

—Precisamente —continuó el grueso prelado—. Si tenemos a la hija, tendremos a la madre, y luego, de forma indefectible, tendremos el objeto.

—No comprendo, eminencia...

—Tu trabajo, Gabriel, ha terminado —anunció—. Dinos dónde se encuentran esa mujerzuela y su cachorro. Las trasladaremos aquí y nos indicarán... en fin, ya sabes —dijo con beatífica sonrisa—. Disponemos de métodos para desatar lenguas, incluso las más contumaces.

—¡Pero son solo una mujer y una niña! —protestó.

—El fin primordial es servir a la Iglesia; los métodos no importan. Recuerda que Jesús expulsó a los mercaderes del templo a azotes, Gabriel —le reconvino Mascaleschi.

«Pero Él no torturaba a mujeres y niños, maldito blasfemo», pensó, sin poder evitar que un rubor de indignación asomara a su semblante.

Al orondo príncipe de la Iglesia no le pasó desapercibido su desagrado. Tomó nota de ello, como hacía con todo.

—Mi buen Gabriel, ven, siéntate a mi lado.

—Permaneceré en pie.

«Es más un soldado que un clérigo. Y empieza a pensar por su cuenta», rumió Mascaleschi, contrariado otra vez.

—Gabriel, mira esta columna de piedra —señaló—. Desde tiempo inmemorial esta roca ha estado sumergida en la hechicería de los druidas, en el paganismo romano, en la herejía cátara —dijo, alzando cada vez más la voz—. ¡Y sin embargo su ponzoña no la ha penetrado como si fuera una puerca ramera!

«Sí, pero el Hijo de Dios es hombre, de carne y hueso, no de piedra muerta como esta columna. Y sangró en la cruz hasta morir», se dijo Gabriel, consternado por pensar en tal herejía.

—Hijo mío —dijo el cardenal, cambiando de tono con cautela—, has estado demasiado tiempo combatiendo el mal. Necesitas descansar. Oye misa, confiésate, sosiega tu espíritu. Luego ve, consigue el objeto, y mátalas. Sí, quiero que lo hagas tú —ordenó, implacable.

—¿Es una orden, ilustrísima? —preguntó, a la vez que se inclinaba para besar el grueso anillo del cardenal.

—Es nuestro deseo, Gabriel.

Su alta figura se alejó mientras el sonido del bastón contra la piedra reverberaba por el claustro.

Mediodía.

—Majestad —dijo Mascaleschi en los aposentos del rey Luis, en el Palacio de Versalles. Emitió un carraspeo para hacer notar su presencia.

—Ya casi lo tengo —murmuró para sí el monarca, sin prestar atención a su tan principal interlocutor, cubierto con el manto rojo cardenalicio y orlado de armiño—. Una vuelta más al muelle y funcionará.

—Majestad —insistió de nuevo el cardenal, armado de paciencia, pues el monarca le ponía enfermo—, se trata de un asunto de suma importancia. Debemos tratarlo sin demora. Me refiero a una petición que viene de Roma, de lo más alto.

—Está, está —dijo el soberano, mordiéndose el labio inferior preso de la concentración.

Los dedos gordezuelos de Luis XVI se movían con rapidez y precisión en los entresijos de la maquinaria del reloj que aquella mañana estaba por arreglar. Esa misma habilidad manual que ahora demostraba era la que la naturaleza le había negado para los asuntos de Estado. Había ascendido al trono con diecinueve años, tras la muerte por viruela de Luis XV, su inmediato antecesor y abuelo. El joven Luis asumió la corona cargado de buenas intenciones, pero con un lastre de pereza, estupidez e indolencia; crímenes capitales si uno encarnaba la suma de poderes en una de las más pujantes naciones del momento.

—Una *lettre de cachet* —murmuró el cardenal—, una orden de detención contra dos enemigos de la Iglesia —continuó con voz apenas audible, en referencia a un mandato que emanaba directamente del soberano, al margen de las garantías, aunque escasas, que podía suponer el control judicial de un ingreso en prisión en la Francia prerrevolucionaria.

Una pequeña ruedecilla dentada se escapó de las manos sudorosas del rey y cayó al suelo.

—Debe de estar por aquí —dijo el rey, contrariado, gateando para encontrarla.

—Majestad... el tiempo apremia —reclamó Mascaleschi alterado.

—¡Aquí está! ¡Ya la tengo! —exclamó alborozado mientras la escrutaba en la palma de su mano.

La puso sobre la mesa de trabajo, justo al lado del documento redactado por el cardenal en el que se decidía el internamiento *sine die* en la prisión de La Bastilla de madre e hija, sin aducir motivo alguno, así como el requerimiento de una compañía de la Guardia Suiza a fin de hacer ejecutar la orden.

—Es solo una firma y vuestro real sello, mi señor Luis, y no os molestaré en vuestras altas ocupaciones.

—¿Nada más que eso? ¿Me lo prometéis? —dijo el rey, reparando por vez primera en la presencia del prelado. Se recolocó la nivea peluca con la que se tocaba.

Mascaleschi bajó la cabeza en señal de aquiescencia.

—Haber empezado por ahí —le reconvino el monarca.

Tomó con la diestra una pluma y la mojó dos veces en el tintero. Con un rasgueo sobre el pliego, y un golpe seco con el sello, sentenció a ambas mujeres.

Tras una serie de reverencias, sin dar la espalda al rey, quien ya estaba de nuevo enfrascado en su tarea, el cardenal abandonó las habitaciones reales. Con paso vivo, se dirigió a las dependencias de la tropa de palacio para presentar la orden firmada por el soberano a un alto capitán suizo, uniformado con una galoneada casaca escarlata, quien al ver el documento ordenó de inmediato la presencia de una compañía de infantería en el patio de armas adyacente a palacio.

La Guardia Suiza era una unidad de élite encuadrada en el ejército nacional, y a la vez escolta personal del ocupante del trono. Todos los soldados debían ser reclutados

entre varones de dicha nacionalidad, lo que los hacía inmunes a cualquier influencia de disensiones intestinas en el seno de la nación gala. Tal condición, la de ser extranjeros, era garantía de absoluta fidelidad a su patrón, el rey de Francia. Vestían uniformes rojo brillante y se cubrían con altos chacós negros. Su armamento principal era el mosquete de ánima lisa, lo que los convertía en combate en una infantería de línea de primer orden.

—Estaremos a la hora indicada en el lugar previsto, eminencia —dijo el oficial, con marcado acento germano, cuadrándose con un seco taconazo.

El cardenal se dirigió a su carruaje acompañado de su secretario particular, un joven sacerdote de aspecto melindroso.

—No me fío de Gabriel, no me fío —dijo, subiendo a su interior—. Lo haremos seguir y nos conducirá hasta el escondrijo de las herejes. Seré yo, Mascaleschi, el que se apunte la baza ante Roma. —Se acomodó con pesadez, y gritó al palafrenero—: ¡A París, lacayo!

El látigo restalló furioso sobre el tiro de caballos.

Atardecía.

Una figura alta, vestida de negro, estuvo vigilando la posada todo el día. Los había visto a los dos. No se habían apartado de ella en ningún momento, pero desconocía su forma de acceder a la hostería. No lo habían hecho por ninguna de las puertas del edificio, por lo que supuso que, como medida adicional de seguridad, existiría una entrada disimulada. «Son jóvenes y fuertes, se mueven con ligereza —meditó Gabriel—. Dada su función, espero que sepan servirse con destreza de los floretes que portan. Los van a necesitar como nunca». Apostado en una buhardilla que daba al frente de la tahona, continuó observando a placer los movimientos de los tres sin ser visto. «En cuanto oscurezca, entraré. Esto debe acabar hoy», decidió.

De repente, el tiempo se detuvo. Los colores se tornaron más vivos; los sonidos, más nítidos. Eran las señales de un sexto sentido desarrollado en sus años de oficio. Le alertaba de que algo no iba como era de esperar. Era puro instinto de cazador que evitaba, a su vez, ser cazado. No obedecía a ninguna razón objetiva, pero a pesar de ello, Gabriel solía prestar toda su atención a tales sensaciones.

Abandonó su privilegiada atalaya para descolgarse con sigilo por la parte de atrás del edificio en ruinas. Llegó hasta una callejuela que desembocaba en una calle principal. Conocía la zona; no en vano, hacía menos de veinticuatro horas que había matado allí mismo a dos hombres. Lo único que ahora quedaba de ellos eran manchas oscuras de sangre seca en el empedrado.

Se desplazó veloz entre el gentío, pegado a la pared.

Entonces los vio.

Uniformes escarlatas y entorchados dorados entre las vestimentas pardas y grises de la muchedumbre. Infantería de la Guardia Suiza con los mosquetes terciados, a las órdenes de un capitán en uno de los barrios más populosos de París. Al fondo de la calle, un carruaje en cuya portezuela lucía el escudo de nobleza de un príncipe de la

Iglesia. Una mano enguantada en rojo se apoyaba en la parte inferior de la ventanilla. Al sacarse el guante, brilló un anillo cardenalicio.

Gabriel cayó en la cuenta de que lo habían seguido y, sin tiempo para reprocharse el hecho de haberse comportado como un principiante, dio media vuelta y echó a correr. Al ser mucho más alto que la gente que atestaba la calle, su huida no pasó desapercibida a Mascaleschi.

—¡Capitán! ¡A él, nos ha descubierto! ¡Que tiren a matar! —ordenó el cardenal—. ¡A ellas las quiero vivas! ¡Vivas!

—¡Fuego! —gritó el oficial a los hombres de vanguardia, señalando imperioso a la figura que destacaba entre el gentío.

La descarga resonó en las atestadas calles.

Cuando se disipó el humo de los fogonazos de pólvora, Mascaleschi observó el resultado de los disparos. Cinco proyectiles se habían incrustado en la pared, justo en el lugar donde instantes antes se encontraba Gabriel. Uno de ellos, el sexto, había impactado contra la cabeza de un aldeano y la había reventado como una sandía madura. Sesos, sangre y cabellos se esparcían entre los más cercanos.

A la carrera, Gabriel desanduvo el camino que poco antes había cubierto. Llegó a la puerta de la posada y vio que los dos hombres que guardaban a Charité no se encontraban allí. Sin ninguna de las prevenciones que tenía por costumbre observar, cruzó el umbral, se abrió paso a empellones por el atestado comedor, y se dirigió hacia la habitación que sabía que ocupaban madre e hija.

Subió los escalones de dos en dos hasta el aposento.

A pesar del habitual griterío que siempre reinaba en el local, el ruido apresurado de pasos por la escalera no pasó desapercibido a Charité y sus acompañantes.

El sacerdote culminó los peldaños. Ante él se ofrecía la puerta de la estancia. Con una fuerte patada, la abrió.

Le estaban esperando. Con los aceros desnudos.

Daniel de Midiville, el más joven de los dos, se abalanzó sobre el clérigo con una estocada a fondo. Pero este giró sobre sus talones como una peonza y, con la elegancia de un bailarín, esquivó la punta del florete para luego, con la caña del bastón, desviarlo en dirección al suelo mientras con un paso retrocedía para ganar distancia en relación con sus antagonistas.

Liberó el estoque de su lecho de madera.

Pierre, el más corpulento, se situó en guardia junto a su hermano para tratar de acorralar al sacerdote en un ángulo del cuarto. Pero Gabriel era un espadachín fuera de lo común. Como una centella, economizando movimientos, repelió las acometidas y contraatacó. Golpeó ambos aceros, desvió las hojas e introdujo el extremo del estoque en el guardamano del florete de Daniel para desarmarlo con un molinete. Con sonido metálico, el arma voló al otro extremo de la habitación.

Apoyó la punta del arma en la garganta del menor de los Midiville. Cada vez que la jadeante respiración de Daniel agitaba su pecho, la piel se le desgarraba en el punto

en donde se apoyaba el estoque. Un fino reguero de sangre empezó a brotar de la herida. Ambos hermanos estaban paralizados ante la inminencia de la punzada definitiva que traspasaría su cuello.

—¡No, os lo suplico...! —imploró Charité—. ¡Basta de sangre, iré con vos! Pero no mi hija... Tened misericordia.

Gabriel hizo caso omiso a la mujer y se dirigió a los dos hombres.

—Templarios —dijo—, porque esa es vuestra condición, ¿no? —Ambos jóvenes se miraron estupefactos—. Tenéis que lleváoslas de aquí. A las dos y a El Legado.

Los dos hermanos y la mujer constataron con alivio que el sacerdote desconocía la totalidad de su misión.

—Sé que disponéis de una vía de escape secreta por donde entráis y salís sin ser vistos —agregó—. Utilizadla. La casa está rodeada por tropas de la Guardia Suiza. Están a las órdenes de un hombre de Roma, el cardenal Mascaleschi. No podéis caer en sus manos. Es un hombre cruel y ambicioso.

—¿Por qué vamos a creerte? Eres un sicario del Papa —dijo Daniel, con la hoja amenazando su cuello— y has venido para matarlas.

—Yo soy lo que soy, y esa en verdad era mi obligación. Pero ya pertenece al pasado. Mi existencia es absurda, carece de todo sentido. —Bajó el arma y avanzó a pecho descubierto hacia los dos templarios.

Pierre se adelantó con la espada en la mano. Cumpliría con su deber. Gabriel no hizo el menor ademán para evitar la estocada mortal.

—No —dijo Charité con firmeza—. No lo hagas, Pierre.

—No, no lo hagas, templario —señaló Gabriel. Alzó la mano derecha—. Sacadlas de aquí. Entretanto, mi espada protegerá vuestra huida.

—Pero ¿qué será de vos? —preguntó la mujer.

—Así, por fin mi vida habrá servido para algo. Vos y la pequeña debéis vivir. Pero antes, os lo suplico, perdonadme.

—¿Yo...? —balbuceó Charité—. No tengo nada que perdonaros, al contrario.

—Perdonadme —insistió, arrodillándose ante ella.

—Os perdono, pero yo no soy nadie, no soy quien para...

Gabriel la interrumpió.

—Esa no es la fórmula, y vos lo sabéis. Perdonadme, mi señora, limpiad mi alma —imploró con un sollozo contenido.

—*Ego te absolvo* —dijo Charité, trazando la señal de la cruz sobre la frente del sacerdote.

De inmediato, Gabriel se incorporó y abandonó a toda prisa la habitación. Bajó un tramo de escaleras. Con una sonrisa en los labios, se precipitó estoque en ristre sobre un mar de bayonetas que inundaban el comedor de la hostería.

Capítulo 11

Tras su enigmática expedición, el sargento Palau regresó al bar de Rocío con la intención de coincidir de nuevo con Enriqueta.

—Rocío, ¿sabes si hoy vendrá la señora Enriqueta?

—No vendrá hasta mañana. ¿Qué es lo que quieres de ella? —dijo. Y al ver su expresión de contrariedad, añadió—: ¿Qué te ocurre?

—El otro día, ¿te acuerdas?, cuando nos dio ese brebaje —Rocío asintió—, me dijo que lo ocurrido en relación con el caso Boí no había finalizado, y que sus causas provenían de tiempos remotos. —Sacudió la cabeza—. No entendí casi nada. Pero luego, al ver mi interés, me aconsejó, casi como en secreto, que visitara Saraís.

—¿Y bien?

—Nunca había estado allí. Es un lugar estremecedor. Conocí a Llorenç, un pastor. Iba con su rebaño. Hablaba de una forma muy extraña. Me contó algunas cosas del pasado, y luego me llamó la atención sobre la cruz de la iglesia, como si allí estuviera la respuesta a lo que tanto me desconcierta.

Rocío desvió la mirada al suelo. Palau prosiguió:

—Un tipo raro, ese cabrero. Enigmático. Dijo que vendrían tiempos difíciles, y que tal vez yo era un serafín elegido para la batalla. Que sería determinante. —Hizo una mueca—. Una chifladura, vaya. Ese hombre lleva demasiado tiempo solo en la montaña.

—Llorenç, el pobre Llorenç —murmuró Rocío. Levantó la vista hasta clavar los ojos en el sargento—. No me lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no te puedes creer?

—Que lo vieras.

—¿Acaso dudas de mí? Un tipo ajado, canoso, con la ropa andrajosa. Le acompañaba un perro.

—Tro.

—En efecto, así lo llamó. Entonces, lo conoces también.

—Sí, pero apenas se deja ver. Es un ermitaño que vive solo en las ruinas de Saraís, en unas condiciones que nadie soportaría. Acumula la sabiduría que heredó de sus ancestros. —Dejó escapar un suspiro—. Creo que era eso exactamente lo que pretendía Enriqueta.

—No te entiendo.

—Que hablaras con Llorenç. Por eso te envió allí.

—Vale. Pero ¿por qué?

Rocío cabeceó con pesadumbre.

—Hace años Llorenç decidió apartarse del mundo. Hay gente, como Enriqueta, que va a verlo para sanar dolencias, y otros para que les prediga el futuro. Es como un

chamán. Dicen que forma parte de una especie de orden.

—¿Una orden? —preguntó boquiabierto.

—No sé, algo relacionado con un propósito.

Ramón estuvo varias horas deambulando por el valle, tratando de hallar sin éxito a la señora Enriqueta. Necesitaba explicaciones. Su búsqueda lo llevó hasta Taüll. Reservó mesa en el Restaurante El Caliu, por si una buena comida lograba disipar sus preocupaciones, y luego anduvo por las callejuelas del pueblo hasta que desembocó en el templo de Sant Climent.

Atravesó la entrada.

Montserrat, la recepcionista, dejó la lectura de un libro que hablaba del valle. Tras intercambiar unos saludos, el sargento le preguntó si Enriqueta se había pasado por allí.

—No, suele venir los jueves a limpiar. Hoy sábado no creo que venga. ¿Sucede algo?

Palau se encogió de hombros y avanzó unos pasos por el pasillo central. No había más visitantes. Se detuvo y contempló el majestuoso Pantocrátor. No supo cómo interpretar la mirada que transmitía la representación de Jesucristo, una mezcla entre la severidad y la benevolencia.

Se aproximó al ábside y tomó asiento frente al altar, en el primero de los bancos. Rendido, alzó la cabeza para observar la representación de un animal. Montserrat fue tras él.

—*Agnus Dei* —dijo ella, solemne, sobresaltando al sargento—. Es la representación del Cordero de Dios —aclaró. Palau arqueó los labios, en señal de ignorancia—. Dios ofrece a su hijo para que sea sacrificado por los hombres, tal como los judíos hacían con los corderos durante la Pascua. «He aquí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo» —apostilló.

—¿Y la mano? —Señaló hacia el centro de otra cimbra.

—*Dextera Domini*, la diestra de Dios, que bendice el mensaje de su hijo Jesucristo. No obstante, hay quien dice que, presentada así, sin contexto y rodeada de la mandorla divina, podría ser una alusión a los evangelios apócrifos.

—No entiendo ni una palabra de lo que dices.

El sargento se incorporó y, juntos, anduvieron por uno de los laterales de la iglesia. Montserrat explicó:

—Son las escrituras que la Iglesia católica desestimó. Hay mucho aún por descifrar en el arte románico.

—Ya —dijo con indiferencia. Inhaló una bocanada de aire con olor a cirio al pasar junto a una pintura sobre madera, en cuyo costado quemaban decenas de velas que daban a la representación una iluminación sugestiva. Se detuvo a contemplar la obra. Ella se adelantó de nuevo a su pregunta.

—Santa Ana, y en su regazo la Virgen María sosteniendo al niño Jesús. Es parte del retablo que durante siete siglos tapó el ábside, a caballo entre el románico y el

gótico. No reviste un especial interés artístico.

El sargento se fijó en unos detalles.

—Parece que alguien lo ha profanado.

—Sí, no se sabe cuándo ni por qué, pero algún loco agujereó los ojos de los tres personajes.

Palau frunció el ceño. Descubrió otras partes dañadas. Extrajo el móvil, e hizo una fotografía de aquella pintura.

Se acercaban las navidades y las calles ya lucían engalanadas con guirnaldas y adornos de distintas formas y colores. Ramblas abajo, mientras la noche caía sobre Barcelona, un hombre caminaba con paso raudo entre el gentío, las manos en los bolsillos. Vestía gabardina *beige* y un gorro del mismo color. Dejó atrás el monumento a Colón y se adentró en el puerto a través del puente levadizo para ir al centro comercial Maremágnun. Allí, una multitud de turistas disparaban sus *flashes* para obtener un pedazo digitalizado de la ciudad, mientras una larga cola de chiquillos, ansiosos bajo la humedad y el frío vespertino, serpenteaba interminable haciendo turno junto a sus padres para entregar las cartas de los Reyes Magos al paje real.

Detuvo su paso rápido en el centro del puente. Cerca de la barandilla, oteó en la distancia y esbozó una sonrisa. Había descubierto a la mujer. Sentada en un banco frente al muelle, vestía un holgado jersey de lana gris perla, sobre el que caían unos mechones dorados, y tejanos ajustados. La figura, solitaria y atractiva, contemplaba abstraída el escenario, salpicado de gaviotas flotando sobre la quietud de las aguas del puerto. De súbito, y sin razón aparente, las aves desplegaron sus alas y alzaron el vuelo para amerizar en otro lugar más apartado.

El hombre se acercó a la mujer por la espalda.

—¿Quiere tomar un baño?

Advirtió que llevaba auriculares, que no le había oído, y se situó delante de ella. Elevando el tono, repitió la pregunta.

La mujer pegó un respingo, asustada.

—Disculpe —dijo, al tiempo que oía una risa femenina que provenía del banco contiguo—. Me he confundido.

Se alejó de ella para aproximarse a la otra mujer.

—¿Quiere tomar un baño? —repitió el santo y seña.

—Prefiero una sopa caliente.

Con un ademán, la nueva mujer le invitó a sentarse.

—Parece que no le describieron bien a la persona a la que debía dirigirse —dijo.

El hombre hizo una mueca y la observó de arriba abajo.

—¿Y bien? —inquirió, ansioso por conocer los motivos de la cita, misteriosa como todas las que le encomendaba la Orden a la que servía y a la que debía no solo obediencia sino también gratitud por su reciente ascenso.

—Solo somos actores representando el guion que nos han asignado, como ellos

—dijo la mujer. Señaló los niños que hacían cola. Luego, con un suspiro, extrajo un sobre del bolso y adoptó una expresión dura—. Traigo noticias. Los tiempos no son fáciles y debemos actuar con la máxima cautela. Usted ha sido designado para una misión decisiva. —Le entregó el sobre—. Contiene una llave. Es de la consigna de la estación de tren de Sants, taquilla B-11. Dentro hallará una bolsa de deporte; en su interior, un *dossier* con su nuevo cometido. Destruya la documentación cuando la haya leído. Vaya ahora mismo. Debe estar allí antes de las diez de la noche.

El hombre asintió en silencio.

—No hay margen para errores. Nos enfrentamos al mayor reto de las últimas décadas. Pronto conocerá al caballero que lo ha elegido, en quien el prior confía. —Él volvió a asentir sin pronunciar palabra—. Es una lucha contrarreloj, la cruzada definitiva.

Mientras ella se incorporaba, el hombre abrió el sobre y comprobó que contenía la llave. La mujer le vio una amplia cicatriz en la nuca.

—Le debió de doler.

—No demasiado. Es una quemadura, en acto de servicio.

—Que tenga suerte —dijo. Hizo ademán de marcharse, pero él la sujetó del brazo con suavidad.

—Espere. ¿A qué se refería antes?

La mujer miró la cola de niños. Aguardaban por una mentira. En la oscuridad. Preferían unos Reyes Magos de cartón piedra a tres sabios, estudiosos del firmamento, que siguieron el espectacular haz luminoso de un cometa. Elegían creer en un invento comercial en vez de en la versión más probable: que tres eminencias se apiadaron de una familia humilde con un bebé recién nacido y les obsequiaron con oro, como limosna; con mirra, en previsión de que el niño pudiera morir, pues se utilizaba para embalsamar a los muertos, y con incienso, un perfume que se usaba para mitigar la pestilencia.

A lo lejos, resonó el bocinazo de un buque que partía.

—Los Reyes Magos —dijo la mujer—. La gente no quiere saber la verdad.

Sin más, abandonó el lugar entre una muchedumbre que aceleraba el paso debido a la llovizna que comenzaba a caer.

Se apeó del taxi poco antes de llegar a la estación. Disponía de tiempo. Cruzó la avenida de Roma. A pocos metros se erigía el edificio, presidido por un rótulo iluminado: «BarcelonaSants».

Palpó la llave bajo el bolsillo y anduvo hasta la terminal.

Con discreción, echó un vistazo en derredor. Nadie le observaba. Dio unos pasos y se detuvo de nuevo para repetir la operación. No vio nada que levantara sospechas. Se dirigió a un quiosco. Desde allí, estudió la consigna. Un par de personas se hallaban en el interior, por lo que prefirió esperar para no coincidir con ellas.

Entró en la cafetería adyacente y se sentó en un taburete de la barra desde donde disfrutaba de una perspectiva perfecta de la consigna. Al poco, se le acercó un

camarero.

—¿Desea tomar algo?

—Agua —dijo, sin dejar de vigilar el exterior—. Sin gas.

Entonces percibió movimiento: la pareja se marchaba.

—Déjelo, se me ha pasado la sed.

Entró en la consigna. Una larga fila de armarios recorrían los cuatro costados de la estancia. Resiguió con la mirada los números y las letras hasta dar con el que buscaba. Introdujo la llave y abrió la portezuela. Había una bolsa de deporte de color pardo. La extrajo. Apenas pesaba. La palpó con cautela y abrió la cremallera.

Dentro halló una hoja de papel, con un mensaje:

CLASECITA Espere con esta bolsa a los pies en el centro del andén de cercanías, línea 2, en dirección a Sant Vicenç de Calders. Alguien le entregará un paquete. Guárdelo en la bolsa y regrese a la taquilla. Siga las instrucciones que hallará dentro. Destruya este comunicado.

Troceó la nota, cuyos fragmentos repartió por varias papeleras, y se dirigió al andén. Una vez situado en el centro, estudió con disimulo a las personas que le rodeaban. A esas horas, el cansancio se reflejaba en sus expresiones. Los trenes se sucedían con gran chirriar de frenos, uno tras otro, anunciados a través de la megafonía. Entonces descubrió, en el andén de enfrente, a un hombre sentado en un banco que miraba inquieto a su alrededor. Llevaba un paquete bajo el brazo.

Entrecruzaron una mirada. El individuo hizo un gesto para que esperara, se incorporó y se dirigió con paso rápido hacia la salida. Lo perdió de vista un instante. Poco después, bajaba por la escalera de su andén y se aproximaba. Tenía la frente bañada en sudor. Corpulento, con el pelo a cepillo, la nariz aplastada y los labios gruesos. Parecía del este de Europa. Vestía camisa blanca, jersey gris y pantalón oscuro. Le entregó el paquete y, sin mediar palabra, abandonó el lugar.

Era un bulto de tamaño mediano. Lo introdujo en la bolsa y volvió a la consigna. Una vez allí, metió la llave y abrió la taquilla de nuevo. En su interior, halló un sobre que momentos antes no estaba. Miró a su alrededor. Dejó la bolsa en el suelo, rasgó el sobre y extrajo otro mensaje. En esta ocasión, le ordenaban que fuera al bar que se hallaba enfrente.

CLASECITA Pida por Caín y pregúntele cómo se encuentra su hermano Abel. Deben responderle con la frase: «Mal, nos dejó de golpe».

—¡Qué cojones tiene la Orden! —masculló.

Observó el bar. Al cabo, siguió leyendo.

CLASECITA Vaya al baño y hágase con el contenido del paquete. Luego devuélvale al camarero la bolsa y la llave. Destruya este comunicado.

Siguió las instrucciones y se adentró otra vez en el bar. El mismo camarero lo recibió detrás de la barra.

—¿Caín?

—Yo mismo.

Intercambiaron la contraseña y se encaminó al lavabo. Se encerró con el pestillo y abrió el paquete. La caja contenía una reluciente Glock de 9 milímetros *parabellum*. La sopesó. Junto a ella, dos cargadores de diecisiete proyectiles y un silenciador. Se los repartió por los bolsillos y se encajó el arma en el cinturón. Tras salir del baño, devolvió la bolsa y la llave, y el camarero le dio otro sobre, ahora de mayor tamaño.

—Ábralo lejos de aquí —le ordenó.

Abandonaba la estación cuando oyó unos gritos. Al volverse, descubrió a dos miembros de seguridad que se dirigían a toda prisa hacia los andenes; corrían hacia la escalera de la línea 2, la de cercanías. Sin dudarle y con paso acelerado, fue tras ellos hasta llegar al mismo andén donde poco antes había sido convocado. La muchedumbre se aglomeraba y los agentes intentaban dispersarla. Un convoy se había quedado a medio entrar en la estación, con los últimos vagones aún dentro del túnel. Desde el interior, algunos de sus pasajeros trataban de averiguar qué ocurría a través de las ventanas.

En el andén, un asistente sanitario atendía a una mujer. Con las manos en la cabeza, presa de un ataque de nervios, gritaba horrorizada:

—¡Dios mío, alguien lo ha empujado!

Se acercó. Entre las vías, descubrió el cuerpo inerte de un hombre: corpulento, vestido con jersey gris y camisa blanca salpicada de sangre. A pocos metros, se veía un brazo seccionado y lo que había sido su cabeza, ladeada en un ángulo imposible, convertida ahora en un amasijo irreconocible. Pese a ello, supo que se trataba del sujeto que le acababa de entregar el arma.

Alguien había evitado dejar un cabo suelto.

Entró en el club pasada la medianoche. La iluminación escarlata confería al ambiente un tono carmesí que se extendía por la moqueta, las paredes y el techo. Le gustaba frecuentarlo. Era viejo conocido del dueño, miembro también de la Orden, el cual se encargaba de la barra. Su presencia tampoco resultaba nueva para las mujeres que, con paso sensual, se le acercaron.

—Hola, cariño... —dijo una.

—Hoy no, Milena. No tengo la cabeza para juegos.

Se sentó en la barra con pasamano de cuero. Al otro extremo, tres de las chicas le dedicaron sonrisas abiertas. Desvió la mirada. De fondo sonaba la música de Vittor Santos, versionando *Ligia*, de Jobim.

—Pocos le dicen que no a Milena —comentó el barman.

—Un *bourbon* con hielo.

Le sirvió una generosa cantidad.

Alzó el vaso, en un brindis mudo, y bebió un largo trago. Cuando lo dejó sobre la barra, los cubitos de hielo tintinearón.

—¿Qué te ocurre, Gregorio?

—Lo de siempre, ya sabes. Todo, nada.

Gregorio, la sombra.

Hijo de emigrantes españoles, se había criado en un oscuro suburbio industrial de Belfast. Nacido en el seno de una familia de católicos recalcitrantes, desde niño sufrió el conflicto entre ingleses protestantes y católicos irlandeses en el Ulster. Recién estrenada la mayoría de edad, trabajó como pistolero a sueldo del IRA. Años después, por un problema de faldas con la esposa de su comandante de brigada, se vio obligado a trasladarse a toda prisa a su país de origen. Una vez en España, sus habilidades con las armas no pasaron desapercibidas para la Orden, que lo reclutó. Se ocultó su pasado y, con el apoyo de sus mentores, entre ellos el intendente Pedrosa, ingresó en la policía de Cataluña, los Mossos d'Esquadra. Tras un período como agente, abandonó sin previo aviso el Cuerpo, coincidiendo con el suicidio de su preceptor y superior, y desde entonces se dedicaba en exclusiva a lo que mejor sabía hacer: asesinar en nombre de sus creencias.

El barman se inclinó hacia él. En un murmullo, dijo:

—Somos importantes porque nos necesitan. Es lo único por lo que vale la pena vivir. Somos su ejército de sombras, y alguien debe hacer este trabajo. Pero no lo dudes, la eternidad nos agradecerá nuestros sacrificios como soldados del Señor.

Gregorio asintió sin despegar los ojos del vaso.

—No eres peor que cuando trabajabas de policía —añadió el dueño del local—. La única diferencia es que ahora te debes a un fin supremo, a una causa superior. —De golpe, le agarró por la muñeca y lo arremangó hasta dejarle al descubierto un tatuaje en el antebrazo que representaba un ángel negro con una estrella a sus pies—. Deberías estar orgulloso de haberte convertido en una sombra, de que te borrarán el que lucías en la nuca. Por aquí corre tu sangre. Míralo, y piensa en ello cuando te asalten las dudas —apostilló, soltándolo.

Gregorio se bajó la manga con gesto pausado. Extrajo el sobre. En su interior, vio unas fotografías, seis primeros planos, junto a un papel doblado. A la escasa luz, leyó seis nombres con sus datos personales. Sin decir nada, introdujo de nuevo el contenido en el sobre y se lo guardó en el bolsillo.

Agarró el vaso. Iba a dar otro trago cuando vio al barman levantar una copa.

—Por nosotros —brindó—. Seremos piezas pequeñas, pero somos claves para que un motor milenario funcione. No lo olvides. La Historia nos contempla.

Entrechocaron los vasos y apuraron hasta la última gota.

Gregorio miró a su derecha. Milena le guiñó el ojo. Con paso lento, fue hacia ella. Necesitaba su calor antes de ejecutar las seis sentencias de muerte de la lista negra.

Capítulo 12

El Vaticano, primero de septiembre de 1883

El hombre con traje talar blanco avanzó sobre una alfombra rojo sangre por el amplio pasillo flanqueado por esculturas y lienzos de reputados maestros renacentistas. A pesar de su edad, caminaba erguido y con la barbilla alta, consciente del poder que ostentaba sin recato en las postrimerías del siglo XIX. A su paso, un ejército de religiosos y seglares bajaba la cabeza, en señal de obediencia los primeros y de respeto los últimos.

Sin detenerse ante las reverencias, León XIII desembocó en una sala rectangular de techos altos e inmensas proporciones. A ambos lados de la regia estancia se alineaban varias filas de sillas. En las primeras, destacaba el rojo de fajas y capelos, símbolos de la dignidad cardenalicia, pues al no ser un acto litúrgico no vestían la púrpura. En las restantes, el austero negro y blanco de sacerdotes y monjas. Al fondo, sobre una doble tarima, reposaba un trono dorado, custodiado por dos guardias suizos armados de bruñidas alabardas. Tras el sitial campeaba el escudo papal: dos llaves cruzadas, una de oro y otra de plata —la primera simbolizando el poder espiritual, la otra, el temporal—, unidas por un cordón de gules, y en el centro la tiara con las tres coronas de oro que representaban al Papa como pastor, maestro y sumo sacerdote.

A la entrada del obispo de Roma, la totalidad de la concurrencia, sin distinción de edad, género o condición, se puso en pie. En silencio, el Papa ascendió los dos escalones que le llevaban al sitial. Se dio la vuelta y, antes de sentarse, impartió con su mano derecha enguantada en blanco la bendición apostólica a los fieles, quienes nada más recibirla se persignaron. Luego, sin más demora, empezó a dirigirse a los presentes, quienes, con ruido de ropajes y murmullos apagados, ocuparon sus asientos, aquellos que lo tenían por jerarquía. En la última fila, sin posibilidades de ocupar una silla, se encontraba una joven, recostada con disimulo contra el mármol frío.

Fiona, la monja vaticana.

De nombre irlandés y corazón cosmopolita, Fiona era un crisol de orígenes. Nacida en el mediodía francés, de padre español y madre gala, había destacado de inmediato por su viva inteligencia y su firme carácter. A pesar de su particular belleza, no quiso limitarse al destino habitual de un matrimonio de provincias que la relegaría a niños y cocinas, y optó por profesar en religión, creyendo que eso la ayudaría a desarrollar sus inquietudes intelectuales. Nada más lejos de la realidad. Con su fe inquebrantable, así como con el bagaje de sus dotes y de la brillantez con la que culminó sus estudios jurídicos y teológicos, algo más que inusual para una mujer frisando los veinticinco, fue distinguida por la Iglesia para un alto destino al servicio

directo del Papa... como camarera.

Con voz vibrante, el pontífice inició su alocución.

«Más de lo mismo», pensó Fiona, abstrayéndose del discurso. Llevaba tiempo desencantada de su vocación. Para paliar el aburrimiento, cambió el peso de una pierna a otra.

Consumada políglota que hablaba cinco idiomas y dos lenguas muertas con fluidez, la religiosa escuchaba retazos de lo que el Pontífice decía. Era algo relacionado con su nueva encíclica sobre la importancia del rezo del rosario; *Supremi apostolatus officio*, se llamaba. Sin embargo, cuando por fin estaba a punto de desconectarse del plúmbeo discurso, algo en las palabras de León XIII atrajo su interés. «Habla de la cruzada contra el Grial», se dijo. Y decidió de súbito prestar toda su atención.

—Los herejes albigenses, es decir, los cátaros, quisieron derrocar a la Santa Madre Iglesia de Roma por la fuerza de las armas —declamaba el Papa, solemne—, pero esta se había salvado, y no por el uso de la violencia, ¡sino mediante el rezo del Santo Rosario a la Santísima Virgen María! —dijo a la nutrida concurrencia con voz tonante, a la vez que abría los brazos y elevaba el rostro al techo de la sala.

—No puede ser —susurró Fiona para sí, indignada—. ¿Cómo se atreve a decir esto? O es un embustero o un imbécil.

—¿Qué dices? —le preguntó, atónita, con un cuchicheo sor Carla, amiga suya desde el noviciado que también había corrido paralela mala suerte en el mismo destino.

—Que no fue rezando precisamente cómo aplastaron a los cátaros. Arrasaron a sangre y a fuego el Languedoc; asesinaron a hombres, mujeres y niños que se acogieron a sagrado en la iglesia de La Madeliene, y allí fueron degollados por decisión del legado Arnaud Amalric. Cerca de veinte mil almas. Sin asomo de compasión, sin la mínima caridad —murmuró Fiona a su compañera de orden.

—El rosario, esa fue la solución contra la herejía cátara —siguió el Papa, a lo lejos—, feliz revelación de santo Domingo de Guzmán, docto teólogo al servicio de la fe verdadera.

—Nací en Beziers, Carla. He vivido en Lavelanet, a la vista de la montaña de Montsegur. Allí, a pesar de que en La Madeleine no hay ni mínima mención que recuerde la masacre, nadie ha olvidado lo que hicieron las tropas de Simón de Montfort, ni los tribunales de la Inquisición de los que formó parte Domingo de Guzmán, luego santificado. Y todo fue bajo los estandartes de la cruzada predicada por el papa Inocencio III, el mismo que instituyó el escudo papal que preside hoy este acto —dijo, en voz baja, señalando con el mentón la enseña que se encontraba tras León XIII.

—Pero no puedes decir eso, son palabras del Papa para hablar *ex cathedra* —le conminó a callar sor Carla, refiriéndose a la infalibilidad papal cuando se dirigía a los fieles desde su silla episcopal.

—Puedo decirlo y lo digo porque es la verdad —replicó Fiona, alzando un tanto la voz—. Y la verdad, la diga quien la diga, viene de Dios. Son palabras de santo Tomás de Aquino.

—¡Silencio! —las reconvino un sacerdote entrado en años y carnes, con ínfulas de prelado y que se sentaba dos filas por delante de las jóvenes monjas.

Las dos callaron y bajaron la cabeza.

Al poco rato, sor Carla, intrigada, bisbiseó:

—Explícate.

—¿Y él? —preguntó Fiona, indicando al sacerdote, quien se volvió ceñudo de nuevo para comprobar que callaban.

—No te preocupes —contestó Carla, mirándolo con disimulo mientras se tapaba la boca con un devocionario—. Se trata de monseñor Agapito Fernández Abajo, un vanidoso y un pelma que ha venido por su cuenta y riesgo desde España para el discurso, pero mañana lo envían de vuelta a su parroquia.

—De acuerdo —dijo Fiona. Y utilizando el mismo ardid del libro de oraciones que su amiga, empezó el relato—: A principios del siglo XIII, floreció en la Provenza una manera de entender el cristianismo con la que Roma discrepaba. Era un regreso a los orígenes del mensaje de Jesús. Frente al lujo y la opulencia de los clérigos, los cátaros abogaban por una vida de austeridad y pobreza a fin de dar testimonio de sus creencias, estableciendo además la igualdad entre mujeres y hombres a la hora de acceder al sacerdocio. Aquella reinterpretación de las creencias no fue tolerada por la Iglesia.

—¿Y cuál fue la respuesta del Papa de entonces?

—Declarar herética la doctrina cátara, y predicar una cruzada para su aniquilación. A ella se sumó de inmediato Felipe Augusto II de Francia, más por el deseo de anexionarse los ubérrimos y ricos territorios que se situaban al norte de los Pirineos que por fervor religioso.

—¿Y qué sucedió luego? —quiso saber Carla.

—Inocencio nombró legado pontificio al abad de Citeaux, Arnaud Amalric, quien, junto a Montfort, se puso a la cabeza de la cruzada; de nuevo unidos brazo secular y espiritual para idéntico fin. Empezaron por tomar Beziers, con el sangriento resultado que te acabo de explicar. De este a oeste, devastaron todo el mediodía francés. De ciudad en ciudad, de castillo en castillo. Sin asomo de piedad. Hasta llegar al último refugio: la fortaleza de Montsegur. Pusieron sitio al baluarte. Los asediados, sin poder recibir ayuda exterior, se rindieron a las fuerzas combinadas de Francia y la Iglesia. Como resultado, los doscientos veinte cátaros que se entregaron como prisioneros fueron quemados vivos en el llamado desde entonces «Camp dels cremats», el campo de los quemados, el llano que se abría al pie de la montaña. Son mártires recordados en mi tierra.

Ambas mujeres, consternadas, guardaron silencio.

—Cuenta la leyenda que dos hombres y una mujer, de nombre Charité Soleil,

podieron escapar al suplicio para poner a salvo un objeto de vital importancia. Pero eso es otra historia, en la que mito y realidad se mezclan —dijo, empezando a abandonar el salón, ya que el Pontífice había terminado la perorata.

Un sacerdote de mediana edad, alto y de pelo cano, que se hallaba cerca de ellas, no se había perdido una coma de la conversación entre las jóvenes. Vestía un hábito que lo señalaba como miembro de la Compañía de Jesús.

Una vez fuera de la sala, Carla vio el semblante de Fiona.

—¿Te encuentras bien?

—Me ha afectado lo que he oído. Necesito pasear un rato a solas y tomar un poco de aire fresco, ¿te importa?

Se despidieron con un beso en cada mejilla.

Cuando las religiosas se separaron, el jesuita, mezclado con el resto de asistentes, siguió a Fiona por los pasillos. Tras un corto trayecto, la mujer salió a la plaza de San Pedro. Ante ella se mostraba en todo su esplendor la columnata de Bernini. Y en su centro, el obelisco.

«No puedo seguir con esta farsa», se dijo Fiona.

El jesuita se situó a su lado y, como si le hubiera leído el pensamiento, le dijo en occitano:

—Sé cómo te sientes, pero no puedes abandonar ahora.

—Padre, no sé a qué se refiere —musitó la joven en la misma lengua, ruborizándose.

—Fiona, tenemos una misión de la que quiero hablarte. La llamamos El Propósito.

Capítulo 13

En Barcelona, el primer día de enero de 2011, el horror quedó retratado sobre el asfalto. Un cuerpo ensangrentado yacía en el centro de una callejuela del barrio del Raval. En su última expresión, sus ojos ya opacos miraban a las nubes. Un reguero de sangre le recorría la mejilla desde el oído, para unirse a otro que arrancaba de la comisura de los labios. Ambos habían alimentado un charco oscuro y espeso sobre el pavimento.

La jueza se incorporó sin dejar de observar aquel rostro. Luego, examinó el cuerpo en su integridad. El brazo izquierdo le había quedado bajo el tronco; el otro, en cambio, en un ángulo de noventa grados, con la mano extendida cerca de la cara. Con un gesto, indicó que cubrieran de nuevo el cuerpo con la manta térmica dorada.

Mientras los efectivos de la policía intentaban dispersar a los curiosos, la jueza localizó con la mirada el punto del tejado por donde debió de caer el hombre, a cuatro pisos de altura. En una de las ventanas, vio cómo un individuo le hacía una fotografía y luego gesticulaba con extraños ademanes.

—Agente, averigüe quién es ese tipo. Nos acaba de fotografiar.

—A la orden, señorita —dijo, adentrándose de inmediato en el inmueble para proceder a su identificación.

No tardó mucho en volver con una respuesta:

—No tiene importancia, es un chico de aquí.

Cuando la jueza autorizaba el levantamiento del cadáver, unos gemidos rebotaron en la estrecha callejuela. Una mujer, entre sollozos, trataba de llegar hasta el precinto policial.

—¡Déjenme pasar, déjenme pasar...!

Un agente la detuvo.

—Señora, no puede pasar.

Ella se echó en sus brazos, presa de un intenso llanto. El policía la sujetó por los hombros.

—¿Lo conocía?

La mujer, sin poder articular palabra, asintió con la cabeza entre gimoteos.

Un reguero de sudor le recorría la piel, que se erizaba con cada roce. Sus cuerpos se unían y separaban al ritmo de los acordes de *You can't go home again*, de Chet Baker. Un compás con olor a placer.

Se encontraban en la habitación del Hotel Kabalega, en Butiaba, Uganda, y cada vez que creían haber llegado al final de su pasión, descubrían un nuevo límite que cruzar. Entre ellos no había tabúes, ni preceptos. Todo estaba permitido.

Exhausta, Carola se dejó caer sobre la cama. Al instante, sin pronunciar palabra, Arnau se incorporó y fue hacia el escritorio. Barrió con el brazo todo lo que había en

la superficie y, sin dejar de mirarla, palmeó el tablero con suavidad. Ella sintió un nuevo arranque de deseo y cruzó el cuarto con paso sinuoso hasta recostarse sobre la mesa. Ladeó la cabeza, exhaló profundamente, y susurró algo inaudible que luego convirtió en un chillido, casi en un aullido. De pronto, su vista se fugó al vacío junto al gozo de ambos.

Transcurrieron unos momentos hasta que ella se incorporó, se puso un albornoz y abrió la celosía para contemplar un cielo recortado por la silueta de las montañas. Ante el hotel, en la explanada, un grupo de lugareños interpretaba con timbales el «Bautizo de selva» para los clientes recién llegados, sedientos de aventuras que contar a su regreso.

El festejo se celebraba cada dos semanas, después de los días llamados «de traspaso», en los cuales el hotel quedaba vacío, para luego congregarse a los turistas en viajes y safaris grupales. Unos bailarines, armados con lanzas y escudos, danzaban música tribal con pelucas doradas y tirantes blancos alrededor del pecho desnudo, decorado con diminutos triángulos de color añil. Ataviados con faldones color turquesa, eran el objetivo de numerosos *flashes*. El espectáculo cesó de súbito cuando Moses tomó la palabra. Había llegado el momento de dejar a un lado el folklore e indicar ciertas normas especiales de seguridad que exigían las excursiones que iban a hacer por la mañana.

Carola escuchó la voz grave de Moses.

—La premisa básica es actuar con sentido común —explicó a los turistas que partirían hacia la reserva de gorilas de espalda plateada—, y respetar las normas fundamentales. No gritéis ni gesticuléis ante los gorilas. No comáis en su presencia ni les deis de comer. Se pueden tomar fotografías, pero nunca con *flash*, porque los excita. Entre ellos y vosotros siempre tiene que haber más de diez metros. Si se acercan, que no cunda el pánico; lo hacen solo por curiosidad.

Mientras Moses desgranaba el mismo discurso de siempre, Carola recogió un sobre del suelo. Curiosa, le dio la vuelta. No había remite. Arrugó la nariz y lo dejó encima del escritorio. Moses proseguía:

—El gorila no es violento, aunque podría llegar a atacar si se siente amenazado. En tal caso, debéis saber que, antes de agredir, es un animal que solo embiste: corre a toda velocidad hacia su adversario para frenar en el último momento, a pocos centímetros de su enemigo, y entonces se golpea el pecho, ruge y exhibe todo su potencial físico.

Arnau se dirigió al baño con una sonrisa. A ella le pudo la curiosidad. C cogió de nuevo el sobre, lo abrió con cautela y extrajo un papel. Oyó cómo se cerraba el grifo, y lo volvió a dejar en su lugar. Apenas había podido leer las dos primeras palabras, «*Est Sanctus...*», pero el hecho de que fueran en latín fue suficiente para despertar su inquietud al hacerle recordar los episodios recientes que ambos habían vivido en Boí.

—El mismo rollo de siempre —dijo Arnau, entrando en el dormitorio envuelto en un albornoz—. Aquí es cuando algunos se asustan, escucha.

Moses continuaba con su explicación.

—Si su adversario huye, el gorila irá a por él; pero si se queda inmóvil, en posición sumisa, con los brazos recogidos junto al cuerpo, el animal abandonará la reyerta sin tocarlo. No es nada fácil quedarse quieto cuando una bestia de doscientos kilos, con una altura de metro ochenta y una envergadura de más de dos metros, se te acerca a la carrera, provocándote con espantosos rugidos. Pero tranquilos —agregó, al oír los habituales rumores de inquietud entre los turistas—, jamás ha ocurrido un accidente con nosotros, aunque sería un irresponsable si no os lo explicara. Además, debemos ser muy cautelosos, porque visitaremos una familia de gorilas en la que en estos momentos hay una lucha de poder entre el macho de más edad, llamado Ndahura, y un par de jóvenes que quieren arrebatarse el liderazgo.

Arnau la abrazó y juntos observaron la fiesta.

Yvan, ajeno a todo, estaba encaramado a una escalera. Los vio y, azorado, desvió la mirada. Retiraba un cartel cuyo texto rezaba «Feliz Navidad y próspero 2011». A pesar de que las navidades ya habían pasado, aún lucía junto al rótulo de madera que anunciaba «Hotel Kabalega».

Arnau cogió a Carola por la cintura, le dio la vuelta y le apartó un mechón de la frente con ternura.

—Este es mi lugar en el mundo —dijo—. Esta es mi vida, mi gente, y ahora tú estás conmigo. ¿Qué más puedo pedir?

—Pero, cariño, se supone que solo estoy de turismo.

Ensimismado, Arnau continuó hablando:

—Mira, cada vez que me alejo de aquí, un trozo de mi alma muere de nostalgia. —Algo desilusionada por no haber obtenido lo que esperaba, Carola bajó la mirada—. En Occidente me supera el asfalto y echo de menos el polvo de los caminos africanos. Me desintegro entre el gentío y la agitación urbana, y echo en falta la soledad, el silencio y la quietud de este lago. Las luces de la ciudad me entristecen cuando las comparo con el cielo estrellado de aquí. —Suspiró—. En África jamás me ha faltado un sueño por el que luchar ni un proyecto que realizar. Ahora tampoco me falta la persona a quien amar.

Los ojos de Carola brillaron.

—Este continente cautiva, me sedujo desde el primer día. ¿Y sabes por qué? —Ella encogió los hombros—. Porque en África no eres tú quien decide sobre tu vida; es África quien decide por ti.

A ella le disgustó esta sentencia y dijo:

—No deberías permitir que nada ni nadie decida por ti.

Arnau arqueó las cejas. Con delicadeza, se separó de Carola y apoyó un brazo en la balconada.

—No lo comprendes, no se trata de eso. —Entonces vio a Yvan bajando la escalera y le preguntó—: ¿Necesitas ayuda?

Yvan, con el cartel a cuestas, hizo un ademán de negación.

—¿Vas a ir hoy a Masindi?

—Sí, señor, necesitamos carburante.

—Bien, cuando acabes con el letrero, sube; llevarás una carta al servicio postal para enviar a España.

Arnau se acercó al escritorio y anotó en el sobre una dirección que Carola, con disimulo, quiso leer: José Luis Gomis, apartado de correos 25111, Barcelona, España. Notó su curiosidad y extrajo el escrito para que ella lo leyera.

—Lo escanéé y se lo envié por *mail* —aclaró—, pero me ha pedido el original. Ya ves, parece que el tema aún colea; aunque también en esto, África, como siempre, decidirá.

—Pero...

Arnau la interrumpió con un beso.

—Es parte de la presión que debo soportar —dijo—. Lo que me da fuerzas es que estés a mi lado.

—¿Parte?

—Bueno, ya sabes que hay una causa abierta, un juicio pendiente en el que aparezco como víctima de una especie de sociedad secreta muy poderosa. Y para que no falte de nada, Saludes, que no cesa de machacarme con llamadas apocalípticas. Suerte tengo de contar con Gomis.

—¿Quién es Saludes?

—Un chiflado que no para de darme la lata con el cuento de mi dinastía. No sé cómo sacármelo de encima. Menos mal que vivimos lejos el uno del otro. Ni siquiera lo conozco en persona, aunque tú sí, Carola. —Ella puso cara de extrañeza—. Es ese periodista del que me hablaste, el que años atrás le hizo una entrevista a mi tía en tu bar, ¿recuerdas?

—¿Y por qué te llama? —quiso saber.

Arnau hizo una mueca y lo imitó con gestos exagerados.

—«Debe protegerse, mi señor; el brazo del maligno es largo y poderoso». Es un cátar. Vete a saber cómo le comió el coco a mi tía —comentó—. Están todos locos. Crean dioses y religiones solo para poder explicar lo desconocido.

—Pero tu tía era una mujer inteligente y formada. Una persona extraordinaria, y muy culta. No puedes reírte de ella ni de todo esto.

—Pues es para reírse.

—¿Ah sí? —replicó, furiosa—. ¿Te da risa que la asesinaran? ¿O que intentaran matar a Moses hace unos meses? ¿Te parece divertido que acabaran con el mosén o con el pobre profesor Puigdevall? —dijo, cada vez más tensa—. ¿Te burlas del significado del pergamino que heredaste, o de la carta que tu tía te dejó? ¿Y también de sus premoniciones, de los mensajes acrósticos, de los misterios del Valle de Boí?

Arnau, estupefacto ante su arranque de ira, se mantuvo en silencio. Los hechos de Boí habían estado acompañados de mensajes que reproducían el acróstico «E. S. L. M.», «Ego Sum Lux Mundi», tal y como aparece en las escrituras que sostiene

Jesucristo en el Pantocrátor de Taüll. Sabía que su tía y Carola habían mantenido una estrecha amistad, pero acababa de descubrir en su pareja unas convicciones acerca de las cuales él era un completo escéptico. Sin embargo, sabía que ella tenía razón en una cosa: al margen de sus creencias, había sujetos dispuestos a matar por razones que no podía comprender. Y eso no solo le ponía en peligro a él, sino también a los suyos, lo que incluía a Carola.

—Aquel que no es capaz de honrar a sus antepasados, no merecerá tampoco ser recordado por quienes le sucedan —sentenció ella.

Arnau se quedó pensativo unos instantes. Al cabo, dijo:

—No puedo permitir que nadie nos atemorice. Nadie tiene derecho a amenazar vidas, ni proyectos... ni nuestro amor.

Carola le tomó de la mano.

—Cariño, es eso a lo que me refiero.

—Entonces, ¿qué crees que debo hacer?

—Por de pronto, tomar conciencia de tu condición. —Él emitió un gruñido casi inaudible, ella añadió con tono enérgico—: ¿Es que aún no te das cuenta? Todo lo que ha ocurrido en nuestras vidas desde que nos conocimos, ¿no te parece extraño? A veces tengo la sensación de recorrer un camino preestablecido. ¿Crees en el destino? —No obtuvo respuesta—. Debes tomar las riendas de tu nueva realidad.

Arnau desvió la mirada y advirtió en la baranda la presencia de un picozapato, una extraña ave que lo distrajo unos momentos. Luego, negó con la cabeza y dijo:

—Mi nueva realidad da risa, como ese pájaro —lo señaló—. No me decepciones, Carola. ¿De veras te crees todo eso? ¿No ves que están todos locos, completamente locos?

—Tanta sangre vertida no debería ser en vano.

—Bien, imaginemos que todo eso es cierto: lo de mis ancestros, lo del pellejo románico, esas cosas raras que cuentan... ¿Y qué? El pasado no nos puede condicionar hasta ese punto. No creo en los linajes; somos lo que construimos en vida, con nuestras virtudes y defectos. Ni más, ni menos. Un pergamino no me hace ni mejor ni peor.

Carola contempló el horizonte, en el que, a lo lejos, se alzaba majestuosa la silueta de la cordillera del Rwenzori.

—Ya he tomado una decisión, amor mío —dijo Arnau—. Y te aseguro que no es fruto de la cobardía, sino del deseo de vivir en paz conmigo mismo y con los demás. —Ella guardó un silencio que se le hizo eterno—. Además, ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Atender a la nueva llamada, la de ser la «luz del mundo»? ¿Para qué, para acabar crucificado? Y en ese caso, ¿qué esperaría el mundo de mí? No, mi vida está aquí —dijo, señalando con energía la ribera del lago—. Lo decidí hace dos décadas. No pertenezco a la tierra de donde proviene toda esta locura, una sociedad enferma que ahora pretende contagiarte.

Carola se mantuvo sin despegar los labios.

—Déjate cautivar por la realidad, no por las demencias de cuatro chiflados. — Señaló otra vez hacia fuera—. Míralos, ellos son reales, lloran y ríen, ¡son supervivientes! Solo les importa vivir en paz con algo que llevarse a la boca y otro poco al corazón. ¿Y sabes por qué? Porque han vivido las peores experiencias que un ser humano pueda concebir. África decidió, y ellos tuvieron que adaptarse. Yvan, ahí donde lo ves, fue uno de tantos niños soldado. No tienes ni idea de los horrores que sufrió. Y Moses, ¡fíjate en Moses! Lo quiero como el hermano que jamás tuve.

—Es un sentimiento recíproco —murmuró ella.

—Lo sé, ambos daríamos la vida por el otro. Lo conocí cuando estaba a punto de desangrarse tras huir de los Interahamwe. ¿De veras piensas que significaría algo para ellos esa maldita realidad de la que me hablas? ¿«Mi condición»? —dijo con sorna, dibujando en el aire unas comillas con sus dedos.

Carola se quedó meditando unos segundos.

—¿Interahamwe? —preguntó.

—No era de eso de lo que hablábamos.

—Lo sé, pero cuéntamelo de todos modos.

—Moses nunca quiere rememorar esa parte de su vida, así que sé discreta. Perdió a toda su familia en Ruanda, a principios de los noventa, en el conflicto que protagonizaron los hutus en su caza al tutsi. Las milicias tomaron el nombre de Interahamwe. Significa «golpeemos juntos».

—¿Cómo pudieron permitirlo?

—África decidió y la comunidad internacional, una vez más, quedó en entredicho. No solo no supieron frenar lo que acabó siendo un genocidio a las puertas del siglo XXI, sino que, sin quererlo, lo financiaron con fondos estructurales del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. El dinero de determinados proyectos se desvió para invertirlo en la compra de fusiles, machetes, cuchillos, hachas y hasta martillos, con los que se cometieron unos crímenes espeluznantes.

Carola se sobrecogió.

—En un descuido de quienes lo vigilaban —explicó entonces Arnau—, Moses huyó mientras se preparaba otro espectáculo público: esta vez el de su propia ejecución. Poco antes, a base de machetazos y algún AK-47, habían matado y descuartizado a todos aquellos que encontraron en su poblado natal; entre ellos, a los suyos.

Los ojos de Carola buscaron a Moses, que seguía departiendo con los turistas.

—Ahora es un hombre feliz que disfruta de la vida. Poco hubiera importado, antes o después, lo que yo pueda ser a ojos de algún fanático. —Se encogió de hombros—. Tienen adherida a su negra piel la crueldad de esta tierra. Por sus venas corre la sangre de su historia, la que da forma y sentido al continente. Esto es la realidad, Carola, el resto no existe.

—¿Qué hacías tú en Ruanda?

—¿Qué importa eso ahora? —Carola le dedicó una mueca—. Me sorprendió el conflicto en un viaje de prospección. Un centro residencial quería estrechar lazos de colaboración con nosotros: el Kinigi Guest House, al sur del parque nacional de Mgahinga.

—¿Donde viven los gorilas?

—Exacto, pero en territorio ruandés. Entonces estalló el conflicto y se bloquearon los pasos fronterizos. Toque de queda. Tuve que permanecer unos días en Musanze, la población más cercana, encerrado en un hotel; no se permitía a nadie salir ni entrar del país. En las calles reinaban el caos y el horror. No te imaginas lo que era: los muertos salpicaban las aceras; en las plazas se exhibían montículos de cráneos de las víctimas tutsis. Allí conocí a Moses.

—Continúa —musitó ella.

—Una tarde de relativa calma aproveché para dar un paseo por los alrededores. Oí unos quejidos en unos matorrales. Creí que serían de algún animal, pero no: eran de Moses, herido de gravedad. Había perdido mucha sangre. Le dije que no se moviera de allí hasta el anochecer. Al caer el sol regresé con un camarero del hotel a quien había sobornado. Pensé que ya habría muerto, pero seguía con vida. Con sigilo lo llevamos a mi habitación, donde lo oculté unos días, hasta que se recuperó.

—¿Y por qué no lo llevaste de inmediato a un hospital?

—Eso hubiera supuesto su muerte; era demasiado riesgo. Resulta fácil distinguir a los tutsi: altos y robustos, tienen unos rasgos faciales característicos. Hubieran dado con él de nuevo.

—¿Y luego? ¿Qué ocurrió luego?

—No salió de la habitación hasta que sus heridas se hubieron curado, una larga temporada que nos permitió conocernos y sintonizar. Tanto, que luego se ha convertido en mi mano derecha.

—Yo creo que también en la izquierda.

—Lo llevé conmigo a Butiaba, en una odisea en la que nos jugamos la vida varias veces. Pero con dinero todo se arregla. Nos hemos convertido en más que hermanos.

Guardaron silencio unos instantes.

—Colaboras en un montón de proyectos de apoyo a la población —afirmó Carola con seriedad—. Le salvaste la vida a Moses, contrataste a Yvan, que había sufrido como niño soldado y... —Se detuvo. Sabía que iba a entrar en arenas movedizas, pero tenía que acabar lo que quería decir—. Y también rescataste a Ongodia de su sufrimiento como esclava sexual del ejército. —No ignoraba que entre Ongodia y Arnau hubo más que una buena amistad, pero aquello ya era agua pasada. Le acaricié la mejilla—. Detrás de tu pragmatismo hay un hombre sensible que se preocupa por el sufrimiento ajeno. Cariño, no reniegues de lo que eres ni de tus raíces, te lo pido por favor.

Sonaron dos golpes en la puerta. Era Yvan, con ese talante infantil a pesar de su

edad.

—Vengo a por la carta, señor.

Arnau extendió el brazo para dársela, y luego lo retiró dubitativo. Observó el sobre unos instantes, sopesando la posibilidad de no enviarlo; pero al final se lo entregó.

—Yvan, ¿está la lancha preparada?

—Sí, señor.

Arnau se dirigió a Carola.

—¿Te apetece un paseo por el lago?

Ella sonrió de oreja a oreja, los ojos brillantes.

Capítulo 14

Boí, marzo de 1917

Olía a cirio quemado. La luz de una vela casi consumida le confería al lugar una pobre iluminación que apenas le permitía ver lo que escribía. Se acercó al ventanal y limpió con la mano el vaho del cristal. Fuera la noche era gélida y vestía con nieves tardías las postrimerías del invierno. Entre tinieblas, resonó el maullido de un gato, que se confundió con el silbido del viento al filtrarse por la ventana. Atizó las brasas, que chisporrotearon hasta que el fuego creció, y dispuso un par de leños más en el hogar. Los maderos crepitaban bajo las primeras llamas. Tomó asiento otra vez en la mesa, se colocó las gafas y aproximó el candelabro al papel. Entre muros se oía la oración de otro clérigo que rezaba vísperas. Un escalofrío le obligó a cubrirse con una frazada sobre el hábito. Luego, mojó la plumilla en el tarro de tinta y comenzó un escueto comunicado con delicada caligrafía:

Distinguido Sr. Brocà:

Tras el triste fallecimiento del señor rector, q. e. p. d., quien hizo encalar de nuevo las pinturas, puede realizarse otra vez la restauración de la iglesia de Sant Climent de Taüll para extraer la cal que ahora las cubre. Sugiero realizar los trabajos durante la primavera, por razones climatológicas obvias.

Atentamente, mosén Josep Farrero, ecónomo de Taüll.

«No puedo decir más. ¡Tanto sucedido en tan poco tiempo y tanto que callar!», pensó el clérigo mesándose la barba. Dejó que los recuerdos le llevaran al pasado, a casi diez años atrás, cuando era un sacerdote recién ordenado.

Él fue testigo, a los pocos días de salir del seminario, de la visita que el obispo de Urgell hizo al Valle de Boí, en un encuentro sin apenas contenido pastoral. Aquella era una misión oscura que luego quedó encubierta por el silencio y el tiempo, como la cal que cubriría luego, por segunda vez, el Pantocrátor de Taüll, entrado ya el siglo xx.

Sus superiores querían ocultar algunos fragmentos de las pinturas románicas para evitar interpretaciones que pusieran en duda ciertos postulados de la fe. «Todo, consecuencia del temor a la verdad —se dijo—. Y “cuando habla el miedo, la bondad huye”».

Él jamás se había mostrado conforme con tan extrañas argucias. Sin embargo, por obediencia impuesta, se vio obligado a aceptar la voluntad de sus superiores; al fin y al cabo, solo era un recién llegado. Pero su joven carácter le impedía callar ante lo

que consideraba una aberración.

—Por el amor de Dios, ¿no se dan cuenta? ¡Es una obra de arte, no pueden hacer esto! —se lamentaba durante el descenso de Taüll a Boí junto al rector, quien avanzaba a paso rápido, ansioso por escapar de tan embarazosos comentarios.

Acababan de acomodar al obispo y a su séquito en una hospedería de Taüll, mientras tres técnicos italianos trabajaban sin descanso en el interior de la iglesia de Sant Climent para extraer un fragmento de la milenaria pintura del ábside; se trataba de una parte que consideraban herética de la obra recién descubierta, que había permanecido escondida tras la cal y un retablo durante más de setecientos años.

De pronto, el rector se detuvo.

—No quiero oír hablar más de esto. Es el deseo de monseñor, y también el mío, por supuesto. Debes entender la magnitud de lo que nos lleva a...

—¡A la censura! —interrumpió Farrero—. ¡A la censura de una obra de arte!

—¡Silencio! —ordenó el rector—. ¿Obra de arte, dices? ¿Eso es arte? Un niño podría pintar mejor —resopló—. Mira, en menos de una semana todo esto habrá acabado, para satisfacción del obispo y de Roma. El valle no generará suspicacias y nuestras iglesias quedarán limpias de difamaciones; esos italianos, con sus bolsillos llenos, y la Santa Sede con la pieza herética en su poder. Ah, y los políticos entrometidos de Barcelona, con su maldito arte románico catalogado. —Lo rodeó con el brazo—. Eres demasiado joven para comprenderlo.

—¡Pues explíquemelo!

—¿Has oído hablar de El Propósito?

Josep negó con la cabeza. Su superior sonrió, afable.

—Cuando tengas mi edad, entenderás que a menudo hay que caminar por una senda sombría en aras de conseguir un bien superior a veces difícil de entender.

Reemprendieron el camino.

—¿Qué es El Propósito? —quiso saber.

El rector se santiguó. Era reacio a entrar en explicaciones, pero ante el afán de conocimiento de su pupilo no se pudo negar.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta —dijo—. Es algo intangible, una amenaza que se cierne sobre nuestra Iglesia y que arranca de los primeros días de la cristiandad. Hay quien afirma que un grupo que instigaba ese movimiento hereje se asentó en el valle durante el bajo Medievo y que dejó unas huellas que ahora tenemos la obligación de borrar. Es nuestro deber.

Farrero se quedó sorprendido al oír aquellas palabras.

—Y estamos solos en la batalla —añadió el rector—. A pocos les preocupa el riesgo que corre el trono que nos legó san Pedro. Ahora, con la excusa del arte, los políticos nos presionan y cuestionan. Los tiempos cambian... ¡Esos políticos de medio pelo! A las puertas de unas elecciones generales, ¿no tienen suficiente trabajo en la capital? Llegan noticias de atentados, de pistoleros por las esquinas y de gente que pasa hambre. Todo eso les da igual: nos tienen en su punto de mira.

—No se equivoque, los que hoy nos gobiernan son fieles católicos.

—Títeres a las órdenes del marxismo y la masonería.

Josep se contuvo y guardó silencio.

—¿No te das cuenta? —continuó el rector—. Quieren difundir pinturas indecentes, sin valor alguno, ni siquiera firmadas por artista que se precie. No respetan el hecho de que sean propiedad de la Iglesia y, por tanto, que sea nuestra la potestad sobre ellas.

—Creo que solo quieren inventariarlas —comentó el joven—. Tal vez también comprarlas, antes de que las podamos vender a otros. Y tengo entendido que las pagarían bien.

—¿Cómo vamos a comerciar con mensajes contrarios al dogma, incluso a veces obscenos?

—¿Obscenos?

—¡Sí, indecentes y no canónicos! Veo que todavía no te has fijado bien en algunas de las representaciones que hay en la iglesia de Sant Joan de Boí.

Farrero volvió a contenerse. El rector, reanudando la marcha, bajó la voz.

—Ya he ordenado que los borren de inmediato, antes de que los estudiosos del arte las cataloguen. Como mínimo, los trozos más pecaminosos.

Josep le miró con incompreensión. El rector acercó la boca a su oído y, en un hilo de voz, dijo:

—Hay una representación en la que un tullido... —se santiguó—, que Dios me perdone... en la que un hombre tullido se da placer. ¿Cómo pudo permitirse algo así en un templo? ¿Cómo pudo consagrarse esa iglesia? Es aberrante...

Al joven sacerdote se le dilataron los ojos.

—¿Te das cuenta, Josep? ¡En las paredes de una iglesia! ¿A eso lo llamas arte? ¿Son eso mensajes cristianos? —Alterado, el rector trastabilló al pisar una piedra—. Les interesan esas obras solo para desprestigiar a la Iglesia. Pero no se lo permitiremos. Y a sabiendas de nuestra oposición, han enviado a un pintor, a un... un tal Vallhonrat, Joan Vallhonrat, para que realice a toda prisa acuarelas de todos los frescos del valle antes de nuestra intervención. Pero ¡qué se han creído! Menos mal que fray Quirico nos ha advertido, y esta mañana ha borrado a tiempo parte de un lienzo que pintaba, precisamente el del Pantocrátor de Taüll. —Sacudió la cabeza con enfado—. Y no contentos con catalogarlas, ¡quieren publicar esas porquerías en un fascículo! ¿Y sabes qué opino? Que lo hagan, pero limpias de impurezas. Y que nos paguen por ello, así podremos restaurar las techumbres de los templos, que cada vez que queremos oficiar algo debemos mirar antes al cielo por si va a llover.

—Con todos los respetos, creo que exagera.

—¿Ah, sí? ¿De veras? No tienes ni idea de lo que ocurre en la ciudad.

—¿Qué sucede? —preguntó Josep.

Sin aliento, el rector inspiró una bocanada de aire.

—Corren tiempos turbulentos —dijo—. Ahora, con total menosprecio por la

labor de la Iglesia, el Ayuntamiento de Barcelona, ciudad de donde vienen esos entrometidos, quiere construir nuevas escuelas. ¿Lo sabías?

—No, pero ¿qué tiene eso de malo?

Fuera de sí, el rector se detuvo para tomar más aire.

—Que eso es tarea nuestra. Ellos no se inspiran en la verdad y por eso... ¡harán escuelas laicas! —enfaticó, con disgusto—. Sí, neutras, sin religión. ¡Y además, niños y niñas juntos, escuelas mixtas. Laicas y mixtas! ¿Adónde vamos a llegar?

Farrero decidió mantenerse callado hasta que llegaron a Boí, con el frío metido en el cuerpo. Al aproximarse al caserón, vieron a sor Ángela, que los aguardaba impaciente en el portón.

—Venga, pasen —les dijo—, que van a pillar un resfriado a estas horas.

Se sacudieron los botines y se acercaron al calor del hogar. Poco más tarde, entre los salmos vespertinos, le sorprendió oír el galope de un caballo camino del llano. Un sonido que fue el presagio de la fatalidad. El «humo de Satanás» aguardaba tras la muralla del pueblo.

A la salida del sol, el ministro secretario fue a la iglesia de Sant Climent para ver sus órdenes cumplidas y hacer entrega al obispo del fragmento que los técnicos italianos habían extraído de la pintura del ábside. Para su asombro, la puerta estaba entreabierta y no había nadie en su interior. Inquieto, gritó su nombre varias veces mientras buscaba por el interior y por el campanario.

—¡Giovanni! ¡Giovanni! ¿Están ahí? ¡Giovanni!

Descendió la angosta escalera de la torre.

—Por Dios, ¿dónde se han metido? —Observó el ábside. En el mural faltaba el fragmento señalado y los útiles de los técnicos habían sido recogidos. Pero no halló el recuadro extraído de la pintura—. ¿Dónde está? ¿Dónde está?

A la carrera, se dirigió a la hospedería y dio la voz de alarma a todo el séquito, que junto con el hostelero se movilizaron para dar con los italianos. Aquello explicaba el galope de medianoche: los transalpinos se habían fugado con el registro extraído.

—¿Cómo pudieron confiar en esa gentuza? —inquirió el obispo.

Tras una búsqueda dificultosa, al mediodía hallaron a Giovanni junto al río, entre Cardet y Còll, con un tobillo roto y síntomas de congelación. Ni rastro de los otros dos. En un carromato, lo trasladaron de nuevo a Boí, donde fue interrogado por los clérigos.

—¿Dónde están? ¿Adónde se han llevado el fragmento?

El viejo Giovanni, tendido en el suelo, y a pesar del frío y el dolor, se mantuvo firme sin soltar palabra. Apenas emitió algún que otro gemido inarticulado.

Tras varios intentos infructuosos, el ministro secretario se dirigió a su superior:

—Eminencia, creo que no le sacaremos nada.

El obispo salió airado de la estancia.

—Marchaos todos —ordenó el secretario al séquito—, menos tú. —Señaló a uno

de los monjes, el más corpulento. Una vez solos, le dijo—: Ha llegado el momento de cobrarme el favor que me debes, si no quieres que te obligue a dejar la vida monástica y entregarte a la justicia por lo que hiciste.

—Señor —dijo, sumiso—, siempre os estaré en deuda.

—Bien. Lo dejarás aquí, en el suelo. —Indicó al italiano con un gesto—. Ni se te ocurra moverlo. Me marcharé y tú te quedarás sin más leños con los que alimentar el fuego del hogar. ¿Comprendes? —El monje asintió—. Echarás la llave al portón, pero te olvidarás de cerrar las ventanas. Dios y el frío harán el resto. Entretanto, coge un cepillo de púas y ve de templo en templo para borrar los trozos de los murales que te comenté ayer.

El monje volvió a afirmar en silencio. Miró con desdén a Giovanni, quien hacía esfuerzos por negar con la cabeza lo inevitable. El ministro secretario abandonó la estancia de un portazo, lo que generó un golpe de viento que hizo ondular el fuego que pronto se apagaría.

A la mañana siguiente, Farrero, tras conocer lo que le había ocurrido al italiano, se encerró en su celda. No salió en varias jornadas. El rector fue a buscarle en diversas ocasiones, pero él no atendió a sus llamadas. Por fin, abrió la puerta y vio a su superior con un bote de un extraño brebaje en las manos.

Le llenó un vaso.

—Tómate esto. Mañana te sentirás mejor. Es jarabe de rábano yodado, un depurativo que me traen de Francia. Tómatelo y verás cómo en unas horas estás bien.

Debilitado, Josep obedeció. El rector añadió:

—Los designios del señor son inescrutables. Cuando las aguas se hayan serenado, volveremos a encalar las pinturas y a colocar los retablos en los ábsides. Como debe ser, como ha sido a lo largo de los siglos.

Farrero, rendido, asintió con un cabeceo. Aquella sumisión lo condenó a una angustia de casi dos lustros.

Años más tarde, centelleaban otras llamas en el mismo hogar, también ante los ojos de Josep, quien, absorto, las veía cimbrear entre el chisporroteo de las brasas mientras recordaba estos hechos tan lamentables, ahora con la carta al señor Brocà recién redactada en sus manos.

—Este escrito es mi expiación —dijo para sí.

Y entonces rememoró el episodio que le obligó a escribirla: un suceso ocurrido unos meses atrás. Fue en domingo, tras la celebración eucarística de las once de la mañana, con la iglesia de Santa Maria de Taüll ya vacía de fieles.

Un forastero alto y fuerte, que luego supo que lo había estado esperando a la salida, se abalanzó sobre él, lo agarró con fuerza por la pechera y lo estampó contra el muro de piedra.

—¿Dónde están las pinturas? —preguntó a gritos—. ¿Qué han hecho con ellas? ¿A qué especulador se las han vendido?

—No... no sé de qué me habla —balbuceó Farrero, perplejo por el ataque.

El asaltante lo soltó y se dirigió hacia el altar a grandes zancadas. Mosén Farrero fue tras él.

—¡Salga de aquí! —conminó—. ¡Salga inmediatamente!

Sin hacerle caso, el forastero examinó el ábside por el estrecho pasadizo que quedaba detrás del retablo.

—¿Cómo es posible? ¡Han vuelto a encalarlo!

—¡Salga de aquí, le he dicho! —vociferó Farrero.

El hombre retrocedió hacia él, volvió a agarrar al capellán por el hábito y lo levantó hasta que sus caras quedaron a la misma altura. Farrero temblaba de pánico.

—¿Quién es el responsable de esto? ¡Dímelo o te estampo contra los santos!

—El... el... el rector —tartamudeó.

El hombre soltó a Josep, que cayó desplomado al suelo.

—¡Seguro que lo habéis hecho también en nombre de Dios! ¿Cómo pudisteis? ¡Esto no quedará así!

El forastero dio una patada a un reclinatorio, cuyas balaustas saltaron hechas pedazos, y abandonó el templo.

Transcurrió el invierno, más gélido de lo habitual, sin que pudiera hallar respuesta al enigmático asalto. Hasta que a mediados de marzo, a las puertas de la primavera, oyó los gritos proferidos por sor Ángela. El rector yacía en el huerto. Un borbotón amarillento resbalaba por su boca. En su poder hallaron un recipiente con una sustancia que resultó ser un veneno, junto con una carta del Institut d'Estudis Catalans, firmada, entre otros, por el mismísimo Josep Puig i Cadafalch, quien lamentaba el nuevo encalado que habían sufrido los ábsides de las iglesias tras haber sido estas declaradas monumento nacional y le advertía sobre las graves responsabilidades legales que de ello se pudieran derivar.

El rector no soportó la presión.

Los acontecimientos exigieron colaborar a partir de entonces.

Josep observó la carta que acababa de escribir. La sostenía ante el fuego y tuvo tentaciones de quemarla.

Las llamas del hogar menguaron, y el frío se adueñó de la estancia con rapidez. Josep Farrero continuaba pensativo. De golpe, se estremeció al creer sentir el tacto de una mano en su espalda. Pero nadie había entrado en la celda. Estaba solo.

Se acercó de nuevo al escritorio, introdujo la carta en un sobre y lo lacró. Luego, escribió con pulcra letra la dirección del Institut d'Estudis Catalans.

Se aproximó al fuego y lo atizó. Se mantuvo en cuclillas ante el hogar. «En cualquier caso, esta carta llegará siempre tarde», se dijo.

Capítulo 15

En el Restaurante Hanoi, de Barcelona, solo el abogado José Luis Gomis estaba por la labor de degustar los deliciosos manjares vietnamitas. Enfrente tenía al sargento Ramón Palau, con quien había colaborado meses atrás en las pesquisas llevadas a cabo en relación con el caso Boí, lo que fomentó la amistad entre ambos.

—¡Una orden secreta! ¿Te imaginas? ¡En pleno valle! —dijo Palau, sacudiendo la cabeza—. Un tipo raro ese cabrero. Desde entonces apenas duermo, ¡me están volviendo loco!

—Está bien, Ramón, tranquilízate —dijo el abogado—. Habría que analizar esa agua de serpiente. A lo mejor es un potente estupefaciente y estás sufriendo alucinaciones.

—¿Todo bien, señores? —quiso saber Xing Kai, el dueño del local.

Ambos asintieron y, al cabo de unos instantes, el abogado recuperó la seriedad.

—Oye, lo digo en serio; en esos bosques hay plantas, frutos y setas alucinógenas. ¿Por qué crees sino que por aquí a los locos se los llama de forma coloquial *tocats del bolet*? En fin, trata de relativizarlo y come algo, coño, que todo está riquísimo. Todavía no me has contado qué te trae por Barcelona.

—El nuevo intendente quiere verme esta tarde.

—¿Para qué?

—No ha querido decírmelo por teléfono, pero solo puede ser por algo relacionado con el caso Boí.

—Por un momento pensé que se trataba de lo sucedido en Sabadell.

El sargento hizo una mueca de ignorancia.

—Hace un par de días, dos ciclistas hallaron el cuerpo mutilado de un hombre en una cuneta. La prensa se ha hecho eco de la noticia; algo espeluznante —explicó Gomis, con un bocado de rollo *Xuân Dinh* en la boca. Después añadió—: Si se trata de Boí, tal vez yo también disponga de una información interesante para ti.

El sargento pensó que era otra de sus frivolidades y, embotado, se masajeó las sienes. Sus ojeras mostraban las dificultades que últimamente tenía para conciliar el sueño.

—Haces mala cara —confirmó Gomis.

—Cada día veo amanecer, con la garganta seca y el cuerpo empapado de sudor.

—Te implicas demasiado en todo, hasta la obsesión, y eso acabará contigo. El caso Boí ya no te concierne. Deja que acaben de resolverlo quienes lo llevan ahora. ¿O quizá es por ella? —Ramón no respondió—. Escucha, sargento, ese pastor... ¿seguro que Rocío y tú habláis de la misma persona?

—Sí, se lo describí con todo detalle. Ella lo conoce. Además, no hay tantos pastores que se llamen Llorenç y que recorran pueblos en ruinas. —Negó con la

cabeza y agregó—: Se mostró muy enigmático, como si supiera mucho más de lo que me decía. Debo ir de nuevo a su encuentro.

—Lo que te convendría es tomarte unas vacaciones, o echar un buen polvo —le aconsejó Gomis. Al ver su expresión, resopló por lo bajo y claudicó—: Está bien, enséñame otra vez esa cruz.

El sargento metió la mano en el bolsillo de la cazadora y extrajo su bloc. Localizó la página donde la había dibujado.

—¿No la fotografiaste? —preguntó Gomis, ceñudo.

—No, no llevaba ni la cámara ni el móvil.

El abogado estudió el boceto con atención.

—Sí, es extraño que en lo alto de una iglesia haya una cruz como esta. En cierta manera, recuerda a un crismón.

—¿Qué es eso?

—Una forma de representar el nombre de Cristo que se remonta a los primeros cristianos. En griego, las tres primeras letras de su nombre se escriben con una «x», una «p» y una «i»; en los crismones se superponen, formando una especie de cruz de seis brazos equidistantes del centro. Todo queda rodeado por un círculo, cuyo significado es la perfección. Más tarde se insertaron las letras alfa y omega, que representan a Dios como el principio y el fin de todo.

—¿Y tú cómo sabes tanto?

—Soy abogado, no madero como tú —bromeó—. Aparte de leyes, sé alguna cosilla más. Me eduqué en un colegio de curas.

Tras ingerir un bocado, Palau indagó:

—¿Sigues con la defensa de Berta Hernández, la exnovia de Arnau Miró?

—Sí, aún queda mucha tela que cortar y ya sabes que los procesos no se distinguen por su rapidez. ¡Menuda incauta! —exclamó al pensar en las causas por las que se hallaba imputada—. ¿Por qué lo preguntas?

—Recuerdo que era experta en la historia del Valle de Boí. Su tesis doctoral se titulaba...

—*La importancia geoestratégica del Valle de Boí en la Edad Media* —se adelantó el abogado.

—Exacto, tal vez podría aportar luz a todo esto.

—No sé; será una gran experta en Historia y muy guapa, pero es una completa estúpida para la vida. Su ingenuidad la llevó a ser utilizada por Marest y su maldita Orden.

—¿Tienes sus datos? —preguntó el sargento.

—¿Tanto te interesa? Olvídate de la puñetera cruz, del pastor y de la señora Enriqueta, y bebe, ¡coño! —le dijo Gomis mientras le servía el poco vino que quedaba en la botella.

—Hay algo que se me escapa. ¿Me darás su teléfono?

—¡Joder, qué pesado! Te lo doy luego, lo tengo en el despacho. ¿Estarás muchos

días en Barcelona?

—Todavía no lo sé. —Miró el reloj—. Oye, se me hace tarde. Tengo la reunión con el intendente en media hora.

—¡Pero si apenas has comido! Está bien, vamos, yo también tengo una tarde complicada —dijo, pidiendo la cuenta.

A la salida del establecimiento, Palau lo detuvo.

—Antes has dicho que tenías una información para mí.

—Bueno, no es nada importante —dijo el abogado. Vio su recelo y añadió—: Verás, en estas circunstancias no quiero inquietarte más...

—¿Me lo vas a explicar o no?

—Está bien. Se trata otra vez de Arnau Miró. Me envió un *mail* hace unos días con... —Extrajo de la cartera un papel doblado que el sargento cogió con impaciencia—. Es otra dichosa inscripción en latín. Arnau Miró la recibió en su hotel de Uganda. Una carta anónima.

—Parece una cita para el próximo sábado —dijo Palau, leyéndola—. Una cita a las tres de la tarde. —Levantó los ojos del papel—. ¿A qué esperabas para decírmelo?

—Ramón, tú ya no estás en el caso. Le pedí a Arnau que me enviara el original. Tal vez tus colegas de la Científica puedan analizarlo en el laboratorio para dar con el remitente.

Atónito, Palau volvió a leer el texto.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? —señaló el abogado.

El sargento asintió.

—Al primer vistazo. Ya no hay duda: el caso Boí sigue abierto. Todo esto se complica de nuevo. Otro acróstico, también en latín, y con la misma secuencia de siempre: ESLM. *Ego Sum Lux Mundi, Ecce Sanguis Legatum Magistor*, como los que precedieron los crímenes de Boí —resopló. Y con lentitud, la leyó en voz alta—: *Est Sanctus Lunnae Medietate*. 26/02, 15 h: *VIRTUTIBUS MAIORUM*.

Capítulo 16

Barcelona, primavera de 1943

Teresa creyó oír el timbre entre los chasquidos que emitía la radio de galena donde su padre intentaba sintonizar un dial para escuchar las noticias mientras fuera, en la calle, una España dolorida desfilaba uniformada entre ruinas y podredumbre.

—No hay manera de encontrar ninguna —masculló.

Mientras apagaba la radio, vio a Teresa levantarse del butacón, ir hacia la ventana y correr las cortinas. Al asomarse, distinguió la figura inconfundible del cartero. Parado junto al portal, ataviado con su uniforme oscuro y gorra de plato, aguardaba con su valija de cuero colgada en bandolera sobre el hombro y agarrando el manillar de la bicicleta de cuya parte trasera colgaban unas alforjas repletas de correspondencia.

Corrió con todas sus fuerzas escaleras abajo y abrió el portón. Sus labios, cortados por el rigor del invierno, esbozaron una sonrisa de cortesía al entregarle una carta.

La mano de Teresa tembló al cogerla.

—Gracias —dijo con un resplandor especial en los ojos. Dio media vuelta y subió de dos en dos los peldaños de la escalera—. ¡Papá! ¡Papá! ¡Carta de José!

Entró en tromba en la sala.

—¡A lo mejor nos dice cuándo va a ser licenciado!

—Léela, hija, date prisa —dijo su padre, ansioso—. A ver si liberan ya a tu hermano del servicio militar y vuelve a casa.

Teresa abrió el sobre y extrajo una hoja de papel doblada a cuartos. Tomó asiento en el butacón. Su padre lo hizo en el sofá y, expectante, se inclinó hacia ella.

Su hija empezó a leer en voz alta:

Segovia, abril de 1943

Queridos padre y hermana:

Todavía no sé cuándo acabará esta pesadilla. Aquí los días se suceden con una monotonía aplastante. Cada jornada es igual. Desde que acabaron los tres años de guerra, ya casi llevamos cuatro más de servicio a la patria. Es desesperante. Aborrecemos la palabra paciencia por lo que significa para nosotros. La hemos tenido demasiado tiempo. Saber que nuestra «expiación» pudiera hallarse próxima tampoco nos haría más comprensivos.

Y ahora ha surgido un grave problema. Hermana, creo que saben quiénes somos. Por ello he sido seleccionado para un pelotón de élite que, con el Páter, irá a primeros del próximo mes tras la pista de una mujer en la alta Ribagorza. Es una fugitiva de la

justicia militar, y lleva más de cuatro años en paradero desconocido tras servir durante la guerra en las filas republicanas, dando asistencia a heridos en un hospital de Huesca. Seguro que ya te imaginas de quién se trata. Sí, hermana, piden mi colaboración para encontrar a Caritat. Me han prometido que será mi último servicio, si acaba con éxito.

Ante este muro infranqueable no puedo razonar. Toda lucha por la vida debería tener su recompensa, pero compruebo que no ha servido de nada haber sufrido los horrores de la guerra. Y han sido muchos, tú bien lo sabes. El miedo, la hambruna, la extrema soledad, la muerte de tantos y tantos compañeros que formábamos la «Quinta del Biberón». ¿De qué ha servido tanta angustia? No me quedan fuerzas. Y cuando creía estar cerca ya de la vuelta a casa, me imponen una nueva misión.

Las lágrimas empezaron a resbalar por las mejillas de Teresa. Su padre se contuvo para mostrar entereza. Entre sollozos, ella prosiguió la lectura con un hilo de voz:

Siento que he cambiado, hermana; tanto, que ya no sé si me reconoceréis. Cuando llamaron a filas, nos transformaron de niños a hombres en un suspiro. Si todo va bien, saldremos de esta encrucijada a los veintitrés años. Ni los sueños, ni la ingenuidad, ni la juventud podrán ya germinar en nosotros. Cuando nos hallemos moral y físicamente en condiciones para afrontar la vida, contaremos con una edad en la que uno no puede ocuparse de lo que debió hacer a los dieciocho. Ni la mente más tenebrosa podría haberlo ideado mejor.

Observo cómo me debilito. El pavor ante mi destino me tiene atenazado. Algo me corroe por dentro. Aborrezco el precio de mi libertad. No hay salida, y para mí todo carece de sentido, pues mi única certeza es que no traicionaré a nuestra Señora.

Os quiere vuestro hijo y hermano,
JOSÉ

Teresa dejó caer la carta al suelo y, entre llantos, abrazó a su padre. Permanecieron así unos minutos.

—No pueden hacerle esto... —gimió él, apartándose.

Cabizbajo, dio unos pasos por la sala. Se acercó a la ventana. Por la revirada calle Tapinería solo circulaba un carromato tirado por una mula. Su traqueteo rompía el silencio.

Unas semanas más tarde, en el patio de armas, el cabo primero repartía la correspondencia:

—¡Juan Martínez! ¡Jaime Lladró! ¡Carlos Campoamor! ¡José Saludes!

Le sobresaltó oír su nombre, pues no esperaba recibir ninguna carta. Cogió el sobre al vuelo y se alejó en busca de un lugar donde poder leerla con tranquilidad, apartado de miradas indiscretas. De un vistazo, vio que era breve, demasiado breve.

Releyó el último párrafo:

Papá ha recurrido a su amigo, el señor Trèmols, el abogado del Estado. ¿Te

acuerdas de él? Es quien nos facilitó más cartillas de racionamiento durante la guerra y el que nos ofreció su casa de La Floresta, donde nos mudamos tras el primer bombardeo. Ya sabes que haría cualquier cosa por nuestra familia. Creo que te echarán una mano.

Un beso y ¡hasta pronto!

José miró al cielo. Asomaban las primeras golondrinas de la primavera. Sacó la pitillera y encendió un cigarrillo con el mechero de yesca, que chisporroteaba. Entornó los ojos por el humo del pitillo que sujetaba en la comisura de los labios, y acercó la carta al fuego hasta que esta prendió. Luego, la dejó caer al suelo envuelta en llamas.

Entonces oyó a su amigo Juan Busquets dando voces.

—¡José, José! —gritaba alborozado mientras corría hacia él agitando una hoja—. ¡Nos vamos! ¡Nos licencian! ¡Se acabó! ¡Regresamos a casa!

Incrédulo, José se dejó abrazar por su amigo. Al cabo de unos instantes, cuando por fin el mensaje se abrió paso en su cerebro, ambos, a la vez, lloraron todas las lágrimas de sus adolescencias rotas.

Capítulo 17

Acompañados por la luz del mediodía, partieron de la escollera con la ayuda de Moses, quien dio un último empujón a la canoa para vencer el suave oleaje.

—¡Es espectacular! —exclamó Carola.

Pese a llevar allí casi tres meses, en un viaje que no debía de haberse prolongado más de una semana, no dejaba de asombrarse ante un paisaje tan fascinante. Contempló las flores de los márgenes del lago.

—Jacintos acuáticos —explicó Arnau—. Muy hermosos, pero son una especie invasora. Asfixia el lago, le quita el oxígeno, y no permite la navegación.

—Sea como sea, es obra de la naturaleza.

—No del todo —replicó—. Su crecimiento se debe a una modificación del ecosistema a causa de la intervención humana. —Carola frunció el ceño—. A alguien se le ocurrió introducir nuevas especies de peces en el Nilo, para aumentar los recursos alimenticios de la población, sin pensar que aniquilarían a otras autóctonas que, a su vez, se alimentaban de jacintos y que mantenían controlado su crecimiento, el cual ahora se ha desbocado hasta el punto de que, en ciertos lugares, el lago ha dejado de ser navegable, lo que impide la pesca tradicional, es decir, el modo de vida de mucha gente.

—Patético. Justo lo contrario de lo que se pretendía.

Arnau asintió.

—Sí, percas y tilapias que en su gran mayoría se venden en Occidente, lo que evidencia los subterfugios reales con los cuales prometían acabar con la desnutrición en África. —Y al ver su expresión de desconcierto, añadió—: La pesca está controlada por grandes compañías multinacionales que han arrebatado las oportunidades a los pequeños pescadores. Se exporta casi todo, y así apenas se alimenta a la población.

—Increíble —murmuró ella.

—Y si a esto le añades el daño que las extracciones petrolíferas están haciendo a estas aguas, entenderás que el porvenir de los pescadores no es muy halagüeño. —Señaló una torre metálica que asomaba entre la vegetación, a pocos kilómetros al sur de Butiaba—. La planta de Pillow Oil, un gigante inglés del petróleo y del gas. Otro proyecto fallido para acabar con la hambruna africana —suspiró—. Aún no se han percatado de que «en África no pasan hambre porque sean muchos, sino que son muchos porque pasan hambre».

—¿Cómo dices?

—Practicar el sexo les disipa la sensación de hambre. Si además se les niega el condón, el resultado es que los embarazos y las enfermedades están a la orden del día. Casi un diez por ciento de la población está infectada por el virus del sida.

Carola guardó silencio, impresionada, mientras Arnau remaba con suavidad para no romper la quietud.

Al rato, comentó:

—Según un proverbio árabe, «el agua es la vida». *Al-Nahrel-Jebel* significa «el río de las montañas», o lo que se conoce como el Nilo Blanco.

—¿Blanco?

—Sí. El Nilo, el mayor río de África, se divide en dos partes: el blanco y el azul. Cerca de aquí nace el blanco, antes de los rápidos y las cataratas. Dicen que estas aguas no son más que las lágrimas que llora el continente. El Nilo es como un machetazo que divide África en dos, y que emana de la gran falla, desde donde comienza un largo trayecto de casi siete mil kilómetros hasta llegar al Mediterráneo, hasta Tierra Santa. Según los científicos, la gran falla no se detiene y en diez millones de años aquí habrá un océano. El continente se habrá dividido. Dos Áfricas, ¿te imaginas?

Carola adoptó una expresión triste. Cabizbaja, hundió la mano en el agua para refrescarse la cara.

—Partida en dos, como yo —observó.

Arnau arqueó las cejas y no dijo nada.

—Después de estos meses aquí, ya no sé adónde pertenezco. Deberíamos hablar de nuestro futuro, ¿no crees?

Sin responder, Arnau hizo virar la canoa.

—Tienes que ayudarme a decidir, cariño, porque no puedo permitir que África decida por mí. No sé qué hacer con mi vida ni cuál es mi porvenir. ¿Qué esperas de lo nuestro?

Arnau hizo una mueca de pesadumbre.

—¿Te has quedado sin voz? —insistió Carola.

Él soltó los remos en las chumaceras y respiró hondo.

—No soy el hombre que te mereces —dijo—. En realidad, no sabes con exactitud quién soy.

Carola titubeó.

—Tú tampoco me conoces bien, pero me basta con saber que no concibo mi futuro lejos de ti ni de estos parajes.

Arnau se puso en pie y, con cuidado para no desequilibrar la embarcación, fue hasta ella.

—Lo eres todo para mí, pero conmigo jamás estarás segura. Que no te ciegue la belleza de estos parajes; te invaden y te atrapan el alma como el jacinto hace con el lago. —La besó—. No soportaría que sufrieras ningún daño.

—Arnau, a lo único que temo es a vivir sin ti.

Volvieron a besarse, esta vez con mayor intensidad.

—Te amo —dijo Carola—, y quiero vivir y morir junto a ti, aquí o donde sea. Esta tierra también me ha cautivado, a pesar de estar tan lejos de la que me vio nacer.

—No es fácil vivir aquí.

—Lo sé —dijo ella, con tristeza. Volvió a sumergir la mano en las aguas del lago—. Pero me siento preparada, si tú también lo estás. La cobardía no regirá mi vida.

—¿Insinúas que soy un cobarde? —dijo Arnau, volviendo a coger los remos—. Los acosos contra mí persisten, y esto aún no ha acabado. Ahora no puedo tomar decisiones.

Carola suspiró y ambos hicieron el camino de vuelta en silencio. Al llegar, entre el borboteo del motor, la canoa chocó con suavidad contra los maderos del embarcadero.

El taxi avanzaba entre el tráfico de la travesera de Les Corts. El sargento Palau, al ver a lo lejos la comisaría, dijo:

—Me apearé aquí.

Anduvo bajo un cielo crepuscular de color plomizo hacia el edificio. En la fachada de cristal oscuro, moteada de rectángulos grises entre cornisas caprichosamente delineadas, se reflejaban las fincas adyacentes.

No pudo evitar pararse y observar el ático, el lugar donde dos meses atrás el intendente Pedrosa, la vergüenza del Cuerpo, se pegó un tiro en la cabeza. Acorralado, supo que el sargento lo iba a detener por ser uno de los brazos ejecutores de la Orden integrista, responsable de los crímenes de Boí, cuyos autores intelectuales seguían sin identificar. Más allá de señalar a Marest como uno de los culpables de los asesinatos, su suicidio le provocó una gran frustración, ya que dejó el caso sin rastros ni pistas con las que proseguir la investigación. Hasta ahora, pues estaba convencido de que el caso no se había cerrado.

Entró en el edificio con paso decidido y se dirigió al ascensor. Una vez en la sala, aguardó inquieto. No podía olvidar lo sucedido en Saraís con el pastor. Para distraerse, contempló por la ventana las evoluciones de unos adolescentes sobre sus monopatines.

Al rato, entró en la sala un hombre alto y corpulento.

—Sargento Palau —dijo con voz grave, alargando una mano—. Soy el intendente Castro.

El sargento se la estrechó con fuerza.

—A sus órdenes —dijo.

Enric Castro, el nuevo intendente jefe, quien por su rango era también comisario de los Mossos d'Esquadra del distrito de Les Corts, vestía su impecable uniforme oficial. De carácter firme, su rostro solía exhibir una expresión dócil que impedía a sus interlocutores saber con certeza qué pasaba por su mente. Con un gesto, le hizo entrar en su despacho. Mientras tomaba asiento tras su mesa, le indicó que hiciera otro tanto en uno de los butacones.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, señor.

—Prefiero que nos tuteemos, ¿algún problema?

El sargento negó con la cabeza.

—Bien. Palau, en primer lugar, quiero decirte que me siento orgulloso de estar al mando de hombres como tú.

—Gracias, no es necesario...

—Sí lo es —interrumpió, tajante—. En segundo lugar, y por algunos indicios de última hora, quiero que permanezcas unos días en Barcelona. —Extrajo unas llaves de un cajón y se las entregó—. Ocuparás este apartamento de la avenida de Sarriá. Ya he dado instrucciones en Pont de Suert para que alguien te prepare una maleta y te la haga llegar a esta dirección.

Palau asintió, confundido.

—Te estarás preguntando el porqué de todo esto —agregó el intendente—. Uno, fuiste la persona clave en las investigaciones del caso Boí. Dos, las circunstancias te eran adversas, estuviste solo, y tu objetivo era infinitamente superior. Y tres, lo lograste. Me gusta trabajar con los mejores.

Sin salir de su asombro, Palau se mesó el poco cabello que permanecía heroicamente asido en su nuca, y se estremeció al recordar las palabras del pastor en Saraís. Llorenç hizo referencia a una nueva batalla, a que él podría ser determinante...

Castro se acercó a un archivador, sacó un expediente, y lo dejó en la mesa para luego volver a tomar asiento.

—Según unos datos que nos acaban de llegar, hemos concluido que lo de Boí sigue activo. —Abrió la carpeta mientras Palau, pálido, tragaba saliva—: Feliciano Marest sigue en paradero desconocido. Le hemos buscado por todas partes, sin éxito. Los nexos que encontramos no son determinantes, pero ayer conseguimos esta información. —Le alargó la hoja—. El día en que Pedrosa se suicidó, partió horas más tarde del Aeropuerto de El Prat un *jet* privado con destino a Bangkok. En aquellos momentos, Marest aún no estaba en búsqueda y captura internacional. —Dejó escapar un suspiro—. Su nombre figura como único pasajero del vuelo. En estos instantes están interrogando a los pilotos. Parece que hicieron alguna que otra escala. Lo más llamativo es la firma que contrata el vuelo: Transgas. Es una multinacional rusa, relacionada con un grupo mafioso de la antigua Unión Soviética, que quiso hacerse con el control de Repsol. No lo consiguieron. ¿Te apetece un poco de agua?

Palau asintió con un gesto.

Mientras el intendente servía dos vasos, prosiguió:

—No estamos seguros, pero el vuelo de Marest podría deberse a un intercambio de favores.

—¿Qué dicen los rusos?

—Son inaccesibles, herméticos. Hemos enviado los datos a la Interpol a fin de que colaboren con nosotros. La primera información que nos han pasado por *mail* afirma que Marest actuaba como abogado para esa compañía, y que era el intermediario en determinados negocios internacionales, siempre según la versión de

Transgas. Han puesto como pretexto que se trataba de una expedición urgente de prospección en el mercado asiático.

—Resulta extraño que una empresa así utilice a un abogado español para un trabajo en Tailandia.

—Exacto. Además, por lo que yo sé, Marest no es ninguna lumbrera. —Extrajo otra hoja del expediente—. Según informaciones de Hacienda, en los últimos cuatro años el bufete de Marest no ha facturado ni un euro a Transgas ni a ninguna otra entidad rusa.

—¿Entonces?

—Nuestra hipótesis es que alguien debía favores a Marest o a la Orden a la que servía, y estos se saldaron con la contratación de ese precipitado vuelo. Hallar el nexo entre unos y otros es como buscar una aguja en un pajar.

—¿Ha dicho algo la policía tailandesa?

Castro apuró su vaso y dijo:

—En breve tendremos noticias tuyas, tal vez esta misma noche. Por nuestra parte, hemos hallado una relación especial de Transgas con un importante laboratorio farmacéutico de nuestro país: Rekabolg. Aunque de momento no nos aporta demasiado, sabemos que el volumen de negocio entre ellos es considerable y que uno de los consejeros de Rekabolg, según reza en el Registro Mercantil, es Feliciano Marest.

Intercambiaron una mirada elocuente.

—¿Habéis hablado con alguien de Rekabolg al respecto? —quiso saber Palau, ojeando los papeles.

—Sí, pero nada concluyente. Tienen una docena de consejeros, y aducen que su política les impide indagar en sus vidas privadas. —Castro hizo una pausa—. Ramón, hay algo más. ¿Recuerdas que durante el caso Boí, Casajoana se refirió a un policía con un tatuaje en la nuca?

—Sí, el profesor Puigdevall le dio esa información.

—Exacto. Pues ese individuo, tras una larga etapa residiendo en Irlanda, ingresó en los Mossos y trabajó en esta comisaría. Llegó con unas calificaciones excepcionales: número uno en tiro, destacado alumno en su promoción, y recomendado por Pedrosa, que no era amigo de nadie. Pues bien, después del suicidio de este, abandonó el Cuerpo y nadie sabe dónde se encuentra en estos momentos. Su nombre es Gregorio Moreno Solves, y estamos convencidos de que fue el tercer hombre que se hallaba en el piso del profesor Puigdevall cuando fue asesinado.

—Joder.

—Ignoramos sus pasos desde entonces.

Castro tamborileó con los dedos sobre la mesa. Luego, mostrándose dubitativo por primera vez en la reunión, se incorporó de su asiento y fue hasta Palau.

—Todavía no te he contado cuál es el principal motivo por el que te he hecho venir. —Le puso una mano en el hombro—. Ramón, tengo una mala noticia. Hace

unos días ocurrió un suceso que tal vez esté relacionado con todo este lío: el hermano Casajoana se suicidó.

Boquiabierto, Palau se quedó sin aliento.

—Lo siento, sé que os conocisteis a tenor del caso Boí...

—Es la persona más excepcional que he conocido jamás. No puedo creerlo, Dios mío.

—Se lanzó al vacío desde un centro de beneficencia del Raval.

—¿El Hostal de l'Esperança?

Castro asintió. Acto seguido, dijo:

—Quiero que mañana me acompañes al lugar de los hechos y recreemos el suceso para analizarlo bajo tu prisma.

Palau afirmó en silencio, cabizbajo.

Arnau saltó al pantalán y acercó la canoa al muelle. Mientras la amarraba, Carola puso pie en el embarcadero. Sin esperarlo, se dirigió al hotel. Los maderos crepitaron bajo sus pies al alejarse con andar furioso. Arnau la observó con una media sonrisa. Una discusión tras un paseo romántico no iba a truncar sus planes.

En el *hall*, Abdalla, la bella esposa de Moses, jugaba con su bebé. Vio a Carola aproximarse por el jardín, cruzar el vestíbulo, y subir de dos en dos los escalones hasta el primer piso. Luego, escuchó un sonoro portazo. Miró a la criatura.

—Asuntos de pareja —le dijo con una mueca.

Al instante, oyó que la puerta se abría de nuevo. El rostro de Carola asomó por la barandilla.

—Abdalla, ¿puedes subir un momento, por favor?

La mujer dejó al bebé al cuidado de una joven y se dirigió a la habitación. Encontró a Carola señalando la cama.

—¿Podrías decirme qué es esto, Abdalla?

Sobre el lecho había dos extrañas prendas de vivos colores. En la mitad donde dormía Carola, un vestido de mujer; en la otra, un atuendo de hombre junto con una lanza y un pequeño escudo trabajado en madera, decorados ambos con motivos tribales perfilados en añil y grana.

Abdalla, sin disimular una amplia sonrisa, explicó:

—Era la sorpresa que Arnau te tenía preparada. —Señaló la prenda de corte femenino—. Este es el tuyo.

Azorada, Carola cogió el vestido, se lo puso por encima y se acercó dubitativa al espejo. Entonces se contempló con la preciosa túnica de seda blanca, adornada con bandas y tirantes rojos. Entretanto, Abdalla recogió los complementos que se habían quedado en la cama y se acercó a su espalda.

—Se ponen así —le explicó. Le colocó en el cabello una especie de peineta dorada de la que surgían dos cintas rojas que la sujetaban a la cabeza y le aguantaban la melena. Acto seguido, situó la pieza para que en el centro de la frente, adherida a la cinta carmesí, luciera una gran perla blanca. Por último, le puso un collar de pequeñas

cuentas escarlatas.

Carola la miró con perplejidad.

—¿Qué es todo esto, Abdalla? —insistió.

—Es tradición que el novio regale un vestido como este a la novia para la fiesta de compromiso, antes de la boda. Arnau es un ugandés más, y ha querido decírtelo a nuestra manera.

De súbito, una sensación de calidez inundó a Carola. Sin poderse contener, se abrazó a Abdalla hasta estallar en un emocionado llanto de felicidad.

Capítulo 18

Ciudad del Vaticano, finales de septiembre de 1978

Los episodios eran cada vez más frecuentes y agudos. Tosía y estornudaba sin cesar al tiempo que sufría dolorosos espasmos. Sentado ante su escritorio, el Papa era consciente de que su salud se desvanecía a toda prisa.

Aquel anochecer aguardaba con impaciencia la visita de su asistente, sor Vicenza. Necesitaba hablar con alguien de confianza, compartir sus dudas y temores. Le preocupaban los rumores aparecidos en la prensa, en los que se ponía en duda su capacidad para gobernar la Iglesia. Oyó unos golpes y supo que era ella por su puntualidad y la manera tan particular de llamar.

—Adelante.

La puerta se abrió con lentitud.

—¿Santidad? —El rostro de sor Vicenza asomó por la ranura. Ligeramente encorvada, sujetaba una bandeja con las manos—. Santidad, su café...

—Gracias, Vicenza. Es lo único que me calma el dolor de cabeza. —La monja accedió a la estancia, dejó la bandeja en el escritorio, y empezó a verterlo en una taza—. Aunque desde hace unos días, hasta el café me sabe distinto.

—¿No lo encuentra de su agrado?

Él sonrió, como casi siempre.

—Sí, Vicenza. Es culpa mía, creo que me están cambiando hasta los gustos.

—¿Cómo se siente hoy?

El Papa dejó escapar un suspiro.

—Mi vida se apaga, con tanto aún por hacer...

—No diga eso, Santidad. Usted es joven, esto es un simple catarro.

—No —lamentó, observándose las palmas de las manos—, tengo la impresión de que estas manos debilitadas y temblorosas no van a poder llevar a cabo la encomienda milenaria.

Le atacó una nueva serie de estornudos. Después, con el rostro congestionado, volvió a sonreír con ternura, la misma que hizo que se le apodara como el «Papa de la sonrisa». Su mirada irradiaba la serenidad y la calidez por la que tantas almas se le habían sincerado.

—Vicenza, siento que el Padre me llama con insistencia para reunirme con Él. No me será posible llevar a cabo El Propósito por el que me coronaron.

La monja terminó de azucarar el café. Después de removerlo, dejó la taza en un espacio libre entre los escritos esparcidos sobre la mesa.

—Bébalo, le hará bien —insistió con aire maternal.

—Mi paso por aquí será breve, como el cónclave que me nombró —dijo el Papa,

abstraído.

La madre Vicenza negó con la cabeza.

—Se lo ruego, no diga esto. Ahora usted es Pedro.

A pesar del dolor, el Papa esbozó una nueva sonrisa mientras los acordes de Puccini languidecían en la estancia. Ella, como cada noche, se preparó para dejarle a solas con sus documentos, para que librara su particular ofensiva intelectual.

—No tarde demasiado en retirarse —le aconsejó.

Así era siempre, desde que asumiera el papado. Tras la oración vespertina, aprovechaba las horas nocturnas para el recogimiento y la introspección, en una guerra contra sí mismo, en soledad y silencio. Entonces se adentraba en el lado oscuro de la Historia. Solo así podía vislumbrar el camino de la Luz, aquel que debía liderar como profeta. Necesitaba leer el mundo para guiar a la humanidad a través de la Palabra de Dios.

Su nombramiento había tenido lugar hacía poco más de un mes. Fue en el verano de un año convulso en cuya primavera asesinaron a Aldo Moro, primer ministro italiano y cristiano demócrata cuyo principal error fue el intento de lograr la confraternización para superar la crisis económica y social que se vivía desde que, cinco años antes, en 1973, estallara la crisis del petróleo. «¿Por qué las ansias de entendimiento a menudo desatan la ira?», solía meditar.

Antes de abandonar el aposento, la monja insistió:

—Santidad, se lo ruego, descanse; al menos por hoy.

—Vicenza, ¿le puedo pedir un favor? Me gustaría que se quedara un rato, hablar con usted. Me haría bien su compañía.

Ella asintió, tomó asiento en una silla, a una distancia prudencial, y, en actitud paciente, entrecruzó las manos sobre el regazo a la espera de las palabras del Santo Padre.

—Me siento cansado, Vicenza..., agotado. Noto próximo el aliento de la muerte, demasiado cerca... Sé que es la llamada del Padre. Vicenza, volveré a Él, derrotado.

—Santidad, ¿por qué se mortifica con estos pensamientos? ¿Dónde están su alegría y optimismo?

—Ayúdeme con sus plegarias, Vicenza.

La monja se aproximó con paso tembloroso. Hizo una genuflexión y le besó el anillo que lucía en el dedo anular.

—Este es el anillo del Pescador —dijo.

—Con el permiso del Señor, correrá la misma suerte que las alhajas con que me obsequiaron mis predecesores. Como no poseo la *sapientia cordis* del papa Juan, ni tampoco la cultura y preparación del papa Pablo, debo servir a la Iglesia a mi manera. Todo lo mío ha de ser del pueblo. —Contempló el anillo—. Haré que lo vendan para ayudar a los más desfavorecidos, como en su momento hice con las otras joyas. En aquella ocasión, el importe obtenido ayudó a un centro de discapacitados. Cualquier aportación siempre es poco; el valor auténtico de todo esto es intangible, radica en

entender que el verdadero tesoro de la Iglesia son los pobres, los desheredados, los pequeños a los que hay que ayudar.

—Santidad, levante el ánimo y repóngase pronto, no les dé motivos para... —Se calló, censurando sus propias palabras.

El Papa completó la frase:

—... para que digan que soy un cobarde. ¿Es eso lo que iba a decir? Sé que lo propagan los medios. Pero le diré algo: solo es cobarde quien da la espalda a la vida y, en mi caso, es la vida la que me da la espalda a mí.

—Conocemos su firmeza —le alentó.

—Pero no dispondré de tiempo suficiente para tomar un nuevo rumbo. Parece que no está en los planes del Padre concedérmelo —dijo, y con una sonrisa, cogió sus manos—. Conmigo Él ha utilizado su viejo método: toma a los pequeños del fango de la calle y los pone en alto; toma a la gente de los campos, de las redes del mar, del lago, y hace de ellos sus apóstoles. Es Su sistema...

—Santidad, llevamos mucho tiempo esperándole. No desfallezca ahora. El mundo lleva siglos aguardando a que alguien como usted tome el trono que dejó Pedro.

El Papa la bendijo. Luego, añadió en un susurro:

—Me siento solo; y desde hace unos días, muy enfermo.

—Ya se lo he dicho, Santidad, es un simple catarro —dijo la monja, volviendo a tomar asiento.

—No, mi salud se debilita por momentos, mi energía se escapa entre estos muros, y mi corazón se apaga. Tantas ideas, tantos sacrificios, tantos proyectos... y ningún fruto.

—No se torture, estará con nosotros por muchos años.

—Sé que mi llama se extingue y que él vendrá aquí, porque yo me voy. Pronto ocupará mi cargo. Yo solo he querido ser coherente conmigo mismo. Él decidirá lo que hacer con mi humilde testigo.

—Pero ¿a quién se refiere?

—Al extranjero. Quieren a alguien con perfil de estadista. Yo solo soy un religioso. —Inspiró con fuerza y lo acometió un nuevo ataque de tos. Luego, agregó —: A él me refería.

—¿El extranjero?

—Sí, Vicenza, el cardenal que se sentó delante de mí en la capilla, durante el cónclave. —Sonrió—. Lo supe en ese preciso instante, fue una visión. Él llevará mi nombre, aunque dudo que asuma mi legado.

Al intentar dar un sorbo de café, volvió a toser.

—No le conozco, Santidad; no sé de quién habla.

—Así será, Vicenza, y mi huella por estas salas será tan efímera que ni dejará rastro. Pondrán en mi boca palabras que jamás he pronunciado, y falsearán mi memoria. Se ocuparán de que únicamente se recuerde de mí esta flaqueza, la que

ahora me ahoga.

—Santidad, todos conocen su valor. Dígame, si no, ¿qué Papa rechazaría el rito de la coronación? Eso fue valentía cristiana. Ningún Papa osó en veinte siglos romper ese protocolo. Todo el planeta aplaudió el gesto: «El primer Papa que no se puso la tiara». Usted abrió un porvenir para los desesperanzados.

—No fue valentía, fue humildad.

—Pero hace falta valor para repudiar tanta ostentación instalada en estas paredes.

—La suntuosidad no es compatible con los tiempos difíciles que nos ha tocado vivir.

—Usted es Pedro, Santidad, el Papa de la nueva era. El de los gestos sencillos, el que suplica hacer de monaguillo en las misas privadas; luchador y trabajador, hijo de obrero. Usted no fue coronado con piedras preciosas ni oro, sino con el verdadero mensaje de Cristo.

—Porque hubiera querido ser el Papa de los pobres, y para ello no es preciso lucir símbolos ni seguir ritos de la realeza. Sigo siendo un seminarista, no un príncipe de la Iglesia.

—Mucho antes de ser nombrado Papa, su bondad ya destacó entre los obispos.

—Me halaga, Vicenza —dijo, sonriendo. Hizo una pausa para tomar aire—. Hay obispos de muchos tipos. Algunos se asemejan a las águilas que vuelan por las alturas con documentos teológicos que no solo deberían hablar de Dios, sino también hablar con Él y enseñar al pueblo a hacerlo. Otros son como jilgueros que cantan las glorias del Señor de un modo maravilloso. Y otros, en cambio, son simples gorriones que lo único que saben hacer es piar desde lo alto del árbol de la Iglesia. Yo soy de estos últimos.

—Sí, usted predicó siempre con el ejemplo.

—Porque solo los obispos que dan servicio, gobiernan.

—Por eso no puede rendirse —argumentó ella—. Usted es el Papa del optimismo, el de la colegialidad y las reformas, el de la benevolencia junto a la firmeza; el Papa de la mujer en la Iglesia. No puede abandonar... El mundo le necesita. Su capacidad de trabajo es enorme; en tan corto espacio de tiempo ya tiene preparadas cuatro encíclicas que van a cambiar el rostro del Vaticano. No puede dejarse vencer ahora.

Se hizo un breve silencio, truncado por otro espasmo.

Con el pañuelo en la boca, dijo:

—Ninguna llegará a publicarse, eso también lo sé.

—Santidad, *Tu es Petrus!* —exclamó sor Vicenza con determinación—. Sorprenderá al mundo, como lo hizo Juan XXIII. ¿No se da cuenta? Está escrito; son los designios de Dios. No fue casualidad que su nombramiento se produjera en el cónclave más corto, el que congregó a más obispos, y que le votaran más del setenta por ciento de los ciento once cardenales presentes.

—Ciento once... curiosa cifra —resaltó—. Jamás me imaginé un resultado así. Recuerdo que, apenas comenzar todo, me atenazó el desasosiego. El compañero que

estaba a mi lado se percató de ello y me dijo en un susurro: «Ánimo, si el Señor da una carga, dará también energías para sobrellevarla». Y luego, otro me dijo: «No tenga miedo, en el mundo hay mucha gente que reza por el nuevo Papa». —Sonrió—. Y acepté el reto.

—Solo los más reaccionarios no le confiaron su voto.

El Papa se incorporó con dificultad y se aproximó al ventanal.

—Fueron aquellos que deseaban ver a un diplomático en el trono, más que a un clérigo. Yo he sido y soy, ante todo, un párroco. ¿Recuerda la parábola del buen pastor? Pues bien, ese ha sido siempre mi programa. —Sonrió de nuevo—. Pero todo esto es ya pasado. Muchos de los que confiaron en mí han cambiado de opinión en pocas semanas, desde que les di a entender que mi principal cometido sería el de purificar el templo y echar de él a los mercaderes, como hizo Cristo. Ya me lo advirtió Pablo, mi antecesor: «El humo de Satanás ha entrado en la Iglesia». Este era uno de los retos que debía afrontar en mi papado, pero ahora me siento impotente para otorgar el honor que se merecen mis dos inmediatos antecesores, los que me dieron nombre y sentido a mi misión. —Su mirada se perdió más allá del balcón—. No, no seré yo quien pueda cambiar los códigos arraigados aquí desde hace siglos. Una vaharada maligna fluye por estos pasillos y alimenta a los espíritus del error. A ellos no les ladra el perro de la conciencia que recorre sediento nuestra alma para recordarnos nuestra condición como hijos de Dios.

Se apoyó en el marco y respiró hondo. Luego, continuó:

—Desde mi nominación, el 26 de agosto, he sentido sin cesar su sombra cercana y expectante. Su aliento fétido siempre ha estado a mi lado. —Corrió los cortinajes—. Sí, hace años no pude salvar de sus garras a la Banca Cattolica del Veneto, y muchos necesitados echaron luego en falta una mano amiga que les ayudara a sacar a sus familias de la miseria. Ya es tarde, pero aquí, hermana, en la sede de Pedro, en la ciudad Santa, no debería haber lugar para banqueros especuladores.

—Sé de quienes me habla.

—Algunos han perdido el sentido de la pobreza evangélica. Nosotros no podemos hacer nuestras las reglas del mundo, al contrario, debemos llevar al mundo las reglas del cristianismo verdadero. La Iglesia no debería ostentar poder ni riquezas. —Volvió a sonreír—. Se siente seguro, tiene sólidos contrafuertes —dijo, y un nuevo espasmo le obligó a sujetarse en las cortinas—. Vicenza, todos ellos se sentirán resguardados mientras ese obelisco siga presidiéndonos.

—¿El obelisco?

—Yo solo veo un símbolo pagano, indigno de este lugar. ¿Cómo hemos permitido que tutele nuestra casa?

Cabeceó con disgusto.

—Santidad, perdone el atrevimiento, pero se les oyó discutir...

—Tuvimos un encuentro dialéctico cuyas razones fueron más allá de las económicas o administrativas, terreno en donde juegan con ventaja. La riña provino

estrictamente de la fe.

—¿De la fe? —inquirió, atónita.

—Ellos son firmes defensores del magisterio normativo. Sostienen que el resto estamos tarados frente a la verdad en nuestro proceso constante de búsqueda por dar luz y respuesta a la incertidumbre que se presenta con el actual pluralismo. —Suspiró—. Yo no pongo la fe al borde del precipicio. Deben comprender que no hay nada que temer, pues también para mí la fe es la verdad única que nos ha revelado Dios, con convicción y sin vacilaciones, pero ello no colisiona con el hecho de admitir un sano pluralismo en teología o en la liturgia, algo que nos acercaría al pueblo. Sin embargo, con mis iniciativas solo ven flaquear los pilares de la Iglesia.

Regresó con paso renqueante a su butaca frente al escritorio. Después de beber un sorbo de la taza, dijo:

—Hermana, hágame un favor, pregunte si han cambiado de marca de café. Me gustaba más antes... —Hizo un mohín de desagrado y prosiguió—: Y ahora veo con tristeza cómo mi papado acabará sin apenas haber comenzado, y poco podré hacer por mejorar las cosas. No habré dado una respuesta pastoral al mundo de hoy, sediento de la Palabra y de las obras que la acompañan.

—Santidad, podrá hacerlo. Créame.

Abstraído, no prestó atención al comentario y añadió:

—Debí haber sido el colofón, el pináculo último, la culminación de El Propósito. Hubiera querido ser el padre, el amigo, el hermano que camina como peregrino, el misionero que a todos visita... Llevar conmigo la paz, confirmar a hijos y hermanos en la fe. Defender a los débiles, abrazar a los pobres, a los perseguidos, consolar a los presos, a los exiliados, a los apátridas, a los enfermos... Y el Padre no me concederá las fuerzas ni el tiempo suficiente...

Una nueva convulsión le obligó a taparse la boca con el pañuelo. Al alejarlo de la cara, sor Vicenza vio la evidencia.

—¡Dios Santo! —exclamó al descubrir la sangre.

—Lo ve —dijo, sonriendo—, es la llamada de Dios Padre.

—¡Santidad, necesita la visita urgente de un médico!

La monja abandonó la estancia a toda prisa y corrió en busca de ayuda a través de los amplios pasillos.

El Papa se quedó a solas con su vía crucis.

—No me deje, Vicenza —gimió—, me siento morir...

II

El humo de Satanás

Capítulo 19

—*Está* en Bangkok.

—¿Qué dices, Ramón? —preguntó el abogado con voz somnolienta, incorporándose en la cama con el móvil. Echó un vistazo al despertador—. Son las cuatro de la mañana.

—Que Marest está en Bangkok —repitió el sargento.

—¿Es otra de tus corazonadas?

—No, han dado con él según me ha contado el intendente Castro tras contactar con la policía tailandesa. Huyó en un *jet* privado que aterrizó en Bhumibol... —La voz de Palau se apagó mientras examinaba las notas tomadas esa misma noche—: Partió de El Prat y, tras una escala en Estambul, llegó a Bangkok. Pasó el control de pasaportes sin problemas. Se inscribió en un hotel de la cadena Hilton con su documentación original. Se fue de putas, cenó en un restaurante de lujo y lo pagó todo con una visa a su nombre. Luego desapareció.

—¿Y? —preguntó Gomis, frotándose los ojos.

—Ahí se pierde el rastro, pero continúa con sangre.

—Explícate. —Se sentó en la cama ya despejado.

—Días atrás, la policía tailandesa identificó los restos de un cirujano plástico, caído en desgracia por pederastia, que flotaban en los canales del Chao Praya. Murió apuñalado por la espalda. Ocurrió poco después de que Marest llegase a Bangkok.

—No es concluyente, puede ser una coincidencia.

—Espera, no he terminado. Días más tarde, apareció en pleno centro turístico de la capital tailandesa una bolsa de deporte con un macabro contenido.

—Imagino que no me llamarías de madrugada si en su interior hubieran aparecido unas zapatillas y un chándal.

—Una cabeza y dos manos —replicó—. Perteneían a un experto falsificador de documentos.

—¿Y cuál es la relación entre uno y otro hecho?

—Escucha, la policía sospechaba de sus actividades, pero nunca había reunido pruebas suficientes para presentar cargos contra él; ni siquiera sabían dónde realizaba las falsificaciones. Hasta que los vecinos de un inmueble avisaron de que uno de los apartamentos despedía un fuerte olor a descomposición. La policía echó la puerta abajo y halló, además de sofisticados medios para la falsificación, el resto del cuerpo en la bañera. Un análisis de ADN confirmó la identidad de la víctima.

—Sigo sin ver el vínculo con Marest.

—Ahora viene lo bueno. Un registro más minucioso del local descubrió que el falsificador tenía un archivo informático con los datos reales de sus clientes y sus rostros, una especie de seguro por si alguno le creaba problemas. El último de la lista

es el principal sospechoso del asesinato.

—Feliciano Marest —dijo Gomis.

—En efecto, con un nuevo rostro y más peligroso que nunca. Ahora se hace llamar Tomás, Tomás Moro.

A media mañana, sin apenas haber dormido, Palau llegó al lugar de los hechos. Se detuvo frente a una vetusta finca del barrio del Raval de Barcelona. Tras aquellas paredes desconchadas y ennegrecidas, un centro de acogida llevaba a cabo sus actividades de beneficencia: el Hostal de l'Esperança. Allí los más desfavorecidos encontraban un refugio para sus cuerpos y espíritus, un lugar siempre abierto donde cobijarse del frío y obtener algo de alimento. El hermano Casajoana había dirigido el centro católico, hasta que su cuerpo se estrelló en la calle.

Un escalofrío recorrió al sargento.

En cuclillas, examinó el pavimento resquebrajado. Le resultaba inconcebible que una persona con una fe tan inquebrantable hubiera saltado al vacío por propia voluntad.

—No pierdes el tiempo —dijo una voz.

Palau se incorporó de golpe. El intendente Castro, escoltado por dos agentes, le estrechó la mano. Luego, le entregó un sobre con unas fotografías. El sargento las repasó en silencio, comparándolas con el lugar. En una de ellas aparecía el cuerpo boca abajo de un hombre, cuya cara sangrante y deformada apenas asomaba tras el hombro dislocado.

Palau se masajeó las sienes y cabeceó con pesadumbre.

—Conocí a Casajoana y no me encaja con la idea del suicidio —dijo—. Al margen de lo chocante de que un religioso acabe con su propia vida, era una persona optimista, entusiasta, positiva. No me lo imagino deprimido, era un luchador. Había hecho realidad proyectos imposibles para los más necesitados y sabía que un montón de almas dependían de él. —Hizo una pausa—. No, nunca los hubiera abandonado así. Era un santo.

—Las personas cambian —señaló Castro.

—No hasta este extremo —replicó Palau, convencido.

El sargento dio unos pasos, mirando a un lado y a otro. Entonces se percató de que Castro esquivaba las miradas que le dedicaban algunas de las mujeres que, apoyadas en las paredes, se ofrecían a los viandantes. Una de ellas, incluso, murmuró su nombre con una sonrisa. Intentó ignorarlo y continuó inspeccionando el lugar.

—Hay detalles en este escenario que no cuadran con un suicidio. Por cierto, ¿de quién partió la hipótesis?

—Sus más allegados afirman que llevaba días irascible, ensimismado. Había perdido el apoyo de sus superiores y recibía muchas presiones. Por lo visto, se le acumulaban los problemas financieros. Esta situación pudo trastornarle.

—¿Cómo puede tener problemas financieros un centro de acogida? Detrás deberían estar la Iglesia, el ayuntamiento... Este centro es una bendición para el

barrio.

—Te olvidas de la maldita crisis, sargento —dijo Castro—. Nadie se libra, nos afecta a todos. Y el centro no era una excepción. Arrastraba muchas deudas. Sus superiores querían dar un giro a la obra. Casajoana abría la puerta a todos, un gesto tan loable como ruinoso. Querían incorporar cambios bajo la dirección de un hombre que garantizara la viabilidad del centro, alguien con hábitos más empresariales que sociales.

Palau hizo una mueca de disgusto y desvió la mirada hacia el tejado. Tras un dilatado silencio, Castro preguntó:

—¿Qué es lo que no te cuadra?

—¿Dejó alguna nota de suicidio, una carta póstuma?

—Nada. Solo se encontró una cruz en su agenda, dibujada justo en la página de la fecha del suceso.

—¿Una cruz? ¿Qué cruz? —se extrañó Palau.

—Una cruz, nada más. Se interpretó como un anuncio de lo que se disponía a llevar a cabo.

—¿Dónde está esa agenda? Quiero verla.

—En su despacho, ahora iremos. Pero antes me gustaría saber qué es lo que no te cuadra.

Palau señaló a lo alto de la finca.

—Se supone que esa es la parte del tejado desde donde Casajoana se lanzó al vacío. A unos cinco metros a la derecha el edificio se eleva unos tres metros más. Debe de ser la cámara del ascensor. ¿Lo ves?

—¿Y bien? —cuestionó Castro.

—Si uno quisiera asegurar el resultado de un suicidio, ¿no optaría por ganar la máxima altura posible? Entonces lo hubiera hecho desde lo más alto, y su cuerpo habría impactado más allá. Y luego está el detalle de las fotos. —Escogió una de ellas y la golpeó con el índice—. Por la posición de las extremidades, parece que hubo movimiento frenético contra el vacío, como si la víctima hubiera luchado contra la caída. —Miró a Castro con fijeza—. Un suicida no pelea contra la gravedad.

El intendente frunció el ceño.

—Un asesinato nos va a complicar el caso y tardaremos más en cerrarlo.

—No sabía que había tanta prisa —dijo, sin apartar la mirada.

Castro guardó silencio.

Unas gotas de lluvia empezaron a caer sobre la calle.

—Intendente, me has traído aquí para que te dé mi opinión. Pues ya la tienes. Esto no es un suicidio. Podría ser un accidente, pero me inclino por la hipótesis de un asesinato.

—Los familiares de la víctima creen que debió de tratarse de un fatal accidente —dijo Castro, y soltó un chasquido con la lengua—, pero descartado el suicidio, coincido contigo. —Respiró hondo—. Hay una cosa que no te he contado. Dos días

después de su muerte, alguien con marcado acento anglosajón llamó a la redacción de *La Vanguardia* para insistir repetidas veces que Casajoana fue asesinado.

El sargento enarcó las cejas.

—¿Y me lo dices ahora?

—Primero quería saber tu opinión, sin condicionarte. Además, esa llamada la podría haber hecho cualquier pirado. En fin, ¿por dónde empezamos?

La lluvia arreció. Palau señaló el Hostal de l'Esperança.

—Echemos un vistazo a esa agenda. Con la que nos va a caer encima, nos vendrá bien cobijarnos.

Los dos agentes aguardaron en el umbral mientras Castro y Palau se adentraban en el centro. Un par de residentes, nada más ver el uniforme del intendente, abandonaron a toda prisa el vestíbulo. Era un espacio amplio y luminoso, presidido por un crucifijo, con las paredes forradas de dibujos, citas bíblicas e imágenes de Jesucristo.

Un individuo vestido con harapos, sentado en un banco, los miró confuso por el rabillo del ojo. En uno de los bolsillos de su abrigo raído sobresalía el cuello de una botella de vino barato. El hombre se esforzaba, sin éxito, en mantener la cabeza firme. Desvió la vista cuando se le acercó el intendente.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a sor Marta?

—¡A la mierda! —gruñó, intentando incorporarse. Perdió el equilibrio y se fue al suelo mascullando incoherencias.

Al oír los gritos, sor Marta acudió de inmediato acompañada por un joven. Entre ambos trataron en vano de levantarlo. Por fin, con la ayuda de los policías, pudieron entre todos tumbarlo en el banco.

—Disculpen —dijo la monja—. Es nuevo, acaba de llegar, y está algo desubicado.

—Sí, desubicado como una cuba —dijo Castro.

—No se preocupe, hermana —intervino Ramón—. Soy el sargento Palau. Ya conoce al intendente Castro. —Ella asintió en silencio—. Siento mucho la muerte del hermano Casajoana; tuve la oportunidad de conocerlo y era una gran persona.

—¿Se conocían? —preguntó, agradecida.

—Sí, a raíz de otro lamentable episodio, el asesinato de su amigo, el profesor Puigdevall.

—Lo recuerdo, a partir de entonces todo cambió...

—Verá —dijo Castro—, seguimos investigando el suceso. ¿Podría dedicarnos unos momentos?

La monja aceptó, aunque les pidió unos minutos para acabar una tarea que había dejado a medias. Cuando ya se había ido, el sargento Palau vio de refilón a un residente que les hacía fotografías desde una ventana.

Al marcharse, el intendente le explicó a Palau:

—Sor Marta, además de asistente del difunto hermano Casajoana, es como el ama

de llaves del Hostal de l'Esperança. Por lo visto se tenían gran aprecio. Al proceder al levantamiento del cadáver, atravesó el cordón policial para luego postrarse entre sollozos ante el cuerpo del hermano con un ataque de ansiedad. Tuvieron que asistirlos los sanitarios.

Sor Marta regresó a buscarlos. Bajita y oronda, no vestía hábitos. Llevaba un rosario en el cuello, un jersey gris y una falda larga del mismo color. Al recorrer el pasillo, algunos residentes los observaron con interés, otros con evidente recelo y temor, y los más con indiferencia.

Castro susurró al oído de Palau:

—Más de uno de estos «ha tocado el piano» en comisaría —dijo, en referencia a la ficha donde se toman las huellas dactilares a los detenidos.

La hermana se dio la vuelta. Ruborizándose, dijo:

—Es imposible que el hermano se quitara la vida.

Acto seguido, reanudó el camino hasta llegar ante una puerta. Hurgó en los bolsillos hasta extraer una llave.

—Solo son chismes para hacernos daño —añadió, forcejeando nerviosa con la cerradura—. La gente habla demasiado, sobre todo si se trata de atacar a la Iglesia. —Abrió la puerta—. Este era el despacho del hermano Casajoana, pasen.

Castro y Palau entraron en la habitación seguidos por sor Marta. Una expresión de cansancio se dibujó en su rostro.

—Todo esto me supera —murmuró—. Lo cierto es que ya no está entre nosotros y será muy difícil llenar el vacío que ha dejado. Pero Dios se lo ha llevado y ahora nosotros tenemos la obligación de continuar su obra.

—Nosotros no creemos en la versión del suicidio —dijo Palau—. Y tampoco pensamos que fuera un accidente. —La monja dilató los ojos—. En su opinión, ¿qué podría haberle llevado a subir al tejado?

—Yo... no sé... A veces subía a la azotea para echar un vistazo a la antena de televisión. Tras el apagón analógico, había problemas con la recepción de algunos canales.

—Es extraño que ninguno de los residentes viera nada, y más a la hora en que ocurrió, a media mañana.

—A esas horas la mayoría están fuera del centro o bien en los talleres sociales —explicó sor Marta.

—¿Y no cree que alguno pudo ver algo y que guarde silencio por miedo a posibles complicaciones?

La hermana se encogió de hombros.

—No son mala gente, solo son pobres, y algunos enfermos. Todos adoraban al hermano Casajoana. La verdad, no lo sé. Pero si hubieran visto algo, creo que me lo habrían dicho.

—Por cierto, he observado que uno nos ha fotografiado desde la ventana —señaló el sargento.

—Es un vagabundo que acogimos en condiciones lamentables. Apenas habla. Es un poco retardado, ya saben. No sé cómo, pero se hizo con la cámara del centro. Desde entonces hace fotografías y... y luego las ordena a su manera; le ayuda a comprender el entorno y a comunicarse —dijo, emocionada.

Palau dio unos pasos por el despacho. Era sobrio, casi espartano. Sobre la mesa destacaba un viejo monitor con su teclado. El ratón descansaba sobre una alfombrilla azul con dos palabras impresas, La Salle, y entre ambas había la estrella dorada de cinco puntas asimétricas, semejando un niño jubiloso con los brazos en alto. Observó la ventana, que daba al patio interior, y luego la bien surtida biblioteca. Se dirigió a uno de los estantes y, con el índice, repasó los lomos de los libros al tiempo que ladeaba la cabeza para leer los títulos. Se detuvo en un *dossier* encuadernado en espiral, lo extrajo para leer la portada y volvió a dejarlo en su lugar.

La monja dejó escapar un suspiro.

—Si quiere —dijo Castro—, podemos hablar otro día.

—No, disculpe, es que todo es tan reciente... Era tan bueno, un santo.

—Un hostelero —añadió Palau.

—Así es como se definía a sí mismo, ¿cómo lo sabe?

—Por el nombre del centro, y por el título de ese *dossier* que acabo de dejar en la estantería. —Volvió a sacarlo y leyó en voz alta—: «Confesiones de un hostelero cristiano e insatisfecho, de Joan Lluís Casajoana».

—Es un trabajo que presentó en un congreso ecuménico. Solo le sirvió para ganarse antipatías. —Sacudió la cabeza con tristeza—. El hermano era un obrero del catolicismo. Tenía una visión crítica que no gustaba en algunos círculos de la Iglesia, de los cuales se nutría en buena parte su obra. A partir de esa ponencia, sintió que le daban la espalda. Luego le propusieron un cambio de rumbo del hostel, lo que sumado a la falta de recursos económicos le angustió profundamente. En las últimas semanas estábamos en quiebra técnica. Sobrevivíamos gracias a las donaciones de particulares y al voluntariado.

—¿Cuándo fue ese congreso? —quiso saber el sargento.

—Hará más o menos un año. Desde entonces todo empezó a torcerse. —Sor Marta desvió la mirada al suelo—. Al final, el balance económico pesa demasiado, y más en estos tiempos de crisis. Aunque en el fondo, creo que el déficit solo fue una excusa...

—No la entiendo.

—La obra les importaba poco. Lo que en realidad les incomodaba es que un reconocido religioso hubiera puesto de manifiesto un enfoque tan diferente del catolicismo. —Hizo una pausa—. Pero el asesinato de su amigo, el profesor Puigdevall, lo animó más todavía a proseguir en su línea. —Y con los ojos enrojecidos, agregó—: Ahora propagan infamias. Han llegado a decir que no sabía afrontar los retos que se le presentaban, y que por eso se quitó la vida. Lo tildan de cobarde.

—Sor Marta, ¿podríamos ver la agenda del hermano?

—Cómo no —dijo, abriendo un cajón de la mesa, y con gesto cansado, le entregó el cuaderno—. Yo misma la utilizaba para programarle encuentros y visitas.

Palau buscó las últimas páginas escritas hasta detenerse en la fecha del deceso de Casajoana. Allí estaba, dibujada con claridad, la cruz que había mencionado el intendente. Se le aceleró el pulso. Era idéntica a la de la iglesia de Sant Llorenç de Saraís.

Sor Marta estiró el cuello para observar el boceto.

—Sus colegas ya se interesaron por ese dibujo —contó.

—Es una cruz extraña, ¿no le parece?

—En la cristiandad hay cruces de distintas formas.

—Pero ¿por qué dibujaría una así? ¿Sabe qué significa?

Ella negó con un gesto.

Castro se palpó el bolsillo. Su móvil vibraba. Lo sacó y, tras leer la pantalla, salió al pasillo para atender la llamada.

El sargento revisó las páginas siguientes de la agenda y frunció el entrecejo. En la hoja correspondiente al sábado 26 de febrero había escrita una frase en latín: *VIRTUTIBUS MAIORUM*, y unos días después, un nombre.

Señaló la página.

—Sor Marta, ¿sabe qué significa esto?

—Las mayores virtudes —tradujo, no muy segura.

—Me refiero al motivo por el que el hermano escribiría esto en su agenda.

—¿Cómo voy a saberlo?

Palau se masajeó las sienes de nuevo.

—Tenía una cita días después del fatal suceso. Parece que quedó con monseñor... ¿Collvinent? No acierto a ver qué pone con esta caligrafía. —Le mostró la anotación—. Supongo que es de puño y letra del hermano. —Sor Marta asintió—. Si va precedido de «monseñor», ¿quiere decir que Collvinent es un obispo?

—No necesariamente —dijo—. El término *monseñor* no se corresponde con ningún cargo concreto. Es un tratamiento para aquellos a los que, por bula papal, se les otorga este título. El Papa lo concede por fidelidad o servicios prestados. Aunque es verdad que uno puede dirigirse así a un obispo. Pero no conozco a ninguno con ese nombre. Recordaría un apellido tan raro.

El intendente entró de nuevo en el despacho mientras Palau anotaba unas frases en su libreta. Al terminar, dijo:

—Nos tendremos que llevar la agenda, sor Marta. —Ella se encogió de hombros—. Y ahora, ¿podríamos subir al tejado?

—Por supuesto, síganme.

Después de recorrer varios tramos de escaleras, llegaron a la azotea. Un mar de cubiertas desvencijadas se extendía alrededor, algunas habían sido reparadas con techumbres de plástico, lo cual evidenciaba la pobreza del barrio.

El sargento caminó de un lado a otro, examinando con atención las distancias, los desniveles, las pendientes. El vagabundo de la cámara los fotografió desde una de las ventanas del centro. Palau, sin darse de cuenta de ello, continuó repasando los rincones, analizando las posibilidades.

—¿Qué hace? —preguntó sor Marta.

—Su trabajo —respondió el intendente.

Los timbales comenzaron a sonar. Arnau había preparado para esa misma tarde la celebración de la fiesta de compromiso, el paso previo a su boda con Carola. Los niños, entre el jolgorio y el griterío, se apiñaban en un extremo del jardín. Eran habituales del lugar pues, ante determinados conflictos o adversidades climáticas, siempre de la mano de la parroquia católica de Masindi, el hotel se convertía en escuela, en comedor o incluso en dormitorio. Ambos centros eran el único soporte social del empobrecido vecindario.

Algunos de los asistentes, también de Butiaba, se encontraban allí sin invitación, tras haberse enterado del evento. Entre el gentío apareció el viejo Kizza —que cada mañana proveía al hotel de frutas y hortalizas—, ahora vestido con su mejor traje. Se abrazó con Arnau de manera efusiva.

Al separarse, intercambiaron una mirada.

—No, señor, no vendrá.

Arnau lamentó que Ongodia no los acompañara en los festejos. La comprendía, pero le hubiera gustado verla.

Los percusionistas alcanzaron un ritmo frenético. Sobre la hierba, una suerte de marimba, un tambor cuyas láminas de madera otorgaban a cada golpe de mazo un sonido tribal, aceleró el ritmo hasta conseguir ir al compás de los demás tambores.

A lo lejos, bajo el cobertizo anexo al hotel, apareció un primer danzarín, vestido solo con una bufanda de cadera elaborada con cañas multicolores que coleteaban a cada paso y repicaban por encima de las rodillas. Sujetaba con la boca un silbato que emitía pitidos estridentes. En su cabellera rizada brillaban huesos de animales, y de su cinto colgaban pieles, lo cual le confería el papel de chamán. Detrás, se sumaron cuatro bailarines más, dos hombres y dos mujeres; ellos ataviados con la misma falda que el primero, ellas con atuendos rojos en el torso y una falda larga hasta los tobillos, color teja, sobre la que lucían la misma bufanda de cadera decorada con tres franjas añil, gualda y carmesí.

Representaron una danza erótica en la que ellas, tras el cortejo, se sometían sumisas al acto sexual; era una oda a la fertilidad que el público disfrutaba entre sorbos de Nile Special, la cerveza ugandesa por excelencia, o de Waragi, una ginebra de banana. El ambiente festivo pronto se convirtió en un cierto desenfreno.

Arnau sonreía pletórico de felicidad. Sentado en una banqueta preferente, sujetaba la lanza y el escudo de madera tribales y vestía una túnica de seda blanca con bordes dorados, cerrada al cuello con un broche de color rojo.

Los tambores cesaron de súbito y los bailarines se quedaron estáticos,

expectantes, y todos dirigieron en silencio sus miradas al portalón del hotel. Se abrieron los postigos y apareció Abdalla, con su bebé en brazos, y detrás Carola, engalanada como una prometida ugandesa.

De repente, unos niños con atuendos folclóricos salieron al jardín por la puerta contigua. El primero inició un cántico que emocionó a los presentes, y enseguida se le añadieron los demás, todos miembros del Africans Childrens Choir, dirigidos por el padre Jackes Albert —un misionero católico francés y colaborador en una organización que dedicaba todos sus esfuerzos y recursos a apadrinar a niños abandonados—. Al terminar el tema *You Rise Me Up*, Arnau se aproximó al coro y al sacerdote:

—Muchas gracias, Jackes. Este regalo me ha conmovido.

—Me alegro —dijo el misionero—. Gracias a gente como tú, estos niños se levantan cada día y pueden crecer como personas. Felicidades por tu compromiso.

El sacerdote alzó de nuevo los brazos y el coro entonó *Uhuru*, que significa «libertad». Entonces las mujeres fueron hacia el porche, donde las esperaba Carola, y todas juntas la acompañaron hasta llegar frente a Arnau, que la besó. Ambos bebieron de un mismo cáliz y luego él la invitó a tomar asiento a su lado.

De nuevo retumbaron timbales y marimbas, ahora todavía con más fuerza. Muchos de los presentes se dirigieron a la explanada para danzar mientras algunas mujeres lanzaban un agudo ulular. Al mismo tiempo, se formó una cola de hombres para felicitar a los prometidos. Uno de ellos, fascinado por la belleza de Carola, empezó a hacer gestos rituales hasta que Arnau lo detuvo.

—*Si; sio lazima shukrani* —le conminó.

—¿Qué quiere? —preguntó Carola, divertida.

—Nada, ya te contaré.

—Anda, dime.

—Ofrecerse como mi hermanastro —explicó. Y con una sonrisa, agregó—: Eso significa que le gustas.

—No entiendo nada —dijo, sin parar de agradecer las felicitaciones de quienes los querían saludar, tocar y besar.

Por fin, Arnau y Carola pudieron tomar asiento de nuevo, y junto con todos los congregados comenzaron a degustar los platos típicos, entre los que no faltaban el *malakwango*, la *firinda con ugali*, una sopa de judías peladas.

—Cuéntame lo del hermanastro ese —susurró Carola.

—Aquí es costumbre el ejercicio del levirato —dijo Arnau, entre risas—. Si el marido muere, la viuda se casa con su cuñado. Por eso, como soy hijo único, ese tipo, al que nunca había visto, ha querido hermanarse conmigo, ¿entiendes?

—Pues me ha parecido entender que le decías que sí.

—Es al revés, cariño. En suajili, «no» se dice «sí». Textualmente le he dicho: «No, no es necesario, gracias».

Después del banquete, se sucedieron múltiples cánticos, brindis y danzas

interminables. Ya era de noche cuando finalizó la fiesta. Ambos, con una mezcla de júbilo y cansancio, se despidieron uno a uno de los invitados.

Una vez solos, la pareja de prometidos decidió dar un paseo por la orilla del lago, junto a la escollera.

Tras permanecer callados un largo rato, Arnau dijo:

—¿Te das cuenta? El silencio es absoluto. Casi es posible oír tus propios latidos. En el lago ocurre como en el desierto: los sonidos quedan anulados porque no tienen donde rebotar.

Carola permaneció unos instantes pensativa.

—Sí, puedo oír mi corazón... ¿puedes tú? —El rostro de Arnau mostró extrañeza—. Ahora que escuchamos a nuestros corazones, ¿qué nos espera después de esta maravillosa fiesta?

Arnau se detuvo y la abrazó con ternura.

—Necesito que te sientas segura y libre en tu decisión. A tenor de lo acaecido en los últimos meses, puede ser peligroso.

Evocó la visita del sicario francés enviado por la Orden para hacerse con el pergamino que había heredado de su tía. Entonces la suerte los sonrió y se libraron de una muerte segura.

Ella le adivinó el pensamiento.

—Desde lo del francés, contamos con protección —dijo.

—No me fío demasiado. Los agentes que vigilan de vez en cuando el hotel se venderían a cualquiera por unos chelines. —Le acarició la mejilla—. Te quiero, lo sabes, pero solo puedo prometerte mi amor y trabajo duro. Sobre la seguridad yo...

Carola lo interrumpió con un beso. Y luego, dijo:

—Acepto.

—Bien —dijo Arnau, exultante—, entonces debemos arreglar tus papeles. Legalmente, no podrás seguir aquí; el visado te caduca pronto.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Pasar unos días en España y ponerte en contacto con la asociación Uganda in Spain, en Barcelona. Es una oficina que colabora con la embajada ugandesa en Francia; allí te indicarán los trámites que debes realizar —explicó—. En España no hay embajada de Uganda; la representación se lleva desde Nairobi, en Kenia. Le pediré al abogado del hotel que me asesore. Entretanto, podrás preparar la mudanza de todo lo que quieras traerte.

—Y despedirme de los míos.

—Despedirnos —puntualizó él—. Me las arreglaré para reunirme contigo en Boí unos días. —De improviso, extrajo un pequeño estuche y se lo entregó—. Allí, si quieres, podríamos... bueno, ya sabes. Sería absurdo esperar, ¿no crees?

Carola abrió el estuche y descubrió una sortija de oro y diamantes. El corazón le palpitó con fuerza.

—Volveremos aquí como matrimonio —aseguró.

Capítulo 20

Nunca había sido capaz de borrar de su memoria aquel hedor. Lo recordaba cada vez que tenía un informe forense en las manos. Como ahora, que estaba analizando el del hermano Casajoana. Le resultaba inevitable rememorar los efluvios de la sala de autopsias que respiró cuando era un aspirante a policía en prácticas en el Instituto Anatómico Forense de Barcelona. El olor a carne quemada que despedía el bisturí eléctrico con cada incisión, la tenue nube de polvo que levantaba la sierra circular, la fetidez de la carne descompuesta... Por mucho tiempo que pasara, le sobrecogía constatar la fragilidad de la vida humana.

Soltó el informe y se incorporó para abrir la ventana. Una corriente de aire frío, acompañada por algunas gotas de lluvia, le refrescó la cara. Algo repuesto, consultó su reloj. Eran las seis de la tarde. Desde la visita al Hostal de l'Esperança, llevaba horas encerrado en el despacho que el intendente le había facilitado de forma provisional.

Observó la mesa. Junto al *dossier* estaba la agenda de Casajoana. Tomó asiento de nuevo.

Marcó un número en el teléfono.

—¿La señora Berta Hernández? —dijo. Acto seguido, se presentó y le explicó los motivos de su llamada—. Quisiera hablar con usted... No, en absoluto, no es nada relacionado con la causa. Necesito su opinión como experta en Historia del Valle de Boí, que interprete unos datos de unos documentos que están en mi poder. Si pudiéramos vernos... ¡Ah!, eso sería perfecto. —Garabateó algo en un papel—. Mañana a las once en la Cafetería Kfé, muchas gracias.

Al colgar el teléfono se abrió con ímpetu la puerta.

—Más informaciones, sargento —dijo Castro. Le entregó una carpeta—. Los laboratorios Rekalbolg, donde Marest ejercía como consejero, fabrican detergentes, entre otras cosas. Algunos de sus componentes son derivados del petróleo. Transgas no solo es uno de sus mejores clientes, sino que también figura en la lista de proveedores. —Hizo una mueca—. Sin embargo, Transgas no cuenta con refinerías ni plantas extractoras; es una distribuidora de gas, pero acabamos de saber que son socios de la petrolera británica Pillow Oil, con intereses comunes en África. ¿Te das cuenta? Tienen negocios en Namibia y también en Uganda. Cuentan con plantas extractoras en el lago Alberto, cerca de Butiaba. ¿Te suena?

A Palau se le dilataron los ojos.

—Y por si fuera poco —continuó el intendente—, Pillow Oil también tiene intereses en Tailandia, en concreto en Bangkok. Hemos hecho los deberes, sargento.

—Empieza a asomar la punta del iceberg —dijo Palau—. Por lo que parece, nuestro enemigo es un gigante.

—Pues con nosotros no podrás —replicó Castro, desviando la mirada hacia la pizarra magnética donde el sargento había colgado fotos del cadáver de Casajoana y trazado multitud de flechas que unían diversas anotaciones. Volvió la vista y escrutó a su subordinado—. Oye, no tienes buen aspecto.

—Todavía no he comido.

—Joder con tu obsesión por el trabajo, Palau. Cambiando de tema, hace unos minutos he recibido una llamada de un tal Collvinent.

El sargento se incorporó de golpe.

—¿Cómo? ¿Monseñor Collvinent? ¿Y qué quería?

—¿Monseñor? No hablamos de la misma persona, no es ningún clérigo; es un seglar, como tú y yo.

—Sí hablamos del mismo —afirmó, tajante—. El hermano Casajoana se citó con él, pero murió antes del encuentro. —Abrió la agenda y señaló la página con la anotación—. ¿Por qué te ha llamado?

—Para presentarse como el sustituto del hermano al frente del Hostal de l'Esperança. Me ha contado que tiene otras ocupaciones, por lo que solo se encargará de forma provisional.

—Así que Casajoana se había citado con su sustituto —dijo Palau—, con el hombre de empresa que querían.

—De empresa o no, ha sido muy amable. La monja le ha comentado que habíamos estado allí por segunda vez, y ha llamado para ponerse a nuestra disposición. En la carpeta tienes sus datos, y también la transcripción de la llamada anónima que recibió la redacción de *La Vanguardia*. Ahora te dejo, que tengo prisa. Y oye, sargento —dijo, con la mano en el pomo de la puerta—, no haces buena cara. A ver si comes algo, joder.

Una vez a solas, Palau leyó el texto transcrito de la llamada telefónica. Una nota aclaraba que la voz tenía acento anglosajón. «¡Lo han matado! ¡Han asesinado al hermano Casajoana! ¡Lo han matado!». Pasó la hoja, y revisó los datos del nuevo director del hostal. Acto seguido, marcó en el teléfono la extensión de un compañero suyo de promoción.

—Pere, soy Ramón, necesito tu ayuda otra vez. Ahora se trata de buscar la máxima información sobre un tipo llamado Collvinent. Enseguida te paso los datos por *mail*. De acuerdo, te debo otra. Apúntala en la lista.

Colgó. Respirando hondo, se recostó contra el respaldo y estudió de nuevo la pizarra. Las flechas, los nombres, los datos. Cerró los ojos. En su cabeza bullía un entramado de difícil interpretación. Sin embargo, una intuición se abrió paso en su cerebro: todo giraba alrededor de Arnau Miró. Entonces se le aceleró el pulso al comprender lo que aquello significaba: que Carola se hallaba, sin quererlo, en el ojo del huracán. Carola.

Abrió los ojos y se inclinó sobre la mesa.

Volvió a releer el texto de la agenda una y otra vez: «*Est Sanctus Lunnae*

Medietate. 26/02, 15 h: *VIRTUTIBUS MAIORUM*». Se le ocurrió una posible traducción: «Es Santo de Media Luna». Era una cita para el próximo sábado, a las tres de la tarde, pero no sabía dónde ni por qué estaba codificada en latín.

Conectó el ordenador y escribió en el buscador de Internet: «*Est Sanctus Lunnae Medietate*». No encontró nada que le sirviera de ayuda. Entonces introdujo la otra parte del texto: «*VIRTUTIBUS MAIORUM*».

Un aluvión de páginas apareció en pantalla.

—¡Sí! —exclamó.

Controlando la excitación, pulsó la primera. Un majestuoso arco triunfal ocupó la pantalla del monitor.

—¡Lisboa! ¡La cita es en Lisboa!

Leyó un fragmento de la información que aparecía bajo la imagen:

CLASECITA En lo más alto del arco se corona a la victoria y a la libertad, simbolizadas por dos estatuas que preservan la leyenda *VIRTUTIBUS MAIORUM*.

—Una cita a las tres de la tarde, el sábado, en la plaza del Comercio.

Satisfecho, se acarició la barbilla. A continuación, tecleó en el buscador: «Vuelos Barcelona-Lisboa».

Se armó un gran revuelo entre el público masculino cuando Berta Hernández, con su larga y llamativa melena pelirroja, entró en la cafetería. Sin importarle ser el centro de todas las miradas, fue hasta la barra y examinó el local. Al fondo, en una mesa del rincón, descubrió al hombre que buscaba. Bebía una tónica.

Un joven camarero se apresuró a atenderla.

—¿Qué desea?

—Un té rojo.

—A juego con su cabello...

Lo interrumpió sin contemplaciones.

—Me lo lleva a aquella mesa. —Señaló la de Palau.

Caminó hacia él.

—¿Sargento Palau?

Ramón levantó la vista de su bloc de anotaciones.

—Gracias por venir, señora Hernández. —Le indicó una silla al otro lado de la mesa—. ¿Quiere beber algo?

—Llámeme Berta, por favor. Gracias, acabo de pedir un té. —Tomó asiento con calma y se inclinó hacia delante—. Usted dirá.

Sin rodeos, el sargento desplegó el papel donde había dibujado la enigmática cruz. Se lo mostró.

—¿Qué le dice esta cruz?

Berta analizó el boceto durante unos segundos.

—¿Me ha citado solo para esto?

—Apareció en la agenda de una víctima, exactamente en la fecha en la que murió. La mujer se reclinó en la silla.

—¿Y por qué piensa que puedo serle de... ayuda? —inquirió, recelosa.

—Por dos razones. En primer lugar, porque esa cruz gobernó una de las iglesias, hoy en ruinas, del Valle de Boí, del que usted es una experta historiadora. Y en segundo lugar, porque la agenda de la que le hablo perteneció a una persona que fue clave en la resolución del caso de Boí, en el que usted figura como imputada.

—¿De quién se trata?

—Del hermano Casajoana, amigo del profesor Puigdevall con quien usted mantuvo una estrecha amistad.

Un ligero temblor sacudió los hombros de la mujer.

—Sí, oí la noticia por la radio. —Se acercó el papel para analizar el dibujo de la cruz—. No sé si mi abogado...

—Berta —interrumpió Palau—, José Luis está al corriente de este encuentro, él me dio su teléfono. Le aseguro que es a título personal, nada oficial. Aunque, por supuesto, está en su derecho de no querer hablar conmigo.

—¿Entonces no fue un suicidio?

—Todavía no disponemos de pruebas, pero creemos que fue asesinado.

Berta le sostuvo la mirada. Después, bajó los ojos y apoyó el boceto en la mesa. Aplanó las dobles con la mano. Luego, recorrió con el índice los trazos de la cruz.

—Es atípica, de ocho brazos —dijo—, pero muy distinta a la de Malta, que tiene ocho puntas unidas de dos en dos formando uves. La cruz de Malta fue el símbolo de los caballeros de la Orden Hospitalaria que sirvió en la Edad Media a los cristianos de Jerusalén. Pero esta es muy distinta, y además cuatro de sus puntas son flordelisadas.

Palau tomaba notas, pero se detuvo de súbito.

—¿Cómo dice?

Berta señaló uno de los brazos diagonales.

—En estos extremos está representada la flor de lis. Podría aludir a la influencia francesa que hubo en el valle, algo que también se constata en las pinturas románicas. Se trata de la flor del lirio, muy popular en la heráldica gala desde tiempos remotos. Luis VII la incorporó a su escudo en el siglo XII, aunque en religión la flor de lis se relaciona con la Orden de Santiago, creada en el mismo siglo para defender a los peregrinos que viajaban a Santiago.

Llegó el camarero con el té y ella guardó silencio. Cuando se marchó, continuó:

—La heráldica militar en comunión con la fe, es una unión propia del Medievo. No resulta extraño. De poco sirve la fuerza sin la sabiduría. Existieron profundas alianzas entre clérigos y nobles, comandadas por milicias cristianas, una de cuyas misiones era la lucha contra la morisma para conseguir la reconquista de los territorios invadidos por los musulmanes. Era una simbiosis perfecta: unos aportaban conocimiento, valores y fe; otros, protección y seguridad.

Jugueteó un momento con el sobre de la infusión. Luego lo retiró de la taza y bebió un sorbo. Después de limpiarse los labios con una servilleta, prosiguió:

—En la Edad Media, Bertrán de Urgell acuñó monedas con una cruz similar a

esta de ocho brazos. También las hay en algunas pinturas románicas del valle. Si no me falla la memoria, diría que hay algunas en varias columnas y arcadas de la iglesia de Sant Joan de Boí, lo cual no deja de ser peculiar porque es la única en cuyos murales se representan motivos paganos. —Hizo una pausa—. Sí, allí se pueden contemplar cruces parecidas a esta, aunque no alveoladas. Son estos trazos curvados que unen cada brazo —explicó, perfilándolos con el índice—. Es curioso...

Se quedó pensativa unos instantes.

—¿Qué es lo curioso? —preguntó Palau.

—Que los brazos estén unidos por alvéolos que, invertidos, formarían un círculo.

—No la sigo, Berta.

—Lo habitual en crismones, o cruces como la copta, celta o gnóstica, es que la intersección de los brazos sea el centro de un círculo. Es una figura muy presente en la simbología cristiana. El círculo es el elemento geométrico perfecto: representa la morada divina, lo celestial, la eternidad, puesto que no tiene principio ni fin. Sin embargo, estos son arcos invertidos, lo que podría simbolizar un nexo terreno y mortal entre el poder castrense y el religioso, una relación finita. No sé, el Valle de Boí tiene tantas singularidades...

Mientras el sargento anotaba sus palabras, Berta siguió cavilando en voz alta:

—Ocho brazos, ocho. Un número que en el cristianismo significa regeneración y vida eterna. Por eso la cruz bautismal tiene ocho brazos también. Además, el número ocho tuvo su importancia en la mística cosmogónica de la Edad Media. Se correspondía con las estrellas fijas del firmamento y simbolizaba el perfeccionamiento de la influencia que los planetas ejercen sobre la Tierra. Aunque esta cruz no creo que tenga nada que ver con la cosmología. —Se detuvo para beber un nuevo sorbo de té—. En los cementerios del valle hay amalgamas de cruces donde también se encuentran algunas de ocho brazos en ciertas tumbas de Erill la Vall, Taüll y Durro, el pueblo de...

—De Arnau Miró —se adelantó el sargento.

Ella lo miró fijamente.

—¿Tiene noticias de él? No contesta a mis llamadas.

—Lo poco que sé es por referencias. Se encuentra bien, en Uganda, con sus negocios.

Berta parpadeó. Tenía los ojos humedecidos. Palau pensó en lo chocante de la situación. Ante él estaba una mujer que seguía enamorada de Arnau, y él sentía otro tanto por Carola, su compañera. Sacudió la cabeza.

—No creo que pueda ayudarle mucho más —dijo ella.

—Cambiemos de tema. ¿Sabe algo de Marest?

—Lo mismo que usted —respondió, desconcertada—. Que se encuentra en paradero desconocido.

—Sí, pero ustedes se conocían bien. Tal vez intuya dónde puede encontrarse o cuáles podrían ser sus intenciones.

—Ya se lo dije a sus colegas, no tengo ni idea. No lo conocí en profundidad. Marest me utilizó para sus fines.

—¿Alguna vez le comentó algo de viajar a lugares remotos, por ejemplo a algún país asiático?

—¿Marest? Lo dudo. No le gustaba mucho viajar. Creo que lo más lejos que estuvo de su casa fue precisamente Boí.

—¿Ha oído hablar de empresas como Pillow Oil, Transgas o Rekabolg? Se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No le comprendo, sargento. ¿A qué vienen estas preguntas? ¿Estoy ante otro interrogatorio? —dijo, molesta.

Palau consultó las notas de su libreta. Señaló el boceto.

—Así pues, tenemos cruces similares en una iglesia en ruinas, en pinturas románicas de Boí, en algunas tumbas y en la agenda del hermano Casajoana. —Levantó la mirada—. ¿Por qué alguien dibuja una cruz en su agenda, y más en la fecha de su muerte? El hermano nos quiso decir algo, seguro. El problema es que no lo logramos descifrar. —Dejó escapar un suspiro—. Y por otro lado, ¿por qué se pusieron esas cruces en iglesias y sepulcros? ¿A qué tipo de creencia obedece?

Berta guardó silencio. El sargento frunció el ceño.

—¿Y bien? —insistió.

Ella titubeó un instante. Volvió a encogerse de hombros.

—No sé si guarda relación —dijo—, pero la cruz de ocho brazos también fue adoptada como símbolo por la Iglesia de la Cienciología. Ya sabe, esa organización con creencias medio espirituales y laicas, centrada en la autoayuda y el crecimiento personal con fines económicos. Se fundó a mediados del siglo xx.

—No, esto arranca de más lejos, de diez siglos atrás.

Entonces Berta respiró hondo, bajó la voz, y dijo:

—Existen evidencias de un movimiento cercano al catarismo que surgió en el Medioevo, alrededor de algunas facciones cristianas como contestación a los poderes católicos. Contó con seguidores dentro de la nobleza, y dejó alguna huella en los Pirineos; en concreto, en el Valle de Boí.

—¿Y qué tiene que ver con esta cruz?

—Según la leyenda, a todos sus miembros se les marcaba con una cruz de ocho brazos en el pecho. La hacían con cuatro cortes de una espada constelada, también llamadas de virtud. Eran unas armas con propiedades invencibles que pasaban de generación en generación. Se cuenta que una de ellas llegó al valle de manos de Bernat-Unifred, obsequiada por su antecesor, Carlomagno, cuando este le encargó liberar los Pirineos de la morisma. —Se detuvo y apretó los labios—. Esa espada, al igual que el pergamino, está ahora en manos de Arnau.

El sargento asintió con lentitud.

—Y poco más se sabe —finalizó Berta—. Fueron aniquilados y su documentación fue destruida, por lo que se ignora cuáles eran sus verdaderos

motivos. Hay quien dice que solo ansiaban poder. —Dudó un instante—: Según otras opiniones, el movimiento sigue vivo en la actualidad bajo una sociedad secreta.

—Explíquese.

—Por lo que he oído, veneran al «Laureado», a san Lorenzo.

El sargento palideció.

—¿Está usted bien?

—¿Qué... qué tiene que ver san Lorenzo con todo esto?

—Sargento, sé dónde halló esta cruz y sé de qué iglesia me habla. Es de las ruinas de la iglesia de Sant Llorenç de Saraís, un santo que murió en el siglo III en Roma, quemado en una parrilla.

—Continúe.

—Se afirma que san Lorenzo fue depositario del Santo Grial, el cual escondió en su tierra, en Huesca, junto con otras pertenencias que la Iglesia le encomendó administrar. Luego sufrió persecuciones que lo llevaron a él y a sus tesoros hacia los Pirineos, y parece ser que se refugiaron en el Valle de Boí. Durante el Medievo resurgió la veneración a san Lorenzo porque se creía que había escogido el valle como santuario. Saraís es una buena muestra de ello. Allí hubo una ermita donde se producía un extraño efecto con la luz.

Palau se masajeó las sienes.

—Era algo habitual en la arquitectura románica —explicó Berta—. Las iglesias y las ermitas solían construirse encaradas al este. Pero en la ermita de Saraís sucedía un fenómeno único.

—¿A qué se refiere?

—En el ábside había una talla de san Lorenzo, y en su túnica brillaba una equis, la inicial de Cristo en griego. Sobre el altar se suspendía una cruz de brazos equidistantes que colgaba de dos cuerdas laterales. En el solsticio de verano, al atardecer, el sol que entraba por uno de los ventanales incidía en la cruz de manera que su sombra se proyectaba en el manto del santo, y se formaba una cruz de ocho puntas, similar a la que se erige sobre el campanario. Ese fenómeno daba inicio a fiestas y celebraciones en el pueblo al grito de «El laurel reverdecerá». —Atónito, Palau recordó las palabras del pastor de Saraís. Berta sonrió y añadió—: Pero todo esto no son más que habladurías sin ninguna base científica.

El sargento notó la garganta reseca y alcanzó el vaso.

—Antes ha dicho que, según algunos, esa sociedad secreta sigue hoy en día con sus actividades. ¿Qué opina usted?

—Sargento, yo no sé nada más, aparte del nombre de esa organización. La llaman El Propósito.

Palau se atragantó.

Capítulo 21

Mientras el resto de los pasajeros se alineaban junto a una de las cintas transportadoras para recoger sus maletas, Ramón Palau se colgó al hombro el equipaje de mano, una pequeña bolsa de lona, y se dirigió hacia la puerta de salida. Un reloj en el centro de la pared marcaba la una y media de la tarde. Disponía de poco más de una hora para presentarse a la cita con alguien que esperaba a Arnau Miró y al hermano Casajoana, pero no a él. Además, había viajado a la capital portuguesa sin haber informado a nadie, movido únicamente por su afán de averiguar los motivos de tan enigmática cita. Al pensar en ello, se dijo que todo aquello era una locura.

El sonido del móvil interrumpió sus pensamientos.

—Dime, José Luis. Lo siento, pero no voy a poder. No, no estoy en Barcelona. Tampoco en Pont de Suert. Acabo de llegar a Lisboa. ¿Qué quieres que te diga? No, no es turismo. Sigo una de mis intuiciones. El anónimo que recibió Arnau indicaba una cita aquí, en Lisboa. También Casajoana estaba convocado. Sí, suena increíble; lo tenía anotado en su agenda. En fin, pronto lo descubriré. Te llamo a la vuelta, un abrazo.

Cruzó la terminal del aeropuerto. En la calle, lo recibió una ligera llovizna. Maldiciendo no haber cogido un paraguas, detuvo un taxi.

—A la plaza del Comercio —dijo.

Mirando por la ventanilla, recordó las palabras de Cervantes: «Lisboa, donde el amor y la honestidad se dan la mano y pasean juntas».

Una vez en la ciudad, le llamaron la atención las losetas que recubrían las aceras blancas, decoradas con mosaicos de negro basalto, con el sabor de los siglos impregnado en sus juntas maltrechas —o *sistema de empedrado das ruas*—, que invitaban a un paseo entre edificios centenarios, la mayoría construidos tras el devastador terremoto del siglo XVIII. A su paso dejaron atrás *os carros eléctricos*, los tranvías que circulaban por pendientes adoquinadas de trazo laberíntico, con gran chirriar y pronunciados vaivenes, evocando el pasado.

El taxi se detuvo.

—*Praça do Comércio* —dijo el conductor.

El sargento abonó la carrera y se apeó. Consultó el reloj: las 14.45. A unos cincuenta metros se erigía majestuoso el arco triunfal, la puerta de Lisboa que antaño recibía a los recién llegados por mar, donde ahora se abría un pasaje peatonal, la *rua Augusta*.

Antes de cruzar la avenida, analizó el entorno.

No muy lejos, advirtió a un hombre corpulento que lo observaba sin disimulo.

Palau desvió la mirada y se concentró en la arcada, a cuyos pies, entre el gentío, destacaba un grupo de cuatro personas, tres hombres y una mujer, cuya imagen no se correspondía con la de unos turistas. Con indumentaria formal, debían de rondar los sesenta años. No llevaban cámaras ni planos, sino portafolios y carteras de piel, y parecían inquietos. De súbito, la mujer se echó a llorar, y uno de los hombres la abrazó para consolarla. Palau llegó a la conclusión de que se trataba de las personas convocadas a la cita. Por si acaso, echó un vistazo al resto de la plaza. El individuo corpulento había desaparecido, y nadie más destacaba entre el gentío.

Entonces chispearon las catenarias y resonó el silbido de unos frenos. Dos tranvías se detuvieron en la parada, entre Palau y el grupo de desconocidos, y el sargento los perdió de vista unos instantes. Cuando recuperó su campo de visión, los tres hombres y la mujer ya no estaban en la base de la arcada.

Cruzó a toda prisa la avenida, provocando los frenazos de varios vehículos que hicieron sonar sus bocinas, y miró en todas direcciones. A poca distancia, los distinguió en el interior de un automóvil de color negro que abandonaba el lugar. Sin tiempo que perder, se subió a un taxi del que se apeaban dos personas.

—*Siga aquele carro! El Mercedes!* —exclamó, en su pobre portugués, señalando el coche. El taxista lo miró estupefacto, pero sonrió al ver el billete de cincuenta euros que le mostraba Palau, y aceleró hasta situarse detrás del objetivo, que ascendía por los aledaños del castillo.

Después de circular un rato por las estrechas callejuelas, el Mercedes se detuvo junto a un pequeño mirador, ante un paisaje salpicado de casas de fachada verde con cubiertas inclinadas en teja árabe, y el taxi se paró detrás. Mientras Palau pagaba la carrera, un individuo se acercó por la ventanilla derecha simulando hacer una consulta al taxista. En una perfecta sincronización, otro se situó frente a la puerta trasera, impidiendo que Ramón pudiera bajar, al mismo tiempo un tercero abrió la otra puerta y entraba encañonándolo con un revólver. El sargento lo reconoció enseguida: era el hombre corpulento de la plaza. A continuación, los otros dos sujetos también entraron en el taxi. Uno ocupó el asiento delantero y el otro se sentó junto a Palau, que permaneció inmóvil entre aquellos individuos.

—Vamos a dar un paseo —dijo el del revólver, con marcado acento portugués. Luego se dirigió al taxista en su idioma—: *Dar um passeio.*

El hombre sentado a su derecha lo cacheó hasta que encontró su cartera. Mientras la examinaba, su compañero no perdió de vista a Palau. El otro, junto al taxista, le hizo una seña para que detuviera el vehículo. El sargento se mantenía en silencio, con expresión imperturbable. Cuando el primero descubrió la placa, hizo una llamada por el móvil.

Colgó tras una breve conversación.

—*Polícia é da Espanha* —les dijo a sus compañeros. Le hizo un gesto al tipo corpulento, quien de inmediato enfundó el revólver, y le mostró su placa de la policía portuguesa—. Somos colegas. ¿Qué tal si bajamos del coche y hablamos?

Ramón asintió con la cabeza y los cuatro se apearon del vehículo. El taxi abandonó el lugar a toda prisa.

—Debe contarnos qué le trae por aquí —añadió—, y por qué no ha seguido el protocolo para estos casos.

Rodeado por los tres policías, Palau le dio todo tipo de explicaciones. A medida que las iba desgranando, uno de ellos las transmitía por teléfono para confirmar los datos.

Al instante, sonó el móvil del sargento. En la pantalla leyó: «Intendente Castro», y dejó escapar un suspiro.

—A tus órdenes —dijo, resignado—. Sí, lo siento... Tenía que haber informado. No, no se me ocurrió. Te lo aseguro, no volverá a suceder. Descifré aquella cita enigmática y por eso estoy en Lisboa. De acuerdo, el lunes a las ocho en tu despacho.

Colgó con un resoplido y el policía al mando sonrió:

—Además de colegas, parece que estamos en el mismo bando.

Palau lo miró de reojo mientras guardaba el móvil.

—Sargento Palau, el profesor le espera —dijo el tercero, con acento anglosajón.

—¿Qué profesor?

—El profesor Fevzi Kenan; él convocó este encuentro.

—Ah, el turco —soltó.

—Oiga, que el turco tiene nombre —lo corrigió, irritado—. Acompañeme, le aguarda en el castillo.

Ambos se despidieron de los dos policías portugueses y subieron a un tranvía. Se sentaron en un extremo, lejos de oídos indiscretos, y, entre el traqueteo del trayecto, el inglés le puso al corriente de la identidad del profesor.

Fevzi Kenan, de origen turco, era profesor universitario de Teología e Historia del Arte, especializado en el análisis de las conexiones artísticas que se produjeron en el Medioevo entre Oriente Medio y Europa. Tuvo que abandonar Isparta tras comprometer con sus teorías los pilares de varias religiones. Después del asesinato de su mujer, se vio obligado a refugiarse en Londres, donde ejercía como docente en la Universidad de las Artes bajo permanente protección policial. Él fue quien interpretó, junto al profesor Puigdevall, el pergamino que heredó Arnau Miró, un documento por el que algunos estaban dispuestos a matar con el fin de mantenerlo oculto. El manuscrito contenía un árbol genealógico, con algunos de los nombres de una hipotética dinastía divina, que partía de Jesucristo y acababa en Arnau Miró.

Fevzi había relacionado algunos registros de la más emblemática obra pictórica del románico del Valle de Boí, el Pantocrátor de Sant Climent de Taüll, con otras similares del monasterio sirio de Deir Mar Musa. Además, había dado una nueva interpretación a la configuración rectilínea de los campanarios de las iglesias de tres de los pueblos del valle —Erill la Vall, Boí y Taüll—, demostrando que la prolongación de su trazo no apuntaba a Roma, como se creía, sino a Tierra Santa, lo cual confirmaba que no se trataba de un tributo al catolicismo, sino a los primeros

cristianos.

—¿Entiende ahora por qué debemos tomar las máximas medidas de seguridad para proteger al profesor? —preguntó el inglés—. Nos enfrentamos a un enemigo muy poderoso, con capacidad para actuar en cualquier lugar del planeta.

Palau iba a responder cuando el conductor señaló:

—*Castelo*.

Bajaron del tranvía, y caminaron por las empinadas callejuelas entre una barahúnda de turistas. Un pórtico secular, como entrada a la fortaleza, daba paso a un espacio ajardinado.

—Es allí —indicó el inglés—. Ahora siga usted solo hasta que encuentre la estatua de un guerrero en el centro del jardín. El profesor le aguarda.

Palau siguió las instrucciones y llegó a la estatua. Por la Cruz Pathé del escudo, supo que representaba a un caballero templario.

—Alfonso I —dijo una voz, también con claro acento inglés—, liberador de los moros.

Un hombre surgió de detrás de la figura.

Lo reconoció al instante: era una de las cuatro personas que aguardaba en la plaza del Comercio. Rondaba los setenta, delgado, con nariz afilada, pómulos prominentes y barba y pelo blancos. Sus ojos, negros y hundidos en un rostro de tez apergaminada, proyectaban una mirada penetrante a través de unas gafas de pasta negra. Llevaba alzadas las solapas de una gabardina oscura que resultaba demasiado grande para su enjuto cuerpo.

El anciano avanzó hacia él con la mano extendida.

—Sargento Palau, soy Fevzi Kenan. No nos conocíamos en persona, pero sí a través de los papeles —dijo. Ramón asintió mientras le estrechaba la mano—. Fui yo quien convocó a Arnau Miró, aunque sabía que no acudiría; es un caso perdido, insensible a la causa. Pero estaba seguro de que alguien vendría en su lugar. Espero que disculpe lo de antes. Nos vemos obligados a movernos un paso por delante si queremos seguir con vida. Y como ve, nosotros también tenemos nuestros recursos. —Señaló al hombre inglés que lo había acompañado—. Es mi escolta, Richard Smithson; es como mi sombra. Ha detectado su presencia y activado la alarma, abortando el encuentro.

—Lamento que hayan cambiado de planes por mi culpa.

—Estamos acostumbrados. Debemos tener la máxima cautela, y más ahora, tras el asesinato de Casajoana. También había sido convocado.

—¿Está seguro de que fue asesinado?

—Por supuesto, como Puigdevall, mi viejo amigo. Y al ver que lo querían tapar con un suicidio, llamé a un periódico de forma anónima para indicar que lo habían matado. Todos estamos en peligro, ustedes, nosotros y el círculo de Arnau Miró, aunque él no atiende a nuestras advertencias.

La lluvia comenzó a caer de nuevo.

Kenan extendió un brazo en dirección al paisaje.

—¿Le gusta? A mí me apasiona, acérquese. —Le invitó a resguardarse bajo su paraguas—. El castillo de San Jorge. Lo levantaron los árabes, *Castelo dos Mouros*, aunque luego, con la reconquista, pasaría a manos cristianas. Hasta aquí llegaron los templarios.

Caminaron hacia un muro y se detuvieron junto a un cañón centenario que en su día debió de defender la plaza. Desde allí se divisaba una amplia panorámica de la ciudad. Los edificios sembraban la llanura que se abría al pie de la montaña.

—Tengo muchas preguntas que formularle —dijo Palau.

—Adelante, le escucho.

—¿Por qué se citaron aquí, en Lisboa?

—¿Le parece que caminemos mientras le respondo? —Palau asintió y echaron a andar—. Es sencillo: la semana pasada asistí a unas jornadas sobre teología en Estoril y me era más cómodo que nos citáramos aquí. Para la convocatoria escogí la leyenda del arco de triunfo; necesitamos hacer realidad su mensaje: «Libertad y victoria». No alcanzaremos una sin la otra.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué deben mantenerse en la clandestinidad?

—Ambas preguntas tienen la misma respuesta: somos cristianos que pensamos distinto. Llevamos décadas clamando en el desierto por nuestras creencias. En el mejor de los casos nos tildan de perturbadores. Pero siempre recibimos golpes, muy duros a veces. Esta es la razón del secretismo.

—¿Tiene pruebas del asesinato de Casajoana?

—Casajoana fue asesinado porque se distinguía por su capacidad para ayudar a los más necesitados y por sostener una visión crítica del catolicismo. Exigía de la Iglesia una mano tendida que a menudo echaba de menos. Para ellos resultaba un personaje incómodo. —El profesor cerró los ojos y sacudió la cabeza con tristeza. Reanudó la marcha—. En un reciente congreso eucarístico expuso una valiente ponencia que puso en jaque a sus superiores. Desde entonces ya nada volvió a ser igual.

—Conozco ese trabajo; lo vi en su despacho, pero no lo he leído.

—Pues debería hacerlo. Entendería entonces el porqué y vería las cosas con más claridad. Tendría que haberlo escuchado: conmocionó a la audiencia, tocó sus almas. Pero también fue dinamita para ciertos círculos eclesiásticos. A la salida quise conocerlo. Él había oído hablar de mí, y yo, a través de Puigdevall, sabía de su obra con los más desfavorecidos. Le felicité por su valor y lo advertí de los riesgos a los que se exponía. Me respondió con una sonrisa. Al cabo de unas semanas supe que lo querían silenciar. —Hizo un chasquido con la lengua—. Es lo que siempre hacen antes de ir más lejos: le cerraron puertas, le frustraron las aspiraciones, le cortaron el grifo. Se quedó sin fondos económicos. Y cuando el dinero habla, la verdad calla.

—Sor Marta, su asistente, me contó lo mismo —dijo Palau.

—Tras el asesinato de Puigdevall, Casajoana se rebeló. Poco antes de morir, el

profesor guardó información relevante en su ordenador del hostel.

—Lo sé, también fue clave para nosotros.

—Entonces rescató su ponencia para mejorarla con la reinterpretación de ciertos mensajes cristianos del Medievo que nos han llegado a través del arte. Introdujo enmiendas con el fin de hacérsela llegar en persona al papa Benedicto XVI, con ocasión de su próximo viaje a Barcelona para consagrar la Sagrada Familia. Pensó que era la mejor manera y la más rápida para difundir su trabajo en las altas esferas del catolicismo. En mi opinión, era una maniobra inútil, como regar el desierto con un cubo de agua. Este Papa —dijo, elevando la voz—, como muchos otros, prioriza el sistema por encima de las almas del pueblo. Por ese motivo, por la cercanía de nuestros postulados, lo cité para este encuentro en Lisboa. Y le advertí varias veces del peligro que corría, pero él no me quiso hacer caso y rechazó la protección que le ofrecí. Esta vez llegamos tarde.

Palau se masajeó la frente como era habitual en él.

—Todo tiene su origen en Boí, sargento. Tras la muerte de la señora Miró, su sobrino Arnau fue el hilo conductor de unos crímenes que empezaron con mosén Jaume, luego con el profesor Puigdevall y ahora con Casajoana. Todos nosotros formamos parte de la macabra secuencia, sargento. Todos.

—Profesor, sus razones son subjetivas. En sus palabras no hay nada que demuestre que el hermano fue asesinado.

El anciano se detuvo, y casi con un hilo de voz afirmó:

—También a mí intentaron matarme por razones similares, y su fracaso lo pagó mi esposa. Fue un asesinato brutal con tintes rituales, como los de Boí. —Contuvo un leve temblor y volvió a caminar de nuevo—. Lo sé, sargento, carezco de pruebas; solo le expongo los motivos. Todos los que sabemos demasiado estamos en peligro, ¿no se da cuenta? Siempre ha sido así. Cualquier conjetura sobre la interpretación de sus creencias es censurada; cualquier atisbo de regeneración de la fe que quede fuera de su control es silenciado; cualquier señal que arroje una luz distinta con la que iluminar al pueblo es mutilada.

—Profesor, vivimos en países que gozan de libertad religiosa. No entiendo por qué...

—¡No solo somos una religión más! —interrumpió Fevzi, acalorado—. Somos una fuerza crítica que surge de sus propias entrañas. Le repito que todo tiene su origen en Boí. Allí se produjo una de las muchas explosiones que se han dado a lo largo del último milenio. Y aunque no lo crea, todo empezó muchos años atrás, en un lugar que está muy lejos del valle. Y tiene un final incierto. No cejarán en su empeño, y luego disfrazarán nuestros asesinatos de accidentes o suicidios, pero siempre dejarán su sello para quien quiera comprender sus motivos. Para ellos, sus delitos deben tener siempre un trasfondo ejemplarizante, para aleccionar al mundo, ¿entiende?

Palau, sin comprender una palabra, cabeceó confundido.

La lluvia cayó con mayor intensidad.

El profesor se cambió el paraguas de mano y con la otra se sujetó al brazo del sargento para seguir el paseo bajo la lluvia, ahora flanqueados por Smithson y una mujer que Palau supuso que también formaba parte de la seguridad del anciano.

—Es Marie —aclaró—, otro miembro de mi escolta. Sargento, hallar pruebas no es mi trabajo, es el suyo. Pero sepa que todo surge de la misma fuente y de las mismas mentes perversas. Cuando les fallan los sistemas convencionales, entra en escena su brazo ejecutor. Llevan siglos actuando con idéntico patrón.

—Profesor, el caso Boí está casi cerrado.

—¿Ah sí? Y dígame, ¿en qué quedará todo?

—Sabemos quiénes fueron los autores: un grupúsculo integrista formado por un prófugo, un policía corrupto y otro desaparecido. Conocemos el móvil: sus creencias y el afán para que no se difunda el contenido de un pergamino medieval.

Kenan soltó unas carcajadas que sonaron impostadas.

—¡Yo descifré ese pergamino! ¡Yo lo reinterpreté! ¿Qué pretende contarme? —exclamó, colérico—. El pergamino solo es la parte de un todo, el apéndice de algo gigantesco. Lo que ustedes desenmascararon es apenas un capítulo en el gran libro de la Historia. El tiempo ha abierto una brecha entre el pensamiento de los primeros cristianos y el cristianismo actual, que ha evolucionado sin uniformidad, con cismas y luchas de poder. Hoy en día ni los teólogos nos ponemos de acuerdo sobre ello, pero se cuentan como mínimo doscientas cincuenta religiones cristianas, la mayoría de ellas alumbradas en los últimos siete siglos. Y a pesar de ello, existe un afán obsesivo por preservar un único mensaje y aglutinar el cristianismo bajo una sola verdad. Los católicos se apropian de la «marca» *cristiandad* como si solo a ellos les concerniera.

El profesor volvió a detenerse. Lo miró con fijeza.

—Sargento, no me decepcione; usted está aquí por su intuición, ¡vaya más allá! Pregúntese a quién puede incomodar un pergamino cuyo contenido revela la dinastía de Cristo.

Palau se encogió de hombros.

—No sé, supongo que a algunas facciones fanáticas.

—Cierto, pero mire más lejos. ¿Quién cree que se sentiría más contrariado ante la evidencia de una estirpe divina? —Sin aguardar la respuesta, añadió—: Los mismos que lucharon contra la herejía por verse amenazados ante la posibilidad de que existiera el Santo Grial, la Sangre de Cristo, la descendencia del Rey de reyes... porque veían peligrar su singular monarquía en el gobierno de la Iglesia. Los legatarios de Pedro, de la piedra de la Iglesia, ven tambalear sus tronos ante la hipótesis de un linaje de Cristo, que resultaría incompatible con un papado cuya perpetuidad exige aniquilar cualquier atisbo de la existencia de un linaje sagrado.

El anciano separó los brazos y ambos se quedaron sin cobijo bajo la lluvia.

—Sé que no es sencillo —añadió, con la cara chorreando—, pero debe atender a quien utiliza la fe para manipular a la humanidad y estrangular su libertad. Ponga los

cinco sentidos en aquellos que se constituyen en intermediarios entre Dios y las personas. Concéntrase en quienes coaccionan la relación directa entre el individuo y la divinidad. Sitúe su mira sobre aquellos que venden una verdad única. Sargento, usted desenmascaró a unos títeres; ahora yo le muestro las bambalinas, allí donde puede hallar a quienes manejaban los hilos. Le guío hacia donde debe concentrar su atención, más allá del valle, ¿entiende?

Palau estaba desconcertado. El discurso del anciano parecía coherente, pero no lograba asimilarlo. Empapado, levantó el brazo del profesor para guarecerse de la lluvia bajo el paraguas al tiempo que señalaba una cafetería cercana.

—¿Qué tal si entramos y tomamos algo? —propuso—. No sé usted, pero yo me estoy quedando congelado.

El anciano parpadeó, confundido.

—Sí, claro, bebamos algo caliente —dijo, al fin.

Ocuparon una mesa del fondo. Richard y Marie, los dos escoltas, se quedaron en la barra, cerca de la entrada. Pidieron sendos cafés con leche, bien calientes, y aguardaron en silencio, meditabundos, hasta que el camarero les trajo las dos tazas.

—Sargento, me extraña que aún no me haya preguntado qué significa *Est Sanctus Lunnae Medietate*.

—Tengo esta y otras preguntas todavía pendientes.

—Pero conmigo resulta difícil meter baza, ¿verdad? —dijo el profesor, sonriendo. Enarcó las cejas—. Tranquilo, me lo dicen muy a menudo. Disculpe mi vehemencia.

—Disculpado. ¿Me explica entonces por qué eligió esta frase para la convocatoria?

—Por dos motivos: primero, para que coincidiera con las siglas del mensaje del Pantocrátor de Taüll; segundo, porque quise honrar a uno de los más grandes personajes que ha dirigido la Iglesia, a pesar de acabar apartado, denostado y hasta humillado, puesto que también los ha habido y los hay. *De Medietate Lunnae*: uno de los ciento once lemas con los que san Malaquías definió a los papas. Curioso número: 111.

—¿Encierra algún significado oculto?

—¿Sabe a qué Papa le corresponde este número? Al actual, a Benedicto XVI. El próximo, según la profecía, debería ser el antipapa, «Pedro el Romano», a quien se le atribuye la caída del catolicismo en tono apocalíptico, aunque también podría significar el triunfo de la cristiandad verdadera, toda una revolución. Necesitamos que la veleta gire, y que un nuevo aire llegue a todas las almas del mundo. Este es nuestro anhelo. —Sujetó el tazón humeante para calentarse las manos—. Estamos cerca, sargento, los pájaros ya lo anuncian.

Palau empezó a pensar que el profesor era un chiflado.

—¿Los pájaros? —preguntó.

—Sí, mueren a cientos, a miles. También está escrito. ¿No lo ha visto en las noticias? En Estados Unidos, Canadá, Italia... hallan miles de pájaros muertos sin

que los biólogos encuentren una explicación científica.

Palau recordó entonces las palabras del pastor de Saraís: «Mueren a cientos, a miles; es una señal divina». Se estremeció. «Todo esto me va a volver loco», se dijo.

—El lema *De Medietate Lunnae* corresponde, según san Malaquías, al papado de Juan Pablo I, el «Papa de la sonrisa». ¿Lo recuerda? Su pontificado fue como una estrella fugaz; duró solo treinta y tres días, tantos como años vivió Jesucristo, una cifra también curiosa. Tras su muerte, lo tildaron de débil y cobarde. Habría sido, quizá, el mejor Papa, pero no se lo permitieron.

—¿Qué insinúa?

—Hay teorías, incluso dentro del mismo clero, que sostienen que Juan Pablo I fue asesinado. La autoría intelectual recaería en la curia romana. ¿El motivo? Las profundas reformas que deseaba realizar en la Iglesia y, en concreto, en el Vaticano.

Pasmado, el sargento se quedó sin palabras.

—No se sorprenda —dijo el profesor—. Tenemos «topos» que nos hablan ahora de un complot dentro del mismo Vaticano para acabar también con el Papa actual. Incluso han puesto fecha a su defunción —apostilló. Y al ver su asombro, agregó—: Sé de lo que hablo, disponemos de personas afines que nos filtran información confidencial desde la Santa Sede. Y por ello sabemos que esta vez no se llegará tan lejos. Este Papa renunciará; ya lo verá, no resistirá la presión.

Palau desvió la mirada, todo aquello le sonaba a conspiración trasnochada. Pero el profesor le asió con fuerza por el brazo para reclamar su atención.

—Sargento, somos muchos los que pensamos que el papa Juan Pablo I fue asesinado por personas cercanas a él, de la misma Santa Sede. Era un hombre sencillo, como nosotros; un hijo de obrero que fue nombrado Papa, y muy apreciado por sus gestos simples, por su talante frágil. *Humilitas* fue el lema que eligió para su papado. La humildad. Juan Pablo I rechazó el rito de la coronación e hizo vender algunos objetos de valor, entre ellos la cruz y la cadena de oro de Pío XII, y donó el dinero obtenido al centro Don Orione, dedicado a minusválidos. Fue el mejor misionero de la caridad. Y también, el precursor de la Banca Cattolica de Veneto, una entidad que ofrecía microcréditos a los desfavorecidos, y que finalizó su andadura cuando fue absorbida por el Banco Ambrosiano. ¿Le suena?

Palau afirmó con un leve cabeceo.

—Nada más acceder al trono, quiso clarificar las cuentas vaticanas, así como las del Banco Ambrosiano. ¿Recuerda a Roberto Calvi o al arzobispo Marcinkus? Deseaba extirpar esa clase de sujetos de la vida religiosa. Sabía que dentro de la Santa Sede existían hermandades secretas con fines oscuros, capaces de cualquier cosa con tal de aniquilar las reformas que pudieran amenazar su poder. Tenía una lista de altos prelados que iba a cesar o trasladar. ¿Se da cuenta?

El profesor le soltó el brazo, y se recostó en la silla.

—No quería ser un jefe de Estado —dijo—. Por eso rehusó escoltas y soldados. Perseguía una transformación profunda de la Iglesia, que ya habían iniciado sus

predecesores. Pretendía que se produjese una verdadera modernización eclesial, hasta el punto de pretender dar un giro radical al papel de la mujer en la Iglesia. ¡Incluso era partidario de la píldora antiovolante! Sus sucesores ahora critican hasta el uso del condón. —Sacudió la cabeza con desgana—. Sí, Juan Pablo I estaba dispuesto a que entrara aire fresco también en ese ámbito. Sin embargo, la esperanza que se suscitó tras el Concilio Vaticano II, en poco tiempo se diluyó. Desde entonces, anochece...

—No lo sabía, la verdad.

—Lógico, ocultaron todas las huellas. Tenía preparadas cuatro encíclicas, que hubieran transformado el rostro del Vaticano, pero ninguna llegó a publicarse. ¿Lo ve? Incluso desapareció su testamento.

Todo aquello le resultaba muy interesante a Palau, pero no tenía nada que ver con el asesinato del hermano Casajoana, que es lo que le importaba y lo que estaba investigando. Sin embargo, al ver al profesor tan abatido, decidió tener un poco más de paciencia.

—¿Cómo murió Juan Pablo I? —preguntó.

Al profesor se le iluminaron los ojos. Se inclinó hacia él.

—La primera versión oficial sostuvo que John Magee, su secretario personal, descubrió su cuerpo en la cama tras sufrir un infarto. «Un designio inescrutable de la Providencia», dijeron. Pero hay otra versión que afirma que lo encontró sor Vicenza en el suelo del baño, todavía vestido con su hábito, y de ahí hasta su escritorio, que aún tenía la luz encendida, había un reguero de vómitos sanguinolentos. ¿Sabe? No fue el forense del Vaticano quien firmó su defunción, sino, aunque resulte extraño, otro médico. No se le practicó la autopsia por negación expresa de su familia, según la primera explicación oficial; y, por si fuera poco, fue embalsamado con inusitada rapidez. Más tarde sus familiares negaron haberse opuesto a la autopsia. Fue la Curia la que optó por no practicarla, aduciendo falsas razones para encubrir la realidad.

—¿Y cuál fue entonces? —no pudo evitar preguntar.

—Fue envenenado, sargento. Lo asesinaron. Tal vez con el café. Cuando esta posibilidad se difundió con argumentos sólidos, fuentes oficiales se apresuraron a desmentir la versión del infarto para sostener que Juan Pablo I se autoadministró una sobredosis de Effortil, su medicina para la hipotensión; algo también raro, ya que otras fuentes desmienten que tomara esa medicación y afirman que gozaba de buena salud. Pasado un tiempo, se vieron obligados a explicar las distintas versiones ofrecidas, y se disculparon por haber difundido que había muerto a causa de un infarto. Según ellos, lo hicieron porque nadie hubiera creído la versión de una muerte accidental, y entonces se habría especulado con un hipotético suicidio o incluso con un asesinato.

—Por tanto, se demostró la mentira.

—Sí. También se demostró que era falso que el cadáver fuera hallado por su secretario, cuando en realidad lo encontró sor Vicenza. ¿Sabe por qué? Porque pensaron que no sería bien visto por los fieles que una mujer anduviera de madrugada

por la habitación del Pontífice.

—Menuda paradoja —dijo Palau—. Con tanta falsedad, alimentaron lo que querían evitar: la presunción de asesinato.

El profesor Kenan asintió con una mueca.

—Como mienten quienes afirman que Casajoana se suicidó. Él también quería cambiar la Iglesia, pero desde la calle. Tenía preparada una revolución entre las bases del catolicismo.

—Nadie pudo probar lo que usted afirma sobre la muerte de Juan Pablo I —señaló Palau—, y me temo que con todo esto solo vamos a conseguir confundir el curso de la investigación del fallecimiento del hermano Casajoana.

—Porque resulta imposible adentrarse en las entrañas del Vaticano, ¡es un Estado! —replicó con enojo—. Pero con el asesinato del hermano Casajoana es distinto.

—Profesor, necesito datos, certezas, evidencias.

—Persevere, y los encontrará. Sé cómo trabajó en el caso Boí; a usted no le silencia el ruido ajeno, se deja guiar por su intuición. —Miró su reloj e hizo una seña a los escoltas—. No dispongo de más tiempo. ¿Desea usted saber algo más?

Palau dejó escapar un suspiro.

—Sí, pero solo si aporta información tangible que me pueda ayudar en mis pesquisas.

El profesor extrajo una tarjeta de uno de los bolsillos de su gabardina y se la entregó.

—Aquí es donde me hospedo, sargento. Venga a verme mañana por la mañana. Seguiremos hablando.

Se incorporó, y Palau se apresuró a preguntar:

—Profesor, ¿qué espera usted de mí?

—Que trabaje en pos de la justicia y la verdad.

Se estrecharon la mano. El profesor mantuvo la de Palau agarrada unos instantes, y entonces, con la izquierda, se arremangó. El sargento, estupefacto, vio un tatuaje en el interior de su antebrazo: era una cruz como la de Saraís.

—A pesar de todo, nos levantaremos de las ruinas —dijo Kenan, alejándose a toda prisa para abandonar la cafetería.

—¡Tendrá que explicármelo! —exclamó Palau.

—Mañana —dijo el profesor, sin volverse.

Capítulo 22

—*Aquí* no hay nadie con este nombre, lo siento —respondió la monja que lo atendió en la puerta del colegio salesiano de Estoril, el lugar donde Kenan había dicho al sargento que se hospedaba.

Demasiadas preguntas sin respuesta se agolparon en su cabeza. Aquella noche apenas había podido conciliar el sueño, inquieto ante una nueva cita con el profesor, y ahora todo se iba al traste de forma inexplicable.

El cielo seguía tan plomizo y amenazador como el día anterior. La monja indicó:

—Espere un momento. —Le cerró la puerta en la cara y oyó cómo se alejaba con rapidez.

Palau permaneció inmóvil, contemplando el aldabón de hierro forjado cuya forma representaba la figura de un serafín sosteniendo una cruz que hacía la función de asidero. La espera se le hizo interminable. Al cabo de un rato, oyó el chasquido de la cerradura y, con un chirrido, el portón se abrió de nuevo.

Salió otra monja con un sobre en la mano. Se lo entregó.

—Esto es para usted —dijo, y cerró presurosa.

Palau observó el sobre con incredulidad. Sin abrirlo, decidió marcharse de allí. Entonces sonó su móvil y mantuvo una breve conversación con el laboratorio de la policía científica.

Tras colgar, de repente sintió el cansancio acumulado, como una losa. Fue a sentarse en un banco del paseo y se frotó los ojos. Ahogando un bostezo, tecleó un número.

—¿José Luis? No, no muy bien... A comer es imposible, sigo en Lisboa. ¿Qué tal para cenar? Perfecto. —Mientras observaba el Atlántico que se agitaba no muy lejos, le resumió la cita con el profesor Kenan—. Todo esto es una locura, ya no sé qué creer. Voy a tomar un taxi y regresaré con el próximo vuelo. Solo te llamo para contarte lo que me acaba de decir el laboratorio. Las pruebas caligráficas demuestran que Casajoana no fue quien dibujó la cruz en su agenda; era diestro, y según la Científica los trazos se corresponden con los de un zurdo. Es una locura... la misma cruz que el profesor tiene tatuada en el brazo. Sí, claro que sospecho de él. De acuerdo, te lo agradezco. Te llamo cuando embarque. Nos vemos en el aeropuerto.

Guardó el móvil en el bolsillo. Luego, volvió a observar el sobre. Lo abrió. Contenía un *dossier*: «Confesiones de un hostelero o de un cristiano insatisfecho, de Joan Lluís Casajoana». Debajo, una dedicatoria escrita quizá de su puño y letra: «Para Fevzi. Juntos disiparemos el humo del maligno que emana de la boca del infierno».

Introdujo el *dossier* en el sobre. Las cosas no habían salido como había imaginado. Sin darle más vueltas, se colgó en bandolera su bolsa de lona y atravesó el

paseo marítimo en busca de un taxi.

Levantó el brazo cuando se acercó uno libre.

—Al aeropuerto —dijo, cerrando la portezuela.

Se acomodó con un brazo extendido sobre el respaldo y miró a través de la luneta trasera. El mar se confundía con el horizonte; no se apreciaba dónde acababa uno y comenzaba el otro. La marejada centelleaba a lo lejos, el vapor y la espuma plateada desdibujaba la superficie marina; la furia del mar llegaba hasta las arenas de la costa. De súbito, se enderezó con el pulso acelerado. Abrió el sobre y leyó de nuevo la dedicatoria. Le hizo pensar en el mejor lugar donde podía leer aquel trabajo.

—Cambio de planes —dijo al taxista—. Vamos a... a *Boca do inferno*.

El taxista lo observó por el retrovisor con extrañeza.

—El aeropuerto está en sentido contrario, señor; de allí no parten vuelos.

—Lo sé.

En pocos minutos atravesaron Cascais, con sus olores añejos de villa pescadora y sus ostentosas fincas.

El taxi lo dejó en un entorno agreste, casi violento. Se levantó el cuello del abrigo, se colgó la bolsa al hombro y caminó hacia los acantilados. Una vez allí, anduvo entre gaviotas que detenían su vuelo sobre las rocas y observaban su andar desalentado. Un lugar yermo para un camino baldío, donde el estruendoso rugir de las olas se confundía con el bramido de sus incesantes acometidas contra los muros verticales del continente. Unas paredes firmes, dispuestas a resistir el desafío del oleaje que, como cincel implacable, esculpía sus trazos en la roca.

Se sentó en un peñasco. La vista era espectacular.

Abrió el sobre otra vez. Después de la cubierta, leyó una inscripción en el centro de la primera página:

Mi corazón sangra al ver el abismo en el que se está precipitando nuestra Iglesia. Henry Boulad, jesuita que ha inspirado mi trabajo.

Sabía que aquel texto superaba su capacidad, al fin y al cabo él era un policía y no un teólogo, pero empezó a leer algunos párrafos, los que más le llamaron la atención.

Santidad, solo sus gestos calarán en los corazones. Entretanto, sepa que se nos echa el tiempo encima. Nuestra Iglesia ya no es «Luz del Mundo», se extingue lentamente.

[...] San Pablo propone desarrollar «la libertad de los hijos de Dios», y nos preguntamos de qué margen disponemos para ello. No se nos permite elevar una voz crítica, a sabiendas de que la diversidad enriquece. Leemos en los Hechos de los Apóstoles que los primeros cristianos tomaban las decisiones por consenso entre toda la comunidad. Sin embargo, en la actualidad el sistema despótico es una de las patologías instauradas en la Iglesia.

[...] La sociedad avanza rauda mientras nuestra Iglesia clama un mensaje extemporáneo y soporífero, en un intento baldío de moralizar una sociedad que ha

madurado. La doctrina actual solo suscita indiferencia, de tan alejada que se encuentra de la realidad. Resulta paradójico, en estos momentos de profundos cambios, que en la Iglesia resurja su rostro más rancio.

[...] Los templos están cada día más vacíos, lo que conlleva una mayor dificultad para transmitir nuestros valores. Cada vez hay menos seminaristas, y los pocos sacerdotes disponibles se ven abocados a gestionar sus parroquias con métodos burocráticos muy próximos al funcionariado.

[...] Debemos evolucionar desde el misticismo que permita un acercamiento al corazón y al cuerpo, en contra de lo que ahora sucede con nuestra fe, demasiado dogmática y cerebral. Necesitamos una nueva respuesta a la marginación que en la Iglesia sufre la mujer, al celibato y a la colisión persistente con la ciencia. Hay que afrontar temas sociales como la eutanasia, la homosexualidad, el aborto, la investigación científica, la concepción artificial o los métodos anticonceptivos.

[...] Nuestro sentido pastoral debe estar al servicio de las almas turbadas. Debemos ayudar a discernir entre el bien y el mal, pero no prohibir.

[...] El actual estatus de la Iglesia es pecaminoso, porque la norma es la abundancia y la opulencia, en contra del verdadero mensaje de Jesús. Con humildad, estamos obligados a reinterpretar nuestros sistemas, estructuras e incluso nuestra propia historia. Urge pedir perdón porque *se nos echa el tiempo encima*.

[...] Cada vez más estados se declaran aconfesionales y las organizaciones no gubernamentales laicas realizan con mayor eficacia tareas que a lo largo de la Historia ha venido realizando la Iglesia.

Santidad, queremos abrir puertas y ventanas para airear pasillos porque *se nos echa el tiempo encima*. Lutero dijo: «Estoy en contra, no puedo evitarlo, que Dios me ayude, amén». Su siervo, con el corazón lacerado,

Joan Casajoana.

Aspiró la brisa del mar. Las lenguas espumosas exploraban cada uno de los rincones y cavernas entre las rocas, y se retiraban presurosas poco antes de la próxima embestida.

En la última página del *dossier* había un texto escrito, según supuso, por el profesor Kenan:

CLASECITASargento Palau, si desea adentrarse en nuestra verdad, llame al número 0034687514774 y pronuncie el lema *Virtutibus Maiorum*. Su interlocutor lo citará en el Museo Nacional de Arte de Cataluña. Como hoy, acuda solo. Él podrá explicarle el resto.

De nuevo empezó a caer una débil llovizna. El sargento se abrochó el abrigo y miró el reloj. Se sorprendió al comprobar que, sin darse cuenta, había pasado allí media mañana. El tiempo se le había escurrido como el mar entre aquellas rocas, junto a los ecos de las palabras del hermano Casajoana.

Las olas persistían en su afanosa lucha contra la tierra, resquebrajándola, como

una alegoría de la batalla entre el bien y el mal que moldeaba las almas del mundo.

En aquel instante fue consciente de que ya no era ajeno a aquella cruzada. «Sufrimos demasiado —meditó con desasosiego—, caminamos por el abismo, cercanos al precipicio».

Aquella misma noche, en Barcelona, Massimo les ofreció unas exquisitas degustaciones italianas en su restaurante de la Vía Augusta, la que antaño conectó el Mediterráneo con Roma.

A diferencia del abogado, Palau apenas probó bocado.

—¿Te das cuenta del lío en el que te has metido con el intendente? —dijo Gomis, saboreando una *burrata*—. Deberías haberle informado, trabajar en equipo. —Ante su silencio, le espetó—: Eres un transgresor, y eso es algo que un policía no puede permitirse. En cambio yo, como abogado, sí; uno nace, vive y muere solo.

—Cierto —dijo Palau, sin hacer caso del comentario—, mañana me espera un día difícil. Y no solo por el encuentro con Castro, luego tengo que ir de nuevo al Hostal de l'Esperança.

—¿Otra vez? ¿Qué ocurre ahora?

—Quiero hablar con ese Collvinent. No es agua clara. Mi amigo Pere me ha informado que es consejero de varias empresas, entre ellas, como Marest, de una llamada Rekabolg. Cuenta con un pasado turbio en todos los lugares en los que ha estado, como en Italia y Bélgica, donde le obligaron a dejar el sacerdocio al ser acusado de pederastia.

—¿Un pederasta dirige ahora el Hostal de l'Esperança?

—Sí, la Iglesia lo encubrió, como siempre —dijo, irritado—. ¿Te acuerdas del entramado empresarial del que te hablé? —Gomis negó con la cabeza mientras paladeaba un excelente vino de la Toscana, de Morellino di Scansano—. Rekabolg tiene relaciones comerciales con Transgas, una empresa rusa que contrató el vuelo con el que Marest huyó de España.

—¿Intentas relacionar a Marest con Collvinent?

—No rechazo ninguna posibilidad. Y Transgas es accionista de Pillow Oil, una petrolera británica con intereses en Uganda, en concreto en Butiaba.

Al oír aquello, Gomis se atragantó y empezó a toser.

—Y antes tengo que concertar una cita a ciegas, aunque no del tipo que piensas —dijo Palau, sin dar más explicaciones.

Massimo batió las palmas y, al instante, Francis les sirvió unos Fettuccine con bogavante.

—*Grande!* —exclamó el italiano.

La ventisca presagiaba tormenta. Las ramas de los árboles se agitaban, amenazando con quebrarse.

Una mujer caminaba rauda por la calle Provenza. Superó La Pedrera, donde una hilera interminable de turistas aguardaba la visita al emblemático edificio de Antoni Gaudí, y se detuvo en la esquina buscando una cabina telefónica. Al localizarla a

pocos metros, se acercó a toda prisa. Introdujo un par de monedas y marcó un número que sabía de memoria.

Tras unos instantes, pronunció tres palabras:

—Ya estoy aquí.

Colgó el teléfono y se dirigió a uno de los bancos modernistas del paseo de Gracia. Tomó asiento. Un hombre abandonó la cola de visitantes y se aproximó a paso lento.

Se sentó junto a ella.

—Sigue en Bangkok —dijo la mujer.

Monseñor Collvinent desvió la mirada hacia una ruidosa motocicleta que en aquellos momentos ascendía por la avenida.

—Ha cambiado de identidad —añadió ella—. Ahora, en una prueba más de su mitomanía, se hace llamar Tomás Moro. Y también ha cambiado de aspecto. —Collvinent frunció el ceño—. Se ha sometido a cirugía estética para no ser reconocido.

—Siempre ha sido un tipo con recursos. Un gordo idiota, pero con recursos. ¿A quién tenemos en Tailandia?

—Monseñor —aclaró la mujer—, parece que no estará allí mucho tiempo. Bajo su nueva identidad ha contratado un vuelo que parte pasado mañana con destino a Kampala.

—¿Uganda? —preguntó, tenso de repente.

—Podemos hacer que lo detengan en el Aeropuerto de Entebbe.

Collvinent meditó unos momentos, cabizbajo.

—No, no nos interesa que arresten a Marest —dijo—. Tiene demasiada información y podría hacer mucho ruido. No hagan nada más hasta nueva orden, ¿queda claro?

Ella asintió en silencio y él se alejó sin despedirse.

—*Virtutibus Maiorum* —dijo Palau a través del teléfono, tal y como el profesor Kenan le había indicado por escrito.

Dos horas más tarde, traspasó la arcada del Palacio Nacional de Montjuïc y se adentró en la exposición de pintura románica. En la primera estancia, a pocos metros, un hombre aguardaba ante el frontal del altar de la iglesia de Sant Andreu de Baltarga, una pintura al temple sobre madera, realizada alrededor del año 1200. Era el lugar acordado.

Palau se situó a su lado.

—Siempre me ha sorprendido el parecido de san Jaime con Jesucristo —dijo el desconocido. Le tendió la mano—. Sargento Palau, me alegro de conocerle. Hace tiempo que esperaba este momento, quería agradecerle su trabajo en el caso Boí. Mi nombre es Felip Saludes.

Palau le estrechó la mano con recelo, titubeando.

—Entonces usted es... Arnau Miró me habló de usted. Su nombre consta en el

expediente del caso.

Ambos eran de una edad similar, aunque a diferencia del sargento, Felip Saludes tenía una media melena color castaño, propia de los setenta, que enmarcaba una cara de perfil afilado y tez morena. Unas gafas con montura al aire le conferían la imagen perfecta del intelectual al uso. Vestía una americana sobre una camisa sin corbata, y sujetaba un portafolios.

—Sí, claro. Tras recibir la citación declaré un par de veces en comisaría como testigo. Creí que lo vería, pero no fue así.

—Sigo destinado en El Pont de Suert. Tras el suicidio de Pedrosa, otros siguieron con el caso en Barcelona. Ahora me han encomendado retomarlo.

—Arnau Miró —dijo Saludes, compungido— se niega a escucharme. Me tilda de loco, de fanático. He tratado de explicárselo, advertirle de los riesgos, pero nada...

—Olvídese. Comienza a pensar que lo acosa.

—¡No puedo mantenerme impasible! —replicó—. Arnau debe aceptar su condición como miembro de la estirpe divina. Solo pretendo llevar a cabo el mandato que su tía me legó: que asuma que es un eslabón más del linaje sagrado.

—Pero él no comparte sus creencias.

Asintió en silencio, con tristeza.

—Señor Saludes —dijo Palau, iniciando un paseo por el museo—, tengo entendido que usted ejerce como periodista.

—Regento una pequeña agencia de comunicación.

—Entonces, ¿esto es parte de su trabajo? —preguntó, haciendo un gesto que abarcaba la exposición.

—Es mucho más que un trabajo. Se trata de mi fe, la fe cátara que arranca de mis ancestros.

—Explíquese, por favor.

—Pronto publicaré mi primer ensayo, *La historia secuestrada de los cátaros*, fruto de la continuación de los estudios que inició mi difunto abuelo. ¿Sabe la importancia que ha tenido el catarismo en el desarrollo de nuestra sociedad? Los cátaros, al huir de la cruzada, siguieron con su fe en la clandestinidad y sembraron almas que derivaron en conductas que ahora nos parecen habituales, pero que nos diferencian sustancialmente de otras comunidades.

Señaló una escalera y ambos bajaron hasta llegar a una sala donde lucía, radiante, el Pantocrátor de Taüll.

—Mi abuelo comenzó esta tarea y ahora está en mis manos —explicó—. Fue un hombre influyente. Participó en la fundación de la Junta de Museus y del Institut d'Estudis Catalans, entre otras entidades. Cuando estalló la Guerra Civil, y por haber nacido donde nació, los republicanos reclutaron a mi padre en la famosa «Quinta del Biberón». Tras el conflicto, tuvo que rendir cuatro años más de «servicio a la Patria»; fue una dura etapa que marcaría su vida de forma determinante. En sus últimos días como militar, recibió la orden de buscar y apresar a una mujer, pero lo licenciaron

antes de comenzar esa misión que hubiera supuesto la traición a una correligionaria muy especial para nosotros. ¿Sabe de quién le hablo, sargento?

Palau se encogió de hombros.

—De la abuela de Arnau Miró, Caritat Soler, fallecida en la década de los cuarenta. Su hija, María Miró Soler, era la tía de Arnau. Con ella entablamos una gran amistad, en especial a raíz de una entrevista que le hice. Su vida fue un regalo para mí.

—Un periplo muy singular hasta llegar a Arnau —dijo el sargento, acercándose al ábside. Se detuvo frente a la obra.

Saludes lo imitó.

—Cada vez que la veo me quedo sin respiración —dijo ante la pintura—. Su autor se avanzó a su época, era un genio. Dicen que era originario de Italia y que, tras viajar a Tierra Santa, recaló en el Valle de Boí. Se desconoce su nombre, pero se le apoda «El Maestro». En el Medievo no se firmaban las obras por humildad, rubricarlas se hubiera considerado un pecado de soberbia.

La contemplaron unos segundos en silencio.

—Mi abuelo descubrió que fue profanada a principios del siglo pasado —explicó el cántaro—. Fue un acto que formó parte de la E. S. I. (Erosión Sistemática e Inteligente), un proceso de censura de todas las representaciones artísticas cuyo mensaje discrepara del canon católico romano. Identificó al responsable de tal abominación: el rector de las iglesias del valle durante esos años, que, además, desobedeció a las más altas instancias políticas y culturales. Sin hacer caso de la declaración de Monumento Nacional de los templos, extirpó determinados fragmentos y, no satisfecho con eso, encaló el Pantocrátor e instaló otra vez el retablo que lo había cubierto durante más de siete siglos. De todo ello da fe un acta del Institut d'Estudis Catalans del año 1916, donde lamentan los hechos y dan cuenta de la pérdida de fragmentos de la obra. Años más tarde, en una carta de un sacerdote llamado Josep Farrero, con quien mi abuelo se enfrentó en una ocasión, se informa que los técnicos podían proceder a la recuperación de la obra dado que el rector causante del estropicio había muerto. Pero ya habían desaparecido los registros que ahora no vemos, los que...

—Señor Saludes —interrumpió Palau—, ¿sabe por qué estoy aquí?

—Le ha enviado el profesor Kenan.

—No exactamente, investigo un asesinato. Se lo ruego, no me haga perder el tiempo.

El comentario molestó al periodista.

—Tal vez sea yo quien está perdiendo el tiempo —dijo—. La causa que explica la mutilación de determinadas representaciones románicas es la misma que motivó el asesinato del hermano Casajoana, así como el resto de crímenes que se han sucedido. Esto es lo que lo ha traído hasta mí. A partir de esta información usted podrá descubrir a sus autores.

Saludes esbozó una sonrisa cordial para eliminar la tensión generada entre ambos. Y con un cabeceo, explicó:

—También censuraron los genitales de un tullido en pleno acto onanista que se representa en una de las arcadas de la iglesia de Sant Joan de Boí. Algo comprensible hasta cierto punto, ¿no cree?

Palau sacó el móvil y buscó una fotografía. Se la mostró.

—¿Sabe qué es esto?

—Parte del retablo con el que se cubrió el Pantocrátor.

—Así es. Alguien atentó contra esta obra. Agujerearon los ojos de los personajes y...

—Y también los genitales del niño —agregó Saludes—. Todo es lo mismo. ¿Sabe por qué?

—Dígame usted.

—Los oficialistas afirman que se trata de santa Ana, de la Virgen María y del niño Jesús; abuela, madre e hijo. Otros sostenemos que la identidad de estas figuras colisionaría con la perspectiva jerárquica y la geometría formal propias de una obra que se encuentra a caballo entre el románico y el gótico.

—No entiendo una palabra de lo que me dice.

—¿Quién osaría representar a santa Ana con mucho mayor protagonismo que a la Virgen María? No tiene sentido, a no ser que se trate de la Virgen María, María Magdalena y el hijo de esta fruto de la unión con Jesucristo. La persona que atentó contra la obra perforó los genitales del niño para dar forma al anhelo de acabar con el linaje sagrado.

Palau se frotó las sienes para relajarse.

—Usted también está aquí por una cruz, ¿no es cierto? —preguntó el periodista. El sargento asintió—. Pues ahí tiene una cruz de ocho brazos, en el pecho de san Jaime, *Sancte Iachobe*, apóstol de Jesucristo, conocido como «Santiago el Mayor». Otra vez sorprende el espectacular parecido entre san Jaime con Jesucristo. Si «El Maestro» lo pintó así, no fue por azar o descuido; había un claro motivo para ello.

Palau comparó ambas fisonomías.

—Hubo otro Jaime, sargento: Jaime el Justo. —Y con tono solemne, Saludes citó—: «¿No es este el hijo del carpintero? ¿Su madre no se llama María y sus hermanos Santiago y José, Simón y Judas? ¿Sus hermanas no están todas entre nosotras?». Es del Evangelio de san Mateo. Sí, según las Escrituras, san Jaime el Justo fue uno de los hermanos de Jesucristo, algo que pondría en entredicho el dogma sobre la virginidad de María. Pero aquí —señaló la representación en cuestión—, sin modificar el nombre, le han cambiado la identidad. —Hizo una pausa, tomó aire, y añadió—: Escuche, sabemos que una norteamericana, Karen King, ha descifrado un minúsculo papiro copto del siglo IV, en el que Jesús hace referencia a su esposa, de quien afirma que es uno más de sus discípulos. Como ve, hay evidencias documentadas que pronto saldrán a la luz. ¡Es un hallazgo que hará tambalear la

posición de la Iglesia frente a la mujer!

El sargento lo miró con escepticismo.

—¿Y esa tal King es novelista?

—No —dijo, cortante—. Tiene un doctorado en Historia y es profesora titular de orígenes de la cristiandad en la Universidad de Harvard.

Palau se sentía cansado.

—No quiero entretenerle más, sargento —dijo el periodista—. Pero antes de marcharse, le aconsejo que vea el mural andorrano de Sant Romà de les Bons, cuyo nombre podría provenir de los cátaros, *Les Bons Hommes*. Fíjese en la cruz que sostiene uno de los santos. Mi sueño ahora es que el augurio de nuestro último perfecto, Guillaume de Bélibaste, pronto se haga realidad. Antes de morir quemado en la hoguera, hizo una profecía: «Dentro de setecientos años, el laurel reverdecerá». —Hizo una pausa y apostilló—: Se acerca esa fecha, sargento.

A Ramón se le dilataron los ojos. Enmudecido, vio alejarse al cátar. Entonces anduvo hasta el mural que le había indicado. La cruz era muy similar a la de Saraís. Sintió un escalofrío.

La cabeza le daba vueltas y decidió marcharse.

De camino a la salida del museo, se detuvo a contemplar el frontal en madera del altar de la ermita de Sant Quirze de Duro, donde se representaban los escalofriantes martirios de santa Julia y su hijo san Quirico. Pensó en las muertes de mosén Jaume y el profesor Puigdevall meses atrás. No parecía haber pasado el tiempo.

—Joder... —susurró, apesadumbrado.

Un viento gélido le golpeó en la cara cuando rebasó la salida del museo. Entornó los ojos a causa del brillo del sol y permaneció inmóvil unos momentos junto a la cristalera. Desde allí se podía observar una magnífica panorámica de Barcelona.

Sonó su móvil.

—Bien, José Luis, bien... pero coincido con Arnau: están todos locos. A este paso yo también voy a perder el juicio. Estoy tan confundido que no sé por dónde tirar. De acuerdo, quedamos en el Restaurante Balmes y hablamos. Reserva mesa para las dos y media junto a la ventana. Hasta luego.

Guardó el móvil. Entonces oyó el grito de una mujer.

Volvió la mirada hacia el museo. El reflejo del sol le impedía ver con claridad el interior y acercó el rostro a la cristalera. Hizo visera con las manos para examinar el interior. Uno de los miembros de seguridad corría escaleras arriba mientras otro hablaba por el *walkie talkie*. Tras las primeras escalinatas, más carreras. Una azafata del museo abrazaba a una mujer que no cesaba de gritar tapándose la cara con las manos.

Palau reaccionó al instante y entró de nuevo. El agente de seguridad que hablaba por radio le vetó el paso. El sargento le mostró la placa, sin dejar de observar las expresiones angustiadas de los visitantes, y el agente se apartó. Subió como una exhalación los peldaños de la entrada hasta llegar al vestíbulo. Con la placa en la

mano, se dirigió al personal del museo que había en el centro de un tumulto.

—¡La policía, gracias a Dios! —exclamó uno—. ¡En los lavabos! ¡Ha sido en los lavabos!

Corrió hacia los servicios.

Allí, un celador, pálido como el papel, balbuceó:

—Es espantoso, prepárese para lo peor.

Se adentró en el de caballeros. Lo primero que vio fue un zapato suelto, luego unas piernas que asomaban por debajo de la puerta del retrete, y por último un reguero de sangre.

Se envolvió la mano con un pañuelo y abrió la puerta empleando dos dedos, a fin de evitar borrar posibles huellas dactilares.

Un hombre, de espaldas, yacía en el suelo con la cabeza dentro del inodoro. Reconoció su americana, la media melena de color castaño. Con rapidez, se agachó para comprobar si seguía con vida. Le puso los dedos índice y corazón en el cuello ensangrentado, pero no halló ningún latido.

A lo lejos se oyó el sonido de sirenas.

En cuclillas, procurando mover lo menos posible el cuerpo, giró unos grados el rostro del cadáver. El peso de la cabeza hizo que se doblase hacia un lado y el tajo del cuello se abrió y le salpicó.

Era Felip Saludes, el periodista cántaro.

Palau permaneció unos segundos a su lado, incrédulo.

En el centro de la garganta, debajo del mentón, tenía un profundo corte por donde fluía la sangre. Su lengua colgaba de forma grotesca por la incisión, taponando la tráquea.

Cerró los ojos y bajó la cabeza. Apoyó la frente en una de las paredes del retrete. «¿Qué estaba ocurriendo?», se lamentó. Sabía la respuesta. La pesadilla continuaba.

Dos agentes de policía entraron en los servicios.

Palau reconoció a uno de ellos.

—García —dijo, incorporándose—, ordena que cierren las puertas. Que no salga nadie hasta que identifiquemos a todas las personas que estaban en el museo. —Se miró las manchas de sangre en la ropa—. Aunque no servirá de nada, seguro que el asesino ya debe de estar lejos.

Salió del retrete y anduvo hasta los lavabos.

El otro agente echó un vistazo al cadáver.

—¡Dios santo! Pero qué le han hecho...

—La corbata colombiana. Ahora ya jamás lo olvidarás.

Con gesto de infinito cansancio, se dirigió al lavabo. Abrió el grifo y trató de limpiar las manchas rojizas de sus manos. Las manos. Abstraído, las contempló un instante. Eran las mismas con las que deseaba acariciar a Carola. El nombre estalló en su mente y volvió a la realidad. «Sangre, demasiada sangre», se dijo. Giró sobre sus talones y abandonó los servicios.

Llegó al vestíbulo donde se arremolinaba una multitud de curiosos. Al ver su aspecto, con las ropas manchadas, los mirones se apartaron horrorizados. Todos salvo un hombre alto y robusto, con el cabello gris cortado a cepillo, vestido con un mono de trabajo color ocre, que sujetaba con sus manos enguantadas una caja de herramientas. A Palau le llamó la atención por dos motivos. El primero, sus guantes de cabritilla; no cuadraban con un trabajador. Y el segundo, su actitud de indiferencia frente a la violencia del crimen. Sin detenerse, lo miraba por encima del hombro mientras se alejaba. De improviso, las miradas de ambos coincidieron y el hombre apresuró el paso en dirección a la salida del edificio.

—¡Alto, policía! —exclamó Palau.

El hombre soltó el estuche metálico, que se estrelló con estrépito contra el suelo, y corrió hacia la escalera que conducía al exterior del museo.

García se quedó paralizado, pero no la joven que controlaba los accesos, que entendió la situación y, sin pensarlo dos veces, sacó el tolete que llevaba al cinto y se interpuso en el camino del fugitivo. El individuo sacó entonces una pistola y, sin aminorar su velocidad, descerrajó dos tiros a quemarropa que le impactaron en el pecho. La mujer cayó de espaldas sobre las losas que recubrían el atrio.

—¡Joder, García! —vociferó Palau, sacando su arma—. ¡Reacciona de una puta vez y llama a una ambulancia!

El pistolero saltó sobre el cuerpo de la joven y el sargento corrió tras él. Por su precisión en los disparos y la falta de escrúpulos, sabía que se enfrentaba con un profesional. Lo vio salir del edificio y se temió lo peor. El bar que se encontraba en la puerta del palacio estaba lleno a rebosar.

En efecto, el sicario no desaprovechó la oportunidad de provocar la desbandada para cubrir su fuga. Levantó el arma y volvió a disparar tres veces. La primera, en el brazo de un turista; la segunda, en el muslo de una visitante extranjera; y por último, una tercera en la rodilla de su acompañante.

Sin perder comba en su carrera, el pistolero rezó:

—Mato en tu nombre, Señor, para la tranquilidad de tu Iglesia. Hiero a inocentes para que tu instrumento no caiga en poder de tus enemigos.

El pánico desatado ralentizó la persecución. Como pudo, Palau esquivó la carrera alocada de la gente, que en su huida volcaba sillas y mesas, y vio al pistolero torcer a la izquierda.

—¡Va al *parking*! ¡Tiene un vehículo preparado!

El asesino le había sacado por lo menos cincuenta metros, pero no era suficiente para garantizar que no le detendrían. Palau intuyó una nueva acción disuasoria.

Como si le hubiera leído el pensamiento, el sicario maniobró la aleta selectora del arma que empuñaba. La Orden le había proporcionado una Glock, una automática de asalto que tenía dos modos de disparo: tiro a tiro y en ráfaga. Seleccionó este último y, cuando llegó al *parking*, se agazapó junto a su moto, dispuesto a detener a su perseguidor.

Segundos después, vio aparecer a Palau por el camino de acceso al aparcamiento. Entonces se incorporó, plantó los pies con firmeza, apuntó y vació el cargador con una única presión de su dedo enguantado sobre el disparador.

El sargento se anticipó por milésimas de segundo. Al verlo inclinarse ligeramente hacia delante, se lanzó de bruces contra el suelo mientras las esquirlas de cemento volaban a su alrededor. Rodó sobre sí mismo hasta caer por un pequeño terraplén, donde se detuvo sobre un montón de hojas otoñales.

El asesino aprovechó para subirse a una Harley Davidson 883, robada pocas horas antes. Era una moto segura y estable, aunque lenta, pero en sus planes no entraba una persecución.

Entretanto, Palau, boca arriba, tomó aire bajo un cielo cargado de nubarrones grises. Ileso, de nuevo su pensamiento fue para Carola: «Te amo». Acto seguido, oyó el motor de la Harley apurando marchas para alejarse y se reprochó a sí mismo aquella pérdida de tiempo. Se levantó como impulsado por un resorte y subió por el terraplén para correr hacia la salida del *parking*.

En aquel momento vio que un taxi llegaba al museo con dos pasajeros. Cubierto de barro y sangre, y empuñando pistola y placa, se abalanzó contra la ventanilla del conductor.

—¡Abajo! Este coche queda requisado —dijo aporreando el techo con la culata de su H&P Ups Estándar.

Los tres ocupantes del vehículo se apearon y Palau se sentó al volante. Puso primera, pisó a fondo y arrancó quemando rueda.

El sicario, al oír el rechinar de los neumáticos, se inquietó por primera vez. Giró la cabeza y observó cómo el taxi partía tras él como una flecha. La Harley se saltó un semáforo en rojo y se incorporó al denso tráfico de la Gran Vía.

—Ya eres mío, hijo de puta —masculló Palau.

Al igual que el asesino, hizo caso omiso del semáforo. De súbito, un camión que circulaba correctamente impactó con fuerza contra el taxi y lo desplazó una veintena de metros.

El sargento se apeó tambaleándose. A lo lejos, vio cómo el pistolero ponía tierra de por medio.

Capítulo 23

Con un humor de perros y un aparatoso vendaje en la cabeza, el sargento Palau, atiborrado de analgésicos, salió de la inspección de guardia de la comisaría para dirigirse al Hostal de l'Esperança acompañado por una dotación policial.

No tardaron mucho en llegar. En el vestíbulo, localizó a un joven asistente y le preguntó por sor Marta.

—Lo siento, pero no está en el hostal. Ha ido a una reunión con Cáritas. Todos estamos tan desbordados...

—¿Dónde está Cáritas? —preguntó Palau, masajeándose las sienes para atenuar el dolor que sentía.

—No muy lejos, en Vía Laietana. ¿Se encuentra mal?

El sargento negó con un gesto de dolor.

—Verá —explicó el joven—, es que con esta crisis los comedores sociales se colapsan con la gente que no tiene nada que llevarse a la boca. —Desvió la mirada hacia un póster de Benedicto XVI, ataviado con la túnica y la valiosa tiara papal, e hizo una mueca—. ¿Puedo ayudarle en algo?

En aquel momento irrumpió en el vestíbulo el residente aficionado a la fotografía con la cámara colgándole del cuello. Al verlos, les disparó una instantánea con el *flash*.

—Disculpe —justificó el joven—, se pasa el día haciendo fotos de todo lo que le llama la atención.

—Sí, ya me lo dijo sor Marta.

El hombre se acercó al sargento esbozando una sonrisa inocente que evidenciaba la discapacidad que padecía.

—Vaya, tal vez sea por el vendaje, pero creo que han sintonizado —comentó el joven, sorprendido—. No suele hablar con nadie, pero parece que quiere algo de usted.

Palau hizo ademán de pedirle la cámara y el hombre no se negó; es más, se la ofreció para mostrarle la imagen del primer plano que acababa de sacar.

—Es una fotografía muy buena —alabó el sargento—. ¿Puedo ver las demás?

El hombre asintió repetidas veces sacudiendo la cabeza, y Palau pulsó sucesivamente la tecla para visionar el resto. Le asombró ver, tras infinidad de imágenes de todo tipo, algunas del intendente con él que se correspondían con el día en que inició la investigación. Después, aparecieron unas del cuerpo inerte del hermano Casajoana en el suelo, tomadas desde la ventana, rodeado de agentes y de la que supuso era la jueza que ordenó el levantamiento del cadáver; una multitud curioseaba tras el cordón policial. Continuó pasando imágenes. De pronto, se puso tenso al ver una serie de fotografías que el hombre habría tomado pocas horas antes.

Por la perspectiva, dedujo que las había disparado desde el último piso, situado en una de las ventanas que daba al patio interior. Casajoana aparecía en el tejado con dos hombres. Pulsó tembloroso la tecla otra vez y se abrió una instantánea en la que se veía cómo los dos sujetos forcejeaban con el clérigo.

—Joder —murmuró—, aquí está la prueba.

Levantó la mirada. El joven sonreía complacido, al igual que el fotógrafo, aunque este último algo cohibido.

—Necesito llevarme la tarjeta de memoria —dijo Palau, con nerviosismo—. Le prometo que se la devolveré en unas horas. —Se volvió hacia el joven—. Es una prueba clave para la investigación —añadió, mostrándole en la pantalla una imagen en la que se apreciaba cómo dos hombres, de espaldas a la cámara, lanzaban al vacío al hermano Casajoana.

—¡Virgen Santa! —exclamó. Acto seguido, palmeó la espalda del hombre con orgullo—. Tenías algo que contarle al sargento y lo has hecho como sabes, con las fotos.

—Cuando regrese sor Marta —señaló Palau—, díglele que se ponga en contacto conmigo. Este hombre acaba de convertirse en un testigo determinante.

El fotógrafo aficionado sonrió con timidez.

Enseguida regresó a comisaría. Tenía prisa por analizar todas y cada una de las fotografías. Cruzó la entrada y se encaminó a los ascensores para subir a su despacho.

Al llegar a la planta superior, oyó una voz a su espalda.

—¡Ramón Palau, martillo de delincuentes! Ya no tienes edad de perseguir asesinos y robar taxis.

El sargento soltó un gruñido como respuesta.

—¿Y eso? —El abogado señaló el vendaje—. ¿Acaso te has unido a una secta integrista?

—Gomis, basta ya de cuentos —atajó Palau, serio.

Al oír que lo llamaba por el apellido, el letrado dejó de bromear y lo acompañó en silencio hasta llegar a una puerta con un intercomunicador.

—Dos para tres —dijo el sargento para que los de seguridad le franquearan el paso a los dos accesos.

De inmediato, un chasquido metálico desbloqueó las puertas dos y tres, y ambos las cruzaron.

—Estoy muy preocupado —dijo Palau.

—No me extraña, la prensa de hoy no habla de otra cosa. Ese método tan feroz de asesinar es el que emplean los señores de la droga colombianos. Los medios apuntan a que Saludes podría haber estado vinculado con los cárteles de la cocaína; un ajuste de cuentas, vamos.

—Tonterías —replicó el sargento—. Saludes era un hombre honesto. Esa bobada del narcotráfico es una cortina de humo para ocultar el móvil real del crimen: el fanatismo religioso que en su día provocó los asesinatos de Boí.

—¿Boí? ¿Qué te contó Saludes antes de que lo mataran?

—Un montón de descabelladas ideas sobre religión y violencia que arrancan de la Edad Media, el mismo discurso que el profesor Kenan en Lisboa. Durante más de una hora me habló de herejía cátara, de arte románico y sus mensajes ocultos; de lo implacable que se mostró la Iglesia para acabar con todo ello. Y de su preocupación por la seguridad de Arnau Miró como descendiente directo de Cristo. ¿Te lo puedes creer?

—No —dijo Gomis al pensar en el talante disoluto de Arnau, su cliente. Entonces recordó un episodio ocurrido meses atrás y agregó—: Y menos respecto a un tío que, mientras lo perseguía la policía, y para hacer tiempo antes de entrevistarse conmigo, se fue de putas.

—Sí, yo también dudaba de lo que me contó Saludes... hasta que lo asesinaron.

—¿Quién lleva la causa en los Juzgados?

—Silvia Mejido, la juez del 9 de Instrucción de Barcelona. Ha declarado el secreto de las actuaciones.

—Es amiga mía y una impecable magistrada. A pesar de tener pinta de haber salido de un capítulo de *Sexo en Nueva York*, tiene la cabeza muy bien amueblada. El tema no puede estar en mejores manos.

—Se lo ha tomado muy en serio. Me ha solicitado que le informe a diario de los avances en la investigación.

—Y tal y como es, irá al grano y no estará por tonterías.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Palau.

—Pues que no perderá el tiempo en conspiraciones ocultas ni en intrigas de sectas milenarias. Instruirá la causa con hechos, no con supersticiones pseudohistóricas.

El sargento se detuvo.

—José Luis, tú viviste lo que pasó en Boí, la brutalidad de los crímenes, los métodos para matar parecen sacados de las páginas más oscuras de la Inquisición.

—Eso terminó con el suicidio de Pedrosa y la huida de Marest. El tiempo de los Borgia y de los Torquemada se acabó hace años.

—No, hay quien continúa matando, aquí y en Bangkok. Saludes ha muerto por idénticas causas, y Marest...

—Marest es un fugitivo que está en la otra parte del globo y pesa sobre él una orden de busca internacional. Son crímenes a la desesperada, para cubrir su huida, sin relación con los sucesos del valle.

—Me temo que no.

—Estás obsesionado.

—Es mi manera de trabajar.

Gomis lo observó con ojos inquisitivos.

—Algo te ronda por la cabeza, Ramón. Te pasa algo y no me lo cuentas.

Palau sostuvo su mirada.

—Tengo la prueba de que asesinaron a Casajoana. —Y antes de que Gomis

podiera decir nada, le enseñó la tarjeta de memoria de la cámara—. Aquí está.

—¿Qué contiene? —El sargento se limitó a sonreír—. Tú ya lo intuías, aunque no me refería a eso cuando he dicho que algo te ronda por la cabeza.

—En fin, vamos a dejarlo por hoy —concluyó Palau.

Echaron a caminar de nuevo. Unos metros más adelante se cruzaron con otro policía y un abogado. Este último, un hombre grueso que acababa de asistir a su cliente en los calabozos de la comisaría, saludó a Gomis con efusividad. El letrado le correspondió con escasa convicción.

Tras alejarse, Palau quiso saber:

—¿Lo conoces?

—Fue recluta mío, cuando fui cabo primero de la Policía Militar durante la mili. Lo dieron por inútil —contestó Gomis a la vez que se daba unos significativos golpecitos con el índice sobre la nariz.

—¿Y es abogado? —preguntó, extrañado.

—Resulta chocante, sí; pero el Colegio de Abogados pone menos inconvenientes para que un tipo se colegie de por vida que el ejército para que ingresara en una compañía de infantería durante algo más de un año.

—Es lo que hay.

De repente sonó el móvil de Palau.

—Jodido teléfono —soltó al contestar—. Ah, sor Marta, me alegro de oírla. Sí, en efecto, ahora contamos con una prueba irrefutable y su residente va a ser un testigo clave. Fue increíble, como si hubiera querido contarme lo ocurrido, lo que vio a través del objetivo de su cámara. Sí, lo necesitamos; gracias a él, la investigación dará un vuelco. Verá, en realidad fui al hostel para preguntarle por el señor Collvinent. Según la información que obra en mi poder, no solo dirige ahora su centro, sino que además realiza actividades en otras esferas muy distintas. —El abogado permaneció atento mientras Palau escuchaba la respuesta—. Entiendo, un hombre polifacético. ¿Conoce usted la empresa Rekabolg? ¿No? Ya, comprendo. ¿Cuándo podría ver al señor Collvinent? —El sargento se tensó—. ¿De viaje? ¿Muchos días? ¿Semanas! ¿Dónde? —Tapó el micro con la mano y dijo al abogado—: Joder, se ha ido a África. —Retomó la conversación—. Bien, ¿y sabe de algún teléfono para ponerme en contacto con él? —Hizo un gesto y Gomis anotó los números que le fue dictando—. ¿Y ese prefijo? ¿Cómo dice? —Palideció—. Ya, sí, muchas gracias, sor Marta.

Colgó. Su rostro mostraba preocupación.

—Collvinent va camino de Uganda.

Aquel día, como tantos otros, a Gomis se le hizo tarde. Se había entretenido hablando con Pilar, la secretaria del bufete, hasta que Carlos Vera, su mentor y compañero de despacho, los había interrumpido con un «menos cháchara y más trabajar». Luego, con un guiño, el más reconocido abogado penalista de Barcelona, antiguo boxeador y criminalista de raza, se había marchado y cada uno había vuelto a sus tareas. Poco después, Pilar lo había imitado, dejando a Gomis sumergido entre

montañas de papeles. Por fin, acabó el trabajo y, cargado con un voluminoso expediente judicial en su cartera, abandonó el despacho situado en el cuarto piso de un edificio modernista del ensanche barcelonés.

Se dirigió al ascensor. Abrió la puerta con rejilla de acero y luego las dos hojas acristaladas del camarín. Era un Schindler de antes de la guerra, una auténtica reliquia que utilizaba hacía veinticinco años, desde que pasó a formar parte del prestigioso bufete penal Palom. Entró en la cabina, cerró las puertas con un lúgubre sonido de maderas y rieles, y pulsó el botón de la planta baja. El ascensor cobró vida entre quejidos de metal mientras iniciaba el descenso.

Una vez en la calle, se encasquetó el MP3 y, mientras caminaba hacia la parada del autobús, escogió el tema *Moriría por vos*, de Amaral. Le gustaba escuchar música durante el corto trayecto por el paseo de Gracia, en su opinión la calle más espectacular de la ciudad. A pesar de la hora, estaba de buen humor. Había conseguido entradas en el Liceo para asistir al estreno de *El pájaro de Fuego*, de Stravinski. Actuaba nada menos que la joven y rutilante estrella del *ballet* de Ángel Corella, Mónica Romeonskieva, una sensación dentro del mundo de la danza clásica, y alumna de Berta de la Rivera. De repente, recordó que aquella tarde había acudido en coche al bufete y se detuvo.

—Joder.

Había olvidado dónde lo había aparcado y miró en derredor. Allí estaba, en zona azul, embutido entre un utilitario y un voluminoso 4 × 4. Era un Mini Cooper blanco, decorado con dos franjas negras sobre el capó, que le había prestado una hermosa mujer valenciana con la que mantenía una tórrida relación. Fue hacia el vehículo temiendo haber superado el tiempo límite de aparcamiento que constaba en el *ticket*. En efecto, al acercarse, descubrió en el parabrisas la denuncia amarilla.

—Joder, caso perdido.

Resignado, rebuscó en sus bolsillos el importe en monedas de la multa al tiempo que se dirigía hacia el parquímetro más próximo.

Todo ocurrió con rapidez.

Al poco de alejarse, oyó un portazo, seguido del ruido de un motor al ponerse en marcha. Una mujer había entrado en el 434 y trataba de salir de la estrecha plaza a empujones, chocando una y otra vez contra la parte delantera del Mini.

—¡Espere, señora, que me lo va a abollar! —gritó para detenerla.

La inexperta conductora insistió en sus tentativas.

El abogado corrió hacia ella. Entonces la mujer dio marcha atrás, arremetió con fuerza, y el coche, por efecto del impacto, retrocedió casi un palmo. De improviso, con una luz cegadora, el Mini estalló haciendo explotar a su vez el 4 × 4. La mujer se convirtió en una antorcha humana mientras Gomis, a causa de la deflagración, salía despedido por el aire varios metros.

«La valenciana me va a matar por lo de su coche», fue su último y absurdo pensamiento antes de perder el conocimiento.

Desde el aire, la silueta de la urbe se desvanecía difusa entre las nubes. En su asiento del avión, Gregorio no apartaba la mirada de la ventanilla, observando los buques que aguardaban al práctico frente al puerto barcelonés.

«Señores pasajeros, el comandante y la tripulación les dan la bienvenida al vuelo MS768 de Egyptair con destino El Cairo, cuya duración será de cuatro horas y cinco minutos, aproximadamente. Les recordamos que está prohibido fumar a bordo. Ponemos a su disposición el servicio de cafetería...».

—Tendremos que ir de compras nada más aterrizar —dijo Collvinent—. Con las prisas he olvidado muchas cosas.

—¿Tendremos tiempo?

—El enlace a Kampala no sale hasta varias horas más tarde.

—Monseñor, ¿ya tiene en cuenta la diferencia horaria?

Collvinent le dirigió una mirada arrogante.

—Por supuesto, luego se compensará en Uganda.

Gregorio guardó unos instantes de silencio.

—Sino le molesta, me gustaría saber cuál es esta nueva misión tan urgente. He dejado varios encargos sin resolver.

—Lo sé —señaló, cortante—. Antes de subir al avión me han informado de tu fracaso con el abogado. Deberás rematar el asunto. Ese cabrón está en el hospital mientras una mujer inocente tendrá que ser enterrada.

—Solo son daños colaterales, monseñor. Dios perdonará su torpeza al volante. —Y altivo, añadió—: Pero no me negará que el trabajo en el museo no es digno de un profesional... Aunque luego ese maldito sargento me complicara la huida. —Collvinent asintió con la cabeza—. La del cántaro ha sido una de esas misiones que me complace ejecutar.

—Así es, la muerte debe ir asociada siempre al rito purificador y a la pedagogía ejemplarizante; de lo contrario, no ejercería la función represora en el resto de los mortales.

Gregorio contrajo las mandíbulas.

—El día que tenga al sargento en mis manos...

Collvinent lo interrumpió.

—No me gusta nada ese tipo, tengo malas vibraciones. Pero es un trabajo que puede esperar. Lo urgente, ahora, es la información que me pasó Gema Taricio, ¿sabes de quién hablo?

—Sí, de la que tiene fama de maltratadora de niños.

—La nueva misión es en Uganda. He hecho reservas en un hotel junto a un lago. Allí acabaremos con tres pájaros de un tiro: Arnau Miró, el pergamino y tu amigo Marest. —Gregorio enarcó las cejas—. Sí, le seguimos la pista. Tomó un vuelo desde Bangkok con destino Entebbe, y conocemos cuáles son sus intenciones en África y dónde encontrarlo.

—Marest y yo nunca fuimos amigos, solo coincidimos en algún que otro trabajo.

Collvinent le puso una mano en el hombro y sonrió.

—Lo sé, únicamente era una broma.

—Entonces tendremos que comprar algo más. Me siento desnudo sin armas, y eso es algo que no venden en los *duty free shop*.

—No te preocupes, en Uganda es fácil.

Se concedieron un día libre antes de que Carola se marchara a España y decidieron visitar Kampala. El caos más absoluto se extendía por la ciudad.

En su paseo les rodeó un apabullante desconcierto de bicicletas, mototaxis —llamados *boda-boda*— y decrépitos vehículos de todo tipo que circulaban de forma anárquica entre chabolas desportilladas que se alternaban con descampados embarrados. Niños limosneros, con los pies descalzos, se agolparon incansables a su alrededor, cerca del bazar, donde el gentío transitaba con calma entre los tenderetes que sobresalían como apéndices de cada una de las chozas. El aire olía a una mezcla de pescado seco, frutas, hortalizas, carne salada y ropa tendida en plena calle. Bajo un sinfín de miradas que los observaban sin disimulo, caminaron entre un estruendo de carcajadas y lamentos, timbales resonando y el rugido de motores acelerados, gritos del interior de las barracas, y una estridente combinación de voces de transeúntes junto al reclamo de vendedores y charlatanes que trataban de llamar la atención.

Se detuvieron en la terraza de un bar, el Happy Corner, y se sentaron. Mientras probaban el *mattooke* con salsa de cacahuete, sonó la melodía del móvil de Arnau.

—Dime, Moses —respondió—. ¿Una reserva para esta misma noche? No, no tiene sentido, los grupos se van mañana; debería ser para la semana siguiente. ¡Ah!, bien, si se trata de eso, de acuerdo. Sí, suelen ser ejecutivos rusos de Transgas. No es la primera vez que se hospedan en el hotel. Son accionistas de la Pillow Oil y no están interesados en visitar las cataratas. —Hizo una mueca—. Sí, pasaremos la noche en Kampala; el vuelo de Carola sale mañana a primera hora. —Se incorporó para alejarse unos metros. Cuando comprobó que ella no podía oírle, comentó—: Ya te lo dije, una vez me despida de Carola en el aeropuerto, me iré directo a Masindi. Necesito ver a Ongodia. Estaré en el hotel pasado mañana.

—Si no fuera porque esa pobre mujer embistió el coche que te habían prestado, estarías muerto —dijo Palau, sombrío.

Se encontraban en una habitación del Hospital de Barcelona, en la Diagonal, una de las principales arterias de la ciudad.

—Sí, muerto —murmuró Gomis, lacónico.

—Carbonizado.

El abogado asintió mientras se incorporaba en la cama con un gesto de dolor. Hasta ellos llegaba, atenuado, el denso rumor del tráfico.

—Se trata de una conspiración —señaló Palau.

—Sí.

—Y una lista negra.

—Por lo visto.

—Y tú formas parte de ella.

—Sí, y yo sin enterarme —masculló.

El sargento se asomó al amplio ventanal. Nervioso, tableteó sobre los cristales.

—Ramón, por poco soy historia.

—Tampoco quiero alarmarte —dijo, volviendo a su lado.

—No estoy asustado, sino cabreado —replicó, tratando de pulsar la tecla correcta del mando para encender el televisor—. ¡Me puedes decir cómo coño va esto!

—José Luis.

—Joder, quiero ver la tele, ¿entiendes? Hoy dan *Drácula*, la de Coppola.

—Escucha, no te preocupes. Te he asignado escolta policial permanente.

—Vale —refunfuñó. Meditó un instante y dijo—: ¿Tenéis idea de quién fue el autor o quién está detrás? ¿Alguna pista?

—Lo intuimos, aunque todavía no lo sabemos con certeza. —Guardó silencio unos segundos—. Pero sí cómo lo hicieron. Te pusieron una bomba lapa. Constaba de una carcasa estanca con cerca de tres kilos de amonal y un acelerante que actuó como catalizador de la reacción. La adosaron mediante un imán a la parte inferior del coche, justo debajo del depósito de gasolina. Este combustible debería haber facilitado la labor del asesino, ya que es más volátil que el diésel. De ahí el efecto expansivo que se transmitió al 4 × 4.

Gomis lo miró con insistencia, esperando más explicaciones.

—Sé lo que estás pensando —dijo Palau—. El ejecutor no estaba en la zona. De lo contrario hubiera esperado a que subieras al coche para accionar la carga por control remoto. El mecanismo de ignición del explosivo era de los llamados de tubo —explicó—. Una bola de acero libre dentro de un cilindro de metal. Ante una alteración del movimiento del coche, la esfera se mueve sin traba por el conducto hasta que se sitúa por inercia en un determinado punto en el que cierra un circuito eléctrico. Esto es lo que provocó la explosión.

—La pesadilla no acabará aquí —sentenció Gomis.

Palau respiró hondo.

—Parece que no —dijo, sentándose en un sofá cerca de la cama—. Primero fue Casajoana, luego Saludes y ahora tú.

—Lo mío ha sido solo una tentativa.

—Por pura casualidad —puntualizó.

—Y el siguiente es Arnau —concluyó el abogado.

—O el profesor Kenan. Si aún no los han asesinado es porque uno está en Uganda y el otro escondido y bajo protección en Inglaterra. —Volvió a coger aire—. Por este motivo voy a partir en el primer vuelo hacia África.

—Eso es absurdo, Ramón —dijo, alarmado, tratando de enderezarse, pero las tres costillas rotas y el húmero fracturado se lo impidieron—. Es muy peligroso.

—Debo hacerlo.

—Lo que debes hacer es avisar a la policía ugandesa y luego a Arnau. Por este

orden. Hasta ahí llega tu deber.

—Arnau no es consciente del riesgo que corre, y mejor no meter en el asunto a la policía de Uganda. No me fío de ellos ni de su capacidad para protegerlo de unos asesinos profesionales. No, detrás de esto hay una organización con medios y dinero, y para alguien así no será ningún obstáculo sobornar a policías de uno de los países más pobres del planeta —razonó.

—No es tu guerra.

—Lo es, y no sabes hasta qué punto —replicó, con tristeza—. La vida carece de sentido si uno no tiene un objetivo.

El abogado lo observó unos instantes.

—Es por Carola —afirmó, sin necesidad de preguntarlo. Palau asintió, cabizbajo—. Ella está con Arnau y temes también por su vida.

—La quiero —admitió el sargento, con sencillez—. Solo puedo expresar mi sentimiento de la forma más antigua y poderosa que hay. Esa es toda la verdad.

—Me recuerdas a Drácula, el príncipe que recorrió océanos de tiempo para encontrarse con su amada.

Palau se incorporó y fue hasta Gomis. Le hizo el amago de soltarle un golpe en las costillas.

—Nos vemos a mi regreso —dijo—. Cuídate.

Sin más, dio media vuelta y se dirigió a la salida.

El abogado sabía que nada podría disuadirlo. Era un hombre enamorado y contra aquello no se podía razonar.

—Amigo mío, cuídate tú —murmuró a la puerta cerrada—. Pobre policía enfermo de amor...

Dejó escapar un suspiro y recostó la cabeza.

Temía no volver a verlo.

Lo primero que hicieron nada más aterrizar en Kampala fue dirigirse a los suburbios y comprar las armas. Solo pudieron agenciarse dos Colt All American 2000, la peor nueve milímetros del mundo según Gregorio. Las «sombras» de la Orden siempre la rechazaban por ser poco fiables, inseguras y demasiado pesadas. Pero con las prisas, fue lo único que encontraron.

A continuación, iniciaron un viaje de más de cinco horas en un todoterreno hasta Butiaba, donde alcanzarían su objetivo: el Hotel Kabalega. Allí darían con Arnau Miró, el hereje, y con Marest, quien con toda probabilidad no andaría muy lejos.

Llegaron cuando ya les habían servido la cena a la quincena de turistas que se hospedaban en el hotel. Ellos dos completarían la ocupación para aquella noche ya que a la mañana siguiente el resto de los clientes finalizaban sus vacaciones y partían hacia sus lugares de origen. Quedaban por delante dos «días de traspaso».

Se dirigieron al mostrador de recepción donde les aguardaba un sonriente Moses.

Collvinent le entregó la documentación de ambos.

—Tenemos una reserva a nombre de Transgas.

—Por supuesto, señor —dijo Moses mientras localizaba las llaves de sus habitaciones. Nada más ver su indumentaria y sus equipajes, maletas en vez de mochilas, dedujo que se trataba de los ejecutivos petroleros. Se dispuso a introducir sus nombres en el ordenador cuando le llamó la atención que fueran dos españoles para una reserva rusa.

Algo en su expresión debió de delatarlo.

—¿Algún problema? —inquirió el recién llegado.

—En absoluto —dijo Moses con una sonrisa forzada. Analizó con disimulo a los dos sujetos, uno de los cuales no dejaba de examinar el vestíbulo—. España, bonito país.

—En efecto. Tengo entendido que el director de este hotel también es español.

—Sí, señor.

—Me gustaría conocerle, ¿está por aquí? Además, traigo recuerdos para él de un buen amigo suyo de España.

Aquello le extrañó. Sabía que Arnau tenía pocos amigos en su país de origen, por no decir ninguno.

—No, señor, en estos instantes no se encuentra en el hotel —dijo, con recelo.

—Bueno, supongo que coincidiremos en otro momento.

—Es posible —dijo Moses, esquivo—. Aquí tienen las llaves de sus habitaciones. Les deseo una feliz estancia.

Subieron al primer y único piso, y caminaron por el pasillo hasta detenerse ante una de las puertas.

—Es un contratiempo que Arnau no esté en el hotel —rezongó Collvinent, contrariado. Entregó a Gregorio la llave de la habitación contigua—. Y tengo la sensación de que ese negro sospecha algo.

—Monseñor, no sea paranoico. Además, ¿no había tres pájaros? Vayamos a por el pergamino —propuso el sicario.

Collvinent observó con fijeza su fría mirada.

—De acuerdo —concedió—. Descansaremos un rato. Y cuando todos duerman, llamaremos al servicio.

Aguardaron hasta entrada la madrugada y entonces llevaron a cabo su plan.

El teléfono resonó con fuerza en el silencio de la noche.

—¿Quién será a estas horas? —murmuró Abdalla entre sueños, abrazada a Moses. Lo vio luchar por entreabrir los ojos y mirar la pantalla del reloj. Marcaba las tres y cuarto. Acto seguido, su marido se incorporó y abrió la mosquitera para salir de la cama—. No hagas ruido, no vaya a despertarse el niño.

Moses se dirigió a la recepción para comprobar en la centralita qué habitación lo requería. Era la del español. Cogió el teléfono y marcó dos guarismos.

—¿Señor Collvinent?

—Suba de inmediato, hay una serpiente en la habitación.

Moses se despejó de golpe.

—Escuche, no la acose ni la acorrale. Salga del cuarto y espere en el pasillo. Voy de inmediato. —Colgó, se hizo con una vara y un cubo, y fue a atender la emergencia.

Collvinent le aguardaba en el pasillo.

—Bien, usted se quedará aquí fuera. Dígame, ¿dónde está el animal?

—En el rincón, enroscada bajo la mesilla de noche.

Moses entró con cautela, seguido por Collvinent. Al darse cuenta, el primero gesticuló con el brazo sin mirarlo.

—Señor, salga de la habitación —instó—. Podría tratarse de una *mamba* negra, muy venenosa.

Pero el hombre siguió a su espalda, y Moses se volvió para insistir en las indicaciones. Entonces lo vio encañonarle con una pistola. De improviso, el otro español salió de detrás de la puerta, le quitó la vara y el cubo, y se quedó en el umbral para vigilar el pasillo.

—Aquí no hay más *mamba* negra que tú —dijo Collvinent—. Queremos saber dónde y cómo encontrar a Arnau.

Moses experimentó un intenso *déjà vu*. Ya había vivido aquella situación hacía tres meses con el sicario francés y por idénticos motivos. Atenazado por la tensión, guardó silencio.

Con un ligero temblor, Collvinent extendió el brazo hasta tocar el pecho de Moses con el cañón de su arma.

—No soy un hombre paciente —gruñó—. Dime dónde está Arnau Miró. —Moses permaneció callado—. ¿Dónde? —repitió. Y al ver que no abría la boca, lo amenazó—: Si lo prefieres, puedo continuar con tu familia. ¿Tienes mujer? ¿Hijos?

Aquello desmoronó su resistencia. Cabizbajo, dijo:

—Está en Kampala, y luego irá a Masindi.

—¿Y dónde está Masindi?

—A treinta y cinco millas, es la capital del distrito.

—¿Cuándo regresará?

—Mañana, o pasado mañana, no sé.

Resoplando, Collvinent apartó el arma. Anduvo furioso por la habitación. Entonces Gregorio oyó unas voces y desenfundó la suya mientras le indicaba que guardara silencio.

—¿Moses? ¿Todo va bien? ¿Dónde estás? —preguntó Abdalla desde el vestíbulo. Se oía el llanto de un niño.

—¿Quién es? —masculló Collvinent.

—Mi esposa —dijo Moses con un hilo de voz.

—Hazla subir.

Moses negó con la cabeza. En aquel *déjà vu* algo había cambiado: ahora él era padre de un bebé.

—Señor, ¿qué quiere de nosotros? —imploró.

Collvinent volvió a encañonarlo con rudeza.

—Te digo que la llames —murmuró entre dientes.

Moses no tuvo más remedio que obedecer y Abdalla llegó con su bebé en brazos, que había dejado de llorar. Gregorio la hizo entrar con un gesto. La mujer, nada más cruzar la puerta, comprendió la situación.

—Siéntate aquí —ordenó el sicario, señalándole la cama con la pistola—. Y tú también, junto a ella.

—¿Qué quieren de nosotros? —volvió a preguntar Moses. El bebé comenzó a lloriquear de nuevo.

—¡Hazlo callar! —gritó Collvinent, nervioso.

Gregorio observó cómo le temblaba el brazo mientras apuntaba a la familia Onoo. Cerró la puerta y se aproximó.

—Déjeme a mí, monseñor. Este es mi terreno.

Se sentó sereno en la cama sin dejar de apuntarlos. Clavó su mirada en Moses, que tenía los ojos enrojecidos, y acarició con el cañón la mejilla del bebé.

—No me lo pongas difícil. ¿Cuándo regresará Arnau?

Abdalla se echó a llorar como su hijo mientras lo mecía.

—Se lo juro, señor, no lo sé —dijo Moses—. Puede volver mañana, máximo pasado mañana. Con él nunca se sabe.

Gregorio detuvo el cañón del arma en la sien del bebé.

—Bien. Ahora escucha, tu vida no nos importa, y tampoco la de tu esposa o la de la criatura. Por cierto, ¿es niño o niña? —No obtuvo respuesta—. Tengo otra pregunta, y esta vez me vas a responder con más exactitud. ¿Dónde guarda Arnau el pergamino? Estoy seguro que sabes de lo que hablo.

Moses asintió en silencio, con expresión de derrota.

—Sí, lo traje hace unos meses, y desde entonces ha sido como una maldición. —Hizo una pausa—. Colaboraré con ustedes, esto debe terminar; pero por favor, no nos hagan daño.

—Es un trato razonable. Continúa.

—Me encargó que lo escondiera, y así lo hice.

—¿Ves lo fácil que resulta entendernos? —Apartó el arma del bebé y apuntó al suelo—. Estamos aquí por ese pergamino, ¿comprendes? Dánoslo, y nos marcharemos; incluso sin ver a Arnau Miró. No queremos nada más de él ni de vosotros. Ahora responde, ¿dónde lo tienes escondido?

Moses sabía que aquel hombre mentía. En sus manos, sus vidas carecían de futuro, con o sin pergamino.

—Lejos del hotel, señor. Muy lejos. Quise resguardarlo en un lugar seguro, pero alejado de aquí.

Gregorio y Collvinent intercambiaron una mirada.

—¿Dónde? —insistió el primero.

—En Bwindi, señor, en la reserva de gorilas. Enterrado bajo una caseta de

rangers.

—Por tu bien, espero que no me mientas. Las vidas de tu mujer y tu criatura dependen de ello. —Aguardó un instante para que Moses asimilara la idea—. ¿A cuánto está Bwindi?

—A trescientas cincuenta millas, señor. Solemos ir con los turistas en avioneta desde el aeródromo de Masindi.

—¡Joder! —exclamó Collvinent, enojado. Dio unos pasos cavilando—. Nada de avionetas, es demasiado arriesgado. Nos vas a llevar hasta allí en el todoterreno.

—Es un viaje largo, señor; son casi siete horas. Luego hay que caminar durante...

—¡Silencio! —atajó. Acto seguido, dio una orden muda a Gregorio y el sicario se incorporó para acercarse hasta él.

Hablaron en murmullos para no ser oídos.

—Tú irás con él, y yo me quedaré aquí con la mujer y el niño. Estaremos en contacto por teléfono. Si a lo largo del día no tengo noticias tuyas, me los cargo. ¿De acuerdo?

Gregorio asintió con una sonrisa.

—No se preocupe, monseñor. Y tranquilícese, los nervios pueden traicionarle.

Collvinent miró por la ventana. Amanecía.

—Me tranquilizaré en cuanto vea que te marchas. Así que vete ya.

Gregorio caminó hacia Moses. Le hizo un gesto con el arma para que se levantara de la cama.

—Tú y yo nos vamos ahora a Bwindi. Ellos se quedan aquí. Cuando volvamos con el pergamino, seréis libres. ¿Entiendes?

Moses dirigió a Abdalla una mirada triste y asintió.

Los dos hombres abandonaron la habitación en silencio.

Capítulo 24

El calor era húmedo y asfixiante, más que en el sudeste asiático desde donde había llegado. Una nube de mosquitos rondaba su cabeza. Por segunda vez, se vio obligado a repetir su nombre.

—Tomás Moro —dijo, irritado.

—¿Cómo llama tú? —le preguntó de nuevo el hombre.

—Moro, joder —silabeó mientras le indicaba con el dedo el lugar del documento donde constaba el nombre.

—¿Moro hoder tú te dices? ¿Eh, eh?

Marest elevó la mirada al cielo y se recomendó tener paciencia. Tras un viaje sin escalas desde Bangkok, había llegado hacía pocas horas con un vuelo de Thai Airways en primera clase a Entebbe, el aeropuerto internacional de Uganda. Ahora se hallaba a pocos kilómetros, en la capital, Kampala, aunque se dirigía a Butiaba, una ciudad mucho más pequeña, cercana al lago Alberto. En su caso, no era una visita turística como la de la mayoría de los extranjeros que arribaban a esa población. Su motivo era otro: tenía que matar a un hombre.

Los agentes de la aduana y el personal del aeropuerto se habían comportado con amabilidad y eficacia; le habían dejado pasar el control de viajeros sin problemas ni retenciones excesivas, ya que era un destino turístico de primer orden para los amantes de lo exótico y reportaba pingües beneficios al extenuado país.

Sin embargo, en aquel suburbio de la ciudad donde ahora se encontraba, el analfabeto que quería aparentar que leía su pasaporte con atención era un mal pagado miembro de la Unidad de Respuesta Rápida de la Policía de Uganda, y lo que en realidad pretendía era astillarle algunos billetes al incauto extranjero que se había alejado de las zonas de mayor tránsito para turistas. Era una unidad dirigida por antiguos militares, y estaba implicada en múltiples torturas y detenciones ilegales. Enfundado en una astrosa guerrera parda, y tocado con una boina grasienta, el agente de la ley era un tutsi alto y musculoso. Le sacaba una cabeza al rechoncho Marest.

—Mal, muy mal este papel que saca tú. ¿Sabe tú, eh, eh? Yo poner multa. Multa, ¿sabes?, poca, poca, y luego tú vas ver gorilas y todo bueno, ¿ok? —dijo con una sonrisa postiza.

Marest lo estudió en silencio y decidió que un hombre como aquel podía serle útil.

—Tú entiendes digo mi a tú, ¿sí? —preguntó el agente, extrañado por su mutismo y porque no se pusiera nervioso.

Por toda respuesta, Marest, con parsimonia deliberada, extrajo una abultada cartera del bolsillo de la sahariana, donde también guardaba un cuchillo de sierra que había podido escamotear del hotel en el que se había registrado poco antes. Había

llegado al país desarmado, ya que debido a los azotes del terrorismo internacional era casi imposible ocultar un arma en un vuelo.

—Mira —se limitó a decir. Extrajo un billete de cien dólares y lo agitó ante sus narices. Luego, lo puso en la mano del atónito agente. Imitando su lenguaje, dijo—: ¿Ves, tú, tú, tú?

El policía permaneció callado. Se quitó las gafas de sol y observó con codicia a Marest y su cartera. Por su grosor, adivinó que contenía el sueldo de una vida. No podía dejar escapar aquella oportunidad. Bajó una mano en dirección al pesado revólver que pendía de su cintura.

—Tranquilo —dijo Marest, que esperaba esa reacción. Extrajo de la cartera un grueso fajo de billetes de cien dólares, todos partidos por la mitad—. La otra mitad está en una caja fuerte de mi hotel. Si haces lo que te ordene, serán para ti. ¿Sí?

El africano no necesitó más explicaciones.

—Bueno, dime. Tú dices, yo hago. No preocupes.

Marest adoptó una expresión de superioridad.

—Quiero a dos más como tú, y armas para cuatro. ¿Sí?

El agente asintió repetidas veces, con actitud servil.

—¿Seguro?

—Tú mandas. Ahora *msungu*, jefe mío tú.

Poco después, en el Aeropuerto de Entebbe, la pareja de enamorados se despidió.

—Cuídate —dijo Carola.

—En tres semanas me reuniré contigo en Boí.

—Con Rocío en casa no cabremos los tres. Así que reservaré una habitación en el Hostal de la Plaça, en Erill la Vall. —Guiñó un ojo—. Es un hotel muy romántico, solos tú y yo.

Se dieron un beso, y luego un largo abrazo.

Carola le susurró al oído:

—Estos días sin ti serán tristes y se me harán eternos.

Acto seguido, se alejó hacia el control de pasajeros. Una vez lo hubo traspasado, agitó la mano como despedida.

Arnau esperó a que la aeronave despegara de suelo africano. Le invadía una rara sensación. El avión se elevó raudo en un cielo donde los primeros rayos del sol se filtraban por el horizonte. La despedida le había dejado un sabor extraño.

Con un suspiro, lanzó un beso al aire y se dio la vuelta.

No quería demorar más su encuentro con Ongodia y apresuró el paso para salir del aeropuerto. Masindi estaba a cinco horas por carretera. Desde los últimos acontecimientos, su amiga se había mostrado esquiva y necesitaba verla.

Veinte millas después, las primeras casetas que flanqueaban los márgenes de la carretera le anunciaron su entrada en Kampala. Los lugareños iniciaban la jornada laboral, exponiendo frente a sus chozas todo tipo de mercancías: muebles, cerámicas, timbales, hortalizas, carbón y otros carburantes, e incluso se ofrecían ataúdes a los

viajeros en un mercado anárquico e improvisado, pero eficiente. Detuvo su marcha ante una parada de fruta. Al instante, se le abalanzaron varios vendedores para mostrarle sus productos entre gritos.

—*Si, ndizi. Mimi tu ndizi* —les dijo para aclararles que solo quería unas bananas.

La frutera más veloz le entregó a través de la ventanilla un ramillete de una docena. No quiso regatear y le dio mil chelines; la mujer cerró el puño asiendo el dinero y el brazo de Arnau. La vendedora tenía un cuerpo enjuto, con la piel maltratada por el clima extremo y los pómulos marcados por la desnutrición.

Ella le observó con ojos enrojecidos.

—El maligno te persigue, cuídate —dijo, en inglés.

Arnau tiró con fuerza del brazo para soltarse, y aceleró. La mujer había utilizado la misma palabra que Carola. «Cuídate».

Por lo temprano de la hora, atravesó Kampala con rapidez sin sufrir los habituales colapsos circulatorios y el abarrotado tránsito de viandantes. La luz cambiaba al mezclarse con el polvo del camino. Las casas de adobe variaban de color según la zona: del amarillento al marrón, y luego del matiz arcilloso a un encarnado oscuro, según fuera la tierra de las canteras próximas de donde procedían los ladrillos que pequeñas empresas familiares elaboraban en hornos esparcidos a lo largo del paisaje.

Por fin, apareció la silueta de las primeras construcciones de Masindi. Las calles estaban enfangadas por la lluvia. Aparcó en la entrada del pueblo, en la misma carretera, y luego anduvo unos metros hasta las proximidades de una industria textil.

Al llegar, pulsó el timbre de la portalada.

—¿Está Mathews? Soy Arnau Miró.

El portón se abrió y salió un corpulento hombre de aspecto anglosajón. Se dieron un abrazo.

—¿Qué te cuentas, amigo Arnau? ¿Una cerveza? —dijo mientras lo obligaba a acompañarle hacia un recinto anejo, frente al taller, una especie de colmado con infinidad de productos distintos que contaba con una mesa y cuatro sillas a su alrededor bajo un quebradizo porche de madera.

Arnau no tuvo más remedio que aceptar la invitación.

—Dime, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Mathews, agarrando una jarra de cerveza—. ¿Tan pronto te has olvidado del compromiso con Carola? —Sin darle tiempo a responder, añadió—: Por cierto, fue una fiesta magnífica.

—Quiero ver a Ongodia.

—Sabía que una mujer no podría encadenarte... por más atractiva que sea —soltó, burlón. Bebió un largo trago y añadió—: Últimamente está triste porque no le haces ni puñetero caso.

—Eso no es cierto.

—Oye, que yo no me meto. Vive y deja vivir.

Arnau cabeceó sin querer entrar en detalles.

—No la encontrarás aquí —explicó Mathews—. Hoy es día de mercado y en este

momento debe de estar colocando las prendas en la parada, así que mejor no la distraigas. Quédate un rato, charlamos, y luego os veis.

—¿Alguien sabe algo de Palau? —aulló el intendente Castro desde el interior de su despacho en la comisaría.

García asomó la cabeza por la puerta.

—¿El sargento Palau? —preguntó.

—¡Pues claro! No hay otro Palau en comisaría y que yo sepa aún no ha ascendido.

—Bueno, algo sé —dijo, acercándose a su mesa—. Se ha incorporado hace poco creo que a Delitos contra las personas, estaba destinado en Pont de Suert donde llevó el caso de...

Castro, atónito, lo interrumpió sin contemplaciones.

—¡Quiero decir si alguien sabe dónde se encuentra ahora mismo el sargento Palau! ¿Me explico?

Con los gritos, entró Badosa.

Vio a García rojo como un tomate y dijo:

—Tú vete a lo tuyo, ya respondo yo al intendente.

—¡Y cierra la puerta cuando salgas! —ordenó Castro.

Cuando se quedaron solos, Badosa explicó:

—Palau se ha ido. Me dijo que se cogía una semana de permiso por asuntos personales. —El intendente cabeceó con preocupación—. ¿Qué pasa, jefe? Palau es un compañero, y en mi caso empieza a ser un amigo.

Castro le tendió un fax.

—Es de la policía tailandesa vía Interpol —dijo—, en relación con la orden de busca y captura internacional dictada en su día por el juez Ayala y que ahora lleva la jueza Silvia Mejido. Nos informan de que Marest, con nuevo aspecto y una nueva identidad, salió hace unos días de Bangkok con destino a Entebbe, el principal aeropuerto de Uganda.

—¿No es ese uno de los principales implicados en los crímenes que resolvió Palau, el que puso tierra de por medio?

—El mismo —confirmó—. Le hemos seguido la pista desde entonces, y Palau y yo estamos convencidos de que el caso aún no ha acabado. El asesinato del MNAC y la bomba lapa en el coche de su amigo abogado están conectados con lo que sucedió en Boí.

Badosa hizo una mueca de perplejidad.

—¿Y ahora Palau desaparece? No tiene sentido.

—No, nunca haría algo así, y menos en este punto de la investigación. Me temo que va un paso por delante de nosotros, como cuando viajó a Lisboa. Le mueve algo relacionado con el tipo que dirige un hotel en África, que, además, es el principal objetivo de los asesinos.

—Bueno, antes de tomarse esos días de permiso, Palau me contó algo. Un tal

Arnau Miró, y una mujer, su pareja. Me la mencionó en varias ocasiones sin venir a cuento, Carola. Y en fin, ya sabe... le cambiaba la cara cuando hablaba de ella.

—Llama a la Guardia Civil del aeropuerto y averigua si Palau ha embarcado en algún vuelo —ordenó el intendente—. Y si es así, cuál es su destino.

Badosa salió del despacho sin pronunciar palabra.

Minutos después, el cabo regresó con una pequeña agenda negra Moleskine en la mano. Leyó las anotaciones.

—Ramón Palau abandonó ayer España desde el Aeropuerto de El Prat en un vuelo de Qatar Airways. Hizo escala obligada en Doha y partió en la madrugada de hoy. —Arrugó el ceño—. Después de cinco horas de viaje ha aterrizado en...

—Entebbe —concluyó Castro.

Después de más de seis horas de trayecto en todoterreno, y otra de andadura por pronunciadas sendas entre una frondosa vegetación, se adentraron en la profundidad de la selva. Gregorio, pistola en mano, no dejó ni un instante de encañonar a Moses, quien abría camino un par de metros por delante.

—¡Espera! —gritó exhausto el sicario mientras se enjugaba el sudor de la frente—. ¿Falta mucho?

—No, señor —dijo Moses—. Poco, muy poco.

—Si quieres volver a ver con vida a tu pequeño chimpancé, espero que no te equivoques, negro de los cojones.

A lo lejos resonaron unos alaridos y ambos se callaron de repente. Los labios de Moses dibujaron media sonrisa.

—No podemos parar aquí, señor —dijo—. Es más, debemos correr hasta aquella colina.

—¿Correr? ¿Por qué correr?

Moses le señaló las botas. Una marabunta de hormigas safari comenzaban a trepar por ellas.

—Señor, si no corremos, tendremos problemas.

A pesar de su agotamiento, Gregorio arrancó a correr. El barro entorpecía cada uno de sus pasos.

Desde el momento en que Gregorio y Moses abandonaron el hotel, Collvinent no se separó del bebé.

Por la mañana simulaba cuidarlo con esmero mientras Abdalla, recelosa, intentaba aparentar normalidad ayudando a los turistas con el trájín de mochilas y enseres de un lado para otro, a la espera del autobús que los llevaría hacia el aeródromo de Masindi.

Una clienta californiana se acercó hasta ellos.

—Abdalla —dijo, con un nudo en la garganta—, jamás olvidaremos estos días. Esto es el paraíso y nos hemos sentido como en casa.

Abdalla esbozó una sonrisa rota. Por un momento dudó si pedirle ayuda, aunque no supo cómo hacerlo. Collvinent no le quitaba ojo de encima y cruzaron una mirada.

Entonces la americana se alejó, y se disipó la oportunidad. Sin embargo, al instante, alguien apareció por la puerta.

Tres policías uniformados entraron y, al ver a Collvinent cerca de recepción, se dirigieron hacia él.

—¿Arnau Miró? —preguntó uno.

—No, no... Yo solo soy un cliente.

Abdalla se apresuró a atenderlos en suajili con el fin de deslizar en la conversación que aquel hombre la estaba amenazando. Pero Collvinent se percató de sus intenciones, y agarró con fuerza al bebé fingiendo mecerlo. Al verlo, ella no quiso arriesgarse y se contuvo.

—Arnau Miró está en Masindi —les dijo, lacónica.

—¿Dónde? —inquirió otro de los policías.

Abdalla echó un vistazo furtivo a Collvinent. Continuaba con el bebé en brazos, y su esposo camino de la jungla con aquel individuo tan frío y peligroso.

—¿Dónde, mujer? —insistió el policía.

—Puede que en Colourtex, el taller textil que hay en la entrada del pueblo. Hoy al final del día, o quizá mañana, estará aquí —dijo, derrotada.

Los tres hombres dieron media vuelta y abandonaron el vestíbulo. Abdalla vio que fuera los esperaba otro *msungu*.

Por la expresión de los policías, Collvinent supo que la mujer nos les había contado nada. Pero le inquietó el motivo de su visita.

—¿Qué querían?

—Preguntaban por Arnau —dijo ella, sumisa.

—¿Por qué?

—No lo sé, no me lo han dicho.

—¿Y qué les has contestado?

—El lugar donde podrían encontrarlo en Masindi.

Collvinent pensó que tal vez Marest les llevaba ventaja y le devolvió el bebé con gesto brusco.

En el parque nacional de Bwindi, los dos hombres detuvieron su carrera al llegar a la cima de un altozano. Se sacudieron las hormigas que permanecían agarradas en sus pantalones.

Moses sabía que era el lugar, tal vez la ocasión. Conocía sus aullidos, que sonaban cada vez más cercanos. Poco antes había visto sus excrementos y tenía la certeza de que eran recientes. Le pareció ver movimientos en una arboleda cercana. Entonces extrajo de su mochila unas bananas con la excusa de reponer fuerzas tras el agotador viaje.

—Ya era hora —soltó Gregorio—. Estoy hambriento.

Agarró una y empezó a darle bocados. De pronto, le sobresaltó el ruido de unas ramas al agitarse. Dirigió la vista en dirección al sonido. Entre la fronda, distinguió un gorila de espalda plateada. Observándolos. Sin previo aviso, el animal les imitó,

gesticulando como si él también comiera. Parecía inquieto. Moses sabía que estaba prohibido comer cerca de los primates, pero no dijo nada.

—Es impresionante —murmuró Gregorio, asombrado por su aspecto. Terminó la banana y miró a Moses—. ¿Cuánto nos queda?

Moses sonrió de nuevo.

—Poco, muy poco —dijo, alargándole otra banana.

Mathews detuvo su brazo en el momento en que aproximaba de nuevo la jarra de cerveza a sus labios. Frunció el ceño al ver cómo una *pick up* se detenía a la puerta de su negocio, al otro lado de la calle. De la carlinga se apearon dos policías, y uno más salió de la cabina.

—¿Qué coño querrán esos tres?

Arnau se encogió de hombros.

—Tú sabrás, pero son cuatro. El blanco también va con ellos —dijo, al ver que un sujeto, gordo y sudoroso, se apeaba de la parte delantera del vehículo y seguía a los agentes.

Entraron en el local y el portón se cerró tras ellos.

Mathews entornó los ojos, hurgó en uno de sus bolsillos, y dejó unos chelines sobre la mesa.

—¿Tienes algún impuesto pendiente? —bromeó Arnau mientras su amigo se incorporaba.

—Que pases un feliz día con Ongodia —dijo Mathews.

Acto seguido, cruzó con paso rápido la calle.

Un sexto sentido alertó a Arnau. Pensativo, apuró su vaso. La presencia del blanco no le extrañaba, pues la proximidad del Parque Nacional Kabarega hacía que aquel fuera un lugar frecuentado por turistas occidentales. Lo extraño era que fuese acompañado por tres policías. Tras unos instantes en vilo, se despidió del camarero y se fue hacia su coche.

Puso la llave de contacto en la ranura. Entonces vio que uno de los policías salía del taller textil, cruzaba la calle corriendo y entraba en el bar que acababa de abandonar. Dirigió la mirada al taller. El blanco observaba desde el interior. En el bar, el policía hablaba de forma amenazadora con el camarero que los había servido. El hombre, asustado, señaló hacia el taller, y el policía lo zarandeó hasta tirarlo al suelo.

Se le aceleró el corazón.

El agente cruzó de nuevo la calle y se unió a los otros, que lo esperaban frente a la puerta. Miraron de un lado a otro. Dentro, vislumbró al hombre blanco interrogando a Mathews. Podía oír sus voces a lo lejos, aunque la distancia no le permitía distinguir lo que decían, hasta que el gordo extrajo algo de su bolsillo y gritó:

—¿Dónde cojones está Arnau?

Alarmado, le vinieron a la memoria las palabras del sargento Palau: «Deben protegerse. Irán a por ustedes. No cejarán en su empeño». Lamentó haberlas relativizado. Fue a poner en marcha el coche, pero se detuvo. Si lo hacía, los policías

oirían el motor e irían tras él. Así que abrió con sigilo la puerta, se agachó para que la carrocería lo ocultase, y corrió calle abajo con la respiración acelerada.

A esa hora Yvan solía arribar con la pesca del día. Mientras ataba el cabo de la canoa en la escollera, frente al hotel, las aves aletearon asustadas sobre la orilla del lago Alberto. Agarró la ristra de tilapias, atravesadas por la boca con una vara metálica, se la cargó al hombro y caminó hacia el edificio.

Ya en la explanada, observó cómo los turistas de aquella quincena se despedían desde el microbús agitando sus manos por las ventanillas. Abdalla, que ahora sostenía en brazos a su ahijado, les correspondía sin demasiado entusiasmo.

Un hombre blanco estaba a su lado.

Llegó hasta ellos y le preguntó en suajili:

—¿Él se queda? —El autocar abandonó el lugar levantando una densa polvareda. Entonces Abdalla asintió en silencio, y el joven advirtió que algo no iba bien—. ¿Dónde está Moses?

La mujer no tuvo tiempo para responder. Collvinent sacó la mano del bolsillo y encañonó a Yvan.

—¿Quién es este muchacho?

—Trabaja en el hotel, señor, no le haga nada, se lo ruego —suplicó Abdalla, interponiéndose entre el arma y el joven.

Yvan la apartó con suavidad sin dejar de mirarlo.

Collvinent hizo un gesto con la pistola.

—Vamos dentro. Y nada de sorpresas. ¡Vamos! —ordenó con los nervios a flor de piel. En aquel instante notó la vibración de su móvil. Sudando a mares, leyó el texto del mensaje. Luego, esbozó una sonrisa y dijo a Abdalla—: Tu marido debe de quererte mucho, se está portando muy bien.

—Mathews, ¿me vas a decir dónde ha ido Arnau? —inquirió por enésima vez el gordo, pistola en mano, ante la mirada aterrorizada del personal del taller.

Lo acompañaba uno de los policías mientras los otros dos, en el exterior, seguían escrutando la calle.

—Sinior Morro —dijo el agente—, déjeme a mí.

—¿A ti, mono descerebrado? —masculló con desprecio. Furioso, tomó aire y dijo —: Mathews..., tú no eres digno de llevar el nombre de un santo evangelista, así que no te daré más tiempo. Dispararé tres veces. Primero, en la pierna. —La señaló con el mentón—. Después, en el hombro. Y por último, en la cabeza. Dime, ¿dónde está Arnau?

Mathews no respondió, y resonó la primera detonación.

Poco antes, el gorila se había dejado ver en toda su dimensión. Emitiendo unos gruñidos, avanzó unos pasos hacia ellos.

—¿Todo bajo control, Moses? —preguntó Gregorio, un tanto inquieto, con la boca aún llena de banana.

—No tema, es el macho del grupo. Solo curioseosa. —Y aunque sabía que no era

buena idea acercarse a los gorilas, añadió—: Tome, comparta con él esta banana.

—No tengo ninguna intención de hacerlo —dijo Gregorio, pelando el plátano para comérselo, y con el brazo que sujetaba la pistola apartó los mosquitos que volaban a su alrededor—. Si se acerca demasiado, no dudaré en disparar.

Media docena de metros los separaban del gorila. De súbito, este se exhibió desafiante, se golpeó el pecho y sus gruñidos se convirtieron en alaridos.

—Moses, esto no me gusta. ¡Vámonos de aquí!

—¡Mírelo a los ojos! —dijo adrede. Era el peor consejo que podía darle—. ¡No deje de mirarlo! ¡Mírelo fijamente a los ojos!

Gregorio obedeció y el gorila, con rabia, rompió unas ramas y las lanzó por los aires mientras los amenazaba mostrando los dientes. A continuación, soltó un terrible alarido y corrió hacia ellos para embestirlos.

El sicario le disparó, pero la bala solo le hizo un rasguño en el costado. El gorila se detuvo, más extrañado que dolorido, y lo interpretó como un ataque. La furia del enorme primate aumentó hasta extremos que Moses jamás había visto.

—¡Corra! —gritó Moses—. ¡Corra!

Gregorio lo hizo con todas sus fuerzas, aunque lastrado por el lodo que le llegaba hasta los tobillos. En cambio, Moses permaneció inmóvil, acuclillado con la cabeza baja y los brazos recogidos. El gorila se detuvo ante él, lo olfateó y emitió un singular chillido. Entonces Moses alzó la mirada y, al encontrar los ojos ocre del primate, pronunció con suavidad su nombre.

—Ndahura, Ndahura, Ndahura...

En aquel instante, sin dejar de huir de forma alocada, Gregorio le disparó dos tiros más que lo único que consiguieron fue que el gorila iniciara una nueva embestida en su contra. El sicario jamás se había enfrentado con un oponente como aquel. Presa del pánico, se sentía en inferioridad. Los ojos le escocían por el sudor y, con el corazón acelerado, mil cuchillos le atravesaban los pulmones cada vez que intentaba inhalar una bocanada de aire. Despavorido, oyó cada vez más próximo el retumbar de los pasos que le perseguían y trató de acelerar su carrera.

A la desesperada, se dio la vuelta para disparar de nuevo, pero esta vez no llegó a apretar el gatillo. Recibió un fuerte manotazo en el hombro que lo derribó. Luego, otro golpe seco en la espalda, acompañado por el sonido sordo de la fractura de costillas y vértebras. Dejó de sentir las piernas.

Con el sicario herido a sus pies, el grito triunfal de Ndahura resonó con más fuerza al golpearse otra vez el pecho. Como respuesta, sonó un coro de alaridos, provenientes del resto de la manada, que de aquella forma le expresaba su aprobación y reconocimiento como único líder.

Satisfecho, Ndahura abandonó el lugar. Al pasar junto a Moses, este levantó los ojos y la mirada oscura del gorila se cruzó de nuevo con la suya. En sus pupilas vio algo diferente. Era como la despedida de un amigo que acababa de protegerlo.

El altozano recobró la calma. A pocos metros yacía el cuerpo roto de Gregorio,

gimiendo moribundo. Moses caminó hasta él y el sicario creyó que acudía para socorrerlo, pero solo se acercó para cogerle el móvil. Buscó los últimos mensajes que el asesino había enviado a su jefe y utilizó uno para responder: «Todo ok. Volvemos». Con aquello ganaba algunas horas, las suficientes, ya que había previsto regresar en avioneta.

Un lamento se mezcló con los sonidos de la jungla. Gregorio, agonizando, le imploraba ayuda.

Moses lo contempló a sus pies.

—Tú, en mi selva, no eres nada —señaló. Y antes de abandonarlo, se santiguó y dijo—: Que Dios me perdone.

Las hormigas safari hicieron el resto.

Solo hizo falta un disparo para que Mathews hablara.

—En el mercado —balbuceó desde el suelo, entre gestos de dolor, tratando de contener la hemorragia con las manos. Soltó un gemido y añadió—: Ha ido a una parada de telas, a ver a Ongodia.

—¿Y quién cojones es Ongodia?

—Una mujer con la que mantiene una relación.

—Ese cerdo... —masculló Marest—. Si me has mentido, volveré para pegarte los dos tiros que he dejado pendientes. ¿Me oyes?

Mathews cerró los ojos y asintió apretando los dientes.

Marest y los tres policías salieron del taller y montaron en la camioneta *pick up*. Se alejaron veloces en dirección al mercado. Las ruedas resbalaban a causa del barro y la velocidad provocaba que el vehículo derrapase continuamente.

Minutos después, tras cruzar una callejuela, Marest señaló hacia el bazar y gritó:

—¡Es él! ¡Vamos!

Los policías vieron a un hombre blanco correr entre las zahúrdas. El conductor detuvo el vehículo y los cuatro iniciaron la persecución a pie. Resoplando, y empapado de sudor, el gordo se quedó atrás a los pocos metros.

Arnau se dio cuenta de que lo perseguían y aceleró su huida. En su mente resonaron las palabras de la vendedora de la carretera: «El maligno te persigue, cuídate». No le había hecho caso, pero ahora tenía la certeza de que la mujer había visto que algún peligro se cernía sobre él.

Corrió como alma que lleva el diablo.

Distinguió la parada de telas de Ongodia, situada junto a la de plátanos de su amigo Kizza, el viejo frutero. Ambos estaban hablando. Recorrió los últimos metros y se abalanzó sobre ellos.

Ongodia lo miró con sorpresa. Estaba enfadada con él, se sentía celosa, y no esperaba que apareciera de una forma tan repentina. Por ende, le extrañó verlo tan nervioso e inseguro, mirando frenético de un lado a otro y con la respiración entrecortada.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

—Necesitaba verte antes de... antes de marcharme. Quería decirte que... —Le cogió la mano y se la llevó a los labios—. Pero ahora no hay tiempo, me persiguen.

—¿Quién te persigue? ¿Por qué? Me estás asustando.

—Ongodia, yo...

En aquel instante, tres policías detuvieron su carrera no muy lejos de allí y otearon entre la multitud. Al cabo de unos segundos, se sumó a ellos un hombre blanco, jadeando. Los cuatro iban armados y la gente se apartó a su alrededor.

Kizza observó al *msungu* y entendió la situación.

—¡Rápido, id a mi casa! —dijo—. Yo los distraeré.

—Gracias, Kizza, pero voy a enfrentarme a ellos —dijo Arnau. Soltó la mano de Ongodia y apretó los puños. Miró hacia sus perseguidores y agregó—: Me he pasado la vida huyendo de mi propia sombra y estoy harto de escapar. Se acabó, no tengo por qué esconderme, no he hecho nada malo.

Se volvió hacia ella y le acarició el cabello.

—Ongodia, quiero decirte algo. Escúchame...

Entonces el hombre blanco los señaló y, con el rostro convertido en una mueca salvaje, gritó una orden a los policías.

La mujer agarró a Arnau por el brazo y, mientras lo arrastraba para huir, Kizza levantó el carro a pulso y la fruta se desparramó por el suelo. Furibundo, el hombre blanco miró al viejo frutero y se pasó el pulgar por el cuello al tiempo que pugnaba, junto a los tres policías, por sortear la montaña de plátanos.

Aquello proporcionó a Ongodia y Arnau unos preciosos segundos de ventaja que aprovecharon para ir a casa de Kizza y esconderse en una habitación de la planta de arriba. Arnau la abrazó. Temblaban. Los ojos de Ongodia buscaron los suyos, que escudriñaban el bazar a través de la ventana.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

Arnau fue a responder, pero entonces oyeron los pasos de los hombres retumbar en la escalera y el chasquido metálico de las armas al ser cargadas. Al instante, derribaron la puerta y los cuatro entraron en la habitación y los encañonaron.

Arnau se encaró con ellos. Ongodia no entendió las palabras que cruzó con el hombre blanco, pero reconoció su nombre: Marest. A continuación, mientras él forcejeaba con uno de los policías, los otros dos empezaron a manosearla. Le rasgaron el vestido. Medio desnuda, volvió la cabeza hacia Arnau y vio su mirada. En sus ojos estaba impreso el extremo sufrimiento que sentía por ella y quiso consolarlo, calmarlo. Empezó a entonar su canción, una canción de Ishasha, su pueblo natal. Una canción bantú de amor.

Arnau reconoció la melodía y se estremeció.

—¡Dejadla en paz! —aulló—. ¡Te daré el pergamino!

Uno de los policías se bajó los pantalones y se dispuso a violarla mientras los otros dos aguardaban su turno con los ojos velados por la lujuria.

—¡Marest! —gritó Arnau, ciego de ira—. ¡Si tus hombres no la sueltan ahora

mismo, jamás tendrás el pergamino! ¡Te lo juro por mi vida!

Marest meditó unos instantes. Se volvió a los policías.

—¡Quietos! —les ordenó—. De momento, bastará con que la dejéis inconsciente. —Los hombres parpadearon indecisos—. ¿No me habéis oído? ¡Ahora!

Uno de los policías golpeó la cabeza de Ongodia con la culata de su arma y la mujer cayó al suelo sin sentido.

—¡Cabrones, eso no era necesario! —vociferó Arnau.

—Creo que él también necesita que lo ablandéis un poco —señaló Marest, imperturbable—. ¡Pero solo lo justo!

Los policías comenzaron a pegarle sin compasión.

Cuando consideró que era suficiente, Marest los detuvo con un gesto y dijo:

—Ahora nos vas a llevar donde tienes escondido el pergamino. Pero te lo advierto, como trates de engañarme, mis hombres volverán aquí para terminar el trabajo.

Arnau asintió a duras penas, con la cara ensangrentada, y los hombres lo sacaron a rastras de la habitación.

Al llegar a la calle, Marest se detuvo. Una multitud se aglomeraba ante ellos, impidiéndoles el paso. Por la expresión de sus rostros, adivinó que estaban dispuestos a defender a Arnau. No se lo explicaba. Uno de los policías disparó un tiro al aire. Algunos se dispersaron corriendo y otros se alejaron unos metros. Pero los más, con Kizza al frente, se mantuvieron firmes e incluso avanzaron con decisión hacia los sicarios.

Marest apuntó a la cabeza tumefacta de Arnau.

Kizza se aproximó al *msungu* con las manos en alto mientras la muchedumbre comenzaba a recriminar a los policías su actuación. La mirada de los tres esbirros se tornó dubitativa y soltaron el cuerpo magullado y semiconsciente de Arnau. Marest, entonces, dirigió su arma hacia Kizza. El frutero no se inmutó y siguió avanzando. Desconcertado, Marest encañonó de nuevo a Arnau y, al ver que Kizza no se detenía, se agachó y presionó el arma contra su corazón. El viejo se paró de golpe.

A continuación, Marest acercó el rostro al de Arnau y le preguntó algo. A pesar de la hinchazón, este entreabrió los ojos y trató de articular unas palabras, pero apenas logró pronunciar un murmullo ininteligible. Marest aproximó el oído a su boca. De súbito, al escuchar su mensaje, palideció mientras apretaba las mandíbulas con ira.

Arnau sonrió. Su mirada irradiaba paz.

Entonces sonó un disparo.

Capítulo 25

Todo indicaba que la avioneta se iba a estrellar, como cada vez que aterrizaba, pero en el último instante la pericia del piloto venció la ley de la gravedad y logró que el aparato alcanzase tierra firme tras un ligero bamboleo. La pequeña aeronave realizaba un vuelo regular de enlace entre Entebbe y Masindi para aquellos viajeros que querían evitar el largo trayecto por carretera entre las dos poblaciones.

El comandante de la avioneta y antiguo piloto militar, enfundado en una camisa azul índigo galoneada con tres barras doradas sobre los hombros, se dio la vuelta en su asiento de la cabina que se abría a los pasajeros y dijo:

—Señoras y señores, espero que el vuelo haya sido de su agrado y deseamos que disfruten de su estancia en Masindi. Muchas gracias por volar con nosotros y esperamos que confíen en nuestra compañía para su regreso a la capital.

La pequeña comitiva desembarcó, entre remolinos de viento africano, y cruzó el espacio que separaba el aparato del edificio de la terminal. La mayoría eran parejas, de diferentes edades, que deseaban ver en su hábitat natural a los últimos gorilas de lomo plateado que vivían en libertad. El sargento Palau, el único sin acompañante, cerraba el grupo. Deslumbrado por el brillante sol naranja, caminó haciendo visera con la mano.

Mostrar el pasaporte no fue más que un mero trámite. Hacía apenas dos horas que lo había enseñado en Entebbe. Sin embargo, al adentrarse en la pequeña terminal, detectó cierta confusión entre los encargados y el resto del personal.

—¿Sucede algo? —preguntó a un joven empleado.

—Han asesinado a un hombre —le confió en voz baja—. Era muy conocido y querido aquí.

—Lo lamento, pero ¿tanto revuelo por un homicidio?

—Es que se trataba de una persona muy distinguida. Dirigía un hotel en Butiaba, el Kabalega. —Y enarcando las cejas, añadió—: Un blanco asesinado en plena calle, al parecer con su mujer.

El suelo desapareció bajo sus pies. «Llego tarde». La sangre dejó de fluir por sus venas. «La mujer de su vida muerta». Sintió un cataclismo en su interior. «Carola». Una niebla roja le veló los ojos e hizo algo que no hacía desde niño: rezar.

El sargento tuvo la precaución de apagar el motor antes de entrar en los terrenos del complejo. Sin dejar de cavilar una y otra vez en el pergamino, la intuición lo había guiado hasta allí por si el asesino aún no hubiese acabado su trabajo. Recorrió los últimos metros impulsado por la inercia del pesado vehículo que había alquilado. Las gruesas ruedas del todoterreno provocaron el crepitar de la grava hasta que se detuvo bajo las ramas de un viejo *kerate*, junto a la valla que delimitaba el recinto del Hotel Kabalega.

Observó el lugar con atención. Allí ya no estaba la mujer que amaba, ya no estaba en ningún lugar; sencillamente, había dejado de existir. Ahogó una explosión de dolor, y la sustituyó por un sentimiento de ira y venganza. Tenía que encontrar al responsable, y hacérselo pagar. Era lo justo.

Se apeó del vehículo con cuidado y, para no despertar sospechas, lo cerró acompañando la puerta con la mano para evitar que el ruido delatara su presencia. Empapado de sudor por el denso calor de la tarde, aguardó un instante inmóvil y en silencio. Luego, con el mismo sigilo, fue a la parte trasera y extrajo de una caja de herramientas un pesado destornillador. Ya tenía un arma. Se lo guardó en el cinturón, a su espalda, y avanzó hacia el hotel, mirando en todas direcciones atento a cualquier peligro. A cada paso, la cacofonía de los insectos se interrumpía para seguir de inmediato con su cháchara incesante una vez que la amenaza se alejaba.

El camino era una senda abierta entre la hierba, marcado por una mezcla de guijarros y tierra roja. Unos pequeños farolillos apagados, que se mecían a capricho del cálido viento de poniente, jalonaban la zona del aparcamiento. Solo vio un par de *quads* y un todoterreno, este último cubierto por una fina capa de polvo, con lo que dedujo que como mucho llevaban un día parados, y tenían el logotipo del hotel en las puertas, el mismo que aparecía en un rótulo clavado en el acceso al recinto. Con la única compañía del zumbido de las moscas en el letargo de la tarde, prosiguió hasta que llegó frente al edificio. Era una construcción de dos plantas de deslumbrante blancura. El lugar parecía desierto, no había nadie a la vista. Un pensamiento le sobrevino. Allí había vivido Carola sus últimos días. Soterró la dolorosa imagen. Ahora no tenía tiempo para la tristeza, era el momento de la venganza, de la justicia.

El sonido estridente del timbre de un teléfono, que sonaba en el interior del edificio, rompió el silencio vespertino.

Palau aprovechó aquel ruido para subir rápido los tres escalones del porche. Los amplios ventanales de la fachada principal estaban cubiertos por mosquiteras, y cerrados con contraventanas de lamas horizontales. La puerta de acceso al zaguán estaba abierta de par en par y pudo atisbar en su interior. Un suelo de madera pulida conducía al vestíbulo, donde unos ventiladores cenitales batían el aire con molición.

El lugar se sumió de nuevo en el silencio. Atento al más mínimo ruido, empezó a rodear con cautela la fachada del edificio mientras trataba de atisbar por los resquicios de puertas y ventanas. De repente, un bebé rompió a llorar en algún punto de la planta baja y el sargento se dirigió de manera instintiva hacia donde provenía el llanto. Se detuvo ante una ventana. A través del espacio entre las lamas y la mosquitera, pudo ver y oír, tamizado por la malla, lo que sucedía dentro del cuarto.

La estancia, repleta de estantes vacíos, tenía el aspecto de ser una consigna; y al no ver maletas ni equipajes, dedujo que en el hotel no había clientes. Entonces, en un rincón, vio a un joven y a una mujer con un niño de meses en brazos. Y frente a ellos, un hombre blanco y fornido. Con un arma en las manos. Apuntándolos.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Tenso, con la piel erizada, reconoció al individuo por las fotografías que su compañero Pere le había facilitado. No se lo podía creer, pero allí estaba. Monseñor Collvinent. Y amenazaba a dos personas indefensas.

—Haz que se calle —oyó que le gritaba a la mujer.

El timbre del teléfono volvió a sonar.

Collvinent se dirigió al joven y le ordenó:

—Cógelo y conecta el manos libres. Que lo oigamos todos. Pero ya sabes, no hagas ninguna tontería de la que puedas arrepentirte. —Y hundió el cañón de la pistola en las costillas de Abdalla.

El joven Yvan descolgó el aparato sin perderlos de vista.

—Dígame.

—Yvan, ¿eres tú? —dijo una voz en suajili—. Soy Kizza.

—¡En inglés! —masculló por lo bajo Collvinent, que cambió la posición del arma para situarla en la sien de la mujer—. Quiero saber qué te está diciendo, bastardo.

—Kizza, habla en inglés, por favor —dijo Yvan al ver que el índice de Collvinent se curvaba sobre el gatillo.

Aquello debería haber alertado a Kizza, pero estaba tan ofuscado que no reparó en ello.

—Ha pasado algo... Arnau... es horrible...

La comunicación se entrecortaba.

—¿Qué dices? No te oigo bien.

—Arnau... y ella... también... —continuó Kizza.

—¡No entiendo lo que me estás diciendo!

—Muerto... Arnau... en la calle... con ella... en Masindi...

—Kizza, por favor, eso no es posible —balbuceó Ivan.

—Juntos... los dos... Arnau con ella... los dos...

Se interrumpió la comunicación.

Collvinent ató cabos. En efecto, el impredecible Marest se le había adelantado, pero al fin y al cabo había hecho su trabajo. Complacido, concluyó que seguramente aquel sujeto obtendría ahora lo que ansiaba: el perdón de la Orden.

—Bien, dos problemas menos —dijo, sin atisbo de compasión—. Solo queda que llegue el pergamino.

Yvan, perplejo, no podía dar crédito.

—No, no es posible. Arnau, mi amigo, mi salvador...

Abdalla lloraba en silencio.

—¡Basta de lamentos! —atajó Collvinent—. Eran unos herejes, una abominación, tanto él como su ramera. Ahora arderán en el infierno.

A pesar de la mosquitera, Palau oyó con claridad aquellas palabras. «Carola». Apretó los puños. Lívido de ira y con el corazón hecho pedazos, desanduvo el camino hasta recepción. Si no habían tenido caridad, no había lugar para la esperanza. Aferró el destornillador.

Entró en el vestíbulo sin disimular sus pasos. Quería anunciarle su llegada. Ya nada le importaba, y solo una idea martilleaba su cerebro: matarlo. Deseaba su muerte. Aunque fuese lo último que hiciera. Pero para conseguirlo, no debía poner en peligro al joven ni a la mujer con el bebé. Tenía que hacerlo salir de su madriguera.

Llegó hasta el mostrador y pulsó la campanilla con fuerza. Luego, cruzó los dedos para que fuera él quien acudiese. Entretanto, se preparó para el enfrentamiento.

En la sala de consigna, Collvinent, que no esperaba visitas, interrogó a sus víctimas con un gesto de extrañeza. Yvan y Abdalla se miraron confundidos. Tampoco ellos aguardaban la llegada de nadie. Con una seña imperativa, los conminó al silencio y a permanecer allí. Acto seguido, introdujo la mano armada con la pistola en el bolsillo de la sahariana y salió de la consigna enjugándose el sudor con la manga.

Al llegar a recepción, esbozó una sonrisa obsequiosa.

—El hotel está cerrado —dijo.

Palau lo observó con fijeza. «Al diablo con todo». Tenía su objetivo tan solo a unos metros. «Tanta preparación como policía, tanta contención durante años». Lo amenazó con el destornillador.

—Maldito asesino —masculló, dando un paso hacia él.

Al ver su expresión de furia, y la fría determinación en sus ojos, Collvinent extrajo la pistola y apuntó a su cabeza.

Pero el sargento no se detuvo.

Collvinent disparó mientras Palau acortaba la distancia. En vez de un estampido, sonó un chasquido metálico. El arma se había encasquillado. Apretó el gatillo de nuevo. Sin resultado. Lo probó por tercera ocasión. Nada. Gregorio tenía razón, era la peor nueve milímetros del mundo, pensó mientras observaba el arma con estupor.

Levantó la mirada y vio a Palau llegar hasta él. Reculó hasta chocar contra la pared. Acorralado, sintió el acero entrar en su pecho una y otra vez.

Yvan salió de la consigna al oír los gritos. Palau, con el rostro convertido en una máscara de sangre, seguía apuñalando un cuerpo que ya era cadáver.

El joven le puso una mano en el hombro.

—Señor, déjelo ya. Está muerto. —Palau se detuvo. Como en sueños, se volvió lentamente. No había logrado devolverle la vida a Carola—. Nos ha salvado, señor. Pero ahora váyase, márchese de aquí lo antes posible. Yo me encargo de que los cocodrilos del lago acaben con el cuerpo.

El teléfono volvió a sonar.

Ambos escucharon la voz de Abdalla desde la consigna.

—¿Eres tú, Kizza? —Silencio—. Dime, te lo ruego.

Un nuevo silencio. Al rato, la oyeron colgar.

Apareció en el vestíbulo con una expresión vacía.

—Arnau está muerto —dijo, entre sollozos. Y añadió—: Pero Ongodia solo está malherida, viva.

Al oír aquel nombre, Palau despertó.

—¿Ongodia? —dijo, reaccionando.

—Sí, fue su compañera durante un tiempo y de vez en cuando se veían. Me lo ha dicho Kizza.

El corazón le palpitó con fuerza.

—¿Y Carola?

—Carola, su mujer —dijo Abdalla, sin dejar de llorar—, va camino de España.

—¡Dios mío! —musitó. Le flaquearon las piernas—. Vive...

Cayó de rodillas al suelo. Lágrimas de alivio se abrieron paso sobre la sangre.

Capítulo 26

Tres días después del horror que acompañó a la canción de amor de Ongodia, Palau contemplaba el paisaje que se abría más allá de la ventana con la mirada extraviada. Fuera, el aire frío mecía los copos de una nieve tardía. Sus ojeras amoratadas denotaban el cansancio fruto de la experiencia sufrida en un viaje tan reciente como desgarrador.

Carola le sirvió otro café al sargento y un refresco a Alba, su compañera de dotación. Luego, se sentó junto a ellos.

—El cabo Badosa vino a decírmelo —explicó.

—Lo sé. Se lo pedí yo expresamente desde Butiaba.

—Me dio la mala noticia con la ternura de un padre.

—Sí, tiene una sensibilidad especial —comentó Palau.

Desolada, Carola asintió con un cabeceo.

—Estoy hundida —dijo.

—Debemos compensar la ausencia con el recuerdo —le aconsejó Alba—. Las almas vienen y van por alguna razón. Nada es fruto del azar, todo tiene un sentido.

Carola y Ramón la miraron con atención.

—Quiero pensar que las cosas ocurren por algún motivo —prosiguió—. Algunas dejan de ser porque no están escritas en nuestro destino, pero allí fuera hay un mundo lleno de posibilidades. —Miró a Carola a los ojos—. Debemos aprender a convivir con los malos momentos y, aunque nos fallen las fuerzas, tenemos que encontrar la motivación para continuar. No debemos dejar que nos corroa la rutina, sino que tenemos que vivir con intensidad cada momento, porque es irrepetible. Nunca volveremos a estar aquí y ahora. Todos los caminos, incluso este, son de ida y vuelta. Si me disculpáis —dijo, incorporándose—, me marchó.

Consciente de que debía dejarlos solos para que hablaran, abandonó la cafetería.

Carola respiró hondo.

—Ramón, no sabes la rabia que hierve en mi interior por el asesino de Arnau. Y los celos que me atormentan cuando pienso en esa mujer. ¡Qué poco necesitó para irse con otra! ¿Cómo pudo hacerlo?

El sargento no respondió.

Rocío los observaba a distancia mientras levantaba las persianas. Luego, se metió tras la barra y conectó la radio, la emisora que solía acompañarlas en sus jornadas laborales. Los pitidos anunciaron las ocho en punto de la mañana.

Sonaron las campanadas de los cuartos y las horas.

Palau hizo un gesto hacia la calle.

—Esos campanarios se levantaron como es debido. No como mi vida —dijo, consternado.

—No te comprendo —murmuró Carola.

—He tenido que aprender tanto en tan poco tiempo... —Esbozó la primera sonrisa desde su regreso—. Para que unos campanarios tan esbeltos resultaran estables, los arquitectos lombardos los construían con una carga menor en cada piso. Si te fijas, cada planta cuenta con mayores ventanales que la inferior. —Buscó los ojos negros que lo tenían cautivado—. Los expertos las llaman ventanas geminadas.

—¿Y? —preguntó ella, desconcertada.

Por los altavoces sonaron los primeros acordes del *Adagio para cuerda* de Samuel Barber.

—Pues que es lo contrario de lo que me ocurre a mí. Con el tiempo, crece el peso de mis responsabilidades. Por eso mi vida se hace inestable y frágil.

Carola le acarició el hombro.

—Ramón, Ramonet... —dijo con ternura—. Mírame a mí; confié en Arnau, me prometió amor y, a la primera oportunidad que tuvo, me fue infiel.

—Tal vez ni se lo permitieron.

—¡Pero lo buscó! ¿Cómo crees que me siento? ¿Qué voy a hacer ahora con mi vida? —Se llevó las manos a la cara. Tras unos instantes, recobró la calma y dijo—: Cuéntamelo, por favor. Quiero saber lo que ocurrió.

Palau asintió con tristeza. Entornando los ojos, rememoró los horribles episodios y dijo:

—Después de lo sucedido en el hotel, necesitaba saber más. Quise ver a Ongodia, hablar con ella, y fui a Masindi. Recuerdo que me detuve exhausto en una calle. No sabía dónde me encontraba con exactitud. Todavía perturbado por la violencia, me temblaban las manos. Todo era miserable, confuso. No me sacaba de la cabeza su última mirada, los ojos de Collvinent abiertos de par en par mientras se apagaba su brillo. —Le falló la voz—. ¿Cómo pude llegar hasta ese extremo?

—Si no se le hubiera encasquillado el arma, te hubiera matado él a ti.

—Pero yo soy policía, no un asesino. Debí contenerme, no dejarme cegar por la venganza. Y, sin embargo, no le di ninguna opción. Ese hombre no había asesinado a nadie.

—Pero instigó la muerte de otras personas —replicó ella—. Moses, Abdalla, su bebé, Yvan... están vivos gracias a tu intervención. De no haberte presentado en el hotel, ya sabes lo que hubiera pasado. Por favor, sigue...

Palau inspiró una bocanada de aire y dijo:

—No sé cómo, pero logré llegar a una especie de centro sanitario. Allí pregunté por ella, y un hombre, sin decir nada, gesticuló para que lo siguiera hasta la trastienda. Abrió una puerta y, deslumbrado por el sol, descubrí la silueta de una mujer sentada en un balancín, junto a unos maderos. Al verme, se retrepó en el asiento y me miró con una expresión indefinida. Sonreí, y Ongodia me devolvió una mueca triste. Unos vendajes le cubrían las heridas de la cabeza.

—¿Cómo es? —quiso saber Carola—. ¿Es guapa?

—No te voy a engañar: es muy bella. Vestía una túnica azulada de pies a cabeza. Cuando me acerqué, bajó la mirada con timidez, entrelazó los dedos y colocó las manos en el regazo. Le expliqué quién era, y entonces ella me contó lo ocurrido.

Palau apuró el café y observó el fondo de la taza. Luego, con un suspiro, miró de nuevo hacia el campanario.

—Ramón —insistió ella—, ¿qué te contó?

—Perdona —dijo, volviendo al presente—. Es que la cabeza se me va a lo mismo una y otra vez, no puedo olvidar que yo... con estas manos...

—No te tortures, hiciste lo que debías.

—¿Lo que debía? A veces me desprecio a mí mismo...

—Por favor, Ramón —reclamó con voz dulce—, ¿qué te contó Ongodia?

—Estaba bloqueada por el impacto, y muy asustada. Al principio apenas podía pronunciar palabra, hasta que el hombre que me condujo hasta ella me dijo que le resultaría más fácil hablar en suajili y se ofreció a traducirla. Ongodia bebió agua de un cazo y explicó que Arnau se presentó en el mercado de improviso. Lo vio muy distinto. Le preguntó qué le ocurría y él le dijo que sabía que su final estaba próximo, que así se lo había anunciado una hechicera. Lo perseguían unos hombres, pero él quiso enfrentarse a ellos. Tuvo que arrastrarlo lejos de allí y se refugiaron en la casa de un amigo. —Palau cogió una de sus manos. La apretó—. Carola, Arnau la salvó de ser violada. Se sacrificó por ella.

Carola contuvo el llanto.

—Sí, los consideraba su gente, sus hermanos.

—Tuvo mucho valor. —Hizo una pausa y continuó—: La golpearon hasta dejarla inconsciente. Cuando recuperó el conocimiento, se asomó a la ventana. Había una multitud de gente dispuesta a defenderlo. Todos lo querían. Me explicó que él la había rescatado años atrás del ejército, donde había sido una esclava sexual para los soldados. Que hubiera hecho cualquier cosa por él, cualquier cosa, pero que apenas podía moverse.

—¿Lo amaba? —preguntó Carola en un hilo de voz.

Palau asintió.

—Me dijo que era el hombre de su vida, el único al que había amado. Su salvador.

Le relató entonces el enfrentamiento de Marest con la multitud liderada por Kizza, cómo amenazó a Arnau cuando yacía en el suelo, cómo le puso la pistola en el pecho y se agachó para oír sus palabras.

—Carola, Ongodia lo vio sonreír, lleno de paz.

Ella no pudo contener las lágrimas por más tiempo.

—Y entonces le disparó —dijo Carola, con un sollozo.

—Ongodia lo vio todo desde la ventana —confirmó Palau—. El terror en el rostro del asesino cuando contempló cómo había quedado su cuerpo tras la convulsión por el disparo a quemarropa. Boca arriba, con los brazos abiertos, como en una cruz, con

la cabeza ladeada y las piernas entrecruzadas.

Sus ojos se encontraron en silencio.

Instantes después, el sargento terminó el relato.

—La gente intentó socorrerlo, pero fue inútil. El asesino y los sicarios, aprovechando la confusión, huyeron como si los persiguiera Gcwama, el maligno africano. Entonces Ongodia vio a Kizza llevarse la mano al pecho, luego a la boca, y después a la frente mientras pronunciaba el nombre de Alá. Entendió qué significaba. Fue lo último que vio antes de desmayarse.

Carola lloraba sintiendo una mezcla de rabia, amor y celos.

Transcurrieron unos minutos en silencio. Al cabo, ella recuperó poco a poco la serenidad. Se entretuvo jugueteando con una servilleta mientras en su memoria revivía imágenes de la canoa en el lago, sonidos de timbales y acordes de un coro de niños interpretando *Uhuru* bajo un mar de estrellas, sabores de los platos que habían degustado, olores de la selva mezclados con los del polvo pardo, y el tacto de su piel al acariciarla con sus manos.

Desvió la mirada hacia afuera, donde los primeros transeúntes del día atravesaban la puerta del bar. Rocío cambió de emisora y se preparó para servir los desayunos.

Palau carraspeó para llamar la atención de Carola.

—La culpa y el arrepentimiento me persiguen —dijo, la voz monocorde—, siempre arderán en mi alma. Es mi castigo por lo que hice. También me abruma la incertidumbre de lo que me espera a partir de ahora. Pero sé lo que me llevó hasta Uganda —añadió con emoción—, es la única certeza que tengo. Sé qué fue lo que me empujó a matar a Collvinent.

Carola parpadeó, confundida.

—Lo hice por ti —confesó Palau. Y esquivó su mirada penetrante—. Sí, Carola, por ti. Intuí que estabas en peligro y me fui a Uganda. Al creer que habías muerto, maté a aquel individuo. —Ella cerró los ojos y apretó los labios—. Solo por hoy, déjame decirte que te quiero. Que siempre te he querido, desde la primera vez que te vi. Que enloquecí poco a poco con mi amor callado. Déjame decírtelo... aunque sea solo hoy.

Carola se llevó de nuevo las manos a la cara y volvió a estallar en llanto.

—No te pido nada más —declaró Palau, con firmeza—. Sé que no soy el hombre a quien amas, pero permíteme que, a partir de este momento, yo sea tu caballero protector. Quiero velar por ti, para que jamás nadie pueda hacerte el menor daño.

Marest se dirigía a Roma. Ocupaba un asiento de primera clase en un vuelo de Air France que unía París, adonde llegó tras su regreso de Uganda, con la capital italiana. Tomaría tierra en el Aeropuerto de Fiumicino en media hora. Viajaba con otro pasaporte español falso, ahora a nombre de Domingo de Guzmán, célebre inquisidor que todavía hoy seguía elevado a los altares. El pasaporte anterior, a nombre de Tomás Moro, lo guardaba en un compartimiento secreto de su maletín.

Conectó su ordenador y bebió un sorbo de *whisky* de malta. Mientras el portátil se

ponía en marcha, observó la pantalla con expresión satisfecha. Se sentía de nuevo en la batalla. La Orden había atendido a sus razones, algo que le abriría otra vez las puertas. Les había hecho saber que había sido su brazo el que Dios había usado para acabar con el hereje. Y estaba seguro de que aguardaban con impaciencia saber cuáles fueron las últimas palabras de Arnau Miró, aquellas que demostraban que la guerra continuaba, las mismas que se habían erigido en su salvoconducto.

Accedió al archivo e introdujo un código para abrir el documento de texto. Cuando lo tuvo delante, empezó a releer el informe que había redactado el día anterior. A medida que avanzaba, sustituyó alguna palabra por otra y cambió algunos signos de puntuación. Cabeceó complacido, aunque no pudo evitar una sensación agri dulce: no había sido capaz de completar su misión. Quedaba pendiente el maldito pergamino.

Volvió a centrar su atención en el informe.

En apenas doce páginas había resumido, a grandes rasgos, sus actividades desde que se vio obligado a abandonar precipitadamente España, su corta estancia en Uganda y el desenlace final. Por último, había añadido un anexo en el que aportaba veladas sugerencias de cuándo y cómo podía acabar la misión que en su día le fue encomendada. Lo repasó con calma: «En esta ocasión no hemos podido completar nuestro cometido, pero lo imposible es aquello que solo tarda un poco más en lograrse. Debemos proseguir la lucha. Lo supe en el momento en que escuché la postrera amenaza que pronunció la boca diabólica y moribunda de Arnau Miró: “Mi semilla ya ha germinado”».

Se retrepó en el asiento. Tan pronto llegara a su destino, lo enviaría por *e-mail* al prior. Estaba convencido de que aquel informe lo rehabilitaría a todos los efectos en el seno de la Orden.

Una azafata interrumpió sus dulces pensamientos.

—Señor —dijo, inclinándose hacia él.

Marest apartó los ojos de la pantalla.

—Dígame, hija.

—Perdón, padre —corrigió la azafata al ver su alzacuello.

—Monseñor, si no tiene inconveniente —replicó él, dándose unos golpecitos a una cruz de oro que colgaba de su cuello.

La mujer apenas había reparado en aquel pasajero. Ahora, sin saber por qué, le produjo una intensa aversión, como tocar un reptil. Señaló el portátil.

—Estamos a punto de llegar a Roma, y debe cerrar los dispositivos electrónicos, recoger la bandeja y poner su asiento en posición vertical. Son las normas.

—Lo que usted diga, querida —sonrió, beatífico—. Soy el más interesado en llegar cuanto antes. Asuntos de la Iglesia me reclaman de nuevo.

La azafata forzó una mueca y se alejó por el pasillo.

Con un golpe seco, Marest cerró la tapa del ordenador.

—La caza continúa —dijo. Y apuró el *whisky* de un trago.

Capítulo 27

Es un día cualquiera a finales de otoño de 2011 y llueve a cántaros en el Valle de Boí. Las gotas chispean sobre el asfalto y el agua corre rauda por los márgenes de la carretera.

A la luz de alborada, en la acera que colinda con la iglesia de Sant Joan, una mujer aguarda para cruzar la calle. Evita ser salpicada por los vehículos que transitan sobre el agua encharcada. Bajo la tormenta, el cabello oscuro se le apelmaza sobre la cara y apenas le permite ver. Empuja un cochecito protegido de la lluvia por un impermeable azul marino.

Sigue su camino sobre el adoquinado milenario. Cerca de ella, un relámpago ilumina el campanario, indiferente al paso del tiempo, cuyos muros fueron contruidos para soportar los rigores de un clima extremo. Suenan unas tonadas, las mismas que cada día anuncian el comienzo de otra nueva jornada laboral.

Un hombre se resguarda del aguacero bajo el porche del bar, aún sombrío. La lluvia arrecia y desdibuja su figura. Ataviado con una gabardina oscura, la capucha le oculta parte del rostro. Sus ojos no dejan de observarla.

La mujer se detiene en mitad de la calle. Ladea la cabeza en su intento de reconocerlo, pero la distancia se lo impide. Empapada, las gotas le resbalan por los ojos y parpadea para tratar de despejar el agua que le corre a raudales por la cara.

Resuena un trueno estremecedor.

Erguida, resiste su mirada; él corresponde al desafío con una sonrisa de satisfacción, pues por fin la ha encontrado tras un largo y tortuoso periplo por tierras desconocidas.

Ella avanza unos pasos, lo identifica y empieza a llorar. Sus lágrimas se entremezclan con las gotas del chaparrón, como si la tempestad surgiera de su interior, o tal vez como si su alma deseara envolver la tormenta.

El hombre se acerca con ímpetu hasta ella y se abrazan bajo la lluvia. La mujer reconoce la particular fragancia que desprende su piel negra. El aroma africano.

En el centro de la callejuela, indiferentes al aguacero, se mantienen abrazados unos instantes; ahora él también llora y repite entre lamentos:

—Señora, señora Carola...

Ella, sin apenas energía, le susurra al oído:

—Moses, mi querido Moses.

Hablan una mezcla de inglés, suajili y castellano que aprendieron uno del otro en Butiaba durante los pocos meses que convivieron. No precisan de palabras, dialogan los corazones. Se separan y, mientras Moses la protege con su gabardina, se miran con fijeza.

—¿Qué haces tú por aquí?

Él no atiende a la pregunta. Observa el cochecito de bebé y su ancha espalda se convulsiona al reír y llorar al mismo tiempo. La robusta mano de Moses retira el impermeable que lo cubre, y ensancha la sonrisa hasta lo imposible al descubrir una criatura de ojos claros y cabello dorado.

La lluvia amaina mientras sus últimas gotas acarician la cara de la niña. Carola lo observa complacida.

De improviso, las nubes se rasgan y abren un surco de luz que los abraza. El aguacero se detiene, pero persiste una fría ventisca de aire fresco y nuevo.

—Lo supe desde el primer momento —dice Moses—. Arnau me lo confió, y moriré con el secreto. —Se quita la mochila, se acucilla y la abre. Extrae un pequeño cilindro metálico y se vuelve hacia el bebé—. Tu papá estaría orgulloso de una niña tan bonita como tú. El recuerdo es ahora la única ventana por donde podremos verlo. Te contaremos cosas de él, de sus antepasados y de este obsequio... Sí, esto es para ti, mi niñita... —Se interrumpe unos segundos para contener la emoción—. Preciosa, este regalo viene de lejos, de un tiempo inmemorial. Ahora te pertenece —dice, solemne, mientras posa el cilindro sobre su cuerpecito. Un temblor asoma en sus labios cuando añade—: Aquí y contigo debe volver, porque El Legado es eterno.

Una mujer de andares masculinos sale del bar con el ceño fruncido. Inquieta por la situación, se acerca y escudriña al desconocido. Con tono amenazante, pregunta:

—¿Algún problema, Carola?

—No digas tonterías —responde, sonriente—. Es Moses, te hablé de él, ¿recuerdas?

Rocío saca al bebé del cochecito, lo acaricia y lo besa.

—¡Pero si estás empapada! —exclama, con exagerada indignación. Camina de vuelta al bar—. Ven con tía Rocío.

Un coche de policía se detiene frente a ellos.

—Todo va bien, Ramón —aclara Carola.

El sargento se mantiene expectante y saluda levantando una mano. De repente reconoce al hombre y entiende que debe dejarlos a solas. Bajo la camisa de su uniforme asoma un reciente tatuaje en el antebrazo: una cruz de ocho brazos. Se aleja despacio para continuar con su ruta.

Carola se dirige a Moses. Señala el bar.

—Pasa, entra con nosotras.

Moses niega con la cabeza.

—Señora, tengo que decirle algo importante —susurra con su voz de cobre en el idioma que solo conocen ambos.

Carola pone una mano sobre su hombro.

—Dime, hermano.

—Arnau jamás le fue infiel. Todo lo contrario: si fue a ver a Ongodia fue para hacerle entender que entre ellos todo había acabado, pues iba a empezar una vida con usted y con la hija que venía en camino. Ongodia amaba a Arnau y por eso él quería

dejarlo todo claro, para evitar hacerle daño. —Suelta un suspiro y se lamenta—. Pero no le dejaron tiempo suficiente.

Los ojos de Carola se humedecen de nuevo.

—¿Cómo... cómo sabes esto? —balbucea.

—Porque no había secretos entre nosotros. Ongodia, usted, su embarazo... lo compartíamos todo. Me confió el pergamino, y también el cuidado de usted y de su hija en caso de que le ocurriera algo. Desde su llegada a Butiaba, no hubo nada entre Ongodia y Arnau.

Carola reprime las lágrimas y desvía la conversación.

—No puedes quedarte aquí fuera. Entra, sécate y toma algo caliente. Tenemos mucho que contarnos. ¿Cómo van las cosas por el hotel? ¿Cómo están Abdalla y tu hijo? ¿E Yvan?

Moses dibuja en sus labios una sonrisa de satisfacción por el deber cumplido.

—Todo va bien, señora. —Su mirada se pierde valle abajo—. Arnau me prometió un día que me mostraría su pueblo natal, Durro...

—Lo haré yo por él —le interrumpe Carola.

—No puedo, señora. Tengo prisa, me esperan, y «saber estar pronto es saber partir». Además, cada segundo que estoy aquí, siento una puñalada en el alma; son demasiados recuerdos. —Ella ahoga otro sollozo y toma aire—. Téngalo siempre presente: Arnau solo la amaba a usted.

La tristeza oprime el corazón de Carola y las lágrimas vuelven a derramarse por sus mejillas.

Moses le alarga un papel.

—Ongodia me dio esta carta para usted. Encontrará además la letra de una canción popular de Ishasha, el poblado que la vio nacer. Es una canción de amor. La ayudé a traducirla.

Una profunda desolación invade sus ojos cuando coge el sobre. Se queda unos instantes observándolo. No se atreve a abrirlo y el papel se humedece por la llovizna.

—Sé de qué canción se trata —murmura.

Levanta la mirada y ve cómo Moses se da la vuelta para marcharse. Su figura silenciosa ya se dirige de nuevo hacia Butiaba. Ella sabe que el hermano de Arnau jamás se despide con un adiós. Pero entonces, Moses se detiene un momento y vuelve la cabeza. Su sonrisa permanece etérea en los labios.

—Después de esta lluvia —dice—, tras las lágrimas que ahora empañan sus ojos, siempre las esperaremos. Más allá del valle, hay en Butiaba un lugar para la niña y usted.

Moses retoma su camino y se aleja por la callejuela.

Carola se cubre la cara con las manos. De repente, recuerda algo y, entre sollozos, grita el nombre de la niña:

—¡Se llama Caritat!

Epílogo

El Vaticano, Palacio Apostólico

El anciano desplegó con unción el viejo pergamino cuya existencia había conocido desde siempre y del que ahora, después de tanto tiempo, era custodio. Al alisarlo suavemente con el canto de la mano, el documento crepitó con levedad, casi como un llanto contenido, o como una risa queda; las dos caras de una moneda. Siempre dos, como el Sello Templario.

Entornó los ojos a fin de poder observarlo con toda la nitidez que su cansada vista le permitía.

—Mejor encenderé otra vela; esta luz es insuficiente.

Se levantó con dificultad y, encorvado, cruzó el pequeño habitáculo. Mientras arrastraba los pies, calzados con sandalias de esparto trenzado, las losas del suelo le transmitieron el frío de los siglos.

—Tanta sangre, tanta sangre. Demasiada religión para que los hombres se maten, pero no la suficiente para que se amen —dijo el anciano.

Su avanzada edad había acrecentado, con el paso del tiempo, su costumbre de hablar solo, ya que desde niño había creído que el hombre que hablaba solo esperaba hablar a Dios un día. De este modo, al acompañar con palabras su profunda soledad, se reconfortaba. Sentía la misma soledad que quien gobierna un buque entre borrascas e impetuosas olas. Y así, además, llenaba el inmenso vacío que le rodeaba en aquella habitación secreta, sin aberturas al exterior, austera como una celda, a oscuras salvo por el punto de luz que la llama le proporcionaba.

Con la candela en la mano, rebuscó entre polvorientos anaqueles llenos de pergaminos e incunables. Los manuscritos, viejos como el mundo, abarrotaban la minúscula estancia. Pronto tuvo éxito su búsqueda y, con la bujía en la mano, volvió sobre sus pasos hasta la rústica mesa de madera desbastada donde estaba extendido el pergamino. Incluyó la vela encendida y dejó gotear la cera líquida sobre un plato de arcilla a fin de fijar la nueva, y luego la prendió con la otra.

—Así está mucho mejor. Su caligrafía es hermosa, y está deliciosamente decorado por mis predecesores. Sería pecado examinarlo de otra manera —dijo, tras reír su propia broma. Y con afectado falsete, añadió—: Pecado, pecado.

Cogió una pluma de ganso que reposaba sobre la mesa y la afiló con una cuchilla. Luego, a la búsqueda del pequeño recipiente de barro cocido que contenía la tinta, tanteó con cuidado dentro del macilento círculo de luz que le ofrecían las velas. Entonces, hundió el cañón de la pluma en el oscuro pigmento y se lo acercó a los ojos para comprobar que en efecto lo había mojado. A continuación, con sumo cuidado, aplicó la punta y dibujó, más que escribió, un nombre en el extremo inferior del

pergamino.

Se tomó su tiempo, haciéndolo con una extraña mezcla de placer y respeto. En la estancia solo se oía el rasgueo de la pluma sobre la superficie de la piel y el leve sonido de la combustión de las velas.

El texto eran tres palabras, un nombre y dos apellidos.

Al terminar, besó el documento con devoción y permaneció con las manos extendidas sobre la mesa a la espera de que la tinta seicara.

—Charité, tú, la portadora de El Legado desde los muros de Montsegur, ¡qué gran Papisa hubieras sido! —dijo con admiración mientras acariciaba el basto tejido de su hábito negro que le señalaba como perfecto, su más preciado galardón—. De todas maneras, ¡quién sabe, mi Señora! Son tiempos de cambio. Soplan nuevos vientos.

De nuevo, alisó el rebelde ángulo del pergamino.

—«La verdad os hará libres», dijo el Maestro. Un hombre nada más, dicen unos; ni nada menos, dicen otros... y que nosotros creemos que es puro espíritu —añadió, bajando la mirada mientras sus ojos se humedecían por la emoción. Respiró hondo—. No era el iracundo rabí de ojos oscuros y mirada febril que algunos pretenden. Ni el celote nacionalista y sanguinario que otros sostienen, que vivió en las grutas de Qumrán con los esenios. No, no era ese, claro que no. Él nos dijo que nos amáramos los unos a los otros. ¡Qué mensaje tan simple, y hasta qué punto se ha pervertido en este breve lapso de tiempo! Ha llegado el momento de decir la verdad al mundo.

Se levantó del sitial con gesto de dolor, y colocó el pergamino en el interior de un hueco practicado en la mampostería del muro, entre otros muchos similares pero con diferentes contenidos. Era el secreto mejor guardado, para la identidad mejor protegida, a la espera de que el éxito de El Propósito lo difundiera a la humanidad.

—El Legado, sí, pero jamás en singular, nunca un solo objeto. Hubiera sido un error. Si su custodia recayó en el Temple, ¿cómo no iban a ser dos? Uno resguardado en el propio centro de poder de la Iglesia que siempre nos ha perseguido, en Roma o en Aviñón; otro, en algún lugar del mundo. Siempre en parejas, como sus templarios protectores, a quienes llegaron a acusar de sodomía por su emblema: dos guerreros sobre un mismo caballo... ¡qué tontería! La dualidad, círculos concéntricos, un círculo menor inscrito con el mismo centro que el mayor. «Sociedad iniciática en la que gradualmente se adquiriría el conocimiento a la par que se ascendía en el círculo íntimo de la Orden» —dijo, apagando una de las velas con un soplido.

Cogió la otra de la mesa y se acercó a una puerta disimulada en la pared de roca. Allí tiró de una argolla de hierro, la cual a su vez hizo bascular un ingenioso juego de poleas y contrapesos que provocó que la puerta se abriera.

—Gran trabajo, Michelangelo. No solo te dedicaste a pintar la Capilla Sixtina durante aquellos seis años que fuiste nuestro huésped. —Sonrió—. Todo es obra y esfuerzo de todos, y se ha mantenido en el mayor de los secretos.

Cruzó el umbral y se adentró en un húmedo pasadizo de piedra cubierto de salitre. Estaba iluminado por lámparas votivas de aceite, que latían con esfuerzo por la

escasez de oxígeno, dentro de pequeñas hornacinas que jalonaban el camino que conducía a una última portezuela. Al llegar, dejó la vela en una oquedad del muro y, sin esfuerzo, empujó un bloque de mármol con ambas manos. Este se desplazó sobre unos rodillos de madera, y le franqueó la entrada a un pasaje disimulado entre espesos tapices que, a su vez, desembocaba en una estancia de grandes proporciones. Todo obra, de nuevo, del ingenioso y polifacético pintor toscano.

El anciano entró en la estancia y luego comprobó que la puerta quedaba cerrada y oculta.

—Caballeros templarios, el mejor ejército del que haya dispuesto la cristiandad. Siempre dos, siempre dos —repitió, mojándose dos dedos en la lengua para sofocar la llama de la vela. Tras apagarla, se sumió en una penumbra que le permitía distinguir formas y contornos gracias a la tamizada luz del amanecer que se filtraba por los ventanales cubiertos por pesadas cortinas—. Dos caballeros, uno en apoyo del otro. Dos siempre, maestro y discípulo. Como dos fueron siempre los legados para dar a conocer la verdad al mundo, la existencia de la más noble estirpe que vieron los tiempos.

Se miró en el espejo veneciano que ocupaba una de las paredes del majestuoso aposento. Observó que su ralo pelo blanco estaba despeinado. Se lamió los dedos de nuevo y trató en vano de domeñar sus rebeldes e hirsutos cabellos.

—Caballeros templarios, siempre buscados entre los mejores y más esforzados de la cristiandad —dijo mientras se desabrochaba los toscos botones de madera que cerraban su túnica negra al cuello y deshacía el nudo del ceñidor de estameña que llevaba a la cintura y que sujetaba la raída vestidura a su magro cuerpo.

Se quedó completamente desnudo, salvo por unas remendadas calzas de lana que usaba como ropa interior, recuerdo de sus días de pastor en las cañadas de su Beziérs natal, oficio que desempeñaba entre Les Bons Hommes cuando de niño el círculo íntimo de la Orden lo seleccionó para la misión. Se rascó sin reserva el escuálido pecho y luego dobló el negro hábito de perfecto, lo besó con devoción, y, junto al cingulo, lo colocó sobre el lecho situado en el centro de la suntuosa estancia. Al lado se hallaba la rutilante túnica blanca, la que debía vestir por obligación de su cargo recién adquirido, así como el solideo del mismo color con el que se debía cubrir, ambos símbolos de Pedro, la piedra sobre la que se edificó la Iglesia de Roma.

Observó las dos vestimentas un instante.

Entonces cogió el preciado hábito de perfecto y el cinturón, y, vestido solo con los burdos calzones, caminó hacia un armario. En su interior, adosada al muro con pernos de titanio, se hallaba una caja fuerte que se abría con su huella dactilar. Colocó el pulgar sobre un lector óptico de última generación, que en una décima de segundo escaneó cerca de medio millar de puntos e intersecciones de sus huellas de crestas papilares. Cuando lo reconoció, se abrió con un suave zumbido eléctrico. El anciano depositó las ropas en la caja, la cerró y se dirigió de nuevo a la cama, donde cogió el mando a distancia. Encendió un televisor de cristal líquido situado frente al lecho y

sintonizó el canal de la CNN para ver las primeras noticias del día. Como de costumbre, no eran halagüeñas.

—Crisis, guerra y hambre. No se oye otra cosa —dijo, apesadumbrado, sacudiendo la cabeza—. Esto debe cambiar, y en nuestra mano está ayudar a que se consiga.

Cruzó la estancia y se dirigió a una de las ventanas de sus aposentos en el Palacio Apostólico. Descorrió las cortinas. A través de los gruesos cristales a prueba de bala, contempló la espléndida vista de la plaza de San Pedro, rodeada por la columnata de Bernini.

—Lujo, oropel, soberbia, jactancia —enumeró mientras miraba a su alrededor con tristeza—. Venderemos las propiedades, el patrimonio íntegro; lo cederemos todo. Y así enviaremos un mensaje al mundo, salvaremos vidas. Un cántaro se sienta en la cátedra de Pedro, y volveremos a la pobreza de los primeros tiempos, al mensaje de Jesús y su familia.

Dejó escapar un suspiro.

—El Propósito: la religión suficiente en el mundo para que los hombres se amen y no para que se maten —dijo.

El anciano abrió la ventana para que el aire fresco de la mañana entrara en el Vaticano. Hasta él llegó, amortiguado, el concierto discordante del caótico tráfico romano.

Agradecimientos

Gracias a nuestros padres: gracias Luis, siempre con un libro en la mano, que me transmitió su amor por la lectura, antesala del placer de escribir; gracias, Josep Maria, llamado a filas en la «Quinta del Biberón» durante la Guerra Civil. Este libro transcribe parcialmente una carta que remitió en 1943 a su hermana Teresa desde el servicio militar. Él supo contagiarme la pasión por las pequeñas cosas.

Gracias a nuestros seguidores fieles, por promover en sus círculos nuestra obra.

Gracias a nuestros amigos Josep Maria y Joan Ramón.

Gracias a Eduardo, Marià, Germán y Ferran, por sus valiosas aportaciones.

Gracias a la doctora Marisol Fernández que nos guió en la anestesia y cambio de aspecto de Marest.

Gracias, Aro, por involucrarte tanto y por el compromiso con la obra, más allá de los lindes convencionales.

Gracias a Adela. Tu confianza en mi trabajo me permitió crecer.

Un recuerdo para Alba, con un profundo agradecimiento por entusiasmarse con nuestra primera obra. Estudiante de periodismo y apasionada por su vocación, nos cautivó con su mirada luminosa en una entrevista impecable tras presentar en Madrid *El legado del valle*, el 4 de abril de 2011. Falleció mientras escribíamos *La cruz de Saraís*. Estés donde estés, vives en este libro.